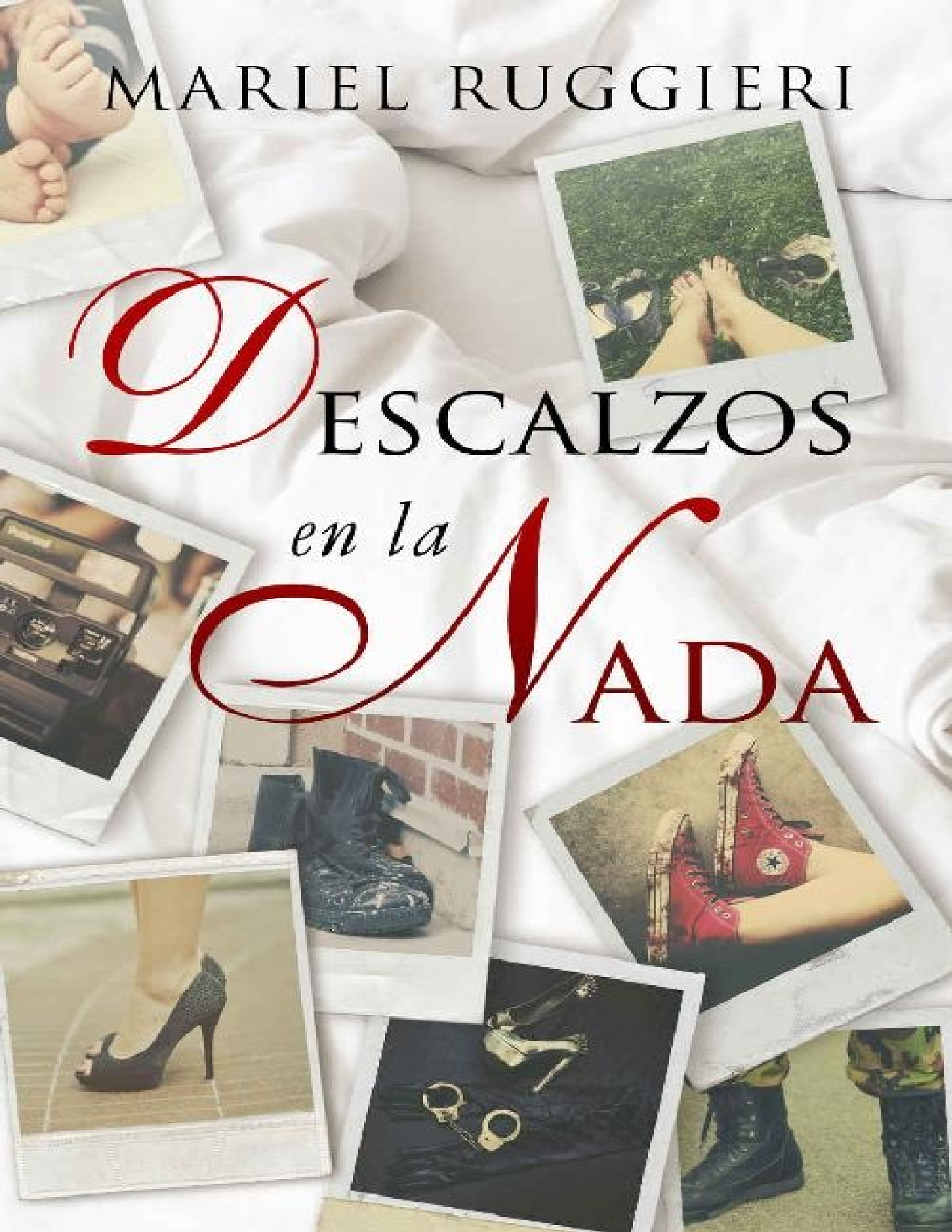


MARIEL RUGGIERI

*D*ESCALZOS
en la *N*ADA



Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora, a la cual se puede contactar a través de Facebook, Twitter e Instagram: www.facebook.com/marielruggieri @marielruggieri

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, empresas, acontecimientos o lugares es mera coincidencia.

Diseño de cubierta: H. Kramer

Distribución: Amazon©

Mariel Ruggieri

Montevideo, Uruguay

Julio 2017

Todos los derechos reservados

Mariel Ruggieri

DESCALZOS EN
LA NADA

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Dos meses después](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Epílogo](#)

“Anduve descalza desde niña. Primero para no despertar al borracho que me había engendrado, pues no quería su atención de ningún modo. Anduve descalza cuando reuní el valor para marcharme porque no tenía dinero ni para comer, y cuando tuve un poco, le di mis zapatos a quien los necesitaba más que yo. Anduve descalza entre cristales la noche en que me llevaron detenida, y así permanecí durante el tiempo que me mantuvieron cautiva. Tengo heridas que nunca dejarán de sangrar y cicatrices que no quiero que nadie vea. Toda la vida anduve descalza, señor. Ese es mi destino. Caminaré descalza por la nada misma hasta que me llegue la hora, para que nadie repare en mí y me obligue a enfrentarme a mis fantasmas...”

Capítulo 1

—“Mata a mis demonios y mis ángeles morirán también”, es una de las célebres frases que se le atribuyen al gran Tennessee Williams, y nos habla de la esencia dual del ser humano por la cual precisamente lo que nos hace grandes, puede ser también lo que nos pierda. Virtudes y defectos, dos caras de la misma moneda. Tenacidad y terquedad, lástima y piedad, placer y dolor... ¿Placer y dolor? ¿Es otra aparente contradicción? Soy Maribel Baldini, y es un gusto iniciar nuestro programa "Hablemos de sexo" en la frecuencia 111.9 de Fm Ibérica, dándole la bienvenida a una invitada muy especial. Ella es una mujer que puede ayudarnos a comprender cuan ligados están ambos conceptos. Bienvenida, Madame Dominique. Es un gran honor contar con su presencia esta noche.

—El honor es todo mío. Y le agradezco que me haya convocado, Maribel.

—Es que la audiencia lo ha pedido. Usted sabe que las prácticas BDSM han ido cobrando un inusual interés en los últimos años, y creemos que su vasta experiencia en la materia, puede ser un gran aporte que contribuya a evacuar las dudas de nuestros oyentes.

—Así lo espero.

—Madame, usted es una dómina experta. Tanto así, que desde hace un tiempo dirige una especie de escuela de adiestramiento de esclavos sexuales. ¿Es así?

—No del todo. En mi establecimiento se aprende a perfeccionar las artes en cualquiera de los roles de las prácticas BDSM. Para los neófitos en el tema, les explico que con esa sigla se engloban todas aquellas actividades relacionadas con el bondage, la dominación, sumisión, el sadismo y el masoquismo. Ser dómina, máster, o top es un arte, Maribel, que requiere de

mucho temple tanto para ejercer el poder, como para no abusar de él. Y ser sumiso o esclavo es estar en permanente proceso de aprendizaje. Mi gente puede ayudar a ambas partes a obtener las herramientas necesarias para que las sesiones o el estilo de vida BDSM se lleven a cabo con seguridad y resulten satisfactorios para los participantes.

—Vaya —se dijo el Sargento alzando las cejas, sorprendido. Estaba a punto de apagar la radio e irse a acostar cuando la cautivante voz de la locutora hablando de placer, dolor, ángeles y demonios, lo impulsó a continuar escuchando.

Se quedó de pie junto al antiguo aparato de radio a válvulas que tenía en su estudio. Había conservado la carcasa y la había hecho acondicionar especialmente con la tecnología actualizada cuando la original falló, pues era de los que consideraban que "todo tiempo pasado fue mejor" y aunque no terminaba de acostumbrarse a la revolución tecnológica, la acompañaba de mala gana.

No tenía otra opción, sobre todo si quería tener la oportunidad de divertirse escuchando tonterías como lo hacía en ese instante.

—¿Así que usted nos dará algunos "tips" para llevar adelante estos juegos sexuales, Madame?

—Podría decirse así. Hay determinados pasos a seguir, porque aún siendo estos "juegos sexuales" actos voluntarios y consensuados, es conveniente que ambas partes tengan claras ciertas reglas generales...

—Madame, no me queda claro dónde está el límite entre el placer y el dolor en estas prácticas, que tengo entendido pueden extenderse hasta un control total, más allá de lo sexual.

—Es precisamente por lo que usted señaló en la introducción: el placer y el dolor muchas veces están más cerca de lo que todos imaginamos... Y sí, es así como lo dice. El control se puede ejercer 24/7, es decir todo el tiempo, lo que requiere de entrenamiento tanto para el dominante como para el sumiso. Pero también puede ser algo acotado a un momento, al momento erótico, y para eso también hay ciertas pautas a seguir.

"Qué sarta de disparates, por Dios", se dijo el Sargento, haciendo un gesto de desprecio. Estaba tentado de apagar la radio y olvidarse del asunto, pero la hipnótica voz de la mujer de alguna forma se lo impidió.

—... Así que la dominación humana es un arte muy complejo, Maribel. Imagínese, si para adiestrar a un animal existen academias especializadas, cuánto más necesario será el tener profundos conocimientos en la materia cuando se trata de seres humanos. Por ese motivo, nuestra propuesta busca...

El Sargento sonrió. ¡Una escuelita de torturas! Habrase visto semejante

osadía. Le hacía mucha gracia escuchar algo así, sobre todo siendo él lo que había sido. Había trabajado duro logrando refinar al máximo los métodos de sometimiento humano, sin “escolaridad” alguna. Era un auténtico autodidacta, y establecimientos como la de esa mujer lo reducían a la calidad de simple *amateur*. ¿Es que no significaban nada las noches en vela elucubrando nuevas formas de debilitar a alguien para manejarlo a su antojo?

"Podría obtener lo que fuera de quien sea, con o sin capacitación, carajo" se dijo, mientras se dispuso a seguir escuchando entre displicente y curioso.

—*Por lo que veo estas prácticas no son para cualquiera, Madame.*

—*Es verdad. Hay ciertas condiciones que deben tener los dominantes, que en nuestro local pueden desarrollar y perfeccionar...*

"Bueno, por fin dice algo coherente" pensó. "Es cierto, dominar no es para cualquiera. Hay que tener dotes de líder y autoridad emanando por cada poro de la piel, como yo". Tenía que reconocer que estaba francamente interesado en lo que estaba escuchando y se inclinó sobre el aparato para hacerlo con toda su atención.

—*El esclavo masculino, sobre todo, es muy predecible, y lo es más que una dama sumisa. Tienen ciertas similitudes que algunos psicólogos lo atribuyen a un "complejo edípico" mal resuelto, pero no estoy segura... Suelo distinguirlos en cualquier ámbito por sus reacciones ante palabras "clave". Cuando sospecho de que alguien tiene madera de sumiso, basta que deje deslizar en la conversación términos como "sucio" o "nene malo" para que se observen reacciones sorprendentes. Generalmente se sonrojan violentamente, pero sus ojos brillan... ¡Ah, Maribel, usted como periodista sabe del poder de la palabra! De todos modos, cada esclavo tiene la suya en particular, tanto para detener la acción, como para despertar su disposición al sometimiento. Podría atreverme a decir que existe un "abracadabra" porque con esa palabra o frase, el sumiso se abre como una flor dejando expuesta su alma. Y es tarea de un buen amo encontrar esa palabra mágica para lograr una entrega total...*

"Sucio..." La palabra vibró en las sienas del Sargento. Sintió como un súbito rubor ascendiendo por su rostro hasta su calva, perlándola de sudor. Y su entrepierna, que él consideraba fuera de combate desde hacía tiempo, comenzó a palpar con intensidad. Con el oído casi pegado a la radio, contuvo el aire...

—... *A su vez, el esclavo deberá cumplir de buen grado las reglas básicas del sometimiento extremo. Entenderá que debe mantener la vista baja, recordando siempre que es posesión de su amo quien será el que le ordene lo que deba hacer, cuándo debe hacerlo, dónde debe hacerlo...*

El Sargento apretó los dientes con fuerza, y dejó escapar el aire lentamente por la nariz mientras su mente se poblaba de recuerdos. La escuela militar... Había pasado casi medio siglo de aquello, pero no lo olvidaba.

"Mierdita... No sé cómo entraste en el ejército si no sabés ni limpiar un excusado... Me imagino cómo tendrás el culo de sucio, cagón. ¡Por algo te dicen mierdita! ¿Llorás, nenita? Yo te voy a enseñar..." El wáter. La lengua lamiendo el wáter. El Asco. El Placer. La bota. La lengua lamiendo la bota. La erección. El golpe en la nariz, la sangre... El sabor de la sangre. El Placer. "¿Te calentás, mierdita? ¿Yo te di permiso para que te calentaras, puto? Sos un trapo sucio. Sos mi trapo sucio... Yo te voy a enseñar, vení..."

Hubo de ser humillado para aprender a humillar. La escuela militar lo preparó para muchas cosas, y el manejo del poder fue la enseñanza más importante. Cada lágrima que derramó lo hizo más fuerte. Y hasta aprendió a disfrutarlo para hacerlo mejor.

Mareado por la excitación, se obligó a volver al presente para continuar escuchando.

—Otra de las reglas indica que si no cumples con lo que se te solicita o lo haces mal, el Amo podrá castigarte de mil variadas formas...

Hacía años que no se masturbaba, y años también que no eyaculaba de ninguna forma, pero escuchar a esa mujer lo alteraba tanto que... No pudo evitarlo. Se tocó por encima del pantalón, pero luego no le alcanzó y liberó su pene. Apretó fuerte y comenzó a agitar la mano.

—¿Cuáles son las formas más frecuentes de castigo, Madame?

—Hay muchas. Fustas, látigos, sogas... Con previo consenso, el Amo puede hasta pasear a su esclavo con un collar de perro, obligarlo a vestir ropas del sexo opuesto...

Con los ojos en blanco, el Sargento continuó moviendo su mano derecha, salvaje, rabiosamente.

—Podrá ofrecerlo a otros Amos, podrá usarlo de retrete...

Transpiraba profusamente, y el sudor lo estaba cegando. Ya casi no podía mantener el equilibrio, pero no podía detenerse.

—... Y también podrá privarlo del orgasmo.

Al escuchar eso se paralizó por completo. Dejó de moverse, dejó de sentir. En verdad todos sus sentidos se anularon. Estuvo así casi un minuto hasta que logró reaccionar, abrió la mano, y se la limpió en el costado de los pantalones. Finalmente apagó la radio, cayó de rodillas y se puso a llorar.

Mientras se dirigía a su dormitorio con paso algo tambaleante, supo cabalmente que no iba a morir sin vivir la experiencia que lo torturaba y lo deleitaba en sus fantasías eróticas. Había pensado en eso infinidad de veces. Se

había hecho cien pajas imaginándolo. Se había cogido a su mujer, recreando esa situación...

Y después lo había olvidado.

Creyó que los años habían matado sus ansias, pero ahora había descubierto que sólo estaban dormidas. Había llegado el momento de reconocer que a pesar de todo estaba vivo, y podía permitirse eso que siempre había deseado.

Esperaba que la noche barriera con sus intenciones pero no fue así.

Bien, lo haría. Desayunó con prisa y se encerró en su estudio. Internet... Solo la usaba para leer el periódico pero esta vez le sería de mucha utilidad para sus fines. Google. Madame Dominique... Ahí estaba ella y su "escuelita" del placer y el dolor. No lo pensó más y llamó.

—¿Madame Dominique?

—¿Quién es?

—Yo... Eh... La llamo por lo del juego de roles. No sé si usted querrá...

—¿Quiere una sesión o capacitarse en el tema?

—Una... —carraspeó, incómodo. —Una sesión...

—Déjeme consultar mi agenda. A ver... sí. En dos semanas, miércoles 18, a las diez de la noche. Anote la dirección.

Anotó, por supuesto. Y mientras lo hacía se atrevió a preguntar.

—¿No puede ser... antes?

—No. Será el día que le indiqué. Usted vendrá y será puntual o lo castigaré de veras.

Otra vez ese cimbronazo en su miembro y en toda la longitud de su columna vertebral.

El efecto era devastador.

—¿Cuánto...? —pudo articular por fin, pero su voz sonó como un graznido.

—Usted y yo sabemos que pagará lo que sea y que valdrá la pena. No sé su nombre; lo llamaré Once y usted me dirá Señora. ¿He sido clara?

Más que clara. Para ella era solo un número y eso lo excitaba... "Cabo setecientos setenta y tres, a la orden mi comandante". Los recuerdos otra vez... Los alejó y se obligó a responder.

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Sí, Señora.

—Nos estamos entendiendo —dijo ella, y luego cortó.

Se quedó aferrado al teléfono, jadeando, babeando, completamente trastornado de deseo. A la hora de la siesta hizo lo que nunca: sorprendió a

Elena con una erección memorable, pero ella se lo tomó en broma. "Loco", le dijo riendo, y le dio una palmadita en la cabeza antes de seguir durmiendo.

Iván Kessler encendió su ordenador y suspiró. Lo esperaba otra jornada gris, sosa, aburrida. No había otra forma de describir cómo era un día típico como encargado de las páginas sociales del suplemento semanal de un periódico.

¿Para eso había estudiado periodismo? Sin duda no era en bautizos y bodas en lo que pensaba durante sus días de universidad y tampoco era eso parte de su sueño de llevar una vida llena de aventuras.

Tenía treinta y tres años y sentía que estaba desperdiciando su juventud. Su existencia tranquila en un pequeño ático de Madrid se le antojaba plana, y su mayor temor era pasar por este mundo sin dejar huella.

Mientras redactaba la crónica de la boda de los Espinosa del Castillo, se le ocurrió que bien podría dejar lista la de su propio funeral. Dos líneas serían suficientes para describir lo que había sido su vida hasta el momento: "Ni penas ni glorias. La nada absoluta."

¿Cómo era que había terminado mezclado con lo que siempre había odiado? La alta sociedad lo asqueaba y sin embargo allí estaba, al tanto de las idas y venidas de la gente más glamurosa del país. Y contribuyendo a que ese glamur creciera y se multiplicara, como para que le quedara bien claro a la plebe cotilla cuán distintos eran y cuánta distancia había entre lo ordinario y lo extraordinario.

Harto de todo, apagó el ordenador y cerró los ojos. "Estoy condenado" se dijo, y volvió a suspirar.

El sonido de su móvil interrumpió sus cavilaciones autodestructivas. Era su amigo Manuel.

—Chaval, estoy en problemas.

Iván se enderezó en la silla, alarmado.

—¿Qué te ha pasado?

En dos palabras, Manuel lo puso al tanto.

—Alcoholemia positiva.

—Joder, tío. Te he dicho muchas veces que...

—Ahórrate tu discurso. Tienes que salvarme.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Coger la oportunidad de tu vida, eso puedes hacer. Tienes que jugar para que te toque la lotería...

—A ver, dime cual sería la lotería y yo te diré si me compro un billete

o no —le dijo a su amigo sonriendo. Seguro su supuesta lotería sería cubrir un accidente de tráfico o algo similar, pues de eso se encargaba Manuel que era mejor en el arte de crear expectativas que en el de cumplirlas.

—Apostarás hasta tus calzones, tío. Pero lo harás bien, no como yo... Anoche cuando César me avisó estaba tan feliz que me dije que una copita de festejo me permitiría dormir mejor para estar más descansado. Pero tú has visto como es esto... El festejo se fue estirando y...

—Manolo, dime ya. ¿Qué te ha dicho César?

—Que Baillón me ha dado el sí. ¿Te has dado cuenta? Luego de un año de pedirle una entrevista me la concede y yo lo arruino. Es en una hora en...

—¿Baillón? ¿El juez?

—El mismo. Es aquí en Madrid. Coge un boli que te pasaré la dirección. No, mejor corta que te enviaré un mensaje con las señas.

—¿Pero qué le voy a preguntar? No estoy preparado, coño. Si me hubieses dicho antes, yo...

—Vamos tío, que tu tesis de graduación tenía que ver con el papel de los medios en la defensa de los derechos humanos. No eres un neófito en la materia. Además ¿eres periodista, no?

—Lo soy pero creo que esto me excede, Manolo —acotó Iván mientras cogía la chaqueta y su grabadora—. Sin embargo correré el riesgo...

—Date prisa, que la lotería espera y tienes varios billetes—le aseguró su amigo—. Y sobre qué le preguntarás, te diré que el eje de la entrevista tiene que girar en torno al asunto de los desaparecidos de las dictaduras sudamericanas, que de eso irá el artículo que escribiremos. Juntos, por supuesto, tú y yo. Así que hazlo bien que esta puede ser nuestra oportunidad de mandar a tomar por saco las bodas y los accidentes de tráfico.

Tres horas después, Iván Kessler tenía la absoluta certeza de que no habría más bodas ni bautizos para él.

Desgraciadamente, lo de los accidentes no estaba en sus manos pues muy pronto uno cambiaría su vida para siempre.

—¡Mónica!

Su secretaria era la peor secretaria de todo Montevideo, no había duda. Nunca estaba cerca cuando se la necesitaba, y cuando debía apartarse era un verdadero estorbo. Se quedaba corta; era la peor secretaria de todo el Uruguay.

—¡Mónica! —volvió a llamarla con un tono de voz más alto y apremiante. Y ahí sí el “despiste con rizos” asomó la cabeza en el despacho con cara de pocos amigos.

—¿Qué?

—¿Cómo qué? ¿Esas son formas de dirigirte a mí, tu jefa? ¿A vos te parece?

—Ufa, Bárbara —se quejó la secretaria. Y luego preguntó con una sonrisa a todas luces fingida: —¿Qué carajo querés?

La aludida puso los ojos en blanco y le indicó que pasara. Si no la quisiese tanto ya la hubiese despedido hacía mucho. Pero tras esa apariencia de “dama de hierro”, Bárbara Larrique era un mujer sensible.

Esa sensibilidad combinada con su increíble fortaleza era el secreto de su éxito. Con solo treinta y un años era la diputada más joven de la historia del país, y su promisoría carrera el eje de su existencia. Era una abogada brillante, con una retórica tan impecable como su presencia. Alta y delgada pero con curvas generosas era el tipo de mujer que jamás pasaba desapercibida. La perfecta simetría de su rostro y su magnífica cabellera castaño rojiza atraían todas las miradas adonde fuera, pero era cuando hablaba que podía hechizar a las masas.

Era también licenciada en Ciencias Políticas, y pertenecía al partido de gobierno igual que su familia, solo que a diferencia de ellos se posicionaba más en el centro que en la derecha. Digamos que se situaba a la izquierda del partido conservador, y desde pequeña tenía claro que quería dedicarse al servicio público. La justicia era para ella un valor fundamental, y su forma de que no fuese algo abstracto sino algo vivo y con llegada masiva, era a través de la política. Por mérito propio estaba donde estaba y se enorgullecía profundamente por eso.

Tenía toda su energía concentrada en su vida laboral, porque su vida personal... Su vida personal era otra cosa. Un pasado traumático, un presente gris, y un futuro... Prefería no pensar en el futuro.

Sacudió la cabeza, e intentó olvidar la conversación telefónica que acababa de tener con su prometido. Últimamente entre ellos la comunicación no estaba fluyendo como debería.

—Quiero que aprendas a hacer un café decente, Mónica. Y que me digas quien me llamaba al fijo mientras yo hablaba por el móvil.

—El café decente pedíselo al mozo del bar de la esquina. Y sobre la llamada no te preocupes. Le dije que estabas hablando con tu novio y que no te podía molestar, así que me respondió que te volvería a llamar más tarde...

—¡No tenés que dar tantas explicaciones! A ver, ¿quién era?

—El ministro Ernesto Murcia...

—¿Qué?

—El minis...

—¡Mónica estás loca! ¿Por qué no me lo dijiste cuando me interrumpiste para decirme que tenía una llamada? ¡Hubiese cortado de inmediato con Octavio!

La secretaria se encogió de hombros.

—En mi orden de prioridades primero está lo afectivo y segundo lo laboral. Aunque tu novio sea un vejete despreciable, se merece respeto...

Bárbara resopló. ¡Esa chica no tenía remedio! Hacía lo que le daba la gana y se merecía que la llamaran al orden de una manera ejemplarizante, pero en ese momento estaba demasiado alterada y ansiosa por saber el motivo de la llamada del ministro Murcia.

Lo había visto en varios eventos sociales, políticos y empresariales pero jamás había hablado con él, así que se moría de ganas de saber el porqué de su llamado.

—Basta, Mónica. Llamá al ministerio ya.

—Pero dijo que iba a volver a lla...

—¡Llamá ya!

La descarada de Mónica le sacó la lengua y Bárbara la miró con severidad. ¿Qué iba a hacer con ella? La única solución era despedirla y buscarse otra secretaria más eficiente pero menos divertida. Y la verdad era que el desparpajo y la honestidad brutal de la chica le gustaban mucho, y era como un soplo de aire fresco en el ambiente tan hipócrita en el que solía moverse habitualmente.

Y quince minutos después, cuando acababa de cortar con el ministro, Bárbara tomó cabal conciencia de que iba a necesitar mucho aire fresco, una bocanada interminable que le impidiese sofocarse, pues estaba a punto de introducirse en la matriz misma de la hipocresía institucional: el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Capítulo 2

Iberia tenía un vuelo directo a Montevideo, y era realmente económico. Casi un *low cost* a juzgar por la mala atención y la pésima comida, pero era lo único que podía permitirse. Sus ahorros eran magros, y además debía subsistir dos semanas al menos en una ciudad desconocida y prácticamente sin contactos.

Todavía no podía creer cómo se había atrevido a correr esa aventura. Como que la charla que había mantenido con el juez Baillón, en el marco de la entrevista que debió haber hecho su amigo y no él, lo había hecho reencontrarse con su verdadera vocación.

Y además no dejaba atrás nada que pudiese lamentar. La relación con Amaia estaba acabada desde hacía tiempo. No tenía familia ni casa propia, y odiaba su empleo. Sus amigos estaban demasiado ocupados en su propia vida, y tampoco lo echarían de menos. Incluso Manolo lo había incentivado para que viajara y fuese más allá del artículo que escribieron juntos y tuvo relativo éxito a nivel local. Desafortunadamente no el suficiente como para alejarlos de las bodas y accidentes de tráfico, y eso fue lo que terminó de decidirlo.

Mientras el avión se estabilizaba, cogió sus notas y subrayó en la transcripción cada una de las frases que lo habían marcado, y a la vez le habían señalado el camino a seguir.

“Como juez, entiendo que la justicia no debe conocer ni de fronteras ni de tiempos. Franco o Pinochet, da igual a la hora de reivindicar los derechos humanos y castigar a los culpables”.

“No hay nada peor que la desaparición forzada. Es un duelo eterno para los que quedan. El saber qué sucedió, puede lograr un poco de paz...”

“Los supervivientes a los procesos de facto tienen secuelas, y hacer justicia es también ocuparse de esas secuelas. La memoria es un don y un

tormento. La tortura continúa en los recuerdos...”

“La lista de los desaparecidos en Latinoamérica enluta la salida democrática. Saber qué sucedió con ellos y juzgar a los culpables son imprescindibles para el cambio en paz”.

“Reinsertar a los supervivientes en la sociedad es una de las principales tareas de un estado de derecho. Ellos son el testimonio vivo de lo que sucedió, y tienen el deber de contribuir a esclarecer los hechos para impartir justicia por los que ya no están y por ellos mismos”.

Mientras el juez hablaba, dentro de la cabeza de Iván se iba gestando por primera vez en años, un interés genuino en lo que estaba haciendo. El ver a alguien tan comprometido con su tarea le resultó contagioso. El entusiasmo comenzó a ganarle y terminó atosigando al juez con una catarata de preguntas sobre las dictaduras latinoamericanas, sus desaparecidos, el retorno a la democracia, los supervivientes...

Había leído al respecto, conocía el tema a rasgos generales y siempre le había interesado la defensa de los derechos humanos. La vida lo había llevado al costado frívolo de la prensa, pero algo en él no se rendía y seguía sintiendo que su deber como periodista era investigar e informar. Pero siempre con un fin ulterior: evitar repetir errores y provocar cambios en la sociedad. No era algo tan loable como impartir justicia, pero consideraba que el rol de la prensa era más que importante.

El artículo que debía escribir se le presentó tan claro en la mente durante esa entrevista que apenas pudo contenerse para no salir corriendo a redactarlo en caliente. Las palabras danzaban en torno a ellos y de pronto sintió que tenía material para mucho más que un simple artículo.

Escribir un libro de investigación era otra de las asignaturas pendientes de Iván Kessler. Y esa era su oportunidad de reencontrarse con sus sueños tantas veces postergados.

“Vosotros los periodistas habéis sabido cumplir vuestro papel hasta cierto punto. Sois los encargados de poner en palabras los hechos y mantener la memoria viva” le había dicho Baillón. “Pero en algún punto os habéis perdido. La historia ha dejado de estar en el tapete, pero los daños siguen ahí. Les habéis dejado a los supervivientes esa tarea. Los habéis dejado solos...”

“Por fortuna entre esos supervivientes los hay muy comprometidos. Algunos han llegado incluso al poder, pero hay otros que a pesar de haber salido con vida aún no tienen voz. Es como si continuaran desaparecidos, muertos en vida. Yo quisiera saber dónde están, qué hacen, si han rehecho sus vidas... Quisiera que recobraran la voz. Hay cosas que no se olvidan, y fingir que no han sucedido es barrer bajo la alfombra. Tarde o temprano eso saldrá a

la luz y de la peor manera”.

Esto último llamó poderosamente la atención de Iván.

“Juez... ¿hay supervivientes que no han presentado denuncias? ¿A eso se refiere usted?” le había preguntado a Baillón.

“Más de los que se imagina. A algunos se los ha procesado por obstrucción a la justicia, pero ¿quién es uno para obligar a alguien a revivir lo que no quiere siquiera recordar? No obstante siguen ahí. Y muchos de ellos hasta han cambiado de identidad para poder seguir viviendo...”

Esa última revelación lo había impresionado mucho.

“Bueno, fuera de lo de omitir información vital para juzgar a los culpables... ¿no cree usted que puede ser una opción respetable y valedera el mantenerse en el anonimato?” replicó más interesado que nunca en el tema.

Pero la respuesta del Juez lo había dejado helado.

“Estimado amigo, mi respuesta es *no*. Existe gente que ha perdido más que su identidad. Que ha dejado atrás más que sus recuerdos. Que intenta ignorar lo que jamás debería. Que ha renunciado a buscar a lo más doloroso que le han quitado...”

Iván contuvo la respiración, aguardando. Y Baillón lo miró directamente a los ojos antes de proseguir.

“... Hay gente que no ha reclamado a sus hijos nacidos en cautiverio. Mujeres que arrastran ese dolor hasta el último de sus días. Eso es algo que no se olvida cambiando de identidad. La tortura ha arrancado más que confesiones; ha arrancado también muchos niños de los brazos de sus madres. Algunas familias han recuperado a esas criaturas. Otras siguen buscando... Pero hay supervivientes que no han reclamado nada. Ni indemnizaciones, ni resarcimientos, ni justicia, ni a sus propios hijos. Supervivientes que continúan en las sombras, y andan por ahí sin hacer ruido para no concitar ningún tipo de atención. Se han empeñado en permanecer anónimos, recluirse en sus cuevas, lamer sus heridas... Hay muchas familias aguardando por esos hijos, pero también hay hijos que no han sido reclamados. Hijos que ignoran sus orígenes porque era tan grande el dolor de esas madres, que prefirieron ignorar, ocultarse, resignar... El miedo sigue haciendo daño para siempre”.

Llegado a ese punto, Iván había apagado el dispositivo que grababa la entrevista y le había preguntado al juez si le constaba algún caso de esos. Y fue así que Baillón le contó lo que sabía, en forma extraoficial.

Mientras el juez hablaba, Iván supo que ese caso sería el punto de partida de la investigación que por fin lo alejaría de la rutina que tanto odiaba. De esa vida monótona y gris que ya no podía soportar.

Lo que no sospechaba en ese momento, era que también lo alejaría de

su patria y lo acercaría a los horrores más espantosos y también al más inefable de los sentimientos.

Pero allí estaba, rumbo a un pequeño país sudamericano que jamás había soñado con visitar, en busca de una mujer que tenía una historia que no quería contar.

Una mujer que prefería mantenerse en el anonimato, que había renunciado a la justicia, a su identidad y hasta a su bebé nacido en cautiverio. Una mujer que seguramente no quería tratos con la prensa y menos con un periodista extranjero. Que no se hacía preguntas, ni permitía que se las hiciesen. Una mujer que prefería las sombras, y por eso se movía en la noche. Una mujer que andaba sin hacer ruido para poder pasar desapercibida.

“Vivir apartado de lo que uno fue y con miedo a que alguien lo descubra y lo enfrente al pasado, tiene una cuota de sufrimiento ineludible” le había asegurado el juez. “Yo no tuve fuerzas para obligarla a hacerlo de oficio, pero soy consciente que en algún sitio hay un ser humano que tiene derecho a conocer su identidad y también hay alguien que permanece impune por habérsela arrebatado. Desde ese punto de vista, esa mujer es cómplice además de víctima. El hacérselo entender ya es otra cosa... Estimado amigo, la verdad y la justicia a veces no van de la mano. Una criatura que desconoce su origen. Una bestia que se ha salido con la suya porque no hay nadie que lo acuse. Una mujer que anda de puntillas por la vida para no hacer ruido, para que nadie la descubra y le pregunte. La única vez que logré hablarle fue por teléfono y le pregunté hasta cuándo podría seguir así. ¿Sabe lo que me respondió?”

Iván tensó cada uno de los músculos de su cuerpo al escuchar esa respuesta.

“Anduve descalza desde niña. Primero para no despertar al borracho que me había engendrado, pues no quería su atención de ningún modo. Anduve descalza cuando reuní el valor para marcharme porque no tenía dinero ni para comer, y cuando tuve un poco, le di mis zapatos a quien los necesitaba más que yo. Anduve descalza entre cristales la noche en que me llevaron detenida y así permanecí durante el tiempo que me mantuvieron cautiva. Tengo heridas que nunca dejarán de sangrar y cicatrices que no quiero que nadie vea. Toda la vida anduve descalza, señor. Ese es mi destino. Caminaré descalza por la nada misma hasta que me llegue la hora, para que nadie repare en mí y me obligue a enfrentarme a mis fantasmas...”

Le habían quedado grabadas las palabras de esa mujer, igual que al propio juez que le aseguró que no había quitado ni un punto ni una coma al narrárselo.

Y mientras el avión cogía estabilidad, Iván Kessler se preguntaba si presentarse ante ella sería suficiente para convencerla de que había llegado la hora de pisar firme y enfrentarse a sus fantasmas.

Faltaban dos días para el encuentro y él no cabía en sí de la ansiedad.

Tenía la cabeza llena de fantasías y el cuerpo lleno de deseos. Fantasías y deseos que había sepultado en el tedio, bajo una capa de monotonía y otra de cruel hastío. Pero allí estaban, palpitantes aún y más vivos que nunca.

Desde que esa mujer había hecho resurgir sus ganas, la vida tradicional que llevaba junto a Elena se le antojaba más insulsa que nunca. Hacía treinta y siete años que estaba casado con esa católica practicante y reprimida. Hacía treinta y siete años que solo encontraba placer en putas. O en pajas. O en la nada misma. En los últimos tiempos había dejado dormir sus deseos, había renunciado a cualquier gratificación y se había convertido en un amargado.

Bueno, en realidad siempre lo fue, pero al menos su veta sádica encontraba un desahogo en su trabajo. Luego de la jubilación, se había tenido que conformar con torturar a Elena con sus malos modos, sus ácidas críticas y el menosprecio sistemático al cual la sometía a diario.

Con una expresión avinagrada contemplaba como pasaban los días, y no esperaba nada de la vida hasta que fortuitamente la descubrió a ella.

Madame Dominique era el eje de sus fantasías desde hacía dos semanas.

Dos semanas pensando en una mujer enmascarada, de altísimos tacones aguja, recubierta de látex y de misterio. Navegaba como un poseso por su página web, tratando de descubrir por qué esos ojos verdes (el único rasgo que se podía identificar tras la máscara) lo atraían tanto.

Esa no era una puta cualquiera. Era la encarnación de todos sus deseos, de todos sus anhelos. Sus fantasías de sometimiento extremo jamás habían encontrado la forma de canalizarse. Es más, apenas las reconocía. Siempre creyó que el rol dominante era el que más le iba en cualquier circunstancia, pero cuando escuchó a esa mujer en la radio, sintió que se dirigía exclusivamente a él y que su destino era ser su esclavo.

De pronto se encontró recordando cosas... Momentos en que el ser sometido le había brindado mucho placer.

Y luego se obsesionó. No hacía otra cosa que pensar en ella y en las infinitas posibilidades de su futuro encuentro. Esas dos semanas que lo separaban de su cita, habían sido una auténtica tortura que estaba disfrutando

demasiado.

Tortura... Sometimiento... Madame Dominique.

Ya no era la “mierdita” que había ingresado a la escuela militar y tampoco el sargento que había contribuido a erradicar la subversión y de esa forma salvar a la patria. Había cumplido con su deber, y su vida había dejado de tener sentido hasta que ella apareció y reavivó el fuego.

Ahora sabía que aún estaba vivo y con él sus deseos, sus auténticos deseos, los que había logrado controlar controlando a otros.

Así de simple.

Sentado en el wáter, se recostó en la cisterna y cerró los ojos. Separó las piernas y el periódico se escurrió entre ellas y se cayó al suelo. Sintió la súbita tumescencia de su miembro y sonrió.

No, sus deseos no habían muerto. Estaban vivos y tenían dueña.

Una mujer enmascarada iba a tomar posesión de ellos en solo dos días. Se iba a poner en sus manos, se iba a someter a sus caprichos, a sus órdenes, a lo que ella dispusiera. Se iba a entregar por completo a esa desconocida que lo convertiría en su esclavo, lo humillaría, lo llevaría al límite difuso donde el placer y el dolor se encontraban.

Por Dios... Se moría de ganas de que ese momento llegara.

Y alcanzaría el éxtasis total si ella le concediera la gracia de permitirle lamer sus botas.

El ministro Murcia no se daba por vencido fácilmente.

Quería a Bárbara Larrique a su lado por varias razones. Porque era brillante. Porque era hermosa. Porque sería ideal para lidiar con los sindicatos en un año por demás convulsivo en ese aspecto.

Y sobre todo porque Octavio del Campo se lo había pedido.

Se sentía en deuda con el cirujano porque éste había salvado la vida de su hija, y el favor que le había pedido también lo beneficiaba a él al agenciarse una mujer tan competente como Bárbara Larrique. Era muy bueno para convencer a la gente. Pan comido.

Pero la joven abogada había resultado un hueso duro de roer. Al parecer estaba cómoda en la cámara de representantes. Hubo de hacer un gran esfuerzo para hacerle ver cuanto más útil sería en su ministerio, a los intereses del partido y a los del país, en ese 2002 que se acababa de iniciar con una importante corrida bancaria que tenía al gobierno en vilo.

Octavio le había dicho que su talón de Aquiles era la gente. Que ella era capaz de cualquier cosa con tal de ayudar a los necesitados, y que los

pobres y los obreros eran su gran debilidad. Pero también le había hablado de que era una mujer de convicciones, y su carácter férreo la hacía idónea para ocupar el puesto de subsecretaria en la cartera que él lideraba. Guiaría con mano firme al funcionariado y no dudaría en enfrentar a los sindicatos si eso fuera necesario.

Murcia desconocía que era lo que motivaba a Octavio del Campo a sacar a su novia de la diputación, pero no pensaba quedarse con la duda así que luego de prometerle que conseguiría el objetivo, le preguntó el porqué.

“La quiero lejos de las leyes. En el Ejecutivo llegará más lejos que en el Legislativo. Allí no deja de ser una entre cien. La quiero al frente de un ministerio en las próximas elecciones, y vos le vas a dar la oportunidad de lucirse en el tuyo, Ernesto”.

Claro que él sospechaba que había algo más, pero nada preguntó. Suponía que tenía que ver con celos de macho, con líos amorosos. Bárbara Larrique era una verdadera belleza que despertaba pasiones en su entorno, y Octavio era un cincuentón agraciado que había llevado una buena vida pero eso no eliminaba la brecha de los veinte años que los separaban.

Tal vez buscaba alejarla de los moscones que la rondaban. Quizá pensara que en el ministerio iba a estar más controlada. Como lo mirara, a Murcia le parecía que eso era un intento de que no se le volara la paloma con algún buitres que la estuviera acechando, pero en definitiva no era asunto suyo.

Iba a devolverle el favor a Octavio, y a su vez pondría en la subsecretaría de estado a una abogada brillante que le facilitaría mucho las cosas. Su segundo a cargo acababa de jubilarse, así que tenía piedra libre. Podía y quería hacerlo.

Y tanto bregó por ello que lo logró.

Obtuvo el visto bueno del partido. El suplente de Bárbara en la cámara de representantes casi estalla de la alegría por el inesperado regalo, y ella terminó tomando posesión del cargo una soleada mañana de enero. La sonrisa de Octavio era amplia. La de ella, no tanto.

Pero si había dicho que sí era porque estaba convencida de que en ese puesto iba a poder cumplir su principal objetivo de la mejor manera posible: servir a la gente, ser útil al partido, cumplir con su país.

Ese sería el desafío, y pensaba superarlo.

Capítulo 3

Iris Ledesma había conocido a Laura en el peor lugar: un calabozo. Y también en la peor circunstancia, la habían puesto a asistirle en el parto.

Lo hizo lo mejor que pudo, y antes de lo que esperaba le colocó sobre el pecho una criatura de sexo femenino que berreaba de lo lindo. Luego de eso, y todo por instinto ya que ella jamás había parido ni presenciado un nacimiento, ató el cordón y lo cortó con una tijera de uñas que le tendió el guardia a cargo.

La tijera... Un objeto cortante que la atrajo más que la pequeña que gritaba a pleno pulmón, y la madre que lloraba a lágrima viva, pero no le permitieron continuar el idilio con ese instrumento que podría liberarla del suplicio que estaba viviendo.

Unas manos la apartaron. Era un hombre joven, tal vez demasiado, que venía ya con los guantes puestos y una bata verde.

Y detrás de él, el Monstruo.

—Muy bien. Lo han hecho muy bien... —dijo el joven, al tiempo que tiraba del cordón y recogía la placenta. La examinó con cuidado y sonrió—. Impecable.

Iris se quedó en un rincón, observando como el médico desplegaba una especie de neceser con instrumental quirúrgico.

Minutos después su labor había terminado. Y cuando el Monstruo habló hasta el bebé hizo silencio.

—Le pido disculpas por hacerlo venir a esta hora. Nuestro médico se descompensó y no esperábamos *ponernos* de parto justo hoy.

El joven de los guantes volvió a sonreír.

—Sargento, sabe que estoy a la disposición. Para un simple residente como yo es un honor que usted lo considere...

A Iris se le revolvió el estómago. Era demasiado joven para ser

médico; estaba claro que no tenía el título aún. Y también era demasiado joven para ser tan obsecuente, tan genuflexo... El poder del uniforme. Estaba claro que era de los que creían en él y alimentaban ese poder.

El Monstruo se atusó el bigote, y como si hubiese escuchado sus pensamientos le dirigió una mirada cargada de odio.

—¿Qué mirás, idiota? A ver si te creés que por haber ayudado a esta basura a parir hay que decirte “doctora” de ahora en más —le dijo con desprecio. Y luego volvió la cabeza y gritó:—¡Mendoza! Vení de una vez y recogé toda esta mierda que el médico ya terminó.

Iris se puso a temblar cuando entró el primer oficial y con él ese olor nauseabundo que siempre lo acompañaba, una mezcla de sudor y cigarro barato.

—Vamos, Rusita —le dijo con una expresión lasciva en el rostro que ella conocía bien—. Vení con papá que te voy a dar tu premio.

Pero el Monstruo lo detuvo con un gesto iracundo.

—¡Imbécil! Primero el laburo y después la diversión. Llevate lo otro primero, y que esta la ayude a lavarse después.

Y el alarido que siguió a esas palabras, a Iris no se le iba a olvidar jamás.

Laura parecía un animal herido. Aulló con desesperación al darse cuenta de que se iban a llevar a su hija.

Iris sabía que no le iban a permitir quedársela. Esa era una cárcel clandestina para presos políticos, no una guardería, pero no pensó que se la iban a quitar tan pronto.

El miedo la paralizó y permaneció petrificada contra una pared, mientras Mendoza y el médico luchaban para arrancarle la criatura a la pobre mujer.

Lo que sucedió después fue tan inesperado como espeluznante.

Cuando vio que no podía evitar que se llevaran a su hija, Laura hizo lo inimaginable. Ni en una película de terror Iris había visto a alguien enloquecer de esa forma y hacer lo que ella se atrevió.

Era igual a una fiera.

La sangre salió a borbotones de la oreja de la pequeña, cuando su madre la mordió. Con la boca llena de sangre al igual que sus genitales, Laura observó como el médico se llevaba a la niña envuelta en un pañal. Sus ojos eran como brasas y parecía no escuchar los gritos del Monstruo y de Mendoza.

—¡Hija de puta! ¡Hacerle eso a un hijo!

—Así son estas bolches, Mendoza. Cero instintos. Animalitos de Dios...—dijo el Monstruo con calma.

—¡Del Diablo, Sargento, del Diablo!

—Quiero creer que cuando se sienta mejor ya vas a encontrar la forma de que se sienta peor.

—¡Tenga por seguro que así será, Sargento!

El Monstruo sonrió y luego le pasó un dedo por la sangrante vagina a la pobre Laura, que había caído desmadejada sobre su espalda. Lo miró con asco y se lo limpió en uno de los muslos de la pobre mujer.

—Lavala —dijo en voz baja antes de retirarse, e Iris no necesitó que la nombrara para saber que esa orden era para ella.

Se quedaron solas de nuevo. Iris tenía los ojos llenos de lágrimas.

No conocía a Laura. No conocía a nadie allí porque las tenían aisladas y solo tenían contacto con los guardias a la hora de la tortura o cuando las violaban, pero se sentía irremediabilmente ligada a ella después de lo que acababan de vivir.

Laura permaneció tendida de espaldas todo el tiempo mientras Iris la lavaba, y le colocaba unos retazos de tela entre las piernas, que el médico había dejado extendidos en el borde de la camilla.

Cuando se acercó a su rostro para limpiarle la sangre de la boca, quedó impresionada por la expresión de la mujer. Había fuego en su mirada.

No supo qué decirle. ¿Qué se le podía decir a alguien que había sufrido una pérdida así? Pero no fue necesario porque fue Laura quien habló:

—Algún día voy a salir de acá y la voy a buscar. Tenía que marcarla de alguna forma... —susurró.

Y ahí Iris supo que Laura no había enloquecido. Estaba más cuerda que nadie.

La locura vino después. Mucho después.

En el pequeño hostel donde se había alojado, Iván miraba al techo y fumaba. Sabía que no estaba permitido, pero no podía evitarlo. No después de haber hablado con aquella mujer.

Iris Ledesma era el único nombre que él tenía para aproximarse a la historia que había ido a buscar.

Era una mujer muy fuerte. Había sobrevivido a la tortura, a la cárcel, a la locura misma. Había rehecho su vida. Había estado en un estrado y contribuido a poner tras las rejas a delincuentes como Horacio Mendoza.

Hubiera deseado hacer más pero era el único nombre que recordaba. No había olvidado ningún rostro, pero sin nombres era casi imposible identificarlos a todos.

Su verdugo, ese hombre que la había violado en más de una ocasión había muerto en la prisión hacía poco, pero había muchos que jamás habían purgado sus crímenes.

Y treinta años después, ella seguía lamentándolo.

Tanto así, que no tuvo problemas en hablar con Iván, y más si venía recomendado por el juez Baillón.

—Gran tipo ese juez. Lástima que Laura no quiso declarar... Ella era la preferida del Monstruo y por eso lo conocía bien. Tal vez hubiese podido ubicarlo y hacer justicia.

—¿Usted sabe dónde está ella? Mi meta es poder hablarle y que me cuente su historia. Quisiera saber los motivos por los cuales ha escogido no hablar, no exigir, no denunciar.

—Yo sé *quién* es ella. Porque déjeme decirle que Laura Maldonado ya no existe. Y no hay nada ni nadie que pueda hacer que regrese —fue la respuesta de Iris.

—¿Pero por qué?

—Ella se lo dijo al juez por teléfono. Me acuerdo como si fuese hoy... “Tengo heridas que siguen sangrando. Voy a andar sin hacer ruido para que nadie note que respiro, por lo que me quede de vida”, eso le dijo. O algo así... Parecido, al menos —reflexionó—. La pobre nunca se recuperó de lo que vivimos en la cárcel clandestina de Punta de Rieles.

—Pero por lo que usted me ha dicho, ella tenía firmes intenciones de encontrar a la pequeña.

—Señor Kessler, si llega a hablar con ella se va a dar cuenta... Laura no es la que era al momento del parto. Toda esa fuerza la abandonó. No fue de inmediato, fue de a poco. Le hicieron un trabajo fino... Nos lo hicieron a todas, pero con ella fue peor. Si yo le contara... Para cuando salió del penal había tomado una decisión: olvidar. Si usted le pregunta, ella lo va a negar.

Iván movió la cabeza, confundido.

—¿Lo va a negar?

—Sí, va a negar haber parido en el penal. Se va a reír de usted. Ni siquiera fue a declarar cuando la intentaron citar ¿y sabe por qué? Porque Laura Maldonado se esfumó. Ya no existe. Ahora se llama diferente.

—No entiendo... ¿No quiere que se haga justicia?

—Para ella la justicia no existe. Renunció a todo, Kessler. Incluso a los deseos de venganza. Renunció hasta a eso para poder sobrevivir.

Había sido muy perturbador hablar con Iris Ledesma.

Conocer en detalle lo que había sucedido en aquella prisión clandestina con esa pobre mujer llamada Laura, había logrado que la certeza de ir en el

camino correcto se hiciera más fuerte en él.

Ahora solo tenía que esperar el llamado de Iris. Si Laura accedía a una entrevista, sería por el poder y el prestigio del juez Baillón, lo tenía más que claro.

Era muy difícil que así fuera, pero tenía esperanza.

Laura había perdido lo último que se puede perder.

La esperanza.

Dejó de ser quien había sido para poder seguir viviendo. Su instinto de supervivencia le terminó ganando a la sed de venganza, y decidió ser otra persona para que los horrores del pasado no acabaran con ella.

Cuando terminó el proceso, de Laura no quedaron ni rastros. Y tampoco de todo lo que sucedió en aquellos años en la cárcel clandestina de Punta de Rieles.

Treinta años. Una vida entera había pasado.

El borrón y cuenta nueva había sido su única salida.

Lo entendió así, cuando el Monstruo le vendó los ojos y le susurró al oído aquellas palabras.

“Tengo que dejarte ir, pero no porque lo quiera así. Se murió tu vieja, bolche. Pero antes logró llegar al jefe y le tocó el corazón. Te tengo que soltar, pero no lo voy a hacer sin decirte que fuiste la mejor concha del penal incluso después de que te preñaron y te tuve para mí solito”.

Aquellas duras palabras lograron lo que jamás pudo la tortura ni el dolor: hicieron que se desmoronara. Su madre había sido lo único que le quedaba pero ya no estaba. No podía soportarlo... Las lágrimas comenzaron a rodar por debajo de la venda que no estaba del todo ajustada.

Casi vomita cuando la lengua del Monstruo recogió una y la saboreó.

“Escuchame bien. Parece que se vienen vientos de cambio. Si alguna vez tu boca pronuncia mi nombre, si alguna vez tu mirada y la mía se encuentran en un estrado, va a ser tu último acto sobre esta tierra. Tengo quien se encargue de vos, y nadie te va a echar de menos...”

Laura ahogó un sollozo y el Sargento prosiguió.

“No sabés quien soy, pero yo no te voy a perder el rastro. Y por si acaso, por si tu triste vida te interesa poco, te aclaro que sé el alcance de tu acto de locura con el pequeño engendro. También yo puedo buscarla... Una criatura tan *peculiar*, para mí no debe ser difícil de hallar. Eso sí, no te aconsejo que vos la busques. Más bien encontraré un buen muchacho con la cabeza bien puesta y que te haga media docena de bolches inmundos para que

te entretengas y te ayuden a olvidar”.

No hubo más palabras. Nunca lo volvió a ver.

La dejaron boca abajo en una zanja, en las afueras de la ciudad. Corrió como una loca hasta que llegó a una granja y se desplomó en la puerta.

Estuvo allí un par de meses. Y luego de que se repuso, volvió a desaparecer.

Años después se encontró con Iris de casualidad, y retomaron la amistad con una consigna: no hablar del pasado. Este estaba muerto y enterrado para una Laura que ya no se llamaba Laura.

Solo dos veces su amiga violó el acuerdo. Una fue para pedirle que hablara con el juez Baillón. Lo hizo por consideración al hombre que tanto había luchado por la verdad y la justicia, pero no accedió a su pedido de volver a la vida y declarar. La segunda había sido esa mañana cuando le habló del periodista español.

“Ya sé que quedamos en que de aquello no se habla pero... Este chico me cayó bien, no me preguntes por qué. Quiere escribir un libro, y Baillón le habló de vos y de tu historia. Tranquila que no tiene ni idea de lo que hacés actualmente ni de tu nueva identidad. ¡Ay, tenés que verlo! Agustina quedó con los ojitos dados vuelta. Le tuve que pedir que disimulara un poco, ché. Se le caía la baba a mi nena, y no era para menos. Mirá, te paso una foto que le tomó sin que se diera cuenta. Te la paso por correo electrónico enseguida... Ahí va. ¿Recibiste? Un bomboncito, pero además parece buena persona. Se cruzó el Atlántico para hablar contigo... Podría haber escrito o llamado, pero se vino hasta acá. Está en un hostel de mala muerte, pobrecito. Sería criminal que se fuera sin lograr nada ¿no? Prometió mantener tu anonimato, camuflarlo todo para que nadie sepa quien sos...”

Su amiga era demasiado verbosísima para esa hora de la mañana. Eran las diez, pero para ella recién estaba amaneciendo porque nunca se acostaba antes de las cinco de la madrugada. Entre su trabajo y el insomnio, sus noches eran demasiado activas.

Mientras Iris hablaba, ella abrió el correo y lo vio.

El periodista era muy guapo, y entendía perfectamente que Agustina con sus recién cumplidos veinte años se lo hubiese comido con los ojos. Pero ella tenía cincuenta, y una cara bonita no la haría abandonar sus resoluciones.

Ni siquiera veinte años atrás se hubiese dejado seducir por esos ojos verdes y ese pelo castaño claro. Unas pecas apenas perceptibles sobre la nariz le daban un cierto aire de nene bueno, que sus bíceps marcados y tatuados desmentían.

Era muy atractivo el periodista, pero no para ella porque los hombres

no le interesaban. No había tenido una sola relación amorosa en toda su vida. Nunca se había sentido enamorada ni ligada a un hombre jamás. Tampoco le interesaban las mujeres. Su libido había sido asesinada antes de nacer.

“Me contó que no tenía nada en España”, continuó Iris. “Ni un hogar, ni un amor... Su trabajo apestaba y se estaba jugando el todo por el todo al haber venido. Una charla con Baillón bastó para convencerse de que debía ir tras sus sueños, y me sentí muy identificada porque a mí me pasó lo mismo. Ese juez es... especial. Todavía no entiendo cómo vos no quisiste...”

Iris hablaba y hablaba, y ella tenía ganas de empastillarse y dormir hasta el atardecer, como siempre. De su buen sueño dependía su trabajo. Varias horas intensas en una tarea nada sencilla y poco gratificante. Un trabajo extraño. La mayoría del tiempo sentía asco por lo que hacía, pero a veces tenía un gustito a venganza que le hacía evocar fantasías muy alejadas de lo sexual, que tenía que sofocar a toda costa.

“Así que si vos no hablás con él igual va a escribir sobre el tema, pero con unos huecos que prefiere que no existan. Necesita de primera mano los hechos y yo le dije que te iba a llamar y que iba a tratar de...”

Ya no aguantaba más. Ni la charla, ni la memoria. Los recuerdos amenazaban con emerger y desbordarla y por primera vez se encontró preguntándose si hablar de ello amparada en el anonimato no sería lo mejor. Porque una cosa era sentarse en un estrado como testigo para el juez Baillón y atraer todas las miradas. Y otra cosa era dar testimonio para un libro. Ni siquiera sabía el género de ese libro. ¿Sería una novela, una investigación periodística?

Si podía garantizarle el anonimato, tal vez... Si pudiese asegurarse siquiera...

Iris seguía hablando de lo buen muchacho que era el español, de cuánto entusiasmo ponía cuando le comentaba sobre el libro, de lo comprometido que parecía con el asunto los derechos humanos.

“Lo vi tan solo, que hasta pensé en invitarlo a comer. Tengo el teléfono acá... No sé si lo querés. Bueno, yo te lo paso por mail y vos ves qué hacés luego. Pensalo”.

Le aseguró a Iris que lo iba a pensar. Cualquier cosa con tal de cortar. Pero lo cierto es que lo pensó.

Lo pensó todo el día y al siguiente lo llamó.

Capítulo 4

Bárbara se masajeó la nuca con los dedos. Estaba realmente agotada.

Había ido a un desayuno de trabajo, a una inauguración, había recibido al jefe del sindicato de los metalúrgicos y a la asociación de banqueros. Había firmado doce documentos y respondido una llamada de una emisora, donde la habían increpado duramente por las lesiones de un jornalero portuario, en un accidente de trabajo ocurrido el día anterior.

Su tarea como diputada no requería tanta energía... Se sentía tensa y fastidiada, sobre todo porque no había podido echar mano a un par de casos que venía llevando como abogada, aún antes de asumir la subsecretaría de estado.

Bien, no se iría a la cama sin revisar esos documentos. Y mientras se disponía a hacerlo una llamada telefónica la interrumpió.

Vaya... ¿a esa hora?

No quería hablar con él, pero no podía dejar de atenderlo. Era su prometido después de todo.

—Hola, Octavio.

—Bárbara, querida...

Siempre la misma forma de saludarse, siempre los mismos diálogos.

—Es bastante tarde.

—No para tu novio, espero. Además no hablamos desde la mañana. ¿Qué tal estuvo tu día? Quiero que me cuentes qué hiciste hoy.

Otra cosa que fastidiaba soberanamente a Bárbara era ese empeño de Octavio de conocer en detalle cada paso que daba.

No tenía ganas de hablar con él... Hacía bastante que no tenía. No obstante, no sabía negarse a nada que le pidiera.

Octavio del Campo había sido su pilar y su muro de contención. Lo

conocía de toda la vida, y hacía siete años que salían.

Al principio, cuando él mostró interés en ella se sintió halagada. Un exitoso cirujano al que había admirado desde niña, que la había tenido como paciente y le había solucionado la vida, muy estimado por su familia, atractivo y mayor... Bastante mayor. Le llevaba veintidós años para ser exactos, pero ella siempre había sido demasiado madura y nunca le habían gustado los chicos de su edad.

Además, desde la muerte de Tobías su primer y único novio, no había tenido ninguna inquietud romántica o erótica hasta que Octavio se le declaró.

Tobías... Hacía mucho que no pensaba en él. Se estremeció al recordar cómo aquel tumor se lo había llevado tan prematuramente. Solo estuvieron juntos seis meses y había sido su primer amor, pero la vida era cruel o mejor dicho la muerte, y el pobre Tobías había claudicado después de una lucha por demás breve. Tres meses. Maldito cáncer.

—¿Barb?

Odiaba ese sobrenombre, pero se obligó a responder con amabilidad.

—Aquí estoy. Solo que un poco cansada y sin ganas de hablar.

—Vamos, querida. No he dejado de pensar en vos toda la tarde. Te extraño, en serio. ¿Cuánto hace que no estamos juntos? Mis sábanas ya han perdido el aroma de tu cuerpo, y quisiera verte, hacerte el amor...

Bueno, parecía que Octavio estaba con ánimo lascivo, pensó Bárbara cínicamente. Eso no pasaba con frecuencia y se le antojaron bastante cursis sus palabras, que lejos de despertarle algo, más bien le resultaron repugnantes. ¿Qué le estaba pasando? Últimamente no tenía ganas de nada, y todo lo que él le decía le sonaba fuera de lugar, ajeno, sobreactuado.

—Perdoname Octavio, pero... —murmuró frotándose la sien izquierda con energía, porque había empezado a dolerle bastante la cabeza.

—No sé qué mierda te pasa, Bárbara. Me rehuís continuamente. ¿Qué te está pasando conmigo?

—Nada, yo...

—Voy a pensar que ahora que estás alcanzando tus metas yo ya no te sirvo. Tal vez eches de menos a alguien en la cámara...

Celos. Siempre celos. O por lo menos fingía estar celoso, pero a Bárbara hasta eso le sonaba falso.

—Te dije mil veces que no hay nadie. No quiero volver a discutir por ese tema por favor...

—¿Entonces qué es?

No sabía qué decirle porque no tenía idea.

Discutían cada vez con más frecuencia. Por celos, por intereses

encontrados, por desacuerdos tontos, por nada.

—Ya te dije que estoy demasiado cansada.

—¿Demasiado cansada incluso para el hombre que te ama? ¿Para tu futuro marido, Bárbara?

—Octavio, por favor. No quiero discutir. Además, no sé el motivo de este súbito interés en... verme.

—¿Qué querés decir? ¿Qué no te atiende bien? Porque según recuerdo a vos te venía muy bien que te dejara tranquila.

Bueno, en parte así era. Luego de un período inicial de encuentros sexuales bastante satisfactorios, Octavio había resultado en un amante poco exigente y de libido algo apagada. Bárbara se había acostumbrado, más bien se había conformado con esa apatía sexual de su novio, la cual le había resultado contagiosa y hasta ventajosa, por lo que no entendía el motivo de ese repentino interés de Octavio en “hacerle el amor”. Sacó cuentas rápidamente y llegó a la conclusión de que hacía al menos tres meses que no la tocaba, pero jamás se lo echaría en cara porque ella lo prefería así. Definitivamente no era una entusiasta del amor físico, nunca lo había sido y estaba segura de que nunca lo sería.

“Frígida. Eso sos, reconocelo. Ese hijo de puta hizo de vos una mujer frígida” pensó, pero enseguida replicó:

—No dije eso. Solo me preguntaba si de verdad querés sexo o lo que echás de menos es mi compañía, que conversemos... Porque si es así, yo también lo extraño, solo que hoy tengo una terrible jaqueca y prefiero que esperemos al fin de semana para vernos.

Al parecer su salida fue del agrado de Octavio porque cambió de talante por completo.

—Nos tenemos que ver antes. Mañana miércoles estamos invitados a lo de tus padres a tomar un aperitivo.

Bárbara se tensó.

—¿Por qué?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Esteban es mi amigo de toda la vida, su mujer es mi paciente y su hija mi novia, te recuerdo.

—Pero nunca vamos a... No sé por qué tenemos que...

Siempre había tenido facilidad de palabra, pero en ese momento esa virtud la abandonó.

—¿Qué te pasa? No *tenemos* que hacer nada, simplemente vamos a ir a lo de tus viejos a las siete. Hoy me encontré con Elena en el banco y nos invitó. Tu hermano Víctor acaba de volver de Colombia y me gustaría saludarlo. Ya sé que vos no los bancás, pero es tu familia, carajo.

Víctor. Decir ese nombre para ella era como invocar al demonio. No lo veía desde hacía... Desde que se casó con Mayra y se fue a Colombia. Un montón de tiempo... Se quedó paralizada. Si antes balbuceaba, en ese momento se quedó sin palabras.

—Tu madre está un poco gagá. Primero me invitó a cenar, pero hace un rato me llamó y me dijo que Esteban tenía un compromiso ineludible a las diez, y que ella no lo tenía agendado así que lo cambiamos por un copetín. Y yo sé que vos no tenés nada a esa hora porque acabo de preguntarle a Mónica por mail. Me pasó tu agenda de esta semana así que no tenés excusa, Bárbara.

Pero ella no se iba a rendir así de fácil. No podía decirle a Octavio el porqué de su renuencia, pero igual intentó zafar.

—Octavio... Prefiero no ir...

Pero él no se rendía.

—¿Y se puede saber por qué?

¿Qué le podía decir? “Porque mi hermano es una lacra, la peor sobre la tierra. Porque es el responsable de que bajo esta fachada de éxito y seguridad, viva una niña temerosa, más bien aterrada. Porque él me arruinó la vida...” No, no podía siquiera mencionarlo. Si no lo hizo en su momento por miedo o vergüenza, si eligió sepultarlo para siempre en el pasado, si había sido tan cobarde como para callarse todo ese tiempo, no tenía caso hablar ahora de eso con nadie. Nunca lo hizo, y estaba claro que ya no lo haría.

—No me cae bien Víctor, y vos lo sabés —fue la pobre excusa que esgrimió.

—Es un estúpido capricho. Sos tan presumida, Bárbara. Ahora que estás en la cima te olvidás de tus orígenes. Solo porque tu hermano es un fracasado y vos muy exitosa, no deberías de dejar de lado la humildad. Dejate de tonterías, que seis y media te paso a buscar por el ministerio, Subsecretaria —le dijo con marcada ironía. Y luego colgó.

Bárbara cerró los ojos.

Cuando los abrió, los tenía llenos de lágrimas.

Esteban Larriquer estaba furioso. Qué manía tenía Elena de fijar compromisos sin avisarle, Estimaba a Octavio, pero ese día era muy especial para él y no quería distracciones.

Había planeado cada uno de sus pasos para ese miércoles tan esperado.

Cenaría temprano, se ducharía, y con la excusa de ir a jugar una partida de póker al centro militar, se iría apenas pasadas las nueve a su cita con Madame Dominique.

Pero claro, la entrometida de Elena que toda la vida le había roto los huevos y los planes, no tuvo mejor idea que invitar al médico y a Bárbara a cenar. ¿Con qué necesidad? Solo se veían en algún evento social, porque ni siquiera se saludaban en los cumpleaños. Bueno, Elena y Bárbara seguían en contacto, pero fuera de allí. No veía el motivo de estrechar lazos justo ese día.

Por suerte a último momento logró cambiar la cena por un aperitivo, por lo que esperaba encontrarse liberado de todo compromiso a más tardar a las nueve, tal como lo había planeado.

Y mientras esperaba, se recostó en el sofá y se perdió en su fantasía... Qué ganas pero qué ganas.

Por fin conocería al objeto de sus desvelos. Madame Dominique y el encuentro tan ansiado lo tenían en las nubes. Solo de imaginarla erguida, mirándolo con suficiencia y con una bota aplastándole el pecho, se excitaba. Era una tortura exquisita recrear su voz sensual con un toque de autoritarismo, y fantasear con que le daba órdenes... Sería un placer inmenso someterse a sus deseos y aceptar sus castigos. Haría todo lo que ella quisiera, y aguantaría estoicamente cualquier daño que ella quisiera infringirle.

—¿Dónde es que vas después, pa?

Se removió inquieto pues había olvidado que no estaba solo. Allí estaba el estúpido grandulón de su hijo. Tonto hasta decir basta, inútil por demás.

“Qué aborto se perdió Elena”, se dijo mirándolo con disgusto.

—Al círculo militar a jugar a las cartas.

Víctor sonrió ilusionado.

—¿Puedo ir contigo?

Esteban rió, irónico.

—El círculo militar es para militares. ¿Vos sos militar? No. ¿Lo fuiste algún día? No. Vos en este momento dejaste de ser un mantenido de tu mujer, y sos un músico frustrado en el paraíso de la coca, así que te quedás acá y aguantás a tu vieja y a tu hermana si es que terminan quedándose más de la cuenta.

Vio como su hijo se tensaba, pero también cómo le brillaban los ojos.

Él lo miró con reprobación y Víctor tragó saliva.

No sabía que aún tenía ese caprichito... Si hubieran sido gente ignorante era entendible y hasta excusable, pero no lo eran. “A la prima se le arrima y a la hermana con más ganas”, rezaba un viejo dicho del interior profundo, donde el incesto era moneda habitual. Pero Víctor, por más palurdo que fuera no podía escapar a los tabúes impuestos y además era un cobarde. Pero por si las moscas, en su momento le había advertido que ni se le

ocurriera siquiera pensar en una aberración así, y él le había jurado que jamás se le había cruzado por la mente.

“Marica. Es un marica por culpa de la madre, que siempre lo consintió. Qué familia de mierda me tocó, carajo. Creo que Bárbara, aun no siendo santo de mi devoción es la única que vale la pena, la única que va a llegar lejos” se dijo. “Treinta y un años y diputada de la derecha. Vaya ironía de la vida...”

Movió la cabeza y sonrió. Víctor lo miró inquisitivo, y el Esteban hizo otra mueca de disgusto. Su familia era una mierda, su vida era una mierda, pero en pocas horas eso cambiaría por obra y gracia de una mujer.

Madame Dominique... Qué ganas pero qué ganas.

Iván parecía perro con dos colas de tan contento que estaba.

Ella lo había llamado.

Ella quería verlo.

Bajo la promesa de no grabar la conversación, le daría la entrevista tan ansiada que haría que su libro fuese lo que había planeado, y por fin su vida cambiaría.

Ese miércoles se levantó temprano. Se sentía ansioso pues presentía que la charla con esa mujer sería clave, pero además sentía que la suya era una historia digna de ser contada. Y si era propicio, intentaría que ella buscara al bebé que había tenido en prisión, y que denunciara los horrores vividos para que los culpables pagaran.

Sabía que sus objetivos eran ambiciosos. Si el juez Baillón no lo había logrado, era difícil que él, un simple periodista lo hiciera. Pero si ella le diera la oportunidad de convencerla... Después de todo, había sido un gran avance el lograr esa entrevista.

“Voy a exorcizar mis fantasmas contándole mi historia, señor Kessler. Pero tiene que prometerme que tanto mi identidad como mi actividad laboral serán mantenidas en reserva”.

Se lo prometió, por supuesto. Le hubiese prometido lo que fuera con tal de lograr entrevistarla, y en ese momento a solo un par de horas de la cita se sentía en las nubes.

Se dio una ducha, y se fumó un porro que le había comprado al cuidacoches de la cuadra. Había alquilado un Spark en el aeropuerto porque le habían dicho que Montevideo era una ciudad con un sistema de transporte lento y escaso. Con él había visitado las principales atracciones turísticas de la ciudad, y había ido a la zona rural para entrevistar a un par de ex presos políticos de la dictadura que se habían acogido en la ley de amnistía en el retorno a la democracia.

Le hubiese gustado conseguir una entrevista con “el Pepe Mujica”,

pero no fue posible. Su popularidad estaba por las nubes y era inversamente proporcional a la oportunidad de concertar una cita con él. Incluso se rumoraba que podía ser presidente de la República cuando la izquierda llegara al poder.

De todas formas, lo que a Iván realmente le interesaba era lograr entrevistar a la mujer cuya historia lo había impresionado tanto.

“Descalza. Descalza en la nada, sin hacer ruido, sin llamar la atención, sin reclamar, sin exigir... Hasta que no grites, tus heridas jamás se cerrarán. Y mi libro va a ser el medio para que lo hagas. Has renunciado a algo muy preciado, pero ya va siendo hora de que alces la voz, Laura Maldonado” pensó.

Y luego cogió las llaves del coche y fue a su encuentro.

Capítulo 5

Madame Dominique miró al hombre que tenía frente a ella y sonrió.

Se lo veía tan... azorado. Era evidente que jamás hubiese esperado encontrarse con alguien como ella y un lugar como ese, cuando arreglaron el encuentro.

Aguardó unos minutos para darle tiempo a reponerse. Lo vio observar a su alrededor, y también mirarla a ella que vestida de con ropa de calle parecía desentonar con el entorno.

Sentado en una de las altas banquetas de la barra, bebió su trago de golpe y luego la miró a los ojos, pero permaneció en silencio.

Ella sintió pena por él. Era muy guapo... La diferencia de edad no influía para nada en el hecho de notar cuan atractivo era, pero a Madame Dominique no se le movía un pelo ni con él ni con nadie.

Decidió ser ella quien rompiese el hielo, y tomó la palabra.

—No es lo que te imaginás —le dijo.

El hombre arqueó las cejas, pero no habló.

—No. No es un puticlub. Lo parece pero no lo es.

Se sentó junto a él en la barra. Era poco más de la una de la tarde, y no había nadie más allí.

—¿Otro trago?

Al verlo asentir, se lo sirvió y se lo acercó.

—Gracias.

Lo había imaginado más locuaz. Por teléfono le había parecido más desenvuelto. Era evidente que no esperaba que el encuentro tan ansiado iba a ser en la sala de un departamento decorado como una mazmorra moderna donde el cuero y el rojo destacaban. Un pequeño y lujoso sitio, que cuando menos generaba cierta confusión en torno a las actividades que allí se

desarrollaban.

Se abrió una de las puertas del pasillo y salió una mujer. Como estaban en penumbras no se podía distinguir sus facciones, pero parecía andar en los cincuenta.

Detrás de ella apareció un joven *Adonis*, con pantalones de látex negros y el torso cruzado con cinturones de cuero, que la acompañó hasta la puerta. Cuando el chico se dio la vuelta y se acercó al bar, Madame Dominique miró al hombre que estaba con ella y le indicó:

—Vamos a estar más cómodos en mi oficina.

Sonrió al decirle esto último... Ya la vería él con sus propios ojos.

Y así fue. La oficina de Madame Dominique era una habitación amplia y llena de instrumentos dignos de una cámara de tortura. No obstante no parecía atiborrada ni agobiaba la vista. Todo estaba dispuesto de forma armónica, y lo que en un principio llegaba a impresionar al rato se empezaba a disfrutar, aunque fuera por una inevitable curiosidad.

El hombre dio unos pasos por la habitación, claramente fascinado.

“Es evidente que no es un puticlub tradicional, porque ni siquiera hay una cama, pero aquí se desarrollan actividades sexuales, que no me jodan” pensó.

Y como si tuviese el poder de leer los pensamientos, ella asintió.

—Así es, querido. Soy una dómina. ¿A que nunca sospechaste el alcance de mis traumas del pasado?—le dijo, al tiempo que tomaba asiento detrás de un escritorio de madera antigua y lo invitaba con un gesto a sentarse enfrente.

Iván Kessler, aferró su bolígrafo. Y luego contuvo la respiración cuando ella agregó:

—En esto me convirtieron y yo lo capitalicé para sobrevivir. Y aunque no lo parezca esto es lo que me permite seguir andando de puntillas, descalza en la nada...

—Si no querés no tenés por qué ir, Bárbara.

Ésta levantó la vista del monitor y observó a su secretaria con el ceño fruncido. Sabía desde un principio que sería un error llevársela al ministerio, pero el daño ya estaba hecho. Mónica era como un Pepe Grillo con rizos y enormes anteojos de carey que no solo la analizaba, sino que la juzgaba, la aconsejaba, la criticaba y le ordenaba la vida. Y esto último impedía que Bárbara la echara con viento fresco ante sus insolentes observaciones. Los demonios y los ángeles de Mónica hacían a su esencia.

—No me digas... ¿Sabés a cuántos eventos no quiero ir y tengo que ir? ¡Muchos! ¡A diario! Así que no sé para qué te comenté que no tenía ganas de...

—Me lo contaste porque necesitás que alguien te confirme que podés decirle que no a Octavio y sus estúpidas imposiciones. Ese novio tuyo es un auténtico dictador —le espetó la morena sin cortarse ni un poco.

—Haceme el favor de traerme la plataforma de reclamos de los textiles. Y te aclaro que no permito ni que me impongan ni que me confirmen nada, Mónica. Soy una mujer responsable y consciente de que a veces hay que ceder, y si no fuese así no podría desempeñar la tarea que se me encomendó acá ¿no? —le replicó muy resuelta.

Pero Mónica que habitualmente no tenía filtro, continuó decidida como estaba a decirle cuatro frescas que tenía atragantadas con respecto a Octavio del Campo.

—La plataforma la tenés en tu bandeja de correo desde temprano. Y tu novio, Bárbara, no solo es un dictador: es un viejo amargado que no te merece.

—Basta.

—Sí, basta. Basta con verte la cara cuando estás con él. ¿Hasta cuándo vas a seguir? Ese tipo no es para vos. ¡Veinte años de diferencia no es moco de pavo! Yo creo que tenés miedo a estar sola y por eso le decís que sí a todo, incluso a cosas tan insignificantes como ir a lo de tus viejos con los que casi no te hablás, por el simple hecho de que a él se le antojó.

Bárbara inspiró profundo. No la sacaba a patadas del despacho, solo porque cada palabra de Mónica era nada más y nada menos que la verdad.

No sentía nada profundo por Octavio. No había amor, no había deseo. Lo que sí había era confianza, afecto y costumbre. Era cómodo estar con él. Se prestigiaban mutuamente, y se acompañaban. Se complementaban y generalmente se comprendían. Era un cariño tibio, tranquilo y cómodo, siempre que él no se pusiese demandante. Por eso hacía concesiones como la de aquella tarde, aunque la angustia le oprimiera el corazón solo por pensar en volver a ver a Víctor.

Un asco visceral la invadió de pronto, y se preguntó como haría para tolerar esa especie de prueba de estar en la misma habitación que él.

Las manos comenzaron a sudarle, y unas manchas rojas aparecieron en sus mejillas. Se sentía mal... Tan mal como cuando tenía doce años y sucedió lo que sucedió. Y en ese instante se dio cuenta de que no podría afrontar esa reunión.

Ni en un millón de años.

—Bárbara...

No respondió. Intentó tipear en su ordenador portátil pero tenía las manos paralizadas. Mónica rodeó el escritorio y le puso una mano en el pelo. No tenía idea de por qué Bárbara se había puesto así, pero se dio cuenta de que necesitaba apoyo en ese momento.

—Perdón, Bárbara. Perdón. No era mi intención...

La aludida elevó la mirada. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Está bien —murmuró—. En parte tenés razón...

Y echando mano a toda su capacidad de resiliencia, tomó su móvil y le dijo a Octavio que no contara con ella para lo de esa noche. Y antes de que comenzara su perorata de réplicas a cada cosa que ella dijera, le colgó.

Se sintió mejor. Ya no era aquella niña que no supo negarse, que no se atrevió a hablar. Ahora era una mujer adulta dueña de sus actos, y no iba a permitir que nadie la forzara a enfrentar una situación que le hiciera daño. Porque una cosa era asistir a un compromiso social, y otra muy distinta enfrentarse al hijo de puta de Víctor Larrique, su hermano, el hombre que le había arruinado la vida.

Ni bien lo dijo, ni bien tomó contacto con los horrores de su pasado reconociéndolo ante un perfecto extraño, se arrepintió.

Se dio cuenta de que contrariamente a lo que había creído, no estaba preparada para algo así. Y era posible que nunca lo estuviera.

El periodista, luego de su estupor inicial, había empezado a bombardearla a preguntas que ella no podía dejar de responder con evasivas. Todo el tiempo procuró mantener la conversación a un nivel por demás superficial.

Le contó lo que todos sabían: las torturas, la incertidumbre, la desesperación, el dolor... Pero él parecía estar decidido a llegar hasta el hueso.

Intentaba llevarla al tema que ella no podía tocar. No era que no quería; sencillamente no podía. Lo soslayó todo lo que pudo hasta que Iván decidió ser directo, y vaya si lo fue.

—Has parido en prisión. Entiendo que fue algo...

Eso fue devastador.

Has parido en prisión. Ni siquiera había sido una pregunta, sino una afirmación.

Madame Dominique se revolvió en su asiento, inquieta. Maldita Iris. Había estado distanciada con ella por habérselo contado a Baillón, pero ahora quería matarla pues se daba cuenta de que el hecho de que hubiese mantenido

su identidad en secreto, no había impedido que trascendiera.

La verdad era que no se esperaba que alguna vez alguien la interrogara sobre eso. Era un tema tabú para ella. No quería, no podía traerlo al presente porque le hacía mucho daño, así que simplemente lo negó. No podría enfrentarse a eso jamás.

—No. Te han pasado mal el dato.

El periodista frunció el ceño. Iris le había advertido que posiblemente lo negara y hasta se riera de él.

—No me parece. ¿No cree que va siendo hora de cumplir con lo que se había propuesto hace treinta años? Si no quiere castigar a los culpables, debería al menos buscar a...

—Sea lo que sea que te han dicho, seguro se referían a otra persona. Yo no he parido ni dentro ni fuera de prisión, y espero que no vuelvas a referirte a ese tema porque de verdad me incomoda.

—¿Le incomoda? ¿Por qué?

Madame Dominique se miró las manos, nerviosa. Definitivamente asesinaría a la estúpida de Iris. ¿Por qué mierda había cometido aquella infidencia?

—Porque no es cierto. No insistas, querido, porque por ahí no vamos a ningún sitio. No voy a hablar de algo que jamás sucedió solo para darte material.

Iván se puso de pie. Dejó el cuaderno de notas sobre el escritorio y se acercó a la ventana.

—Dominique... o como se llame: no tomaré nota de eso. Y como me ha pedido, tampoco estoy grabando. Solo quiero saber qué sucedió... Creo que será muy liberador enfrentarse a esos fantasmas y retomar su vida. Y le prometo que no lo pondré en el libro, a menos que usted lo apruebe.

Ella también se paró. Se sentía indignada y también muy presionada. Su nerviosismo se hacía cada vez más evidente, y de pronto se sintió demasiado agobiada. Una extraña sensación ya conocida para ella comenzó a invadirla.

“Un ataque de pánico, no por favor. No otra vez... No, no, no.”

No estaba ni remotamente lista para hacer que el pasado regresara con toda su carga emocional. Haberle dado la entrevista había sido un estúpido impulso del cual ya estaba por completo arrepentida. Ya no quería hablar de nada con ese hombre, pero se daba cuenta de que no podía despedirlo con viento fresco a esa altura de los acontecimientos. Ese Kessler parecía determinado a conseguir lo que quería, y ella y su vulnerabilidad de ese momento poco podían hacer ante esa determinación.

Así que decidió dilatar, o más bien posponer.

—Mirá, pibe... Ahora tengo que recibir a un cliente y no puedo seguir hablando. ¿Qué te parece si lo dejamos para otro día?

No contaba con que el periodista se negara.

—Me parece que lo mejor es que liquidemos todo hoy... Si no le molesta esperaré. Podemos hablar cuando termine de...

Madame Dominique se tensó. No tenía forma de escapar... Pero lo haría, de alguna manera lo haría. Se acercó a la puerta y la abrió.

—Pueden ser largas estas sesiones. ¿Por qué no volvés el lunes?—le preguntó, a sabiendas de que el lunes no estaría allí. Hacía meses que no se tomaba un descanso y de pronto se le ocurrió que ese sería el momento. Se iría a las sierras de Minas, lejos del mundanal ruido, de los látigos y esposas, y de ese periodista insistente que amenazaba con destruir lo que tanto le había costado construir.

Pero él no cejaba en su empeño de llegar adónde se había propuesto. Y ella entendió que ese era el objetivo, y el eje de la nota.

No... Ni en un millón de años podría hablar de eso. ¡Había sido una estupidez darle la entrevista! No quería enemistarse con él mandándolo a la mierda, pues temía que pudiese tomar represalias, y sacar a la luz su verdadera identidad. No necesitaba que a esta altura del partido alguien la asociara con Laura Maldonado... ¡Después de todo ni siquiera lo conocía! Y ya no le parecía para nada de fiar. Sobre todo cuando escuchó su respuesta, mientras avanzaban por el pasillo hacia la sala.

—Me quedaré en el bar.

Entonces ella lo miró con frialdad.

—No es posible —le dijo en un súbito arrebató de inspiración—. A menos que estés esperando un servicio.

Iván alzó una ceja, pero no se amedrentó. Estaba seguro de que si se marchaba, no volvería a verla.

Y eso se había tornado en un desafío. No había cruzado el océano por nada, y no se iría con las manos vacías luego de haber estado tan cerca. Ese asunto de la pequeña bebé con la oreja marcada lo tenía obsesionado. Tenía la absurda fantasía de que esa criatura, que ya sería una mujer si es que había sobrevivido, podía leer el libro y luego decidirse a buscar sus orígenes.

“A esa mujer le arrancaron un hijo, y a ese hijo una identidad” le había dicho Baillón. Y eso para él, que siempre sospechó que era hijo adoptivo y nunca pudo comprobarlo, era algo que no se podía enterrar en el olvido, ni siquiera bajo un gran trauma. Para él no había esperanza, pues estaba registrado como hijo legítimo de sus padres ya fallecidos, pero la edad en que lo habían concebido era por demás sospechosa. Su madre tenía cincuenta y un

años, y su padre sesenta y uno cuando él nació. Él moriría con la duda y ya había superado la frustración de no poder saberlo jamás, pero en este caso había esperanza.

Y también necesidad de justicia. Así que no dudó cuando le dijo:

—Sí. Quiero un servicio.

Madame Dominique pareció contrariada pero solo un instante.

—Lo siento. Es necesario agendarse para eso.

Iván sonrió. No entendía por qué no lo sacaba a patadas del lugar y eso le dio ánimos para seguir presionando.

—Venga, vamos... Vengo desde muy lejos. Esperaré lo que sea necesario para una “sesión” y para terminar nuestra conversación. No tengo nada que hacer fuera de aquí.

“Tan terco como atractivo. Hijo de puta... Voy a tener que ser más firme, pero me voy a deshacer de vos como sea” pensó ella, pero antes de que pudiese emitir palabra, alguien se le adelantó.

—Yo también tengo toda la tarde libre. Me cancelaron dos clientes.

Detrás del bar había una mujer de unos treinta años. Vestía como una ejecutiva, con un traje de chaqueta y falda negros. Por su escote asomaba un pequeño trozo de encaje... Se veía muy bien con su cabello rojo, y sus ojos verdes.

Madame Dominique también era hermosa. “No representa cincuenta ni cerca. Tal vez cuarenta, pero se conserva divinamente” se dijo Iván. Obviamente prefería estar con ella, pero si tener una “sesión” con la pelirroja era la forma de permanecer allí, la tomaría. Hacía años que no iba de putas, pero no le vendría mal un poco de relax.

Claro que no estaba seguro de qué iba eso. No era un puticlub, ya lo sabía, y ese asunto del BDSM estaba fuera de sus intereses. No sabía nada de nada, y tal vez se hubiese preparado leyendo si hubiese sabido que Laura Maldonado era una... ¿dómina? ¿sádica? O tal vez fuera lo contrario... Ella se había referido al “alcance de los traumas de su pasado” e Iván se encontró preguntándose hasta dónde llegarían exactamente. Quizá ese fuera el punto por el cual intentar retomar el contacto. Bien, lo haría. Se acostaría con la pelirroja, pero le aclararía que nada de zurras y toda esa parafernalia del sado.

—Estaría encantado de poder disfrutar de tu... tiempo —le dijo con una sonrisa—. Supongo que solo en efectivo...

Madame Dominique se alteró bastante, pero no lo demostró. Tenía que guardar la compostura.

“Gallego del demonio, me estás desafiando. Bueno, vas a tener que esperar. Tanto, que te vas a cansar. Te vamos a desplumar, y te vas a volver a la

madre patria con la cola entre las patas”, pensó disgustada. No lo rechazaría abiertamente, sino que le ganaría por cansancio. Y Priscilla se encargaría de eso, sin dudas.

—Bien. Te dejo con Priscilla. Yo tengo clientes hasta altas horas, así que... Si no te veo, que tengas buen retorno a tu país —le dijo, y luego se dio media vuelta para volver a su “oficina”.

—Dominique...

La voz del español la detuvo.

—¿Sí?

—No regresaré a España hasta saber la verdad. Toda la verdad.

Ella inspiró profundo.

—La verdad, estimado, está sobrevalorada. No obstante te dije todo lo que recuerdo. Si seguís hurgando no vas a encontrar nada, vas a perder tu tiempo y hacerme perder el mío. Y te aclaro que es tan valioso que se va a llevar todo tu “efectivo”. Eso dalo por seguro—replicó, recobrando la seguridad que la caracterizaba.

Y luego continuó caminando sin mirar atrás.

Capítulo 6

El Sargento llegó antes de la hora y por ese motivo no le permitieron entrar. Se fue al bar de la esquina y se tomó un par de tragos, hasta que dieron las diez y volvió al lugar.

Esa vez sí le abrieron la puerta.

Había un chico detrás de una barra, en una sala roja que parecía el interior de un corazón. Él sintió que se aceleraba el suyo de solo pensar qué era lo que sucedería en instantes.

Madame Dominique... Solo la conocía por fotos, pero era tan grande el deseo de someterse a su látigo que le dolía la piel. Nunca había deseado nada tanto, y mucho menos proviniendo de una mujer a la que no le había visto el rostro jamás. Para él era una enmascarada que tenía en sus manos el poder brindarle el más grande de los placeres, y él lo disfrutaría como nunca antes había gozado nada.

No tenía idea de cuánto le costaría y no le importaba. Estaba listo para costear lo que fuera con tal de cumplir sus fantasías.

Cuando el chico se lo dijo pagó en efectivo y sin chistar, y luego él lo condujo por el pasillo hasta la “oficina” de Madame Dominique.

El Sargento se sentía tan perturbado que hasta sintió que le temblaban las piernas. La puerta se abrió y luego se cerró detrás de él.

La habitación desapareció y solo quedó ella...

Estaba de espaldas y se veía hermosa. Tenía puesto un vestido negro de mangas largas, con un pronunciado escote que le llegaba a la cintura. Era de corte sirena y moldeaba por completo un cuerpo esbelto donde se destacaba un culo generoso y largas piernas que él imaginaba enfundadas en botas.

En la penumbra se distinguía el perfil de su rostro enmascarado. Era perfecta, tal como la había imaginado.

Un escalofrió le atravesó el cuerpo.

La recorrió con la mirada, apretando los dientes y los puños. Se murió de amor aún antes de verle la cara cuando la escuchó decir:

—Muy bien, “Once”. Parece que estás de suerte porque hoy te toca. Luego se volvió a mirarlo. Y en ese momento, todo cambió.

La sesión había sido más bien una larga espera bien condimentada. Es que ni bien entraron él se dio cuenta de que ese tipo de cosas no lo excitaban, sino más bien le daban cierto temor. Y que por ese motivo no tenía ni las más mínimas ganas de follar.

—Vos no sos “sum” —afirmó la pelirroja, que se llamaba Priscilla.

—Ni de coña —respondió él.

Ella se rió, y encendió un cigarro. El olor dulzón de la marihuana lo tentó.

Aceptó el porro que ella le tendió, y se relajó.

—¿Cuándo crees que Madame Dominique termine con sus “sesiones”? Priscilla se encogió de hombros.

—Normalmente recibe clientes hasta la madrugada, pero creo que hoy el último se va a medianoche, a más tardar.

Iván frunció el ceño.

—Pues tendré que esperar, entonces.

—Parece que sí. ¿Querés jugar conmigo o no? Mirá que soy switch.

Vaya sorpresa. Vagamente reconocía el término por haber leído sobre el tema en internet, pero tampoco le apetecía zurrar a nadie.

Ni golpear, ni que lo golpearan. El sado no le cuadraba de ninguna forma. Y ni siquiera tenía ganas de desfogarse.

—Paso, guapa. Solo quiero hacer tiempo ¿vale?

La chica hizo una mueca. Cualquiera pensaría que de verdad quería “jugar”.

—Es tu dinero. ¿Un trago?

Ya había tomado dos, pero igual aceptó. Y luego se tomó otro y otro después.

Priscilla le contó algunas anécdotas con clientes, pero él quería saber más de Madame Dominique. La joven se mostró bastante reticente en sus comentarios sobre la que al parecer era su jefa. Le dijo que ella se dedicaba más que nada a “educar” esclavos ajenos, y que no solía tener relaciones sexuales completas con ninguno de ellos. También recibía “doms” y les enseñaba a perfeccionar sus técnicas. Era experta en nudos.

Sobre la vida personal de Madame no quiso decir una sola palabra, y finalmente Iván dejó de insistir.

Como era su último cliente del día la joven no tenía prisa, así que él continuó bebiendo y ella contándole cuan entretenido podía llegar a ser su trabajo hasta que él dejó de escucharla.

Terminó amodorrándose en el sofá de la “oficina” de Priscilla. Justo después de verla salir cerrando la puerta despacio, el sueño lo venció.

Y se rindió.

Octavio no la llamó en toda la tarde y tampoco la atendió cuando ella lo hizo.

A medida que pasaban las horas la desazón de Bárbara aumentaba. Se sentía estúpida por haberse negado a acompañarlo a la casa de sus padres. Su madre era una buena mujer, y ella la quería. No se veían con frecuencia porque Bárbara no toleraba visitar la casa paterna en la cual había sufrido tanto, y dejaba que su padre creyera que era una presumida sin remedio.

Octavio sí los veía, de hecho era amigo de su padre de toda la vida. Tal vez por ese motivo dos por tres intentaba que el vínculo se retomase. Como ese día, pero una vez más no lo había logrado.

Es que para Bárbara estar en la misma habitación que Víctor era impensable. No era tanto por sus padres que no quería asistir, sino por él.

A ellos los toleraba... Bueno, casi. Hablaba por teléfono con Elena de vez en cuando, pero nunca con su padre. De hecho casi no tenía contacto con él, porque siempre sospechó que supo lo que ocurrió y aún así no hizo nada.

Igual tenía que haberse sobrepuesto al miedo y al asco, después de todos esos años. Tenía que haber acopiado fuerzas para enfrentarse a Víctor y hacer como si nada. Como si no hubiese pasado aquello que la avergonzaba, aún después de tanto tiempo.

Algún día tendría que hacerlo, no podía huir siempre. Además, ella era la víctima no la culpable, pero todavía no se sentía lista para eso. No ese día, al menos.

Después de las nueve de la noche sin tener contacto con Octavio, Bárbara comenzó a preocuparse. No tenía idea de si había ido solo a la casa de sus padres, de si continuaba enojado...

No sabía qué hacer. Se sentía culpable y triste, porque normalmente él no se daba por vencido tan fácil. Presentía que la relación había sufrido un quiebre importante y no estaba segura de querer que así fuera.

Conocía a Octavio desde que tenía memoria, y no quería perderlo bajo ningún concepto. Era su pareja, su amigo, su médico. Le tenía mucho cariño. Lo admiraba.

O tal vez no... Tal vez era lo que quería creer, y solamente lo necesitaba.

Como fuera, poco antes de las diez no aguantó más, agarró las llaves del auto y condujo hasta el departamento que tenía Octavio en Avenida del Libertador. Ella tenía llaves y solía entrar con frecuencia sin anunciarse con el timbre, así que hizo lo de siempre. Abrió y entró.

Apenas traspasó la puerta lo vio. O mejor dicho, los vio.

Y desde ese instante su mundo se derrumbó.

Ni bien se volvió y le echó una mirada lo reconoció. Y todo el peso del pasado cayó sobre ella dejándola sin aliento.

Ante sus ojos estaba él.

El Monstruo.

Más viejo, mucho más viejo, pero sus ojos tenían el mismo brillo malicioso: una mezcla de lujuria con crueldad. Reconocería esos ojos hasta en el infierno.

Laura Maldonado estaba de vuelta, paralizada, y presa del terror más intenso que había experimentado en los últimos treinta años. Ya no era una jovencita amedrentada, era una mujer madura completamente aterrada.

El miedo la recorrió entera y se instaló en su estómago en forma de una cruel puntada. Inmóvil, luchó contra sus impulsos de salir corriendo de allí, y logró controlarse.

Tragó saliva y se concentró en respirar. Inspiró, espiró...

Y cuando sintió que volvía a tener dominio sobre su cuerpo, clavó sus ojos en los del Monstruo.

Éste no parecía haberla reconocido lo que no era del todo extraño, pues ella llevaba una máscara que le cubría casi todo el rostro. Sólo se le veían los ojos verdes, y la boca roja. De todos modos estaba segura de que ese hijo de puta no recordaría a cada una de sus víctimas.

Y además, la mirada del Monstruo se hallaba perdida en su cuerpo. El largo vestido negro era bastante revelador, sobre todo en la parte inferior, donde la falda se abría dejando ver unas botas muy ceñidas que le llegaban hasta arriba de las rodillas.

Parecía fascinado por sus piernas, o más bien por sus botas. Lo vio pasarse la lengua por los labios y sintió intensas ganas de vomitar, pero se contuvo como pudo.

Finalmente se repuso, y logró que sus ojos transmitieran lo que debían: desprecio más que miedo. Frialdad. Odio. Autoridad.

Poco a poco fue dominando su cuerpo y sus pensamientos. La garganta que estaba seca retomó sus funciones y finalmente pudo hablarle.

—Vaya... ¿Te autoricé a mirarme? —le preguntó al tiempo que levantaba el látigo que tenía en la mano—. Parece que tendré que castigarte...

Y luego de decir eso observó lo que tantas veces había visto en sus esclavos: la mirada lujuriosa que ella recordaba tan bien desapareció, y fue sustituida por una expresión de extrema sumisión que era lo que ella

necesitaba para terminar de recobrase.

La mirada baja, ese repliegue... Lo tenía donde quería y eso le provocó un placer que hacía mucho que no experimentaba. No era exactamente un placer sexual. No, eso era otra cosa.

Y la temerosa Laura Maldonado se hizo a un lado a observar.

En su lugar quedó Madame Dominique con una misión. No había lugar para la duda. El destino había puesto a ese monstruo en su camino con un solo objetivo: darle la oportunidad de vengarse.

Como si el tiempo no hubiese pasado, se encontró en la posición ideal para tomar ese regalo de la vida. Lo tenía allí, a su merced para hacerle lo que le viniese en gana, tal cual él lo había hecho con ella, treinta años antes.

Y no iba a desaprovecharlo.

—Desnudo y de rodillas —le ordenó con voz firme—. Ahora.

El Monstruo se apresuró a obedecerla. Se hincó a sus pies y la miró a los ojos.

—Todo suyo, Señora —murmuró.

Ella le dio una bofetada, y luego le puso las manos a la espalda y lo esposó. Él permaneció con la vista baja, pero Madame Dominique pudo darse cuenta de que intentaba reprimir una sonrisa. Era evidente que lo estaba disfrutando... Pues ya lo remediaría.

Le colocó una correa de ahorque en el cuello, y con una bola de caucho lo amordazó.

—Hablarás cuando yo te lo permita, pedazo de mierda.

Él asintió, y Madame Dominique sintió por primera vez en años que podía existir la justicia en esta tierra. Creyó en Dios, en el Diablo, en el Karma. Y le agradeció al destino por haberlo puesto en su camino de la mejor forma posible.

En cuatro patas en el suelo, desnudo y vulnerable.

¿Cuántas veces había soñado con tenerlo así? Miles, y ninguna en un contexto erótico. Ella quería hacerle daño, muchísimo daño. Tanto como él le había hecho a ella, pero estaba segura de que no podría. Era imposible hacerle sentir lo mismo. A Laura Maldonado ese hombre le había arrancado un trozo de su alma; la había condenado a sufrir para siempre, a ser una especie de fantasma que se deslizaba por la vida de puntillas hasta encontrarse con la muerte.

Todo el dolor acumulado durante treinta años hizo eclosión en ese momento, en esa habitación.

“Ni olvido ni perdón. Venganza... Todo me condujo a este momento y voy a aprovecharlo. Basta de andar descalza; hoy voy a pisar tan fuerte, que

mis pasos se van a escuchar muy lejos y por mucho tiempo. Tal vez la vida que construí haya llegado a su fin, pero ya nada me importa porque también voy a destruir la tuya. Voy a hacer mierda hasta tu memoria. Tu familia te va a odiar...” se prometió. Y se dio cuenta de que podría descansar para siempre, solo si hacía lo que su mente y su alma le gritaban que hiciera.

Como poseída por una fuerza extraña, tomó la cadena y se puso detrás del Monstruo.

La enroscó en su mano. Dos vueltas.

Y luego comenzó a tirar. Al principio vio su calva congestionada, pero solo cuando el rojo se tornó intenso fue que él comenzó a retorcerse intentando zafar.

Pero ella no se lo permitió. Con el pie lo obligó a postrarse, y el Monstruo se golpeó la frente contra el suelo. Aun mareado y débil, se dio cuenta de que algo no andaba bien.

Y terminó de comprobarlo un segundo después con el dolor más intenso que había experimentado jamás. Si no fuese porque estaba amordazado, su alarido hubiese traspasado las paredes. Fue algo indescriptible, el horror en su estado más puro. Se desplomó hacia un costado y con el rabillo del ojo vio el tacón aguja ensangrentado que ella le exhibió.

Con una inusual violencia y saña, y aprovechando la posición vulnerable en la que se encontraba, esa mujer le había trepanado el ano con él.

En la mirada del Monstruo ya no había sumisión: había pánico. Era evidente que eso nada tenía que ver con el juego de roles que él se había querido procurar, pero por más que su mente buscara con desesperación, no encontraba respuesta al motivo de tal ataque.

Pero ella se encargó de dejárselo en claro.

Mientras él boqueaba como un pez transido de dolor, la mujer sonrió y se puso de rodillas junto a su espalda.

En el suelo, en posición fetal, el Sargento no la veía, solo escuchaba una risa que se le antojó diabólica. Se orinó sin poder evitarlo, y algo caliente y viscoso salió de su culo y se deslizó por sus piernas.

“Sangre” pensó, presa del terror. Sí, era sangre, y también mierda. Un olor nauseabundo vició el aire de la habitación, y las arcadas hicieron que los ojos casi se salieran de sus órbitas, pero ella no pareció notarlo.

Parecía como en trance cuando se inclinó sobre su cuerpo y le susurró al oído ese “abracadabra” que serían las últimas palabras que ella diría y las últimas que él escucharía. Esa frase, lo explicaba todo, lo justificaba todo, era la respuesta, era el principio y también sería el final.

—Punta de Rieles —le dijo.

Solo eso, pero bastó para que él comprendiera.

Y luego fue Laura Maldonado la que aferró la cadena con fuerza, y siguió tirando.

Capítulo 7

Lo que vio ni bien traspasó el umbral, estaba segura que quedaría grabado en su memoria para siempre.

Octavio de pie, desnudo en medio de la sala.

No estaba solo, por supuesto, y al parecer tampoco lo estaba pasando mal con el trabajito oral que le estaban haciendo en ese instante.

Bárbara sintió que se le aflojaban las piernas cuando se dio cuenta de quién estaba a los pies del médico. Ni en sus peores pesadillas se habría encontrado con una escena así.

Dos personas a las que conocía, en las que confiaba plenamente la habían traicionado. Se habían reído en su cara y eso no era lo peor.

Lo peor de esa situación era que Octavio no era Octavio. Es decir, no era el Octavio que ella conocía, sino no se explicaba lo que sus ojos veían.

De rodillas, junto a su prometido se encontraba Miguel Hernández, su suplente en la cámara de representantes. Sí, el flamante diputado Miguel Hernández, a quien ella le había cedido su banca al pasar a cumplir funciones en el Ministerio de Trabajo.

Luego del estupor inicial, Octavio, rojo como la grana intentó explicar lo inexplicable. Se puso una bata y se acercó a Bárbara con cautela.

—Esto no debió ser así —murmuró.

Ella estaba atónita. La carcajada que brotó de su garganta la sorprendió, como si de otra persona se tratase.

Rio y rió, en un ataque de hilaridad histérica que terminó por hacerla caer de rodillas. Octavio parecía confundido. Tenía a sus dos amantes hincados ante él y no tenía ni la menor idea de qué hacer.

Era una situación inesperada. Una situación de mierda con la que jamás soñó tener que enfrentarse algún día.

Reaccionó cerrando la puerta y recostándose en ella.

—Bárbara...

Ella levantó la cabeza y lo miró. Poco a poco recobró el control y dejó de reír. Su mirada era de hielo.

Octavio le tendió la mano, pero ella se puso de pie por sus propios medios. Se acomodó la ropa y echó su larga cabellera rojiza hacia atrás.

Esa no solo era una desagradable revelación, también era una traición a toda regla.

Y no sabía cuál de las dos cosas le dolía más.

Lo averiguaría más tarde. En ese momento tenía dos certezas: su relación con Octavio había llegado a su fin. Y a Miguel Hernández no le volvería a hablar en su puta vida.

Ya vería si al Partido le comentaba las verdaderas razones de ese quiebre en la relación con su compañero de lista electoral. Sentía que hacerlo sería rebajarse demasiado...

Con respecto a Octavio, la humillación y el dolor eran tan fuertes, que sintió ganas de golpearlo. Pero no podía darse ese lujo. No ella, que era una fiel defensora de la no violencia, una convencida de que “hablando se entiende la gente”, una especialista en dominar sus emociones y en sofocar sus deseos de rebelión ni bien asomaban.

Bárbara era la reina de las concesiones, pero esa vez no las haría. El revanchismo tampoco estaba en su naturaleza. El control de sí misma, sí.

Había trabajado en eso toda la vida, y no lo arruinaría su condición de mujer despechada.

Por ese motivo, observó en silencio como Miguel se vestía. Le temblaban las manos al subirse los pantalones y no había forma de que se calzara en los primeros intentos. En ningún momento la miró a los ojos.

La voz de Octavio rompió el incómodo silencio.

—Ahora cuando Miguel se vaya, vamos a hablar.

Entonces ella se volvió y lo enfrentó.

—No tenemos nada de qué hablar vos y yo.

Octavio no se veía lo apesadumbrado que debiera, y ello la sorprendió.

—Claro que sí. Esto no cambia nada, Barb.

Ella alzó las cejas. Su sorpresa era imposible de ocultar.

—¿Que no cambia nada, Octavio? No te conozco, no sé quién sos. Y a decir verdad no quiero averiguarlo.

—Soy el mismo. Esta es una faceta que nunca te revelé, nada más. No lo tomes como una traición de nuestra parte... Esto es distinto.

Miguel carraspeó. Al parecer estaba listo para irse, o más bien huir de allí.

—Perdón, Bárbara —murmuró cuando ella lo miró.

Parecía apesadumbrado y hasta sintió lástima de ese hombre esmirriado y pálido. Eran las más jóvenes promesas del partido, y ahora se producía esa ruptura que les iba a ser muy complicado explicar. La lástima dio paso a la rabia pero lo disimuló muy bien, y se apartó para dejarlo pasar sin decirle una sola palabra.

Miguel no miró a Octavio. Salió del departamento como si lo persiguiera el diablo, dejándolos solos en el medio de la sala.

—No hay explicación para esto, Barb. Simplemente sucedió... Podemos mantenerlo en reserva ya que no cambia lo que siento por vos. Tomalo como una debilidad mía, nada más.

Ella lo miró, incrédula.

—¿Me estás pidiendo que lo olvide? ¿Qué haga la visa gorda y simplemente lo olvide?

La respuesta de Octavio fue como un golpe en pleno rostro.

—No. Te estoy pidiendo que lo toleres.

—¿Qué?

—Soy bisexual. Y a esta altura ya no voy a cambiar, pero con los hombres mi relación es puramente física y mi rol activo. En cambio contigo... Sos la mujer de mi vida y no te quiero perder. No te voy a perder. Esto que tengo con Miguel es como una distracción. Tomalo como un hobby que me relaja, que me hace bien. Pensá que te hace un favor a vos, al no comprometerte a satisfacerme de esa forma, cosa que nunca quisiste hacer al menos conmigo.

» Los sentimientos son otra cosa, Barb. Siempre fui discreto, así que no te preocupes por tu reputación. No hay otras mujeres ni las habrá jamás. Solo vos, querida, solo vos. Necesito que continúe de esa forma, así que lo que te pido es que asumas mis debilidades y las aceptes sin resquemores, así como yo asumo y acepto las tuyas.

Bárbara no daba crédito a lo que oía. ¿Sus debilidades? ¿A qué se refería?

—No entiendo.

—Todos tenemos un muerto en el placard. Hoy tu hermano Víctor estaba algo achispado y me contó...

Bárbara palideció. Se sintió mareada y hubo de apelar a toda su fortaleza para no desvanecerse.

— Y no solo me contó. Me mostró las fotos.

Ella tragó saliva. Fotos... ¿Había fotos?

Y de pronto recordó.

El sonido de la Polaroid activándose una y otra vez. Ella levantó la vista y lo vio sacudiendo la fotografía de revelado instantáneo. Las quitaba de la máquina, las sacudía y las lanzaba sobre la cama. Por el rabillo del ojo Bárbara observó el arma que él había dejado sobre ella, pero Víctor tiró de su cabello obligándola a continuar. Ese gesto violento, hizo que se le abriera la herida, y la sangre se deslizara por su cuello. La sintió caliente y espesa, pero no experimentó dolor alguno. Su capacidad de sentir estaba siendo sistemáticamente aniquilada. Volvió a lo suyo y olvidó las fotos...

Y en ese momento, Octavio las trajo al presente junto con una catarata de profundo dolor.

—Era solo una niña... —murmuró Bárbara con lágrimas en los ojos.

Pero Octavio no se conmovió.

—Pero se veía que te gustaba.

Ella dio un respingo y lo miró con horror, pero él le correspondió con la más absoluta frialdad.

Entonces no pudo soportarlo más. Salió sollozando del departamento, se subió a su coche, y condujo con la vista nublada y el corazón a mil, igual que el motor que rugía al ritmo de su firme pisada.

Un bólido sin control corría por Avenida del Libertador. Era como si lo persiguieran los más espeluznantes recuerdos.

Un ruido sordo lo despertó de golpe y al principio no pudo recordar dónde se encontraba.

“Sudamérica... Uruguay. Sí. Laura Maldonado. Madame Dominique...”

Tenía una terrible resaca pero pudo acordarse de todo. Inclusive del sonido que lo había despertado.

Se incorporó y vio que estaba solo en la habitación de Priscilla. Se puso su libreta de notas en el bolsillo de atrás, y salió al pasillo tambaleándose. En el bar no había nadie.

Miró en dirección a la “oficina” de Madame Dominique. La puerta estaba entreabierta y un resplandor rojizo asomaba, iluminando levemente el corredor.

Se acercó, cauteloso.

Música... Un tango. Reconocía el sonido del bandoneón, que era casi un quejido.

No pudo resistir la tentación. Solo miraría y luego...

Lo primero que vio hizo que se le erizaran todos los vellos del cuerpo.

En el suelo había un hombre desnudo. Tenía los ojos abiertos y desorbitados, y algo en la boca.

Era evidente que estaba muerto.

Iván Kessler no atinó a nada. En su vida se había enfrentado a una escena así. El corazón le latía desbocado pero no podía apartar los ojos del cadáver.

Tenía algo en el cuello, como un collar de perro. Estaba en posición fetal, con las manos esposadas a la espalda. Y sangre. En el cuello, en los muslos...

Y de pronto percibió el olor. Fétido, nauseabundo. Olor a mierda, a orina. Y a algo más... Tal vez a sangre.

El periodista se llevó ambas manos a la cabeza. Lo primero que le vino a la mente fue que a Madame Dominique se le había ido la mano con un cliente.

Con cierta dificultad apartó los ojos del cuerpo y en ese momento vio algo que lo horrorizó aún más. Al otro lado de la habitación pudo distinguir a la mujer. Estaba sentada en su sillón, inclinada hacia adelante y con el rostro apoyado en el escritorio. No le veía la cara, pero no había dudas de que era Laura Maldonado, o más bien Madame Dominique.

Sobre la mesa una pistola todavía humeante.

Y entre los dedos de su mano izquierda, un papel.

Iván se aproximó como en trance... En la penumbra rojiza vio el hoyo en la nuca, la mancha en la pared, y las náuseas atacaron su garganta.

Estaba a punto de perder el dominio sobre sí mismo, pero en un esfuerzo sobrehumano se obligó a continuar.

Cogió el papel con mano temblorosa. Vagamente se daba cuenta de que no debía hacerlo pues alteraría el trabajo de la policía, pero no pudo resistirse a ese impulso.

Algo le decía que en ese papel estaba la respuesta ante tanto horror, y que ese mensaje sería para él.

El papel estaba doblado al medio, y cuando lo desplegó y leyó, de inmediato comprobó que estaba en lo cierto. Lo sintió en su corazón, en su cerebro, en sus vísceras.

Había una sola palabra escrita allí:

“BUSCALA”

Luego, todo transcurrió como si en lugar de estar viviéndolo estuviese viéndolo, pero en cámara lenta.

Se vio salir de la habitación y dar tumbos por el pasillo.

Se vio salir del departamento, corriendo por las escaleras de servicio.

Recién cuando el aire fresco de la madrugada le pegó de lleno en el rostro, volvió a tener dominio de su cuerpo y de sus actos, pero el impulso de alejarse de esa locura era tan fuerte que cogió las llaves del bolsillo delantero de su jean, se subió al Spark y arrancó a toda velocidad.

Pisó el acelerador con fuerza mientras las lágrimas lo cegaban. En el departamento de Madame Dominique había dejado al Iván que había sido hasta ese momento, aunque aún no lo sabía.

Un bólido sin control corría por Avenida del Libertador. Era como si lo persiguieran los demonios que nunca soñó con despertar.

Capítulo 8

Es increíble cómo el pasado, ese pasado que una vez nos hizo daño y nos humilló, que nos destruyó la vida y el corazón, regresa de golpe para terminar con nosotros. De alguna forma se las arregla, y el día menos pensado se aparece así, sin más, y retoma la tarea de aniquilarnos, derribando los muros que hemos construido, destrozando nuestras corazas.

Pero en ocasiones, esa vuelta al infierno nos abre los ojos. Y también en ocasiones, es una sacudida que implica un cambio en el camino que se fue torciendo tan despacio que ni nos dimos cuenta.

Aquella noche nefasta, Bárbara salió del departamento de Octavio llorando. Así condujo bajo una pertinaz llovizna, mientras su mente se poblaba de imágenes, a cuál más horrible. Octavio y Miguel, desnudos. La fría y burlona mirada de Octavio. Las fotos...

El sonido de la Polaroid retumbaba en sus sienes y el pasado retornó a ella con una fuerza imponente. Esa fuerza se concentró en el pie que oprimió el acelerador hasta el fondo, en un intento desesperado de escapar a esas imágenes que la atormentaban.

En la desierta Avenida del Libertador, corrió y corrió sin respetar ni señales ni semáforos. Se sentía tan devastada que en ese momento no le hubiese importado morir. Y si no fuera por el accidente, quién sabe cómo hubiese terminado todo.

Allí estaba y era reciente. Tal vez hubiese ocurrido segundos antes, porque apenas se estaban aproximando un par de personas. A esa hora no había mucha gente en la calle, y por un momento se sintió tentada a detenerse.

¡Qué extraño morbo tienen los accidentes de tránsito que no podemos apartar la vista de allí!

Pero no lo hizo, aunque sí bajó la velocidad al mínimo, lo suficiente

como para ver que había un hombre en el asiento del conductor, con el rostro sobre el volante. Al parecer estaba inconsciente. Lo observó solo un par de segundos, porque de inmediato lo rodearon los transeúntes y salió de su campo visual.

Y luego, siguió de largo. Como para hacer el papel de buena ciudadana estaba ella... Ese pensamiento la sorprendió. ¿Se estaría volviendo cínica?

Bárbara siempre se había preocupado por los demás, los conociera o no. Por eso se dedicó a la política, para ayudar. Estaba convencida que auxiliar a los que más lo necesitaban era su misión en la vida, y sus metas estaban orientadas hacia eso. El darse cuenta de su indiferencia hacia esa persona, evidentemente herida, la hizo inquietarse un tanto.

Pero también se encontró retornando a su eje. La cordura volvió a ella, se secó las lágrimas y condujo despacio hasta su hogar.

No valía la pena matarse por dos hijos de puta que querían hacerle daño.

Nadie lo haría de nuevo, se prometió. Esa vez sería fuerte y no lo permitiría. No había llegado hasta dónde estaba para transformarse en lo que era en el punto de partida: una nena asustada, llena de traumas, llena de dolor, llena de rencores. Lo superaría, eso seguro.

Porque el pobre accidentado la hizo darse cuenta de que todo podía acabar en un instante fatal. Y también tomó conciencia de que no valía la pena irse de este mundo sufriendo por culpa de otros.

Sin siquiera sospecharlo, ese pobre infeliz fue el detonante para sus firmes propósitos, y tal vez hasta el responsable de haberle salvado el pellejo.

Lo que Bárbara no sabía era cuánto cambiaría su vida poco después, cuando le dieran la noticia que nadie querría recibir jamás.

Iván Kessler fue trasladado a la emergencia del Hospital Español en estado delicado. Fue una casualidad, porque en ese momento, indocumentado e inconsciente, era imposible saber que se trataba de alguien de esa nacionalidad.

En la guantera del vehículo, dónde se suponía que deberían estar los papeles del alquiler del mismo, no había nada. Sin saber lo que ocurriría, había dejado ese documento junto a su pasaporte, debajo del colchón del hostel.

Había escuchado que eran frecuentes los arrebatos en la calle y el robo de autos, así que prefirió dejar todo antes que correr el riesgo.

Por ese motivo, ingresó a la emergencia como un N.N. y así permaneció durante la semana que estuvo en coma, y luego los días en que la memoria le fue esquiva.

Para cuando recordó quien era habían transcurrido diez días y sus heridas, la mayoría en la cabeza, estaban en vías de recuperación. La hemorragia interna intracraneal había sido reabsorbida, y las laceraciones en la frente ya estaban cicatrizando.

La memoria regresó con lo que hubiese querido olvidar. Estaba solo en la sala de cuidados intermedios cuando recordó lo sucedido aquella noche, y se horrorizó tanto que hubo que darle un ansiolítico por vía intravenosa.

Se acordó de cada detalle de lo que había visto. El hombre desnudo, maniatado, amordazado... Muerto. El hedor insoportable. Madame Dominique, inclinada sobre el escritorio, con un hoyo en la nuca. La pistola. El mensaje...

“BUSCALA”

No podía presentársele de forma más clara: ese mensaje iba dirigido a él. Y lo que le pedía seguro tenía que ver con aquella criatura nacida en cautiverio que horas antes la propia Dominique le había negado que existiera.

Iván no tenía idea de por qué había cambiado de opinión, pero tampoco tenía dudas de que todo se había precipitado por la muerte del hombre que yacía maniatado en el suelo.

“Se pasó de la línea con ese cliente... No pudo soportar lo que le sucedería y se suicidó” se dijo, en un intento de explicarse lo que había visto.

Claro que antes de morir escribió ese mensaje... ¿Por qué? ¿Qué sentido tendría buscar a esa criatura si su madre ya no estaba en este mundo? Estando con vida ni siquiera llegó a admitir su existencia. ¿Entonces por qué...? No lo sabía, pero lo averiguaría en cuanto pudiese.

Al margen del cliente que había muerto, tal vez él fuera el último que hubiese visto con vida, y tenía el presentimiento que de alguna forma había influido en el estado de ánimo de esa mujer.

Y de pronto tomó conciencia de que podían relacionarlo con el hecho y se aterró de veras.

¿Qué le diría a la policía si lo encontraban y le pedían declaración? ¿La verdad? ¿Ellos descubrirían rápidamente la verdadera identidad de Madame Dominique?

Miles de interrogantes acudían a su mente obnubilada por los calmantes, y una única certeza: buscaría a la criatura que su madre había marcado de la forma más desesperada. La buscaría y la encontraría.

Y mientras se hundía en la oscuridad del sueño, se prometió a sí mismo que así lo haría.

Para la policía fue tan simple que si fuese por ellos, ya hubiesen cerrado el caso.

Después de todo no era la primera vez que sucedía algo así en una sesión “sodomasaquista”, y normalmente no tenía mayor trascendencia. Es más, el asunto solía quedar tapado bajo un manto de piedad y a nadie le llamaba la atención.

El BDSM era para muchos un tabú, casi un inframundo donde ese tipo de cosas eran posibles, y en cierto modo hasta esperables. Ese mismo año había muerto una mujer por asfixia con una bolsa. Su amante había sido procesado con prisión por ese hecho, y la prensa nunca se había enterado de nada.

Pero este caso era especial. Primero, porque la mujer que ejercía el rol de “ama” se había suicidado. Eso era lo que menos dudoso se presentaba y a pesar de no ser algo habitual, no era de extrañar que alguien no quisiera afrontar las consecuencias de actos tan peligrosos.

Lo segundo que hacía que este caso fuera así de único, era la identidad del “cliente”. El occiso no era nada más y nada menos que el padre de una viceministra: la doctora Bárbara Larrique.

Eso hizo que el tratamiento del supuesto homicidio y suicidio con claros ribetes sodomasaquistas, estuviese a cargo del Inspector Alvarado, que tenía línea directa con el Ministro del Interior y las más altas jerarquías.

Para Alvarado estaba todo claro. La escena del crimen hablaba por sí sola... No necesitaría ni ver el informe de las autopsias.

El padre de la doctora Larrique era un perverso en busca de emociones fuertes. A la prostituta que lo atendía, -la cual no conocían por no haberles dado problemas jamás- se le había ido la mano, y luego se había pegado un tiro por no poder afrontar las consecuencias.

Solo faltaba ver si esa arma estaba registrada y a quien pertenecía. No le sorprendía que la mujer no hubiese dejado una nota, porque no había más que mirar a su alrededor para darse cuenta de los hechos.

La que había llamado a la policía era otra de las meretrices, esa misma madrugada, cuando regresó a su lugar de trabajo luego de haber conseguido una cita inesperada. Le extrañó encontrar la puerta abierta, y ese tal vez fuese el único cabo suelto en esa investigación.

La mujer le había dicho que había dejado a un cliente durmiendo en su sofá, pero no tenía ni idea de su nombre. Solo recordaba que era español y muy guapo. De todas maneras para Alvarado, los únicos involucrados en el hecho estaban muertos.

La gravedad del asunto tenía que ver con la víctima del homicidio. Un sargento del ejército, padre de una ex diputada del partido gobernante y actual viceministra de estado. Menudo lío.

¿Cómo haría para que la prensa no la hiciera pedazos? Pensar en impedir la filtración era imposible. El edificio entero se había enterado del hecho, gracias a los gritos de la tal Priscilla y el posterior despliegue policial.

Esa investigación sería un dolor de cabeza.

En la misma escena del crimen, llamó al general Vargas. Le parecía que siendo Ministro del Interior debía enterarlo a él primero, y dejarlo que decidiera cómo haría el comunicado. Después de todo el difunto era un retirado de las Fuerzas Armadas, y la doctora Larrique una jerarca del equipo de gobierno... Sí, que Vargas decidiera cómo encarar este asunto por demás escabroso.

Éste fue bastante expedito. Se comunicó con su colega Ernesto Murcia, y se lo dijo. Pero el ministro fue demasiado cobarde como para llamar a Bárbara, así que le dejó la infeliz tarea a Octavio del Campo. Después de todo era su novio, y esa clase de noticias era mejor recibirlas de alguien cercano.

Y así fue como Bárbara Larrique, un par de horas después de haberse acostado, recibió la llamada de la última persona con la que querría hablar, quien le comunicó que su padre había muerto asesinado por una prostituta, en un burdel.

Dos meses después

La prensa. La maldita prensa.

La acosaron día y noche durante el primer mes. Después de que se cerró el caso un poco menos, pero cada tanto volvían sobre el tema.

Claro que eso no fue lo peor para ella.

El escarnio público la preocupaba, por supuesto. El ver el nombre de su padre vinculado a prácticas sexuales con prostitutas, la avergonzaba. Su muerte la afectaba más por la situación de vulnerabilidad psicológica de su madre, que por echarlo en falta. Sin embargo, lo que más la tocaba tenía que ver con la proximidad de su hermano al principio, y por terribles revelaciones que no esperaba después.

No obstante no derramó ninguna lágrima, se mantuvo entera todo el tiempo. Bueno, casi...

Es que nunca se había sentido especialmente cerca de su padre. No lo odiaba, pero tampoco lo estimaba. En realidad apenas lo conocía pues había pasado su infancia en el campo, mientras él servía en la capital. Y luego invirtieron la situación, Bárbara emigró con su madre a Montevideo para estudiar en el secundario, y su padre se retiró y se instaló en la chacra la mayor parte del tiempo, hasta que finalmente se afincaron en la ciudad de forma definitiva.

Cuando eso sucedió, ella ya se había mudado sola. Vivían relativamente cerca, pero la relación que mantenían era distante. Con Elena se hablaba de vez en cuando y se veía con menor frecuencia. Con Esteban, ni siquiera eso.

Desde luego, lo que sucedió con Víctor fue la principal causa de que ella quisiera mantener esa distancia con su familia, aun estando su hermano fuera del país desde hacía más de quince años. Es que ver a sus padres era

como un recordatorio de... *aquello*.

Y debido a la muerte de Esteban, no pudo evitar tener que enfrentarse a la persona que le había arruinado la infancia. Pero Bárbara Larrique nunca llegó a desmoronarse, ni siquiera cuando se encontró cara a cara con Víctor en la morgue. Se miraron largamente, sin decirse ni una sola palabra. Y luego entraron juntos para reconocer el cuerpo.

Vio llorar a Víctor. Lo escuchó maldecir de la peor manera. Lo observó, y se mantuvo impassible.

Cuando salieron del depósito fue que hablaron por primera vez.

—Esa hija de puta... Esa hija de re mil puta... Si la agarraba yo, te juro que la descuartizaba a mano...

Bárbara inspiró profundo, y luego murmuró:

—Está muerta. Vas a tener que reprimir tus deseos de venganza.

El hombre la miró con furia.

—Ni ese gusto me puedo dar.

Silencio. Un auto se acercó, y Bárbara observó con indiferencia como Octavio descendía y luego la abrazaba.

—No sabés cuánto lo lamento, mi amor...

Permaneció rígida como un poste. Quería gritarle que la soltara, que ella no era su amor, pero se contuvo. Estaba acostumbrada a no manifestar ninguna emoción en presencia de Víctor, pues presentía que él tarde o temprano se aprovecharía de su vulnerabilidad.

Octavio le dio las condolencias a su hermano, y luego los acompañó a ambos a hacer los trámites necesarios para retirar el cuerpo.

Bárbara se odió por agradecer su presencia, aunque fuera por no estar a solas con Víctor. Se le revolvía el estómago nada más mirarlo, y trataba de evitar por todos los medios cruzar alguna palabra con él.

Pero pronto no pudo hacerlo.

—¿Se lo vas a decir vos a mamá? —le preguntó él directamente. Y sin esperar respuesta agregó: —Yo que vos lo hago cuanto antes, porque en cualquier momento sale en la prensa y sería horrible que se enterara de esa forma.

Ella parpadeó. No quería, pero al parecer Víctor pensaba endilgarle esa tarea.

—Sí —respondió sin mirarlo.

Entonces él la tomó del brazo y comenzó a caminar.

—¿Qué hacés?—preguntó Bárbara, asqueada por el contacto.

—Te llevo.

—Soltame —le exigió. Y luego añadió entre dientes: —Cobarde...

Víctor sonrió, pero antes de que pudiese replicarle, la voz de Octavio se hizo oír detrás.

—Dejá, Víctor. Vos seguí con los trámites y andá a la casa velatoria directamente. A Bárbara la llevo yo.

Y aunque a su hermano no le gustó nada, así fue. Octavio estuvo a su lado en todo momento, compitiendo con Víctor por tener su atención de alguna forma.

Bárbara se encontró entonces entre la espada y la pared. Los dos hombres que más daño le habían hecho, se la disputaban simbólicamente.

“Qué asco de situación”, pensó. Y de pronto todo le pareció una verdadera mierda. Se imaginó el acoso de la prensa en los días venideros y el mundo se le vino encima.

Se quedó corta...Fueron implacables y tenían con qué. De la nada surgieron prostitutas declarando que el sargento Larrique les pagaba por las peores perversiones que alguien se pudiese imaginar.

Pero lo peor fue la repentina aparición de ex presas políticas que denunciaron que Esteban Larrique las había torturado en la cárcel clandestina del penal de Punta de Rieles, en los años ochenta. Al parecer lo habían reconocido por la foto de los periódicos.

Bárbara no podía creer semejante cosa de su padre. Primero, porque no tenía idea de que había estado revistiendo funciones en un penal. Además, Esteban nunca había sido vinculado a los crímenes del gobierno de facto, nunca.

Cierto que siempre había mantenido un perfil bajo. Ni siquiera había participado de la campaña electoral, ni asistido a la asunción de su cargo como diputada. En su momento lo tomó como un desplante más de un padre ausente y no llegó a afectarle, pero a la luz de esas denuncias todo comenzó a cobrar una dimensión distinta.

No obstante, ella se resistía a pensar que su padre, a quien creía ajeno a las atrocidades de la dictadura, hubiese participado de ello.

Tenía la mente hecha un caos y toda su vida patas arriba. Su madre estaba destruida. Víctor no había vuelto a Colombia y pasaba el día entero masticando ira. Octavio insistía en acompañarla, y no atendía a sus pedidos de que la dejara en paz de una vez.

Bárbara estaba agotada física y mentalmente. Era demasiado para ella. En una misma noche había descubierto que tanto su novio como su padre llevaban una doble vida, se había visto obligada a hablar con su hermano a quien odiaba, se había enfrentado a su pasado, había estado tentada a acabar con su vida.

Y luego llegó la prensa, con sus preguntas. La oposición, con sus acusaciones. Y esas mujeres... Ya no podía soportarlo. Si no fuese por su trabajo en el ministerio hubiese huido del país, pero tenía un compromiso con la gente que la había votado, y si Murcia le había ratificado su apoyo y su puesto, ella no podía fallarle.

Continuó trabajando de forma incansable, y poco a poco las aguas se fueron calmando. Su padre estaba muerto y también su asesina. Si había llevado una doble vida en lo sexual, era un asunto que atañía solo a su madre. Por ese lado, estaba todo laudado.

Lo que sí la preocupaba eran las denuncias de las violaciones de los derechos humanos en la dictadura militar. Eso no le permitía dormir por las noches, y más de una vez se sintió tentada de entrevistar a alguna de esas mujeres que habían declarado haber sido torturadas por él. No se atrevió a hacerlo, sin embargo, y tenía claro que el miedo era el culpable.

Porque... ¿qué sucedería si comprobaba de alguna forma que esas acusaciones eran ciertas? ¿Cómo podría vivir con la angustia de saber que alguien de su sangre era responsable de tanto daño? No quería ni pensar en ello, pero no podía evitarlo.

Dos meses después del entierro se encontró mencionándosele a su madre, pero de inmediato se arrepintió porque en ese momento llegó Víctor y la fulminó con la mirada.

Ella había creído que estaría fuera todo el fin de semana y por eso había ido a visitar a Elena, pero el infeliz de su hermano volvió de forma inesperada y se encontró con su madre llorando, mientras Bárbara intentaba consolarla.

—¿Por qué traés esas mierdas acá? ¿No te parece que tiene bastante con lo que esa perra le hizo al viejo?

Bárbara bajó la cabeza, pero Víctor siguió.

—¡Si les hizo algo a esas comunistas hijas de puta sería por algo! Y vos sos tan hija de puta como ellas al venir a amargarle la vida así a tu madre.

Eso fue demasiado. Lo miró llena de rabia y replicó:

—Lo que papá hizo con su vida privada no me importa, pero sí lo que pasó en el proceso. No es mi intención amargarle la vida a nadie, solo me importa saber la verdad.

—¿La verdad? Creeme hermanita que no te va a gustar para nada. O por el contrario, te pude gustar demasiado. Quién sabe...

—Víctor, por favor... No. Por favor, no—rogó Elena.

Bárbara no entendió ese comentario, y al ver su expresión contrariada, su hermano reforzó el ataque:

—Dejá de joder con eso, Bárbara. Respetá la memoria del viejo porque sino...

—¿Sino qué? —lo desafió.

Víctor apretó los dientes, y ella los puños. Ya no era una nenita indefensa, ya era una mujer. Y tenía las uñas muy largas.

—Basta... En serio, basta...

La sollozante voz de Elena interrumpió ese duelo verbal que podía haber terminado en cualquier cosa.

—Mamita, no dejes que esta te llene la cabeza con pelotudeces del pasado. Papá tenía sus debilidades, pero la vida lo castigó duramente.

Elena gimió.

—Y Dios castigó a esa malnacida que pervirtió a un buen hombre, querido... No hablemos nunca más de esto. Barbarita, tu padre era un soldado de la patria, excelente marido y un padre ejemplar. No me importa nada de lo que pasó en el proceso, ni si él tuvo algo que ver. Bastante tengo con tratar de entender como esa mujer lo arrastró al vicio de esa forma...

Bárbara no daba crédito a lo que estaba escuchando de boca de su madre.

—¿Estás hablando en serio, mamá?

No podía creerlo. Una cosa era tratar de ignorar para no sufrir, pero otra era negar lo evidente. Su padre no había sido obligado a nada, había ido por su propia voluntad a ese local de BDSM y había pagado por un servicio que se salió de control. Y además estaba siendo acusado de apremios ilegales y violaciones de los derechos humanos, ocurridos treinta años antes. ¿De verdad su madre creía que su marido era un hombre de conducta intachable?

Dos pares de ojos la observaron con frialdad y ella sintió que nada tenía qué hacer en esa casa. Por un momento pensó que toda su vida había sido una mentira.

Se sintió sola, inmensamente sola. Y a pesar de que su hermano había muerto para ella hacía casi veinte años y que veía poco a su madre, un extraño dolor la invadió y las lágrimas amenazaron con aflorar sin control.

No sucedió en ese momento porque Víctor actuó, sorprendiéndola. En dos zancadas atravesó el salón, e igual que lo hizo en la funeraria aquel día, la tomó del brazo y la arrastró.

—¡Soltame!

—Un carajo te voy a soltar. ¿Te crees la dueña de la verdad, la defensora de la justicia? ¿Te crees más que nosotros? Acá no vengas a hacerte la buena, porque será muy políticamente correcto hablar de los derechos humanos de las putas y de las bolches en tu entorno, pero vos y yo sabemos

que tu moralidad es cuando menos dudosa, ¿no, Barbarita? ¿O te olvidás de lo putita que eras hace unos años? —susurró en su oído haciendo caso omiso a sus intentos de desasirse.

Antes de que ella pudiese reaccionar a esas palabras, la obligó a salir y le cerró las puertas en la cara.

Y dos meses después de la noche fatídica en que su mundo se hizo trizas, Bárbara por fin pudo llorar.

Si no fuese por Carol, no sabría qué habría sido de él.

No conseguía recordar la dirección del hostel, por lo que cuando salió de alta no solo estaba indocumentado, tampoco tenía dinero ni adónde ir.

Para su fortuna, esa enfermera que lo había atendido durante su estancia en el hospital, se había transformado en una amiga que le dio alojamiento en su casa, y lo acompañó al consulado español para comenzar los trámites de un nuevo pasaporte.

Iván no entendía por qué Carol se mostraba tan amigable con él, pero luego conversando con los acompañantes de otros pacientes, entendió que era parte de la idiosincrasia uruguaya ser solidario y generoso sobre todo con los extranjeros, así que aceptó de buen grado sus atenciones.

Además, no tenía a nadie.

Y no tenía nada. Ni la ropa que llevaba puesta el día del accidente tenía.

Pero lo que más le dolía era haber perdido la libreta donde había anotado la entrevista con Madame Dominique. Recordaba haberla cogido antes de salir de la habitación de Priscilla pero seguramente se había perdido en la colisión. Debía confiar en su memoria, pero ésta le era esquiva sobre todo con los detalles.

Le comentó a Carol su preocupación por las lagunas mentales que estaba teniendo pero ella le aseguró que era algo momentáneo y que ya recuperaría por completo la memoria.

Y así fue. De a poco se fue acordando de todo, incluso de dónde estaba el hostel. No obtuvo sus cosas, por supuesto, y tuvo suerte de que no le cobraran cargos adicionales por haberse marchado sin avisar. Además, ya estaba gestionando el pasaporte nuevo, de nada le valía el viejo.

Lo de la tarjeta era más grave. Cuando fue a la arrendadora comprobó que el seguro le había cobrado el deducible por los daños, y que no solo no tenía saldo sino también una deuda. Y en una tarjeta que ni siquiera estaba en su poder.

Así que de buenas a primeras se encontró en una ciudad extraña, sin

más apoyo que el de Carol, la enfermera.

Obviamente tuvo que aceptar... Se alojó y comió gracias a ella. Hasta le prestó dinero para pagar el pasaporte.

Ni bien lo obtuvo, se fue a la aerolínea y comprobó con estupor que al no haberse presentado el día del vuelo de regreso, había perdido el billete.

No disponía de dinero para pagarse otro. Su única opción era su amigo Manuel, pero cuando lo llamó se enteró de que estaba en paro y no quiso ponerlo en un compromiso. Le dijo que lo del libro iba bien, y que pensaba quedarse un tiempillo más en el Uruguay. Su amigo celebró la noticia y le recomendó que no volviese por un largo tiempo, ya que en España la crisis se hacía sentir cada vez más.

Su situación empeoraba en el día a día, pero Carol le pidió que no se preocupase, que ella lo ayudaría.

Iván no podía dejar de hacerlo, pues no quería seguir dependiendo de ella. Tenía que encontrar un empleo de inmediato, así que gestionó el documento de identidad uruguayo. Era increíble lo fácil que era para un extranjero obtener los permisos para poder trabajar allí; el único problema era que no había trabajo.

La crisis había llegado también al Uruguay en ese 2002 tan nefasto.

Dos meses después del accidente, Iván estaba completamente repuesto y absolutamente desesperado. Había buscado trabajo en la prensa, como un iluso.

No es que no se lo dieran por ser de otro sitio, es que no había. Tampoco había plazas para dependiente, o camarero.

Tuvo que conformarse con un empleo en la construcción, y al no ser mano de obra calificada el sueldo era el mínimo pero necesitaba el dinero con urgencia para no sentirse un parásito.

El primer día llegó agotado y con las manos destruidas. Carol se las curó con mimo y para su sorpresa, luego se las besó.

Iván se revolvió incómodo, pero ella parecía decidida a todo esa noche. Era una mujer algo mayor que él, pero muy atractiva. Unos cuarenta muy bien llevados, y soltera. Es decir, no había mayores impedimentos para darle lo que ella parecía buscar al comerle la boca con esa voracidad, pero él sintió que estaba pagando su sustento con favores sexuales.

“Joder... Esto está muy mal” se dijo, y al recordar a Madame Dominique y darse cuenta de cuán lejos estaba de emprender la búsqueda que ella le había encomendado, sintió que su erección moría.

Pero cuando Carol se puso de rodillas y comenzó a trabajarlo, su polla traicionera respondió.

Capítulo 9

El año 2002 estaba siendo verdaderamente tétrico en el sur de América y el equipo de gobierno se encontró enfrentando un estado de situación tan crítico como inesperado. Bancos al borde de la quiebra, fábricas que cerraban sus puertas, exportaciones paralizadas.

Los problemas del país pronto desviaron la atención del público y de la prensa del asunto del sargento, pero por desgracia eso no significó una tregua para Bárbara, porque laboralmente todo se le complicó.

Miles de obreros en la calle se hicieron oír fuerte y claro, y ella hubo de dar la cara junto al resto de los jefes para afrontar la situación que se les venía encima.

Esa candente tarde de finales de marzo había sido particularmente difícil, así que su oficina en el ministerio fue como un refugio cuando por fin pudo instalarse en ella.

Había pasado toda la mañana de reunión en reunión, y en ninguna había recibido una noticia alentadora. Todo iba mal y no podían hacer mucho para evitarlo.

Se frotó las sienes y le pidió a Mónica un refresco helado. Y mientras se lo bebía, miró los papeles que le habían enviado del juzgado.

El nombre de la mujer que había asesinado a su padre, estaba en el informe que había sido cerrado recientemente por la policía, y en el expediente judicial. Al parecer sus huellas tenían doble registro, pero ni los dos nombres ni el alias significaban algo para ella.

Laura Maldonado, también conocida como Graciela Méndez y Madame Dominique, era para Bárbara una desconocida, pero se sentía bastante intrigada por la doble identidad formal de la mujer.

Y lo más sorprendente de todo era que Laura Maldonado era

considerada una desaparecida de la dictadura, y Graciela Méndez había muerto hacía unos treinta años. Era increíble que lo único real parecía ser su rol de Madame Dominique.

El juez Rivera le había explicado que creían que había renunciado a su identidad como Laura Maldonado, y aprovechando la muerte de la tal Graciela Méndez en el año 85, se había apropiado de la suya. Ignoraban los motivos por los cuales esta situación había pasado desapercibida para todo el mundo, pues no habían logrado contactar ni a familiares ni amigos de la difunta Madame Dominique. Nadie había reclamado el cuerpo, que fue cremado en la Intendencia de Montevideo luego de tenerlo en depósito por un tiempo prudencial, y la investigación fue cerrada, quedando el caso como resuelto y listo para archivar.

Era simple, su padre había muerto por un exceso en una sesión sadomasoquista, y la prostituta que había causado el deceso se había suicidado sin dejar siquiera una nota. El asunto del cambio de identidad no le interesó a nadie, pero en Bárbara sembró la semilla de la duda.

¿Sería que la muerte de su padre estaba relacionada a algún hecho de la dictadura? Porque a la luz de las acusaciones recibidas luego de su muerte, le parecía mucha casualidad que lo asesinará alguien que había sido dada por desaparecido en el proceso militar.

Se resistía a creer que su padre hubiese participado de esa masacre y por eso no había leído las declaraciones de quien lo acusaban de torturador, pero presentía que no iba a descansar tranquila hasta descartarlo.

Si no tuviese tanto trabajo en el ministerio... Por lo pronto se prometió averiguar si Laura Maldonado había estado en la cárcel clandestina del penal de Punta de Rieles, pues sabía que las denuncias hacia su padre circunscribían los hechos a ese lugar.

Con ese propósito se dispuso a trabajar en sus asuntos pendientes, pero no se podía concentrar. Sentía que no podía dejar las cosas así... Había algo que no le gustaba, como que faltaba una pieza en un rompecabezas que le era imposible de soslayar. Una y otra vez se encontraba analizando los hechos, revisando el expediente...

“Basta” se exigió a sí misma poniéndose de pie. Se acercó a la ventana para distraerse de ese asunto, y de pronto algo llamó su atención.

Obreros. En el edificio de enfrente estaban impermeabilizando la azotea, y un grupo de trabajadores se encontraban al rayo del sol, con cerca de treinta y cinco grados centígrados de temperatura.

Había algunos que evidentemente estaban haciendo un alto. Sentados en el pretil, fumaban y conversaban. A pesar del calor, parecían estar pasándola la

mar de bien...

Pero uno de los trabajadores no se mostraba interesado en tomarse un descanso, y continuaba la tarea con una energía admirable.

El hombre estaba en cuclillas, y desde al menos tres pisos más arriba, Bárbara podía ver su chaleco naranja y el casco amarillo moviéndose sin tregua. Se preguntó cuánto más podía resistir sin detenerse con ese calor de locos que estaba haciendo. Debía hidratarse, al menos.

Y como si hubiese escuchado sus pensamientos, el hombre se incorporó.

De espaldas a ella, se quitó los guantes, el chaleco y también el casco, y los dejó en suelo. Se fue despojando de las prendas despacio, en una especie de descuidado estriptís sin otra intención que refrescarse.

Y para aliviar la tensión, movió la cabeza hacia los lados y luego elevó los brazos, estirándose. Cuando se dio la vuelta, uno de sus compañeros le lanzó una botella de agua que pudo atajar sin problemas con una sola mano.

Detrás de la ventana de su bien refrigerada oficina, Bárbara observó cada uno de sus movimientos con creciente interés. Más bien no podía apartar los ojos de ese hombre magnífico.

Se acercó tanto al cristal que se dio en la frente contra él, pero no dejó de mirarlo. Tenía un cuerpo sencillamente soberbio.

Como en cámara lenta lo observó destapar la botella y beber un trago. Y se le secó la boca cuando él se echó el resto del agua sobre la cabeza, y después la sacudió.

Como hipnotizada contempló como por el pecho desnudo del hombre, se iba deslizando el vital elemento y se mezclaba con su sudor. Y como si esas vistas no fuesen suficientemente erotizantes, el muy descarado se deshizo de la botella y se pasó ambas manos por el torso para refrescarse mejor.

Así fue como Bárbara experimentó por primera vez en su vida, un ramalazo de deseo que le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies, y hasta la hizo sentir un poco mareada.

Tomó un sorbo de su Coca, sin apartar la mirada de ese cuerpo brillante y perfecto. Lo estudió a conciencia, y no pudo dejar de admirar sus brazos musculosos y tatuados, y el amplio pecho mojado. Y cuando sus ojos siguieron el rastro del agua y llegaron al vello oscuro que se perdía en sus vaqueros, Bárbara Larrique sintió que se le aflojaban las piernas y algo más...

Entre ellas, una humedad desconocida la hizo sentir extraña y caliente, muy caliente, tanto que se preguntó si su aire acondicionado habría dejado de funcionar.

Pero no. No era eso... Recorrió con la mirada a ese hombre una y otra

vez. Nunca le había interesado más un cuerpo que un rostro, pero en esa ocasión no podía dejar de contemplar cómo se movía, cómo se tensaba cada músculo, cómo los vaqueros húmedos se adherían a su pelvis, a sus largas piernas...

Él movió nuevamente la cabeza para sacudirse el agua, y Bárbara por fin pudo deshacerse del embrujo de su cuerpo. A esa distancia no podía distinguir claramente sus facciones, pero estaba claro que era joven y que andaba en la treintena. Su cabello mojado se veía oscuro al igual que su barba crecida, y el tono de su piel era ligeramente bronceado. Era demasiado atractivo.

Ella pestañeó para aclarar su visión, y presa de una súbita ansiedad puso la mano en cristal. Pero cuando él levantó la cabeza y miró en su dirección, se sintió como sorprendida en una travesura y dio un paso atrás de forma tan precipitada, que se volcó la Coca en la blusa.

Sabía que él no podía haberla identificado en ese instante en que entró en su campo visual, pero la incomodidad por haber perdido el control de su cuerpo durante los treinta segundos que duró el espectáculo, no la abandonó tan fácilmente. Se sentía avergonzada pues casi la habían pescado babeando por un albañil. Era un miembro destacado del gabinete de gobierno, por Dios. Tenía que ubicarse...

Terminó llamando a su secretaria a los gritos para que la ayudara a limpiar su blusa, y a pesar de que tenía el firme propósito de no volver a asomarse a la ventana, no lo cumplió.

Pero fue inútil; él ya no estaba.

Era fácil vivir con Carol.

Demasiado fácil... Ella respetaba sus horas de sueño, le hacía de comer, le lavaba la ropa y esperaba de él lo justo. Es decir, que de vez en cuando la follara.

Iván cumplía sin demasiado esfuerzo y no la pasaba mal, pero no había vez que no pensara en que el sexo era una especie de compensación, una forma de pagar la deuda de gratitud hacia ella.

Eso lo tenía bastante incómodo, y una vez que logró solventar sus gastos, comenzó a plantearse la posibilidad de marcharse a una pensión para no seguir abusando de la hospitalidad de Carol.

Cuando se lo dijo, ella puso el grito en el cielo primero y después le dio varios argumentos de peso para que desistiera.

“No te va a alcanzar para comer”. “A mí me sobra una habitación”. “Si

querés me pagás a mí un alquiler y te quedás”.

Este último fue el que lo hizo recapacitar y acceder, más no estaba para nada conforme, y eso no solo tenía que ver con la dependencia de Carol sino con el derrotero que estaba tomando su vida.

Al final estaba mucho peor que en España, pues no tenía ahorros y estaba trabajando en algo que no era lo suyo. Sus manos no estaban hechas para rompérselas a puras grietas por manejar un martillo, sino para coger una pluma y escribir.

Lo peor de todo, era que no tenía ni fuerzas, ni suficiente material, ni siquiera un poco de inspiración para emprender ese proyecto que lo había llevado tan lejos de su tierra.

Había perdido sus objetivos, no hallaba la forma de retornar al camino que se había trazado y confiaba que lo llevaría al éxito.

Y una tarde, mientras impermeabilizaba el techo de un edificio céntrico se encontró pensando en que la única forma de volver a ese camino era cumplir con el pedido de Laura Maldonado.

No sintió alivio, sin embargo. El darse cuenta de eso, le dio mucha rabia y comenzó a pasar la brocha con más energía de la requerida. Una auténtica chapuza estaba haciendo.

“Joder... Bastante suerte he tenido al no tener que declarar ante la policía. ¿Por qué he de meterme en un lío ahora? Porque un tío que trabaja en una obra en construcción no puede ir por ahí haciendo preguntas comprometidas. No tengo ni el tiempo ni ganas de hacerlo...” reflexionó.

No quería que lo vincularan a lo que ocurrió aquella noche después de haber salido limpio de ese asunto. Para él estaba más que claro que Madame Dominique se había extralimitado con un cliente, y luego se había suicidado. Y que su desesperado último pedido, había tenido que ver con lo que él había removido aquella tarde con sus preguntas.

Continuaba aporreando esa azotea de la forma más burda, mientras su mente iba a mil.

“Tengo que exorcizar esa imagen de mi cerebro. Dos cadáveres. El hedor. La sangre. Tal vez si se lo contara a Carol...”

En el fondo sabía que lo primero que debía hacer era coger el suficiente valor como para buscar en la prensa la noticia, y ver si finalmente habían descubierto que Madame Dominique era Laura Maldonado, que había sido una presa política, que había sido torturada y violada. Que había sido madre en prisión, y que le habían quitado a su pequeña.

“Tal vez ya lo sepan”, pensó. “Quizá el culpable ya haya salido a la luz, y la niña que ahora debe ser una mujer, se haya encontrado con su verdadera

identidad...”

Pero si no buscaba información, no lo sabría.

Hasta ese momento no había comentado con nadie lo que había visto, y tampoco había tenido valor para buscar en internet datos sobre la muerte de Madame Dominique y ese hombre.

No solo había perdido sus apuntes sino también su móvil, así que estaba casi incomunicado. Carol le había ofrecido varias veces su ordenador, pero él no lo había cogido más que nada por no querer enfrentarse a lo que había sucedido.

De alguna forma se sentía responsable... ¿Y si había alterado a esa mujer lo suficiente como para que hiciese esa locura? No quería ni pensarlo. Un hombre inocente, que había ido a buscar un poco de diversión o a dar rienda suelta a inofensivas perversiones había muerto.

Todo eso le resultaba difícil de asumir, pero no podía seguir evitando el enfrentarse con la verdad. Era necesario, no solo por su salud mental sino también porque sabía que el hacerlo era el primer paso para emprender la búsqueda que Madame Dominique le había encomendado.

Bien, lo haría. Esa misma noche.

Y una vez que estuvo seguro de que esa era una decisión tomada y que no se echaría atrás, dejó esa azotea en paz y se echó un chorro de agua helada encima para refrescar su cabeza del calor y de sus pensamientos.

Esa jornada fue más corta que de costumbre por el sol abrasador que no daba tregua, pero cuando se marchó a casa de Carol sintió que había sido más que provechoso: por fin podría retomar las riendas de su vida.

Capítulo 10

Octavio del Campo estaba nervioso. Y cuando Octavio del Campo se ponía así, era capaz de tomar medidas desesperadas.

El asunto era que Bárbara lo ignoraba, a pesar de todos los esfuerzos que hacía para hacerla olvidar lo que había visto aquella noche en su departamento.

Había estado a su lado no solo durante el funeral, sino cuando la prensa la acosaba al salir del ministerio, o de su casa. Hasta había hecho declaraciones en prensa escrita, confirmando su apoyo incondicional y la fuerza de su amor.

No le hacía nada de gracia el verse vinculado a un asunto tan sórdido, pero con tal de no perderla lo hizo. Y ella no lo había tenido en cuenta, no se lo había agradecido, y hasta parecía no notarlo.

Su indiferencia lo estaba comenzando a fastidiar, pero cuando ésta se tornó en un firme rechazo fue que se puso realmente nervioso.

Fue aquella tarde en que se apersonó en el ministerio para invitarla a cenar.

Reconocía que nada más verla había notado que estaba de malas. Se había manchado la blusa y parecía acalorada y cansada.

No debió tentar a la suerte con esa invitación en un día así, pero estaba harto de que su relación continuara en la nebulosa. Quería definir de una vez, y que Bárbara asumiera que sus actividades con caballeros no influirían para nada en la pareja, que sería discreto y que no renunciaría a su amor por ella.

—Reservé en La Commedia para esta noche.

Se encontró con la mirada más fría que se pueda imaginar al otro lado del escritorio.

—Mirá qué bien. Que lo disfrutes.

—Para los dos, Barb. Te paso a buscar a las...

—No.

Si había algo que Octavio no podía soportar era un “no”. Y más si provenía de la única mujer en la que estaba interesado.

No lo pensaba aceptar tan fácilmente.

—¿Todavía enojada por lo que ocurrió aquella noche? ¿Lo que pasó después con tu viejo no te mostró existen cosas peores? Por favor, querida. Vos sabés que te quiero, que siempre te quise. ¿Querés que renuncie a mis pasatiempos? Bueno, lo hago. Por vos lo hago.

Mierda si pensaba hacerlo. No, para nada, pero ella no tenía por qué saberlo.

Bárbara lo siguió observando con frialdad.

—Octavio, lo nuestro se terminó cuando me fuiste infiel. El que haya sido con un tipo es secundario para mí. No aguanto la mentira... Y lo de mi padre no hizo más que confirmarme que tener una doble vida puede acabar con cualquiera. Deberías tenerlo en cuenta.

El calor de la indignación se fue apoderando de su cuerpo sin que Octavio pudiese hacer nada por evitarlo. Sabía que su rostro delataría la furia que sentía, así que se puso de pie y comenzó a caminar por la oficina tratando de retomar la compostura.

Ante sus ojos, Bárbara era una desagradecida. Después de todo lo que había hecho por ella y su carrera, presentándola a las personas más influyentes del país, dándole recomendaciones para que todos se rindieran ante su inteligencia y encanto. ¡Había asumido compromisos por ella y así se lo pagaba!

Cuando tenía doce años y la tuvo dormida en la sala de operaciones, sintió que en sus manos tenía más que una paciente. Poseer el poder de traerla a la vida lo subyugó más que nunca, y se juró que esperaría a qué creciera lo suficiente como para que esa vida fuese suya y de nadie más.

El primero que truncó sus planes fue el enfermo de Víctor.

Se dio cuenta de que algo no andaba bien, cuando tuvo que volver a intervenirla ya que los puntos se abrieron y comenzó a sangrar.

Esa Bárbara no era la misma que él había operado días atrás, sino que era una niña temerosa, asustada.

Una cena para numerosos invitados en su casa, le mostró el objeto de tanto temor.

La vista baja, el sobresalto cada vez que su hermano hablaba, y el terror cuando se dirigía a ella de esa forma burlona y humillante.

Para Octavio estuvo claro que había un problema allí, algo nuevo, algo

que llenaba de terror a la pequeña Bárbara hasta convertirla en ese manojito de nervios que tiraba el tenedor con frecuencia, y ocultaba el rostro tras una servilleta.

Primero pensó que Víctor la golpeaba. Con diecisiete años le pareció una completa cobardía hacerle eso a una chica de doce, que además era su hermana.

Estaba decidido a descubrirlo, así que cuando él se retiró y aprovechando que nadie podría notarlo, fue tras el joven.

No esperaba no encontrárselo en la habitación, pero la situación le vino de perlas para curiosear un poco. Estaba seguro de que Víctor fumaba marihuana. Bastaba con acercarse para notarlo... Tal vez en ese momento se encontrara en la azotea haciéndolo y el descubrir pruebas le vendría muy bien para chantajearlo, si no dejaba de maltratar a Barbarita.

Pero en lugar de cannabis encontró otra cosa. Fotos.

Era un hijo de puta... Porque solo a un hijo de puta se le ocurría romper el tabú del incesto y hacerle eso a una hermana, alguien a la que prácticamente había visto nacer, dar sus primeros pasos...

Un tirón en su miembro lo hizo enojarse pero esa vez consigo mismo. Excitarse con algo así era una locura.

Se quedó con las fotos para chantajear a Víctor, pero en el correr de esos años las había usado para masturbarse en más de una ocasión.

Como fuera, había amado a Bárbara desde que era una niña y la había rescatado de las manos de quien le estaba haciendo un daño inmenso, aunque claro, ella no tenía ni idea de que había sido así porque él nunca se lo dijo.

Lo único que ella sabía, y eso había sido algo reciente, era que Octavio estaba al tanto de todo. Y él estaba buscando la forma de hacer que eso se volcara a su favor.

En resumidas cuentas, se merecía una chance por haber sido quien le puso fin al tormento de Bárbara. En aquel entonces, con esas fotos como prueba no solo enfrentó a Víctor y se sacó las ganas de darle una paliza, también lo conminó a alejarse de la chica porque si no lo denunciaría.

Claro que no pensaba hacerlo... Guardaba esa carta para cuando el momento le fuera propicio, y para su fortuna el degenerado acató sin chistar sus disposiciones y ni bien cumplió los dieciocho se fue a vivir con un amigo, y poco después se marchó del país.

Barbarita estaba a salvo, y él tranquilo. Solo le quedaba esperar que ese pimpollo se convirtiera en flor, para reclamarla para él.

No contaba con que Tobías Márquez se la arrebatara delante de sus narices, y eso lo llenó de ciega furia. Claro que Dios estaba de su parte, y se lo

llevó más temprano que tarde, dejándole piedra libre para enamorarla.

Y lo hizo.

La trató como una reina, y no le exigió nada, por eso no entendía como ella no era capaz de comprender que la aventura con Miguel Hernández no significaba nada. Se relacionaba con hombres solo porque de ellos obtenía lo que Bárbara no le daba. Jamás le sería infiel con otra mujer.

Simplemente necesitaba un culo para cogerse de vez en cuando, y una boca experta que le hiciera una buena mamada. Empezó con travestis de la calle, y siguió con jóvenes afeminados como Miguel Hernández, que se le regalaban en bandeja de plata. Esperaba mantener ocultas sus actividades, pero para su desgracia la primera en descubrirlo tendría que haber sido la última.

No obstante, no estaba dispuesto a perderla por esa tontería. Así como la había sacado del infierno en más de una ocasión, estaba en sus manos regresarla a él.

Tenía la carta y se la había mostrado. Ahora era cuestión de hacer su jugada con inteligencia, y Víctor iba a ayudarlo.

Se fue de la oficina de Bárbara dejándola creer que la pulseada la había ganado ella, pero lo cierto era que el juego recién comenzaba.

La información estaba ahí, al alcance de cualquiera. Solo había que entrar a internet y googlear su nombre o su alias.

Paradójicamente Laura Maldonado había vuelto a la vida el día en que se suicidó. Y al parecer, antes de hacerlo se había cargado a un militar.

Iván Kessler apretó los puños mientras un sudor frío lo recorría entero. ¿Era que nadie podía notar la conexión? Buscó como un poseso y solo encontró declaraciones de ex presas políticas, en donde aseguraban que ese tal Larrigue las había torturado en la cárcel clandestina del penal de Punta de Rieles.

El periodista reconoció a Iris entre ellas, y lo primero que hizo fue ir a buscarla. No tenía el teléfono pero sí sabía dónde vivía, así que le dejó a una nota a Carol poniendo que iba a dar una vuelta, y allí se dirigió.

—Estoy segura de que es él, señor Kessler. Y no quise decirlo a la prensa, pero me juego la cabeza a que Laura lo reconoció y se trastornó. Una no sabe cuán enterrados tiene los deseos de venganza hasta que se ponen a prueba... —le dijo con lágrimas en los ojos.

Iván tragó saliva.

—¿Usted cree que él la buscó? Tal vez Larrigue descubrió su identidad y quiso... No lo sé. No sé qué puede querer un monstruo así —dijo con la voz

quebrada.

—Un monstruo. El Monstruo. Él se llevó a la hijita de Laura. Él y Mendoza la arrancaron de sus brazos.

Así de simple. Laura Maldonado se había visto frente a frente con su verdugo y no le había temblado la mano a la hora de hacer justicia.

—Pero Mendoza ha muerto...

—Y ahora también el Monstruo, y se llevaron con ellos el paradero de la criatura. Pobre Laura, y pobre bebé.

Iván se puso de pie, exaltado.

—Voy a encontrar a la hija de Laura —declaró y esa vez la voz no le tembló.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Sé que ella lo hubiese querido así, Iris —le dijo, y no entró en más detalles porque eso implicaría hablarle del mensaje y lo situaría en la escena del crimen, lugar donde no quería estar.

—¿Pero qué sentido tiene ahora? Laura está muerta y el Monstruo también...

El periodista la miró a los ojos.

—El mismo sentido que tuvo el que usted y otras damnificadas hablaran, aún sabiendo que esa basura ya no puede ser juzgado por la ley de los hombres: saber la verdad. La verdad, Iris, la puta verdad.

Y más decidido que nunca a encontrarse con ella, se marchó.

Capítulo 11

“¿Qué mierda estoy haciendo?”

Esa pregunta se la hizo Bárbara varias veces en los días que siguieron, y todas fueron frente al amplio ventanal de su oficina, al cual dos por tres se acercaba para echar un vistazo a la azotea del edificio de enfrente.

Era como un acto compulsivo; al llegar miraba. Al mediodía, miraba. A media tarde, otra vez... Pero ni rastros de los obreros.

Habían dejado herramientas, pero al parecer la obra estaba interrumpida.

Se preguntó si eso tendría que ver con falta de presupuesto, pues con la crisis que asolaba al país era frecuente que sucedieran ese tipo de cosas. Los empresarios estaban a la espera de claras señales de que la economía no estuviese en recesión antes de continuar los proyectos que suponían grandes inversiones, pero éste no lo parecía.

Pronto tuvo la respuesta.

—¿Bárbara?

—Decime.

—Dice el ministro que el sindicato de la construcción quiere una entrevista urgente.

Bárbara se ruborizó por completo. ¿Qué carajo...? No podía entender cómo la casualidad se las arreglaba para enlazar sus pensamientos con la realidad de esa forma tan... contundente.

—¿Pasó algo? ¿Un accidente laboral, quizá?

—No. Parece que el porcentaje de obreros en seguro de desempleo casi se duplicó en cosa de semanas —le anunció Mónica con cara de preocupación.

Vaya. Lo que se temía.... Los empresarios paralizando las obras, los

trabajadores en paro, los sindicatos movilizados. Bárbara había lidiado con los textiles y los metalúrgicos, pero con los de la construcción no había tenido tiempo ni de presentarse. Hasta ese momento no habían dado problemas, pero al parecer había llegado la hora de entrar en contacto con el Sindicato Único de Trabajadores de la Construcción y Afines, más conocido como SUTCA.

—¿Sigue siendo Héctor Ramírez el delegado?

—Ajá.

—Agendámelo para mañana de mañana, y traeme todos los números de la Dirección de Estadísticas y del departamento de Seguridad Social. Quiero tantear la envergadura del problema —aclaró, y ni bien lo dijo se sonrojó. Curiosa elección de palabras, tan impropia de ella que Mónica largó la carcajada.

—Sí, yo también quisiera tantear la envergadura —repuso riendo.

Bárbara la reprendió con la mirada.

—No creo que estemos pensando en lo mismo —dijo a su vez, agria.

Pero cuando Mónica salió, ella también sonrió.

Estaban pensando en lo mismo. Seguro que estaban.

Víctor parecía un león enjaulado.

Ciego de ira daba vueltas y vueltas por su habitación, maldiciendo con todas sus fuerzas a Octavio del Campo.

¿Sería que nunca podría liberarse del chantaje de ese hijo de puta? Cuando era un pibe prácticamente lo obligó a irse de su casa y alejarse de Bárbara, y ahora lo forzaba a quedarse.

Tenía las fotos, podía hacerlo.

Por culpa suya había precipitado su independencia, y tal vez eso fue lo que hizo que se embarcara en un matrimonio tan mal avenido como el que mantuvo durante diez años.

Nunca fue feliz, y lo que era peor, esa unión lo llevó lejos de su tierra, de su familia. Tan lejos y durante tanto tiempo, que a esa altura consideraba que en Colombia estaba su hogar.

Pero claro, tenía que volver Octavio con sus imposiciones basadas en un chantaje liso y llano, y estropearlo todo. No podía volver a Colombia. Tenía que quedarse con una misión, la que ese infeliz le había encomendado.

Si algo tenía que reconocerle era que era muy hábil para hacerse entender. Ni siquiera lo había citado, simplemente lo llamó por teléfono.

La conversación fue breve, pero a Víctor le había quedado claro que no podía volver a Colombia por el momento, porque tenía que ayudarlo a

recuperar a Bárbara. A Víctor no le hacía ninguna gracia verlos juntos, y mucho menos el tener que ser él quien lograra el reencuentro, pero no tenía salida.

Lo había intentado, había esbozado un débil intento de zafar pero fue inútil.

Con Octavio no se jodía.

—No protestes. Te estoy pidiendo esto aún sabiendo que preferirías que no volviera conmigo, ¿y sabés por qué lo hago? Lo hago porque puedo.

—Lo hacés porque sos un chantajista de mierda pero ya me cansé de vos y tus maniobras —protestó.

—No tengo dudas de eso, pero vas a hacerlo por dos cosas. Primero porque sos un violento y un degenerado que disfruta de estas cosas. Y segundo porque tengo las fotos que lo demuestran.

—Hijo de puta.

Por un momento se le cruzó por la cabeza no hacerle caso. Que se jodiera. Era un viejo para Bárbara, y ahora que la estúpida había abierto los ojos, tendría que buscarse otro trofeo para lucir en las fiestas. Además ¿qué podía pasarle? No se veía su cara en las fotos, solo su pene y su habitación. Podía incluso echarle la culpa a su padre, acusarlo a él si es que esas fotos trascendían, después de todo ya había llenado de vergüenza a toda la familia muriéndose en un puticlub.

Otro viejo verde.

Pero a ese lo quería. Aún muerto lo seguía queriendo.

No, no podía hacerle eso.

—Los insultos te los podés guardar. Precisamente vos me decís a mí hijo de puta... ¿Te diste cuenta de quién sos hijo? —le dijo Octavio que parecía seguir la línea de sus pensamientos—. De tal palo tal astilla. Viejo putaño, hijo pedófilo. Linda familia me quiero adosar...

—¡Callate de una vez! —exclamó lleno de furia. Y luego agregó por lo bajo:— A ella le gustaba...

—Con una pistola en la cabeza también me “hubiese gustado” a mí —replicó Octavio, riendo—. No solo fuiste un pedófilo sino también algo peor: se trataba de tu hermana... ¿alguna vez escuchaste hablar del incesto?

—¡Bárbara no es mi hermana y lo sabés!

—¿Estás seguro?

Víctor se quedó mudo. ¿Qué mierda...?

Octavio no dejó que se recuperara. Dejó sembrada la duda y eso bastó para que Víctor se replegara, y ese torpe intento de rebelión llegara a su fin. El pensar en esa posibilidad lo hizo temblar, pero Octavio no demoró en

tranquilizarlo.

—Víctor, Víctor, estoy bromeando... Esto es simple y podés hacerlo: ponela nerviosa. Traele recuerdos. Sé sutil... No te pases porque te mete en cana. Apelá a sus miedos más primitivos, tensá la cuerda lo suficiente como para amedrentarla y se refugie en mis brazos. Estoy seguro de que hasta lo vas a disfrutar...

—No creas que va a ser fácil, Octavio. No sé por qué se pelearon, pero te recuerdo que ya no tiene catorce...

—Doce. Tenía doce cuando la pusiste de rodillas, y el porqué de nuestro distanciamiento no lo vas a saber.

Víctor carraspeó. Eso estaba por verse.

—¿Y si se decide y me denuncia? Si saca a relucir lo que pasó estoy en el horno...

—Sin mi colección de fotos es su palabra contra la tuya. Además no creo que Bárbara esté lista para otro escándalo tan pronto, y menos uno de tan larga data y que la involucra. Vos estudiaste Psicología un tiempo, Víctor. Aplicá tus conocimientos, tus habilidades... Sé que es sensible a tu presencia, que le traés malos recuerdos, que le das miedo. Recordale que podés arruinarle la vida todavía... Esa nena miedosa está esperándote dentro de ella, bajo esa coraza de mujer superada. Hacela salir y disfrutalo. Ambos sabemos que lo estás deseando...

—¿Y vos creés que eso te la va a devolver? ¿Qué va a correr a tus brazos buscando salvación?

La risa de Octavio le pareció despreciable y asqueante, incluso a él.

—Yo estoy acostumbrado a rescatarla. Ya lo he hecho y volveré a hacerlo. En el fondo Bárbara sabe que su único lugar seguro en este mundo, está entre mis brazos.

Parecía tan convencido. Era tan convincente.

Víctor lo tenía claro. Octavio conservaba las fotos, y también la sartén por el mango, como antes, como siempre.

Y pensándolo bien, tampoco sería un sacrificio el complacerlo.

Iván comenzó a escribir el libro la misma noche en que le prometió a Iris y a sí mismo, que buscaría a la hija de Laura.

Durante horas, y aprovechando que Carol estaba de guardia, escribió y escribió aún sabiendo que no le podría poner punto final hasta que encontrara a esa chica.

Se fue a la obra sin dormir y se encontró con lo inesperado: estaba cerrada y sus compañeros en la puerta, furiosos.

—¿Pero qué ha pasado?

—Todavía nada —le respondió el que todos llamaban “Negro” Walter—. Dice el portero que le dieron la orden de que no pasara nadie porque la tiene que volver a inspeccionar la dirección de Bomberos. Parece que hay peligro de derrumbe en el ducto, “Gallego”.

—¿Pero qué cojones? Si eso estaba apuntalado perfectamente, joder.

—Eso, eso. Estaba bien apuntalado —intervino un tal Rafael, que era el más veterano—. Yo creo que el problema acá es otro...

—¿Cuál es? —preguntó Iván frunciendo el ceño.

Sus compañeros se miraron entre ellos y luego a él.

—El paro, pibe. Están mandando a todo el mundo al seguro de paro. Hoy nos envían a casa con el jornal pago por esta pelotudez de la inspección de Bomberos, y mañana nos caen con la noticia...

Iván no podía creerlo. Hacía solo veinte días que estaba trabajando en la construcción, y ya le estaba pillando la onda. No podía creer que se iba a quedar sin blanca, porque estaba convencido de que allí y en China, no le tocaría ningún seguro con menos de un mes trabajando.

No podía permitirse perder ese empleo, sobre todo porque sabía que no conseguiría otro y quedaría totalmente en las manos de Carol. Y a esa altura también entre sus piernas, cosa que luego del subidón inicial, no le terminaba de agradar.

La desesperación habló por él.

—¿Y os quedaréis así tan tranquilos? ¿Habéis hablado con el sindicato?

Rafael asintió.

—Yo mismo llamé al “Manopla” Ramírez y me confirmó que la cosa está brava, y que van a tratar de hablar en el ministerio a ver si pueden mediar con los empresarios...

—¡Y una mierda! ¿Vosotros confiáis en el gobierno de este país y en su capacidad de mediación?

Lo quedaron mirando unos segundos y luego todos negaron.

—Claro que no. Leo los periódicos a diario y ¿sabéis lo que veo? Tienen un problema gordo con los bancos. ¿Pensáis que harán algo por vosotros? No pueden detener la pasta. Los empresarios que la estaban invirtiendo ahora se la están llevando al colchón, joder... Paralizarán todas las obras hasta que esto se estabilice y como eso tardará, os darán por culo a todos, empezando por los más débiles: vosotros, los de la construcción.

Vio palidecer hasta al “Negro” Walter. Los vio tragar saliva.

Estaba desesperado, pero de alguna forma se dio cuenta de que lo peor de la situación lo llevarían sus compañeros, que tenían familias que mantener, cuentas que pagar, préstamos... No se sentía parte de ese grupo, pero compartía la indignación por lo que estaba sucediendo.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Darío, uno de los más jóvenes que esperaba ser padre en pocos días. —No nos vamos a quedar con los brazos cruzados, ¿no? Los bancos son importantes, pero nosotros también lo somos, mierda.

—¡Claro que lo somos! —exclamó Rafael, exaltado —. Ché, Walter... ¿vamos a dejar esa negociación en manos del “Manopla” Ramírez? ¿A vos te parece que en el ministerio le van a dar bola?

Todos se miraron desconcertados. El nuevo tenía razón, el problema de los bancos se estaba saliendo de control, e iba costar convencerlos de interceder con los empresarios para que no pararan las obras.

—Tenéis que hacer mucho ruido para que os escuchen, compañeros. Os tienen que oír los del sindicato, los patrones y el propio gobierno—afirmó Iván, convencido.

—¿Por qué hablás de nosotros, “Gallego”? ¿Por qué no te incluí? —preguntó Darío mirándolo a los ojos.

—Porque yo no pinto nada aquí, chaval. A mí me borran de un plumazo antes de que pueda abrir la boca. Acabo de llegar, no soy de aquí... Yo no tengo derecho a protestar. Más bien debo de estar agradecido por la oportunidad...

—¡Nada que ver! Vos sos uno de nosotros. Acá no importa de dónde venís, lo que importa es defender la fuente de trabajo. Este país se construyó con mano de obra de tu tierra, así que tenés tanto derecho al pataleo como cualquiera. Y por lo que a mí me parece, también tenés una facilidad de palabra que ni el “Manopla” Ramírez...

—¡Es verdad! —convinieron varios a coro.

Iván los miró con extrañeza, y muy a su pesar se sonrojó.

—Colegas, si es para hacer ruido contad conmigo.

El “Negro” Walter se adelantó.

—Pero... ¿por qué no esperamos a ver qué dice el Ramírez?
La respuesta fue contundente y la dio Rafael.
—Esperamos. Pero si da largas al asunto, nos hacemos oír.

Capítulo 12

Bárbara Larrique se sentía bastante incómoda, y eso no le pasaba con frecuencia en su vida profesional.

El dirigente sindical Héctor Ramírez era un hombretón de mediana edad, y tenía pinta de no acordarse ya de lo que era una brocha.

El rostro enrojecido de bebedor y su mirada lasciva que no se apartaba de su escote, le causaban a Bárbara una gran repulsión.

La reunión se estaba extendiendo más de la cuenta, y estaba claro que no iban a llegar a un acuerdo, pues las exigencias de Ramírez eran imposibles de cumplir. Lo que pretendía era un compromiso del gobierno de negociar con los empresarios para que se retomara el trabajo en las obras detenidas. Obviamente eso implicaría para la administración algo más que un papel de mediador; habría que echar mano al Fondo Especial de Recursos que ya no resistía financiar a más nada.

Con el asunto de la corrida bancaria las reservas escaseaban, y Bárbara no podía asumir ningún compromiso que tuviera que ver con tocar lo poco que quedaba.

Así se lo hizo saber a Ramírez. Con mucho tacto le dio a entender que no era viable su solicitud, pero el hombre era un hueso duro de roer.

—Doctora Larrique, creo que no nos estamos entendiendo —le dijo imitando el estilo de Bárbara a la perfección—.Tengo a mi gente revolucionada... Están nerviosos y con razón, fíjese. Un día sí y otro también se para una obra y se envía a los trabajadores al seguro de desempleo. Seis meses a medio sueldo, y luego nada, el hambre, porque está claro que esto va de mal en peor. Necesitamos señales claras del gobierno, un compromiso que...

—Señor Ramírez está más que claro que no nos estamos entendiendo.

Lo que usted pide es tan poco realista que ni siquiera pienso plantearse al ministro Murcia —dijo Bárbara con determinación y luego se puso de pie para huir de escrutadora y lasciva mirada del delegado.

Se acercó a la ventana, y de espaldas a los integrantes de la reunión siguió hablando:

—El país está en crisis y lo sabe. Estamos a un paso de entrar en recesión y comprenderá que no podemos comprometernos con un sector de la economía, y mucho menos con todos...

—Pero doctora...

—Déjeme terminar por favor. Se vienen tiempos difíciles y lo mejor es que prepare a su gente para...

Esa vez no la interrumpió Ramírez, se interrumpió ella sola. Es que de pronto entró alguien en su campo visual, que al igual que días antes la dejó sin aliento. En la azotea del edificio de enfrente estaba *él*.

En esa ocasión se encontraba solo y no estaba trabajando. Bárbara ni siquiera se molestó en retomar lo que estaba diciendo. Con el rostro casi pegado a la ventana contempló como el hombre caminaba por el techo, y miraba con ojo crítico el trabajo de impermeabilización a medio terminar.

Se lo veía espectacular, aún sencillamente vestido con un jean desgastado y una camiseta gris sin mangas. Esos brazos... Brillaban al sol como la primera vez que lo vio, y de la misma forma se quedó fascinada observándolo.

Parecía triste, preocupado, y Bárbara se preguntó si eso tendría que ver con la paralización de la construcción. Era evidente que su trabajo también había sufrido las consecuencias de los problemas del sector.

Por un momento se puso en sus zapatos, y se vio tentada a ceder, e intentar lo que Ramírez le estaba pidiendo... ¡Ramírez!

Se volvió de golpe y se encontró con el rostro expectante del dirigente y sus acompañantes. ¿Qué era lo que estaba haciendo, por Dios? Volvió a la mesa de reuniones y se obligó a centrarse y retomar la palabra.

—Disculpen por... —comenzó a decir pero no encontró ninguna excusa para justificar su larga pausa, así que sacudió la cabeza y continuó —. En fin, estaba diciendo que lo que me pide, estimado Ramírez, es imposible. El gobierno ha sido claro en las instrucciones a las secretarías de estado: no hay fondos. Podemos intentar mediar con los empresarios, pero no hay dinero. Lo siento.

Un largo silencio siguió a sus palabras y ella se revolvió en el asiento, inquieta. Estaba deseando terminar con eso y correr a la ventana a ver si él todavía estaba allí. Se sentía mal porque solía ser muy profesional en su

trabajo, y era la primera vez que se tentaba con una cosa así.

No tuvo mucho tiempo para avergonzarse, sin embargo, porque Héctor Ramírez tomó la palabra al fin.

—Bueno, si esa es su última palabra...

—No es la mía, es la posición del equipo de gobierno.

—Como sea, doctora Larrique. A mi gente no le va a gustar el derrotero de la situación. Desde aquí pondremos la mejor voluntad, y trataremos de contener a la muchachada pero va a ser difícil, se lo garantizo. Esperábamos más de esta reunión... Por lo menos no pensábamos que las señales de arriba fueran estar del lado de los empresarios.

—De ningún lado, Ramírez. Podemos mediar, pero no involucraremos fondos públicos. ¿He sido clara? Dígale a su gente que sea paciente, que se acojan a la seguridad social que tal vez en seis meses la cosa cambie y esta conversación carezca de sentido. Confiemos en que las aguas vuelvan a su cauce y todos en paz ¿de acuerdo?

Lo vio asentir y se quedó tranquila. Se puso de pie y liquidó la reunión con prisa para poder volver a la ventana a verlo a él.

Pero igual que la vez anterior, cuando pudo hacerlo, ya no estaba.

Iván caminó al borde de la cornisa un rato, pensativo. Había logrado colarse en la obra en la que había estado trabajando el último mes, la cual en ese momento estaba paralizada.

No se creía la estúpida excusa de la inspección de bomberos. Le seguían pagando el jornal aún cuando hacía tres días que la obra estaba parada y eso le daba muy mala espina.

No sabía por qué había tenido el impulso de volver. Cómo si en esa azotea estuviese la respuesta a todas sus preguntas, o mejor dicho, a la pregunta que le estaba quitando el sueño: ¿dónde estaba la hija de Laura Maldonado?

Mientras estuvo trabajando allí pensó mucho. Y al llegar a la casa de Carol escribió sin parar, en una especie de paroxismo creativo que a esa altura se había detenido, al igual que la obra que mantenía sus manos sujetas y su cabeza libre.

Pensó que volviendo allí regresaría la inspiración, pero no fue así. No era un asunto de inspiración, más bien tenía que ver con que había llegado la hora de dejar de improvisar, y empezar a investigar en serio. A lo mejor tenía que dejar de evadir el implicarse de lleno en la búsqueda de la criatura desaparecida.

“La criatura... Tengo que dejar de pensar en ella como un bebé porque ya no lo es. Treinta años... Es una mujer en la treintena que seguramente no tiene idea de que nació en una cárcel clandestina y que fue arrancada de los brazos de su madre. Una mujer como tantas... ¿Cómo encontrarla? Es como buscar una aguja en un pajar. De nada sirve que Laura la haya marcado si no tengo siquiera la más leve sospecha de quién puede ser”, se dijo preocupado.

Se sentía frustrado, impotente.

Le preocupaba el quedarse sin trabajo, pero no poder cumplir su proyecto y la promesa que se hizo, era lo que realmente le amargaba la vida.

Y de pronto lo supo. El primer paso para llegar a la hija de Laura había pasado desapercibido ante sus ojos hasta ese instante, pero ya no.

Lo vio claro como el agua. Para llegar a ella, lo siguiente que tenía que hacer era encontrar al médico que la trajo al mundo.

Hablaría de nuevo con Iris, y si ella no sabía nada, seguramente lo ayudaría a dar con quien supiera informarle. Necesitaba reconstruir lo sucedido para redondear la investigación, pero sobre todo para hallar alguna pista que lo llevara a encontrarla.

Y también buscaría información sobre Esteban Larrique. Primero en Internet, y luego vería por dónde seguir, pero tenía la corazonada de que cuanto más informado estuviera, más cerca estaría de la verdad. Y la verdad le traería el paradero de la hija de Laura Maldonado.

Abandonó el edificio, pero cuando se dirigía a su casa para cumplir con lo que se había propuesto, lo llamó su compañero Rafael para decirle que estaban oficialmente en paro. Y que el “Manopla” Ramírez y su séquito no habían logrado ninguna señal de parte del gobierno para salvar la situación.

“Llegó la hora de hacernos oír, pibe. ¿Nos vas a ayudar?” le preguntó.

Imposible negarse, ya que él mismo se los había sugerido. Se quedaba sin trabajo y no le tocaba seguro de desempleo, pero esta causa lo involucraba tanto como la otra.

Le pondría el pecho y se haría escuchar.

Mucho ruido iban a hacer.

Capítulo 13

Días atrás, nada más googlear “Madame Dominique” habían aparecido decenas de resultados y la mayoría estaban relacionados a lo acontecido la noche fatídica.

Iván leyó dos o tres artículos y fue así como se enteró de la existencia de Esteban Larrique, un militar retirado que al parecer había estado vinculado a actos aberrantes en la última dictadura. Y la propia Iris lo reconoció como “el Monstruo”, el hombre que le arrancó a Laura Maldonado lo más preciado que tenía: su hija recién nacida.

El periodista no podía evitar pensar que ese encuentro entre ellos que los condujo a la muerte, no fue solo una infeliz coincidencia. ¿La habría buscado él? No lo creía posible pues el militar había logrado salir indemne de sus crímenes, se había escapado de la justicia y de la oportunidad de ser reconocido en su momento. ¿Por qué se arriesgaría buscándola?

Seguro que había sido ella quien lo habría buscado. Pero también le resultaba improbable que lo hubiese arrastrado tan fácilmente a un antro de prácticas BDSM, y hacer que se expusiera de esa forma.

Iván se sentó ante el ordenador de Carol, puso el nombre de “Esteban Larrique” y marcó la pestaña de imágenes para verle bien la cara a ese malnacido. La vez anterior su mirada había sido fugaz y no recordaba sus facciones, pero en esa ocasión se detuvo a observarlo.

Tenía un rostro delgado, de facciones angulosas. Sus ojos castaño claro, estaban enmarcados por pobladas pestañas salpicadas de canas, igual que su escaso cabello. La foto se repetía en distintas publicaciones, pues al parecer era la única, la de su documento. Iván recorrió las imágenes con indiferencia, hasta que su mirada se detuvo en uno de los resultados que le llamó particularmente la atención.

Bajo la fotografía de una hermosa y joven mujer, se leía el epígrafe: “Bárbara Larrique”. Esa imagen lo atrajo como un imán.

Se la quedó mirando un largo rato, y recordó que había leído que Esteban Larrique era el padre de una diputada del partido conservador. Bueno, eso explicaba que tras el escándalo inicial exclusivamente vinculado al asunto sexual, se hubiese echado un manto de piedad sobre el asunto.

Que el padre de una representante nacional fuese un perverso era una cosa. Al morir en manos de una prostituta no dejaba de ser una víctima, más digna de lástima que de reprobación.

Pero que fuese un torturador, un secuestrador y tal vez hasta un asesino era otra muy distinta. Ese tipo de actos no podían siquiera rozar una carrera tan promisoriosa como la de la joven abogada.

Y así fue como Iván Kessler conoció a Bárbara Larrique.

Internet la trajo a su vida, y una vez que comenzó a leer sobre ella, ya no pudo parar.

Iba pasando las imágenes, que en el caso de ella sí que eran muchas, y cada vez se interesaba más. Había fotos de la época universitaria, fotos de prensa, imágenes de ella tomadas por *paparazzi* y otras de eventos sociales.

La vio sonriendo en unas, y con un rictus amargo y enormes anteojos oscuros en otras. Descubrió su mirada inteligente, y la increíble perfección de su figura. ¿Cómo es que una chica tan joven podía ser diputada nacional?

Tenía solo treinta y un años. No lo llevaba claro, pero creía que estaba en el mínimo requerido para postularse; al menos en España así era.

Siguió investigando en la web y se enteró de que tenía un puesto de importancia en el Ministerio de Trabajo. Vaya con la diputada... Estaba escalando posiciones con asombrosa rapidez. ¿La trágica muerte de su padre representaría un obstáculo en su carrera al éxito? ¿Estaría ella al tanto de su papel durante el proceso militar? Tal vez era la responsable de que las denuncias *post mortem* hubiesen sido desestimadas.

Iris le comentó que de parte de la justicia nadie la llamó a declarar. Ni a ella ni a las compañeras que reconocieron al Monstruo, así que solo la prensa recogió las acusaciones, y estas fueron opacadas por el sensacionalismo de la muerte del militar en manos de una prostituta.

La búsqueda de Iván lo llevó a YouTube, y allí observó fascinado un video en el que Bárbara asumía la diputación. Junto a ella, una mujer mayor que debía ser su madre sonreía discretamente, y un hombre, que no era Esteban Larrique, la cogía de la cintura.

Filmado desde lejos no se distinguían sus facciones pero se veía bastante mayor, y cuando posó sus labios sobre los de ella no le quedaron

dudas de que era su pareja.

Y a Esteban Larrique no se lo veía por ningún lado. Tampoco estaba en otros eventos como la graduación de Bárbara, en el que sí se había hecho presente su madre. Era evidente que escapaba de los flashes... Seguro temía que pasara lo que terminó sucediendo luego de su muerte: que alguien lo reconociera y lo acusara.

Tal vez su cómplice Horacio Mendoza lo había hecho, y eso fuese la causa de su caída.

“Qué curioso... Esteban Larrique andando de puntillas, sin hacer ruido, sin asomar la cabeza... Igual que Laura Maldonado. Y cuando se encuentran, en una clandestinidad como la anterior pero con los papeles invertidos, eso lo lleva a la muerte. A ambos los lleva a la muerte” reflexionó Iván, sorprendido.

Pero su atención volvió a Bárbara.

Era imposible no hacerlo... Se perdió en su cara hermosa, en sus sinuosas curvas. Vaya mujer. Era perfecta.

Una triunfadora. Fuerte, capaz y quizá hasta implacable. Todo lo que él no había podido ser al menos hasta ese momento.

Una imagen de Bárbara lo atrapó especialmente. Al parecer estaba en una corte, haciendo un alegato. Vestía una sencilla blusa blanca y una falda tubo negra. Sobre sus altos tacones y con los brazos en jarra, fulminaba a alguien con los ojos. Era tan intenso lo que transmitía, que Iván sintió piedad por el destinatario de esa mirada, y al mismo tiempo sintió envidia.

Ya quisiera él recibir la atención de una mujer como ella. Ser el objeto de su mirada, de sus pasiones, de todas sus emociones...

A Iván le pareció una mujer excepcional, aun sin conocerla. Se sintió tan subyugado por su imagen que eso le provocó cierta incomodidad.

Vamos... Una mujer como esa era en todo aspecto inalcanzable para él.

Y tampoco la quería. Una política conservadora que había ascendido de forma vertiginosa no era su tipo, eso seguro. Sería una trepadora, altiva y soberbia, pagada de sí misma.

Por muy bella que fuera, Bárbara Larrique estaba tan lejos de él como su patria.

Suspiró, lleno de añoranza. No sabía bien de qué, pero echaba de menos a su tierra, a sus amigos, a la vida que llevaba allí, que comparada con la actual se le antojaba una maravilla.

Pero el recordar lo vacío que se sentía en España, su falta de metas, de objetivos, el dejarse llevar por la inercia, el sobrevivir sin una ilusión, mitigó su nostalgia.

Su presente si bien no era lo halagüeño que él quisiera, tenía la sal y pimienta de una misión que cumpliría a como diera lugar: encontrar a la hija de Laura y terminar su libro. Y mientras tanto, ayudaría a sus compañeros de la construcción a luchar por la defensa de sus fuentes de trabajo.

Se había encariñado con ellos en esos veinte días en que habían trabajado juntos. Además estaba convencido de que los oprimidos y los más débiles, se merecían ser escuchados.

Él les echaría una mano, e intentaría que el poder no los pasara por encima. Gente como Bárbara Larrique, estaba en este mundo para aprovecharse de la clase trabajadora, para usarlos como trampolín y luego olvidarlos, pero él no dejaría que así fuese.

Se harían oír, claro que sí.

Fuerte y claro.

—Me llamó Héctor Ramírez.

—¿El del SUTCA?

—El mismo —confirmó Murcia mientras se bebía su café. No solía ir a la oficina de Bárbara así que su visita no auguraba nada bueno.

—Pero si yo me reuní con él y su gente antes de ayer...

—Lo sé, Bárbara. Pero no quedó para nada satisfecho con el resultado de esa conversación, y acudió a mí.

Ella alzó las cejas, intentando disimular su disgusto. Pero no pudo evitar expresar con ironía:

—Vaya... Tal vez entre hombres puedan lograr un mejor entendimiento.

Ernesto Murcia sonrió. “Este es el resultado de haber votado por la cuota femenina. Ahora tenemos un montón de resentidas que nosotros ayudamos a posicionar. Mala cosa”, pensó.

—A mal puerto fue por agua. Le dije lo mismo que vos y se alteró bastante. ¿Sabés que me pidió? Ya que no podemos destinar recursos para solventar los proyectos, quiere que el seguro de paro suba al sesenta y cinco por ciento del líquido.

—Ese hombre está loco.

—Pensé lo mismo y se lo dije, pero no entró en razones —comentó Murcia poniéndose de pie—. Así que tenemos que estar atentos a las salidas de esta gente, porque estoy seguro de que van a insistir.

Bárbara se encogió de hombros.

—¿Qué pueden hacer? ¿Ir a la huelga? Yo creo que con las cosas como

están, eso sería más un beneficio que un perjuicio. Los empresarios se sentirían aliviados porque de todos modos van a dejar los proyectos en suspenso.

—Tenés razón. Pero no creas que esto no va a traer cola, porque atrás de esos proyectos hay gente que ya invirtió y va a querer recuperar esa inversión. Los empresarios están metiendo en el colchón el dinero de otros, Bárbara. No nos conviene que los de la construcción levanten mucha polvareda, que ya está bastante caldeado el ambiente.

Bárbara se inclinó sobre el escritorio y sonrió.

—No le tengo miedo a los del SUTCA, Ernesto. Que vuelvan insistiendo, que aquí los espero. Yo me voy a hacer cargo y si no quieren tratar con una mujer se van a tener que joder —dijo con aire de suficiencia, y Murcia se fue de la oficina sumamente complacido.

No se había equivocado con Bárbara. La vida la había golpeado y había salido airosa y fortalecida.

“Me voy a desentender de este asunto. Lo voy a dejar en sus manos si es que Ramírez y su gente vuelven a la carga. Bárbara tiene los ovarios bien puestos y podrá lidiar con eso, estoy seguro” se dijo.

Y enteramente convencido se fue a su oficina y se olvidó del tema.

No sospechaba que al día siguiente sucedería algo que lo haría volver a recordarlo.

Capítulo 14

Cuando ella levantó la vista se encontró con quien menos esperaba.

¿Qué hacía él allí? Un escalofrío la recorrió entera, y de pronto tuvo la imperiosa necesidad de huir. ¿Pero cómo podía salir corriendo de su propio despacho? ¿Y cómo demonios había logrado entrar sin ser anunciado al menos?

Frente a ella, él la miraba de forma intensa. No sabía si había odio en sus ojos, o solo un dejo de suficiencia. Lo que sí se daba cuenta era que deseo había, y se sintió asqueada.

El protocolo de seguridad de ese lugar era una verdadera mierda, y tendría que tomar medidas al respecto. Y además, matar a Mónica por haberlo dejado pasar. No entendía cómo había sucedido algo así, pero enseguida obtuvo la respuesta:

—Tu secretaria también mea.

La grosería apenas la sorprendió. Era muy propio de un tipo de su calaña el hablar de esa forma. ¿Qué se podía esperar de un burro más que una patada?

No esperaba ese encuentro y no lo deseaba. Tenía ganas de gritarle que se fuera, pero logró controlarse.

—Solo atiendo con cita previa —dijo con frialdad.

Él sonrió.

—O con un arma en la cabeza.

Al escucharlo, Bárbara se asustó. De veras se asustó, y su cuerpo reveló de inmediato lo que sentía. Las manos se crisparon sobre el escritorio, y se quedó paralizada. No sabía qué intenciones tenía, pero se daba cuenta de que no eran nada buenas.

—¿Qué... querés? —preguntó sin poder evitar que la voz le temblara.

—Bárbara... Qué complaciente. No lo esperaba, sinceramente. ¿Ahora ni siquiera tenés que ver el arma para ponerte de rodillas? —le preguntó Víctor rodeando el escritorio hasta situarse junto a ella—. No la tengo, hermanita. El control de seguridad de la puerta principal me hubiese detenido y lo sabés. Pero se nota que estás tan dispuesta que no necesitás que te anime con un fierro... Bien por mí.

Bárbara luchaba para que el terror no la dominara. Creyó que tenía el tema superado pero evidentemente no era así.

Cuando sucedió lo de su padre, ella no sintió el temor que esperaba experimentar al volver a verlo. Por el contrario, en esa ocasión él se veía más que vulnerable, y eso la hizo envalentonarse. Luego, el episodio vivido en casa de su madre, donde Víctor la había echado por la fuerza, la había llenado de miedo pero logró sobreponerse. Le costó unas cuantas lágrimas y eso que nunca lloraba, pero no sintió ese temor casi visceral que la tenía paralizada en su sillón. Y en ese momento caía en la cuenta, de que a partir de aquel día su coraza comenzó a resquebrajarse.

Él tenía razón, el terror estaba tan arraigado en ella que la sola mención del arma, paradójicamente la terminó de desarmar.

Allí estaba, al igual que a los doce, temblando de miedo ante el monstruo que se imponía con su simple presencia. La náusea le quemó la garganta, y el tiempo pareció retroceder de forma vertiginosa.

Todos esos años de lucha, de sobreponerse a las adversidades, de cobrar fuerzas para olvidar el pasado y proyectarse al futuro, parecieron desvanecerse de pronto.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas sin poderlas contener.

—Por favor andate —le rogó, y su voz sonó aterrorizada.

Su hermano era un ser despreciable. Tanto como la carcajada que resonó por toda la oficina.

—¿O qué?

Ella no respondió. Simplemente no pudo.

—¿O qué, Bárbara? —repitió Víctor inclinándose un poco.

¿Qué podía hacer? Él era un hombre alto, fuerte. Solía ir al gimnasio con frecuencia, y se le notaba.

Bárbara intentó volver a su eje. Era una representante nacional, una alta jerarca de un ministerio. Víctor no se atrevería a hacerle daño... Y si lo hacía, ella podía denunciarlo. Sí, no se atrevería a hacerle nada. Pero ella sí.

Apelando a toda su fortaleza, movió el rostro y lo miró a los ojos.

—Vos sabés que ya no tengo doce años, Víctor. Lo que sí tengo es

poder. Y lo voy a usar para que pagues...

Él alzó las cejas y sonrió. No se lo veía amedrentado en absoluto.

—¿Y quién te va a creer? A los doce años eras una nena perturbada, que pasó un año internada en un psiquiátrico con las manos atadas, porque no parabas de lastimarte. ¿No te parece que sería algo raro que trajeras a colación eso ahora? Y en el caso de que sí lo hicieran, tengo las fotos, no lo olvides. Tu mirada no reflejaba temor... Se notaba que te gustaba.

“Se notaba que te gustaba”

Las mismas palabras que había usado Octavio meses atrás, cuando le confesó que Víctor le había mostrado las fotos.

En ese momento y a pesar del horror, ella pensó que Octavio había interpretado mal la expresión que debía tener en esas imágenes. Pero ahora las palabras de Víctor sembraron la duda. Una duda que solo podría resolver si las viera. Y no quería.... No podría soportar si de verdad fuera así.

Sus recuerdos eran borrosos, tal vez a causa de la medicación que le dieron, porque como bien dijo Víctor, después de aquel episodio ella comenzó a hacerse daño. Tanto, que le terminaron haciendo una cura de sueño, que al principio pareció ser efectiva, pero tiempo después los recuerdos perturbadores regresaron. Claro que lo hicieron con menos fuerza, y si bien recordaba los hechos en líneas generales y el terror la invadía, había olvidado los detalles.

¿Sería verdad que lo había disfrutado? No, no podía ser cierto. Era una niña, y Víctor la había amenazado con un arma. ¡Era mentira!

Él la vio dudar, y siguió con su misión: ahondar en la llaga, volverla vulnerable para que regresara a los brazos del hijo de puta de Octavio.

—Creo que saliste a papá, Barbarita. El arma te incentivaba, te hacía disfrutarlo más. Desde chiquita te gustaba que te sometieran, y a la luz de los nuevos acontecimientos me doy cuenta de donde proviene ese morbo tuyo... De tal palo tal astilla. Te gustaba, querida. Una verdadera putita adolescente resultaste ser. Me provocaste, me arrastraste a hacer cosas que no quería...—la acusó. Y al ver como el terror volvía a apoderarse de ella, continuó: —Por eso entiendo al viejo. Cuando una trola se emperrea, lo logra. Te obligan a portarte como un imbécil... Vos tuviste suerte porque justo te encaprichaste con un hombre de bien, o mejor dicho un chico, porque eso era yo. Un pibe estúpido que se dejó engatusar por tu falta de moral. Pero ahora soy un hombre, Bárbara. Y vos una mujer, aunque se te ve bastante indefensa lo cual me dice que has involucionado bastante. Tal vez por fuera seas una ganadora, pero a mí no me engañás... Tenés miedo. Ganas y miedo...

Ella se tapó la boca para ahogar un sollozo. No podía soportarlo más.

—Déjame en paz... —rogó con la mirada baja, sin poder moverse.

—Y ahora estás sola, porque no tenés a Octavio que te proteja. Ya me enteré de que rompieron, y que no va a estar ahí para curar tus heridas cada vez que te dé por hacerte la víctima, cuando ambos sabemos que de víctima no tenés nada.

Bárbara cerró los ojos. Él tenía razón... Ya no tenía a Octavio, que sin saber lo que había pasado en aquel momento, se interesó por ella y la sacó de la casa para que recibiera tratamiento psiquiátrico. Si no fuese por él estaría muerta.

Si no la asesinaba Víctor tal y como la había amenazado si se le ocurría hablar, ella misma se hubiese matado. De hecho lo intentó.

Intentó hacerse daño una y otra vez, abriendo con sus propias manos las heridas que Octavio se encargaba de volver a suturar, con toda la paciencia y toda la dulzura posibles. En ese momento era solo una niña y él un hombre que andaba en la treintena, pero Bárbara se enamoró perdidamente de quien consideraba su salvador, aun sin saberlo.

Pero ya no lo tenía. Octavio no sanaría sus heridas porque ella misma lo había alejado. Y de pronto el asunto de Miguel Hernández, le pareció una soberana tontería al compararlo con lo que le había pasado y le estaba pasando.

Octavio ahora sabía lo que ella había tenido que enfrentar. No tenía que fingir, no tenía que ocultar. Podría pedirle ayuda. Ya no estaría sola.

Solo esperaba que él le hubiese perdonado sus desplantes. La había tratado de poco comprensiva, de soberbia y algo de razón tenía. Lo de Octavio y Miguel era un pasatiempo inofensivo. Además, ella era consciente que le daba poco en la cama... Era lógico que él buscara satisfacer ciertas necesidades de otra forma.

Había manejado todo con discreción.... En ese sentido no tenía nada que reprocharle. Y era evidente que todos los hombres tenían un mayor o menor grado de perversión. Su padre, Octavio, Víctor.... Y al parecer ella misma también.

¿De verdad había disfrutado aquello? Solo de pensarlo otra vez las náuseas amenazaron con hacerle perder el control. No se iba a dejar vencer por Víctor. Lucharía.... Octavio la ayudaría.

—No estoy sola —murmuró.

Y Víctor respiró. Misión cumplida, se dijo. Había resultado más fácil de lo que esperaba, y es que él era un experto manipulador y se enorgullecía de ello. Le daría el golpe de gracia y se marcharía... Aunque de buena gana se quedaría a recordar viejos tiempos.

La imagen de Bárbara de rodillas, con su pija en la boca era su fantasía recurrente, la que usaba para excitarse cuando se cogía alguna mina, su momento más caliente. Le hubiese encantado repetir la experiencia siendo ella una mujer, pero el idiota de Octavio tenía las fotos... Bárbara era solo una niña en ese entonces, y el arma delataba que había cierta coerción.

En fin, no era posible disfrutar de esa boca por el momento, pero se había librado de Octavio y su amenaza de divulgar las fotos, que estaba seguro no tendría problemas en cumplir. Seguramente diría que las acababa de encontrar y que se había horrorizado, y luego se las daría a la justicia y a la prensa, repartidas por partes iguales. La carrera de Bárbara tal vez soportara un escándalo más, pero para Víctor sería el fin. Maldito Octavio, maldito.

No tenía otra opción que rematar su misión y olvidarse de ellos. Con un poco de suerte pronto estaría en Colombia, el paraíso de la coca, donde era tan feliz.

—Lo estás, Bárbara. Sé que terminaste con Octavio y no me sorprende. Siempre fuiste tan estúpida... No lograrás reconocer lo que te conviene ni aún teniéndolo debajo de la nariz. Sos demasiado soberbia también. Ahora que lograste tus metas, estás apartando del camino a los que te ayudaron a alcanzarlas. Muy propio de vos... Bueno, yo te voy a enseñar a ser más agradecida. Ojalá te quede un poco de lo que se ve en mis fotos preferidas; aquella putita que se puso de rodillas y me la chupó con ganas...

Bárbara contuvo el aire. No podía desmoronarse, no podía, no podía... Pero lo cierto es que no sabía qué hacer. Tenía miedo, mucho miedo. Y Octavio no podía salvarla porque ella lo había sacado de su vida, cosa que pronto remediaría. Pero en ese momento estaba en manos de Víctor.

Claro que podía gritar pidiendo ayuda, pero eso no iba a impedir que esas fotos salieran a la luz... Eso sería su fin.

“Se notaba que te gustaba”

Lo de su padre no era nada comparado con lo que podía suceder con ella y su carrera si esas fotos trascendieran. No quería ni pensarlo.

—Víctor... Por favor... Tenía doce años... —sollozó, desesperada.

Pero él rió con fuerza.

—Vamos, Barbarita. Parecías de quince y lo disfrutaste.

—¡Pero era tu hermana!

—Y yo era tan menor como vos, y me vi arrastrado a cometer actos reñidos con la moral por tu culpa. Juegos sexuales que yo no sabía ni que existían, y que incluían armas y sexo oral con alguien a la que jamás se me hubiese ocurrido tocar...—le dijo con fingida inocencia, y quedó más que claro que eso era una coartada que no dudaría en mostrar.

Siempre la más perjudicada sería ella,
No tenía salida, no tenía escapatoria. Necesitaba llorar su dolor en el hombro de Octavio, necesitaba su consejo y que hiciera que Víctor se alejara de ella. La había salvado de ese monstruo sin tener idea de que lo hacía, así que si ella le contara su calvario seguro que él se haría cargo.

—Alejate de mí, Víctor.

Y justo cuando él iba a replicar, un ruido proveniente de la calle ahogó sus palabras. Parecía una corneta... Y de inmediato se le sumó un sonido rítmico, como un bombo.

Un segundo después entró Mónica a la oficina, y al ver al hermano de Bárbara de pie junto a ella detuvo sus ímpetus.

—Perdón... No sabía.

Vio el rostro descompuesto de su jefa, y se dio cuenta de que esa presencia no era bienvenida. Bárbara odiaba a su hermano y aunque Mónica no sabía el motivo, decidió que ese era el momento de sacarlo de allí como fuera. Y tenía una buena razón para hacerlo.

Víctor se alejó de ella y se aproximó a la ventana.

—Mónica, está bien —dijo Bárbara retomando la compostura—. Mi... hermano ya se iba. ¿Qué es lo que está pasando afuera?

—A eso venía. Hay una manifestación en la puerta. Están cortando el tránsito, y parece que van a quemar cubiertas también. Son los del SUTCA y exigen hablar con el ministro, Bárbara. Pero él no está, y yo no sé qué...

Ésta frunció el ceño. No se esperaba algo así, y menos tan pronto.

A su espalda, escucho carcajearse a Víctor.

—Uy, Barbarita. Parece que se te complicó de repente. A ver si lográs demostrar de qué estás hecha, aunque creo que tu legendario temple no existe y te vas a hacer pis cuando te enfrentes a esa manga de ignorantes. Hacerte pis cuando tenías miedo era frecuente cuando eras chica ¿te acordás?

Bárbara no contestó, pero Mónica lo miró con todo el odio del que era capaz. Víctor le sonrió a la secretaria y luego se dirigió a la puerta.

—Que te sea leve, hermanita —le dijo. Y luego le lanzó un beso a Mónica y se marchó.

Capítulo 15

Todo empezó aquella mañana cuando el “Rengo” López, compañero de la obra en la que había estado trabajando Iván, lo llamó.

—Me dijo Rafael que quieren hablar con el “Manopla” Ramírez.

—Ya no, “Rengo”. Queríamos saber de primera mano si el gobierno ha dado muestras de involucrarse en este asunto, pero ya sabemos que no.

—Pibe, haceme caso: déjenlo así. Yo mismo hablé ayer con el Ramírez, y me dijo que le permitieran hacer su trabajo tranquilo. Parece que este no es el momento de tensar las relaciones con los patronos, así que lo mejor es quedarse calladitos y esperar.

Iván se indignó.

—Créeme que no. Mira, no es que yo tenga mucha experiencia en esto, pero en mi país la crisis ha comenzado antes y ha ido de mal en peor. Esto tiene pinta de empeorar y si no hacéis algo ahora...

—No te metas. En serio te lo digo... El “Manopla” es de armas tomar y vos no tenés nada que ver con esto. Ni siquiera te toca seguro de paro y lo sabés. No alborotes el gallinero que llevamos todas las de perder —le dijo el “Rengo” con un leve tono de advertencia en su voz.

Pero Iván no se amedrentó.

—Yo no tengo nada que perder, y si el propio sindicato piensa quedarse callado y con los brazos cruzados, creo que vosotros sí perderéis y mucho. Los obreros no importáis a nadie, pues primero están los bancos, los empresarios, los inversionistas. Se arreglarán entre ellos y vosotros os quedareis sin nada. Esto no ha hecho más que empezar y os espera mucho tiempo de incertidumbre. Debéis luchar por mantener las fuentes de trabajo, o al menos por lograr un ingreso digno en el paro, porque un cincuenta por ciento no es nada, joder.

—¿Y vos te pensás que no lo intentaron? De arriba no quieren saber nada. Ni poner plata para que sigan los proyectos, ni aumentar el porcentaje del seguro. Nada de nada... Dicen que los empresarios son cautelosos y los inversionistas exigen. Pensamos en ir a la huelga, pero no ahora...

—La huelga les hará el caldo gordo a esos. No es la huelga la respuesta, pero sí ha llegado la hora de hacer ruido, de hacerlos oír. Debéis exigir trabajo, y si no lo hay, que el subsidio por desempleo se mantenga hasta que lo haya. ¡Y que sea mayor, joder, que sea un ingreso digno! ¿Cómo solventareis vuestros gastos? Creo que debéis enfocaros en que los que tienen el dinero en el colchón dejen de especular, porque eso es lo que están haciendo, enteraos. Y el gobierno es quien tiene la obligación de interceder o de asumir.

—Escuchame, Kessler: basta. Le estás metiendo ideas en la cabeza a la gente, que pueden estropearlo todo. Acabo de saber que vos y Darío Vázquez están convocando gente para ir a exigir al ministerio soluciones. Es una locura... ¿para qué te pensás que está el SUTCA? ¿Es que quieren formar un sindicato paralelo?

—Perpendicular diría yo, porque esto necesita algo que atraviese la situación de una vez —acotó Iván, sincero.

—Te lo digo por última vez: dejen hacer a los que saben. Darío Vázquez anda con ganas de soplarle el puesto al “Manopla” y está muy verde ese pibe como para tener esas pretensiones. Y vos sos un gallego que no toca pito en esto, así que mejor volvé a España que seguro vas a estar mejor que acá.

Y dicho eso le colgó.

Iván quedó más que picado. ¿Así que por ser extranjero no podía intervenir en algo que lo involucraba? Y lo hacía más que nada porque afectaba a gente que había aprendido a apreciar en el corto tiempo que llevaba en el rubro.

Además, necesitaba trabajar, y ya se le habían cerrado todas las puertas. La idea de seguir dependiendo de Carol lo asqueaba. No le gustaba como mujer; como amiga sí, pero no sentía deseo por ella.

Y lo peor es que Carol le demostraba más que eso. Lo miraba con devoción, pero comenzaba a mostrarse algo exigente en la cama, y a él se le estaba tornando una odisea el cumplirle.

Se sentía entre la espada y la pared, y nada de lo que tenía entre manos le estaba saliendo bien.

Si no encontraba al médico, no habría forma de hallar la punta de la madeja que lo llevara a la hija de Laura. No podría cumplir con el último

pedido de ésta y tampoco terminar el libro. No había manera de regresar a España y aunque la hubiera, ya no tenía ni casa ni empleo. Sus amigos estaban en mala situación, y su ex lo quería muerto pues la cosa no había terminado bien.

Y fue así que el asunto de levantar la voz para que el gobierno escuchara, dejó de ser una forma de ayudar a otros para convertirse en un verdadero desafío.

Llamó a Darío y juntos le dieron forma a la estrategia que llevarían adelante, con o sin el SUTCA respaldándolos. ¿Sindicato paralelo? Tal vez. En cuestión de horas lograron convocar y movilizar a los compañeros, para ir a increpar al propio Ministro de Trabajo. Si Ramírez tenía mucho que perder y por eso se quedaba en el molde, él no.

Iván Kessler no tenía nada que perder, y necesitaba al menos una vez en la vida, ser artífice y testigo de un acto de justicia para quienes más lo necesitaban.

Bárbara se compuso con rapidez para enfrentar esa especie de crisis inesperada. ¿Es que los del SUTCA no tenían códigos?

¿Desde cuándo abandonaban una mesa de negociación sin previo aviso? Ni amenaza de huelga ni nada, directamente estaban ahí provocando disturbios, en la propia puerta del ministerio.

Y encima pidiendo hablar con Ernesto Murcia. Bueno, ya iba siendo hora de que se enteraran que les gustara o no, ella estaba a cargo de tratar con ellos.

Odiaba que la subestimaran por ser joven, por ser mujer, por ser atractiva. No era la primera vez que se veía menospreciada por esas razones, y ya estaba harta.

Les haría saber de que estaba hecha a Víctor, a Ramírez y a quien fuera necesario. Pero no lo haría desde la comodidad de su oficina sino desde la propia trinchera. Bajaría y los tomaría por sorpresa.

De esa forma no tendría que exponerse ni a las lúbricas miradas de Ramírez, ni a que luego tergiversara la conversación con su gente. Les diría a todos fuerte y claro cuál era la situación, y a qué se estaba enfrentando el gobierno.

¿Se creían que eran los únicos que estaban sufriendo el flagelo del desempleo? Metalúrgicos y textiles estaban también muy mal. Y ni que hablar los del rubro servicios, empezando por los financieros y siguiendo por los gastronómicos. La recesión de la economía estaba a punto de comenzar, y los

del SUTCA se creían el ombligo del mundo.

Ya los pondría en su lugar y los haría sentir muy mal, para luego darles un viso de esperanza si es que se comprometían a tener paciencia, confiar en el gobierno, guardar las formas. Tenía pensado trabajar en un proyecto de ley que mejorara el seguro de desempleo, y no necesitaba que la amenazaran para hacerlo.

Con esa determinación también se estaba demostrando a sí misma, que no solo era capaz de enfrentar cosas como esta, sino que también podría lidiar con otras más complicadas. Había llegado la hora de poner orden en todos los aspectos de su vida.

Ya no sería una víctima de las circunstancias. Lo de su padre no le había tocado la carrera, y ella aprovecharía la nueva oportunidad de seguir creciendo. Octavio no era su gran amor, pero sí un buen compañero, y ella tenía la mente abierta como para entender ciertas cosas.

El volver con él la beneficiaría en todo, porque Víctor se alejaría de ella y ya no podría amedrentarla, al igual que el infeliz de Ramírez y esa horda de energúmenos que no hacían más que gritar.

Seguro que hasta la prensa habían convocado. Bueno, mejor. Les demostraría a todos de qué estaba hecha Bárbara Larrique.

Ni se molestó en ponerse la chaqueta. Elegantemente ataviada con su blusa blanca cruzada y sin mangas, y una falda tubo azul marino, salió del ministerio pisando firme sobre sus altos tacones.

La seguía una atribulada Mónica, y dos guardias de seguridad con cara de pocos amigos que esta había convocado sin que Bárbara se lo pidiera.

Pero ni bien pusieron un pie en la calle ya no lo vieron tan claro.

Es que los manifestantes habían encendido una pira hecha de neumáticos, y el humo negro hacía el aire irrespirable y anulaba la visión.

Bárbara no había llegado hasta ahí para dar la media vuelta y marcharse, así que continuó avanzando con una mano tapando su boca y la otra abanicando el aire, hasta lograr traspasar la barrera del humo y verle la cara a quienes estaban obstruyendo la vía pública y perturbando a la gente de las oficinas adyacentes, que no podrían trabajar con tanto ruido.

Se abrió paso en segundos, y allí estaban.

Los miró con severidad, en una especie de paneo general en el que intentaba divisar al cabecilla de los disturbios, pero no reconoció ni a Ramírez ni a sus acólitos entre esos rostros.

Pero sí reconoció a alguien más.

Y la decisión que había logrado imprimir a sus pasos se acabó.

Capítulo 16

Iván y Darío no habían logrado convocar en tan poco tiempo, más que a un puñado de compañeros. No superaban los cincuenta, pero hacían mucho ruido.

Bombo, cornetas, petardos, quema de neumáticos.

Una manifestación bastante escandalosa con un único objetivo: lograr que el ministro Murcia les dijera en la cara, que desde el gobierno no habría intervención alguna.

Para su sorpresa, algunos medios de prensa también habían respondido a la convocatoria, y otros se habían apersonado por su cuenta.

Así que lo que había empezado con muchas ganas pero cortas aspiraciones, se fue tornando en algo más grande.

Los cánticos fueron subiendo en intensidad, e Iván los arengaba con entusiasmo.

“Perdemos laburo perdemos el pan, y el ministro dónde está, perdemos laburo perdemos el pan, y el ministro, dónde está”.

De pronto se fue haciendo silencio, y entre la humareda apareció la silueta de una mujer. O mejor dicho, lo que tenían ante sus ojos era el mismísimo monumento a la mujer.

Todos se quedaron sin habla, y hasta el que tocaba el bombo interrumpió su tarea, fascinado ante la imagen de esa hermosa dama que se aproximaba con el rojizo cabello al viento, y parecía que el mundo se paralizaba a su paso.

Iván se apantalló la vista para enfocarla mejor, y en ese instante se dio cuenta de que estaban nada más y nada menos, ante la propia Bárbara Larrique.

La observó detenerse y dudar, y eso lo sorprendió porque ni bien apareció tenía toda la apariencia de querer comérselos en dos panes.

Pero de pronto no parecía tan decidida e Iván aprovechó esa vacilación.

Tomó del brazo a Darío, y susurró:

—Vamos, chaval. Ha llegado el momento... Esta nos va a llevar ante el ministro sí o sí.

No sabía por qué de repente experimentaba hasta cierto encono hacia ella, pero Bárbara Larrique se transformó en el blanco de toda la rabia que venía acumulando ante tantas injusticias.

Era la hija de un monstruo, y la representante del poder de la derecha que se cagaba en la clase trabajadora. Además, seguro que hacía uso y abuso de su capacidad de seducción para escalar posiciones en el gobierno, y él no pensaba permitir que echara mano a su encanto femenino con ellos. Y mucho menos iba a dejar que se mostrara autoritaria o displicente.

“No te temo, Bárbara Larrique. No tienes autoridad moral para desentenderte de nosotros, y si es necesario te lo recordaré. Eres una belleza, y seguro has engatusado a Ramírez pero conmigo no tendrás suerte, guapa” se dijo al tiempo que se aproximaba a ella, con Darío pisándole los talones.

No tenía idea de que en lo último que pensaba Bárbara en ese momento, era en desentenderse de ellos. De hecho ni siquiera se le cruzaba por la cabeza nada que tuviera que ver con los reclamos de los trabajadores. Allí no estaba la viceministra, allí estaba la mujer que días atrás había observado fascinada a ese hombre que se le acercaba con cara de pocos amigos.

No tenía dudas de que era él, el chico de la azotea. Ese torso musculoso que se veía bajo la camisa a cuadros abierta, a la que también le faltaban las mangas dejando expuestos sus brazos tatuados con motivos tribales, era quien la había subyugado al punto de hacerla sentir mareada. Recordó esas manos extendiendo el agua por su pecho, y por poco no le vuelven a temblar las piernas.

Era más alto de lo que le había parecido antes, y también más guapo. Aún con el rostro tizado por el humo, y bañado en sudor, se lo veía tan atractivo que Bárbara no pudo evitar pensar en un calendario.

“Sería Enero en cualquier almanaque. El mes más candente del año...” pensó. Y tragó saliva mientras lo recorría con la mirada de los pies a la cabeza

Sus largas piernas enfundadas en vaqueros más que gastados lo hacían aproximarse con rapidez, pero ella lo veía todo en cámara lenta. Su cerebro algo embotado por el humo, solo podía registrar a ese pedazo de hombre con el pecho desnudo y ese perfecto *six pack* que exhibía sin recato alguno. Y ese rostro...

Tenía facciones de nene bueno, pero actitud de chico malo. Pelo

castaño, ojos entre verde y miel, y unas tenues pecas sobre la nariz que le daban un encanto fuera de este mundo. Y la boca... Por Dios, esa boca era el pecado mismo.

Se quedó paralizada y muda mientras él se detenía frente a ella, pero al menos pudo sostenerle la mirada, aunque tuvo que forzar la cabeza hacia atrás porque estaba demasiado cerca y era muy alto.

—Queremos al ministro —fue lo primero que le dijo.

Y eso bastó para que de su mente se esfumara la fantasía del calendario, y en su lugar apareciera la realidad. Y con ella, un enojo difícil de disimular.

Habían empezado mal... ¿Cómo es que este hombre de acento claramente español la estaba subestimando aún antes de presentarse formalmente?

Ya le enseñaría ella buenos modales al “Señor Enero”.

Puso los brazos en jarra, en esa posición que le quedaba tan bien y levantó la barbilla.

—El ministro no está. Y aunque estuviera, de esto me encargo yo. Soy Bárbara Larrique, la subsecretaria del ministerio, ¿y usted es...?

Iván tragó saliva.

“Qué mujer más guapa, joder. Me hace sentir un insecto solo con mirarme pero no puedo dejar de admirarla. En otro momento, en otro lugar, en otra situación, ya no estaríamos hablando. Sin duda le estaría comiendo esa boca hermosa y listo para comerle todo lo demás” pensó. Pero lo que hizo fue cruzarse de brazos y responder:

—Mi nombre es Iván Kessler, y él es mi compañero Darío Vázquez. Y de verdad, señora, preferimos esperar al ministro.

Bárbara apretó los puños con furia, y ni se molestó en disimularla. Se mordió el labio inferior y luego frunció la nariz y sonrió.

—Estimado, creo que no nos estamos entendiendo. El ministro Murcia dejó en mis manos todo lo relacionado al SUTCA, y le guste o no a ustedes, será conmigo con quien deberán tratar...

—No somos del SUTCA.

Eso lo dijo el tal Darío, y descolocó a Bárbara por completo.

Pestañeó confusa, y luego miró sobre el hombro del joven y leyó las pancartas que portaban los trabajadores, algunos de ellos con chalecos refractarios y cascos amarillos: “NO MÁS OBRAS PARADAS” “LOS DE LA CONSTRUCCIÓN NECESITAMOS TRABAJAR”

No entendía nada.

—¿Pero ustedes no son de la construcción? —preguntó con los ojos

como platos.

Fue Iván quien le respondió.

—Somos trabajadores de la construcción, pero no representamos al sindicato aunque sí a muchos compañeros. Y venimos por nuestra cuenta a exigir respuestas.

Vaya, eso sí que no se lo esperaba Bárbara.

¿Una especie de movimiento sindical no oficial? ¿Un sindicato paralelo? ¿Cómo se lidiaba con algo así? No tenía idea y tampoco experiencia, pero no iba a dejar que esos lo notaran.

Movió la cabeza y luego concentró su mirada en Iván Kessler. No entendía qué pretendía un puñado de hombres que se movían por fuera del sindicato, y al parecer eran liderados por ese español que parecía más un modelo que un albañil.

—Miren, caballeros. Tanto el ministro Murcia como yo, le hemos dejado en claro a su representante oficial, —y remarcó la palabra “oficial” con el tono que le imprimió a su voz—que el gobierno no está en condiciones ni de garantizar ni de financiar nada.

Iván fue el que tomó la palabra.

—Lo sabemos y es por eso que estamos aquí, señora —y enfatizó la palabra “señora” con marcada ironía—. Puede que nuestros dirigentes hayan aceptado de buen grado la falta de compromiso del gobierno hacia los trabajadores, pero eso no quiere decir que los obreros nos resignemos a ver como mueren nuestras fuentes de trabajo día a día, y...

Pero no pudo seguir porque ella lo interrumpió.

—Señor Kessler, primero que nada le pido que baje el tono. Y segundo, le exijo que desmonte todo este circo de inmediato, porque sino tendré que llamar a las fuerzas del orden y hacer que ellos lo hagan.

Supo que había errado la pisada cuando lo vio sonreír.

—Llame a quién quiera. Y demuestre que además de indiferentes nuestros representantes sois represores.

Bárbara inspiró profundo y se cruzó de brazos igual que él.

—¿Pero quién se ha creído? ¡Ni siquiera es de acá! ¿Cómo se atreve a hablar de represión y criticar a un gobierno que el pueblo uruguayo, al que es evidente no pertenece, ha elegido democráticamente?

—Toma ya. Indiferentes, represores y ahora xenófobos. Mire, señora Larrique, yo no soy de aquí ni soy de allí. Estoy del lado de la gente que sufre la opresión y la injusticia, de los que deberíais estar al servicio del pueblo y no lavarse las manos como Poncio Pilatos. No importa quién os ha votado, pues vosotros gobernáis para todos los que vivimos en este suelo, ¿o me equivoco?

Bárbara apretó los dientes con rabia. Tenía unas ganas locas de abofetearlo, y de pronto se encontró preguntándose cómo es que le había parecido tan fascinante ese revolucionario de pacotilla, que se creía el nuevo Che Guevara.

“Maldito zurdo. Agradecé que tengo a la prensa encima, porque sino te ibas a enterar lo que es sentirse oprimido en serio. Te agarraría los huevos con tanta fuerza que en cuestión de segundos estarías boqueando y en cuatro patas” pensó, y de inmediato se avergonzó. Ella no era así...

Siempre se había caracterizado por su autocontrol y su sobriedad, pero ese hombre estaba logrando sacarla de sus cabales, y con la prensa presenciándolo todo.

Después de los hechos de público conocimiento, lo que Bárbara menos necesitaba era entrar nuevamente en el circo mediático, así que apretó los labios, nerviosa.

Y como si la situación no fuese de por sí complicada, de pronto comenzó a llover. El chaparrón fue tan repentino como fuerte, y la hoguera que habían encendido con los neumáticos se fue apagando.

La multitud comenzó a dispersarse, empezando por los periodistas que se lanzaron con desesperación a salvaguardar sus equipos.

Los manifestantes hicieron lo mismo, procedieron a proteger los instrumentos y las pancartas, guareciéndose bajo el alero del ministerio.

Los únicos que permanecieron inmóviles fueron Bárbara e Iván.

Bueno, ellos dos más Darío y Mónica que los observaban atónitos, hasta que el aguacero se hizo tan cerrado que también corrieron a guarecerse.

Calados hasta los huesos, el periodista y la viceministra se miraban, con los párpados entrecerrados y los brazos cruzados sobre el pecho.

A pesar de la lluvia Bárbara no se movió. Hacerlo hubiese significado ceder, y no estaba dispuesta. Además, sentía como la ropa se le pegaba al cuerpo y no quería darse la vuelta, y exponerse ante él de esa forma.

Iván se sentía igual. Es decir, no tenía preocupación alguna por su ropa, pero no quería dar por finalizada esa especie de debate que se había formado entre ellos. Y además, no podía apartar la mirada de la formal Bárbara Larrique calada a más no poder, y con la blusa pegada a las tetas.

Era evidente que ella era consciente de lo revelador de su atuendo, y que no iba a descruzar los brazos ni aunque le fuese la vida en ello, pero eso para Iván se tornó una especie de tonto desafío.

Sabía que dejar de cubrirse los pechos sería bochornoso para ella, y no pudo evitar tentarse con hacer una pequeña maldad que le daría una efímera sensación de triunfo, y coronaría una discusión en las que él tenía todas las de

ganar.

—Bueno, señora Larrique, parece que la lluvia va a diferir su respuesta. No quiero que coja un resfriado, así que si usted lo desea lo dejamos por aquí por el momento, y concertamos una entrevista lejos de la prensa que parece preocuparle tanto. Hablaré con su secretaria y quedamos en paz ¿vale? —le preguntó tendiéndole la mano con la más encantadora de sus sonrisas.

Bárbara lo miró con odio. Ya no tenía caso disimular la furia que el español había despertado en ella.

Iván seguía sonriéndole con la mano extendida, y ella sabía que eso estaba muy lejos de firmar un “alto el fuego”. Eso olía a trampa y Bárbara tenía muy claro por qué.

Tenía dos caminos: uno era huir y quedarse sin decir la última palabra. Y encima, con el riesgo de que la prensa aún presente registrara ese desaire. El otro era darle la mano y demostrar que esa era la forma de proceder: pedir una entrevista, hablar como seres civilizados y no montar numeritos con neumáticos quemados.

En realidad no tenía opciones. Y había llegado el momento de demostrar que su coraza permanecía intacta.

Expelió el aire lentamente, y luego descruzó los brazos y le dio la mano a Iván Kessler. La apretó con fuerza y observó con satisfacción como la mirada del español no podía evitar bajar hacia sus pechos, donde Bárbara sentía los pezones presionar su sostén hasta causarle dolor.

No miró hacia abajo, pues sabía lo que él estaba contemplando. Un sujetador transparente, tras una blusa también transparente por el agua. Unos pechos llenos con los pezones erectos por el frío, la rabia, el deseo...

Iván no podía dejar de mirarlos. Tener a una mujer como Bárbara Larrique expuesta de esa forma lo trastornó por completo, y ella notó el efecto que tenía en él, lo cual la llenó de satisfacción.

Se sintió dueña de la situación de nuevo, así que retuvo la mano de Kessler unos segundos más de lo debido, y luego se dio media vuelta y le mostró todo lo que le quedaba por ver, no sin antes decirle mientras se iba:

—Bien, señor Kessler... Parece que ahora sí nos estamos entendiendo.

Capítulo 17

Lo primero que hizo al volver a su oficina, fue desnudarse en el pequeño baño adjunto. Y mientras lo hacía, se miraba al espejo y no se reconocía.

Esa mujer que el reflejo le devolvía con las mejillas sonrojadas y el cabello revuelto, parecía ser otra.

¿Qué le estaba pasando? Una hora antes se había sentido destrozada por las amenazas de Víctor, pero en ese instante se sentía capaz de todo. De todo.

¿Era posible que su estado de ánimo sufriera tantas fluctuaciones?

Lo cierto es que esa especie de pulseada con el albañil insolente, la había llenado de energía. ¿Quién se había creído que era? Un atrevido.

Sabía que no debía darle mayor trascendencia al asunto, pero no podía dejar de pensar en lo que acababa de suceder. Sentía que había sido entre ella y él, nada más. Y que el fuego a sus espaldas había sido muy alegórico...

No solo los neumáticos habían ardido en esa calle, y la lluvia, lejos de apagar esa llama interna que se había encendido en su cuerpo, no hizo más que avivarla.

¿Él se habría sentido igual? Ella notó la ira en su rostro, pero solo al principio. Después descubrió burla, y también algo más.

Solo de pensar en eso, sus pezones acusaban recibo y se erguían desafiantes. Por fortuna, siempre tenía una muda de ropa en la oficina y otra en el auto, así que el haberse empapado pronto tuvo remedio.

Minutos después, Bárbara sonreía ante el espejo. Se veía eficiente, atractiva, y algo más que no lograba definir.

¿Qué sería? No lo sabía, pero el efecto de haberlo provocado aún le hormigueaba en el cuerpo. Se había exhibido ante un desconocido sin pudor

alguno, y no conseguía arrepentirse.

Verlo turbado, víctima del deseo, la hizo experimentar esa sensación de triunfo que no la abandonaba. Una completa estupidez, lo reconocía. Ella siempre había logrado salir airosa de cualquier contienda sin otra herramienta que su inteligencia, pero esa vez sintió la necesidad de apelar a algo más primitivo.

Es que desde la primera vez que vio a ese albañil, habían pasado por su cuerpo sensaciones desconocidas, casi animales. Su ser racional perdía al norte solo por mirarlo, y si además notaba que él no era inmune a sus encantos y la desafiaba con toda su actitud, la Bárbara de siempre dejaba al mando a la otra.

A la Bárbara que ella intuía pero en verdad no conocía. Esa, la que la miraba desde el espejo y aún tenía las mejillas rojas.

Sacudió la cabeza y se obligó a componerse. Tenía muchas cosas que encarar. Su trabajo no había terminado.

Salió de la oficina y llamó a Mónica. Le entregó sus ropas mojadas para que se encargara, y luego le pidió tres llamados.

—Moni, necesito hablar con Murcia. Llamámelo por favor y pásame. Después poneme en contacto con Ramírez, el del SUTCA. Y por último, llámame a Octavio y preguntale si me puede venir a buscar a las ocho.

La secretaria la miró sin disimular su asombro.

—¿A Octavio, Bárbara? Pensé que ese era un tema laudado.

—El día que quiera pedirte permiso para algo, te vas a enterar. No va a ser hoy; así que llámame a Octavio como te pedí. Pero antes quiero hablar con Ernesto y con...

—Con el del SUTCA, ya te oí. No soy sorda.

—Te estás tardando, entonces.

El ministro estaba en una reunión fuera de allí, pero ya se había enterado de todo lo acontecido en la puerta del ministerio.

—Estuviste perfecta. Me pasaron fotos de tu enfrentamiento con... ¿Quién era ese? Nunca antes lo había visto. Me refiero al tipo alto, que parecía bastante irrespetuoso al invadir de esa forma tu espacio personal. Qué sorpresa se habrá llevado cuando no arrugaste como una damisela. Quiero decir, obvio que sos una dama, pero le sostuviste la mirada y...

—Te entendí, Ernesto. Pero de todas formas no creo que esté dicha la última palabra. Parece que hay una organización paralela que actúa a espaldas del SUTCA, así que ya mismo estoy llamando a Ramírez para saber qué está sucediendo.

—Te reitero mi apoyo, Bárbara. Lo dejo en tus manos. Vos hacés y

deshacés como te parezca. Tenés mi respaldo, pero cero peso. No hay rubro...

—Lo sé. Pero también sé que este tipo de incidentes en la puerta del ministerio no son convenientes, y hay que evitarlos como sea. Te mantengo al tanto.

La conversación con Héctor Ramírez no fue en el mejor tono.

—Si no puede controlar a su gente, Ramírez, desde esta unidad no podemos siquiera empezar un diálogo con los empresarios para ver el estado de situación —le dijo, desoyendo los intentos del dirigente de disculparse.

—Pero doctora... No tenía idea de que se iban a cortar solos. Ese hombre, el español, ni siquiera está en el paro pero igual se puso a revolver el avispero. ¡Ni un mes trabajando tenía! No sé de dónde salió y por qué lo siguen, si los muchachos saben que nosotros estamos sobre el tema...

—Eso es algo que usted y su gente tendrán que resolver. Lo que no pienso permitir, es este tipo de numeritos en la puerta del ministerio. ¡Quemando neumáticos para cortar la calle! ¿A usted le parece? Si todos los sindicatos hicieran eso, esto sería un caos.

—¡Es que no tiene nada que ver el SUTCA con esto! No entiendo por qué marcharon por la cuenta...

—Resuelvan sus diferencias, Ramírez. Y por favor, reflexione con sus compañeros sobre la crítica situación que estamos atravesando como país. No es momento de defender cada “chacrita”, sino de unirnos y tirar juntos del carro ¿me entendió?

Su voz sonaba imperativa, pero por dentro sonreía. Había logrado dar vuelta la cosa de forma de tener la sartén por el mango, y a Ramírez entregado y avergonzado por lo sucedido.

“Bien... Punto para Bárbara” se dijo. Ramírez tenía muchas cosas que revisar y solucionar en la interna, así que por el momento no la molestaría.

Ahora le quedaba solo una cosa por solucionar: su relación con Octavio.

Mónica le dijo que él la pasaría a buscar a la hora que ella había solicitado, y que tenía reservas para cenar en Milajó.

Había llegado el momento de definir. Octavio siempre la había cuidado, mimado. Víctor la quería lastimar y podía hacerlo. Él era el único que lograba amedrentarla, y hacer que aquella pequeña asustada de doce años reapareciera. ¿O era una putita adolescente?

No lo tenía claro. Lo que sí sabía era que Octavio, que seguramente se sentía en falta por el asunto con Miguel Hernández, no permitiría que nada le pasara.

Con él podría hablar si fuese necesario, ya que estaba al tanto de todo.

No había mucho que pensar; iba a volver con Octavio.

Capítulo 18

—Gallego, el “Manopla” nos quiere ver hoy mismo.

Iván se esperaba algo así pero no tan pronto, por eso la llamada de Darío lo sorprendió.

Bien, era un encuentro que no podía soslayar, así que ni bien cortó se dirigió al local sindical donde se encontró con Darío.

Sabía que iban a pasar un mal rato, pero no estaba preparado para encontrarse con un ambiente tan hostil.

—¿En qué estaban pensando? ¡Cortarse solos! Mirá, flaco, yo no sé cómo se organizan en tu país, pero acá tenemos un sindicato que vela por cada uno de sus trabajadores...

—No tengo dudas de que el SUTCA está interesado en velar por los obreros, pero al parecer al gobierno no le importamos ni un poco. Quisimos hacer un poco de ruido, para que notaran nuestro descontento —se justificó Iván, y Darío lo secundó asintiendo.

—¡Nosotros estábamos en eso! Y ahora ustedes lo arruinaron. Interfirieron en el trabajo de este sindicato. ¡Qué ganas de joder que tienen algunos!

Darío lo miró, intentando mantener la calma porque tanto Ramírez como sus acólitos parecían a punto de explotar.

—Por lo que sabemos, el ministerio se había negado a contribuir financieramente, y también a mediar con los empresarios. Además, nosotros intentamos hablar con ustedes y nos negaron la entrevista.

—Y creemos que nuestra intervención fue bastante acertada —acotó Iván, lo que provocó la furia del dirigente sindical.

—¿Acertada? ¡Acertada! ¿Quemar neumáticos y parar el tránsito les parece una intervención acertada? Si el gobierno estaba enculado ahora estarán

peor, y todo por culpa de ustedes, manga de irresponsables.

—Tranquilo, “Manopla”, no te alteres que te sube la presión — comentó otro dirigente.

—¡Cómo no me voy a alterar! Estos dos dieron por tierra meses de negociaciones —mintió sin ningún recato—. Estábamos a punto de lograr un compromiso del gobierno y ustedes lo arruinaron.

“Lo que hicimos fue darte una buena excusa, joder. Parásitos buenos para nada hay en todas partes” pensó Iván disgustado, pero no se amedrentó.

—Bueno, yo no diría eso. Es más, creo que hemos logrado lo que nos proponíamos: hacernos oír y lograr una entrevista con la viceministra.

—¡La putísima madre que me parió! ¡Nosotros ya hablamos con Bárbara Larrique y nos mandó a cagar!

Darío frunció el ceño.

—¿No era que habían hecho grandes avances?

Ramírez palideció.

Pillado como un colegial en una mentira.

En su larga carrera como dirigente sindical jamás había tenido que enfrentar una insubordinación de ese tipo, pero esos dos hijos de puta se habían atrevido a desafiar su autoridad, y encima habían logrado conseguir una entrevista con Bárbara Larrique.

Y la muy zorra, no había tenido siquiera la delicadeza de mencionarlo cuando lo llamó por teléfono indignada, reclamándole lo de la manifestación.

¿Qué mierda estaba pasando?

Ya no podía tolerar más ni esa reunión, ni ver cómo la situación se le iba de las manos.

Golpeó la mesa, y luego se inclinó hasta quedar muy cerca de los rostros de Darío e Iván que lo miraban con serenidad.

—Ustedes dos pueden ir olvidándose de laburar en la construcción, porque les voy a hacer la cruz. Hablen con la doctora Larrique todo lo que se les antoje... Se les va a reír en la cara, infelices. ¿No se dan cuenta de que les dio la entrevista para ganar tiempo? ¡Lo único que quería era que se mandaran a mudar!

Iván no estaba tan seguro de eso. Claro que para ella era una prioridad dispersar a la multitud, pero él sintió que cuando le estrechó la mano hubo algo... Tal vez era un indicio de que estaba dispuesta a negociar. O no. Quizá Ramírez estuviese en lo cierto, y Bárbara no tuviera ni la más mínima intención de recibirlos siquiera.

Bueno, lo averiguaría. Insistiría hasta lograr una entrevista, y sino volverían a la carga, pues estaba claro que del sindicato no podían esperar

nada.

—Sus amenazas me tienen sin cuidado —le dijo a Ramírez poniéndose de pie mientras le hacía un gesto con la cabeza a Darío para que lo secundara—. Con o sin su consentimiento iremos a escuchar qué es lo que tiene el gobierno para decirnos, y también nos haremos oír.

—Vamos a lograrlo, Ramírez —agregó Darío—. Nuestra intención es lograr un acuerdo entre el gobierno, los empresarios, los inversionistas y los trabajadores, que apunte a conservar las fuentes de trabajo.

La risa del “Manopla” Ramírez fue estentórea.

—Suerte en pila, idiotas. No lo logramos nosotros y ustedes, tres gatos locos sin experiencia ni poder detrás, pretenden hacerlo. Por favor... Las cosas que hay que escuchar. Se los van a comer los piojos porque ustedes dos no laburan más. ¡Fuera de mi vista!

La suerte estaba echada, pero ellos la iban a ayudar.

Bárbara simplemente dejó que Octavio le hiciera el amor. Con condón, claro.

Esa fue una de las cosas que acordaron, en una cena que se pareció más a una reunión de trabajo que a una reconciliación.

Octavio al principio no preguntó el por qué de su cambio, y Bárbara tampoco le dio demasiadas explicaciones. Vagamente adujo que se sentía sola, y que si él le prometía la discreción necesaria para seguir con sus andanzas, podrían volver a salir.

Le dejó en claro que ella valoraba mucho la relación que habían tenido, y también su apoyo incondicional cuando su padre falleció, y se armó todo el circo mediático en torno a ella y su familia.

—Es que yo te quiero, Barb. Siempre te quise y lo sabés...

Ella bebió un sorbo de vino y sonrió.

—Lo sé. Fue muy difícil... digerir lo que vi aquella noche, y también entender que tus... necesidades no tienen nada que ver con nuestra relación.

—Exacto, querida.

—Y lamentablemente, y mirándolo en perspectiva, esa misma noche entendí que hay debilidades peores. Octavio, podés seguir con tus pasatiempos pero que yo no me entere, por favor.

—Te lo prometo. Pero hace un rato me dijiste que te sentías sola. Una mujer como vos, tan hermosa, siempre tiene candidatos. Y si no es así también están los amigos, la familia...

La familia. Allí estaba la cuestión.

—No tengo a nadie, Octavio. Solo a Mónica... Y a vos, claro.

—Perdoname, Barb. Me olvidaba que tu hermano no se portó nada bien contigo... —comenzó a decir, pero al verla temblar involuntariamente se detuvo. Víctor había realizado un excelente trabajo, pero por las dudas le daría un remate que coronara ese éxito—. ¿No pensaste en denunciarlo?

Ella sacudió la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—Claro... Perdón. Me olvidaba de las fotos que él tiene en su poder. Ahí parecés más grande, y él puede decir que vos lo provocaste. Podés salir muy mal parada de esto, querida.

Bárbara ya no podía soportarlo más, así que respiró profundo y le dijo a Octavio que por el momento no quería hablar del asunto.

—¿Y qué es lo que querés? Porque lo que yo quiero es llevarte a mi casa y hacerte el amor...

Hacer el amor. ¿Dejar que Octavio se moviera sobre ella era hacer el amor? Ni siquiera creía que eso fuera sexo.

Pero claro, entendía que esa era la forma de rubricar un pacto aunque fuera solo tácito, de sellar una reconciliación.

El tema era que prefería que no fuese en el lugar dónde descubrió que su novio era infiel y bisexual, al menos por el momento.

—Mejor en mi departamento —dijo.

Octavio asintió, y se pusieron en marcha.

Otro acuerdo logrado. Ella era especialista en conciliar... Ese pensamiento trajo otro encadenado: Iván Kessler.

¿Se atrevería a pasar por encima de Ramírez y continuaría adelante con la solicitud de entrevista? Sospechaba que el presidente del Sindicato ya lo habría puesto de vuelta y media, y tal vez no le quedarán ganas ni de quemar neumáticos, ni de organizar reuniones.

Y muy a su pesar, esa noche no pudo apartar a ese hombre de su cabeza. Siguió pensando en él en el trayecto a su departamento, e incluso mientras Octavio sudaba profusamente y la embestía con suavidad, no logró deshacerse del rostro del albañil.

Pero fue cuando el cuerpo de Iván tomó protagonismo, tornándose una auténtica fantasía erótica de las que Bárbara ya no solía tener, que le sucedió aquello.

Un orgasmo. Vaya... Y sin su patito vibrador. Corto, y tan inesperado como liberador.

Toda una novedad. Lo malo era que sabía que nada tenía que ver con su reciente reconciliación, sino que se lo debía enteramente a Iván.

Y mientras Octavio roncaba junto a ella, Bárbara tejía posibles

escenarios para lograr un reencuentro con el albañil.

Aunque solo fuera para nutrir sus fantasías, lo volvería a ver.

Capítulo 19

No podía dejar de pensar en ella.

Aún antes de haberla visto en persona, Bárbara era una especie de obsesión para él, y el hecho de haber intercambiado unas palabras bajo la lluvia, bastó para que se instalara en su mente e hiciera lo que quisiera allí.

Y lo que quería hacer Bárbara en la mente de Iván, eran puros estragos.

Se la imaginaba en situaciones por demás improbables, y en todas parecía una sirena. En la ducha, con una camisa blanca como único atuendo, dejando caer el agua por las curvas sinuosas de su cuerpo. Emergiendo del mar, con un vestido transparente y los oscuros pezones erguidos. Bajo la lluvia, en un callejón, retorciéndose entre sus brazos... Siempre hermosa, siempre húmeda.

Y el fuego... Vaya mirada ardiente, joder. Tan ardiente como su cabeza que estaba a punto de estallarle, pero no allí, sino más abajo.

¿Qué clase de embrujo hace que un hombre que se acaba de masturbar comience a hacerlo otra vez?

Se sentía un idiota. No, un enfermo y un idiota. Recostado en la cama que compartía con Carol, no podía evitar tocarse, subyugado por una mujer que estaba completamente fuera de su alcance, y que además podría considerarse una enemiga.

“Estamos en distintos lados de la acera, Bárbara Larrique. Somos como el agua y el aceite, pero aún así hay algo que nos une. Lo he visto en tus ojos...”

El centrar su atención en recordar el rostro perfecto de la viceministra y no sus pechos, lejos de desmotivarlo lo incentivaba.

Empalmado como un crío no podía evitar tocarse mientras imaginaba a Bárbara desnuda, totalmente expuesta para él.

Y cuando estaba a punto de abandonarse por segunda vez, y el movimiento de su mano se había tornado casi frenético, entró Carol a la habitación.

Iván abrió el puño, avergonzado, incapaz de mirarla a los ojos. Nunca lo habían pillado en plena faena, joder. Se sintió un verdadero gilipollas.

—Bueno... Parece que no te alcanza lo que hacés conmigo ¿no? —dijo ella alzando las cejas con ironía —. No sabía que tenías tanta energía, Iván. Es más, bastante apático me parecías.

Éste guardó su pene dentro de los bóxers y se puso de pie. De espaldas a Carol, mientras fingía mirar por la ventana, murmuró una torpe e innecesaria justificación.

—Era de puro aburrimiento. Perdona.

Pero ella estaba cebada y fue implacable.

—Mucho tiempo ocioso te está afectando el cerebro. Y esa especie de cruzada que emprendiste, me parece una soberana estupidez.

Iván se volvió y la enfrentó:

—¿Y qué quieres que haga?

—Cualquier cosa menos eso, porque en el caso de lograr algo a vos no te beneficiaría en nada. ¡Si apenas estabas empezando! Pero claro, te gusta el protagonismo.

—No es cierto. Intento evitar que...

—Vamos, Iván. Te encanta toda esta movida, salir en la tele, y todo lo que...

—¿Qué has dicho? —la interrumpió asombrado —.¿En la tele?

Carol sonrió, sarcástica.

—Es lo primero que me dijeron cuando llegué al hospital. “Tu novio salió en la tele”. Ah, qué bien, pensé. Habrá conseguido laburo como periodista y estará conduciendo el noticiero... Pero no. El “señorito” estaba dando el espectáculo en la puerta del Ministerio de Trabajo, gritando como un sucio comunista...

—Aguarda, Carol...

—Esperá vos, que no terminé. Entonces me dije que si tanta energía tenías, podrías dedicarla a nuestra relación ¿no? Me dio mucha bronca, porque cuando yo llego te hacés el dormido, pero en la tele parecías bastante despierto.

Iván se la quedó mirando. No sabía por dónde empezar a retrucarle, si por el asunto del noviazgo o por los reproches con respecto a la atención que le otorgaba.

Prefirió callar, porque tenía miedo de que la ira lo hiciera decir cosas

de las que luego se arrepentiría, pero Carol no se conformó tan fácil.

Continuó hostigándolo, reclamándole cosas, mas se cuidó muy bien de no echarle en cara su apoyo económico pues sabría que eso significaría un quiebre en la relación. Si pusiera en palabras lo que a Iván más lo humillaba, no tendría más remedio que irse aunque fuera a la calle.

Sus recriminaciones estaban enfocadas hacia la falta de atención, la falta de cariño, su dedicación a una causa ajena más que a ella. Y en ese rosario de reproches que Iván intentaba no escuchar, Carol mencionó a la viceministra en tono bastante despectivo.

—... y esa hija de puta fascista no te va a recibir jamás. Te hizo creer eso, te dio la mano y seguro que después se echó un litro de alcohol en gel para desinfectársela. Bárbara Larrique es una trepadora, pero no tiene un pelo de tonta y elige qué batallas pelear.

Al escuchar ese nombre, Iván reaccionó. Sin poder contenerse, replicó:

—Sí que me va a recibir.

Carol se quedó muda ante la decidida afirmación, e Iván intentó disimular su insólita convicción incluyendo a su colega.

—... a mí y a Darío, por supuesto. Será lo que será pero no creo que vaya a faltar a su...

—Es una oligarca de mierda. Hija de un milico que se murió en una whiskería rodeado de putas. Su palabra vale menos que la ropa que tenés puesta, Iván. Despertate de una vez, y dejá de ser el abogado defensor de pleitos perdidos. Enfocá toda esa energía en mí, y en el trabajo que te conseguí.

Iván frunció el ceño, sin comprender.

—¿Cuál trabajo?

Carol se acercó y le echó los brazos al cuello. Instintivamente Iván se enderezó y esquivó su boca, pero luego suavizó el gesto e insistió.

—Por favor, dime a qué te refieres.

La enfermera se tomó su tiempo en responder.

Primero tanteó el paquete... Nada. Ni rastros de la estupenda erección de hacía unos momentos.

Suspiró decepcionada, pero no se dio por vencida.

Y mientras se arrodillaba y le bajaba la cremallera, sin dejar de mirarlo a los ojos le respondió.

—Empezás el jueves en el hospital. Limpieza, camillero... Vamos a estar muy cerca de ahora en adelante, bombón.

A Iván se le cayó el mundo a los pies. Si había algo que no le atraía en absoluto era la eventualidad de estar cerca de Carol más de lo que estaba, pero

necesitaba con urgencia trabajar, porque sino esa situación se iba a prolongar eternamente.

Inspiró profundo y murmuró un “gracias” que sonó algo forzado, pero Carol eligió no notarlo.

Siguió con su oral como si nada, y tardó tres minutos en darse cuenta de que no estaba obteniendo el resultado esperado. Iván intentó excitarse pensando en Bárbara, pero la dura realidad lo desbordó.

Cuando ella por fin entendió que no lograría nada, se puso de pie y con lágrimas en los ojos salió de la habitación.

Mónica se llevó la sorpresa de su vida cuando Bárbara le pidió que le agendara la “dichosa reunión con los revoltosos de siempre”.

No lo expresó claramente, pero la secretaria entendió que se refería a los líderes del pequeño escándalo frente al ministerio.

Realmente nunca creyó que su jefa cumpliría el trato. De hecho, cuando le comentó que no fue la lluvia lo que terminó con los disturbios sino la promesa de un encuentro, Mónica pensó en lo hábil que era Bárbara para manejar asuntos tan complejos. Pero nunca pensó en que seguiría adelante con eso... ¿No estaba tratando directamente con los mandamás del sindicato?

No obstante, omitió hacer comentario alguno pues Bárbara no parecía estar de buen talante ese día. Era evidente que la reconciliación con Octavio no era un motivo de alegría para ella.

—¿Y cómo los contacto? ¿Te dejaron un número?

Bárbara dio un sorbo a su café.

—Van a llamar antes de mediodía. Agendalos para esta tarde por favor.

—¿Cómo es el nombre de...?

—Iván Kessler es uno, y el otro... —respondió Bárbara con rapidez, y al darse cuenta de que solo había retenido el nombre del hombre que le estaba robando el sueño, se sintió avergonzada.

Mónica aguardaba con el bolígrafo en la mano, el nombre del segundo líder de los “revoltosos de siempre”, pero Bárbara, que se había puesto roja como un tomate, la despidió con la mano murmurando algo así como “con eso basta”.

Rara. Muy rara estaba su jefa esa mañana.

Pero rara y todo le atinó. Antes de mediodía llamó el español, y Mónica sintió una punzada allí abajo solo por escucharlo hablar. Se identificó con el nombre que Bárbara había mencionado, y accedió a presentarse a las cinco en el ministerio para la mentada reunión.

“Si todo lo que tiene de lindo lo tiene también de decidido, presiento que a Bárbara se le complicarán las cosas” pensó.

Y previendo eso, se esmeró en preparar el mejor café del mundo para esa tarde.

Capítulo 20

Le temblaban las manos pero lo supo disimular.

Darío no estaba menos nervioso por cierto, y se le notaba porque no dejaba de repiquetear en el suelo con la punta de su zapato bien lustrado.

Es que se había vestido con sus mejores galas. Era la primera vez que visitaba un ministerio, y quería estar a tono con la formalidad del entorno.

El atuendo de Iván en cambio, era tan informal como sencillo. Es que “ponerse de tiros largos” para él era apelar a unos vaqueros y una camiseta limpia. Las zapatillas deportivas habían visto mejores días, y su única camisa no tenía un solo botón por lo que solía usarla desprendida. Pero esa no era una ocasión para andar mostrando piel, eso estaba claro.

Y al recordar la mirada de Bárbara recorriendo su pecho se estremeció. ¿Qué había pasado el día anterior en la calle, mientras la lluvia los empapaba?

Por unos instantes el mundo desapareció para ellos, estaba seguro. En esa burbuja que se formó estaban solos Bárbara y él.

Esas miradas se engancharon, se correspondieron. Se recorrieron desde que ella emergió entre el humo, tosiendo.

Conforme avanzaban y el encuentro se hacía inminente, no dejaron de contemplarse. Era muy notorio que ella no podía parar de observar el torso de Iván mientras hablaban. Y también era más que evidente que los ojos de él estaban pegados a esos senos, en cuanto Bárbara descruzó los brazos.

Pero el momento cúlmine se dio cuando se dieron la mano y se miraron. De los ojos a la boca, ida y vuelta, mientras sus cuerpos estaban todo lo cerca que podían estar en esas circunstancias.

Algo mágico y excitante sucedió en esos momentos, pero estaba seguro de que no se repetiría algo así. No en territorio de ella y con Darío

adelante.

Y fuera de allí, era tan improbable que pudieran estar a solas como encontrar en la calle un billete de lotería premiado.

Iván sonrió para sí, mientras se preguntaba qué le depararía el encuentro con Bárbara Larrique.

Y en ese mismo instante, Bárbara Larrique se preguntaba cómo haría para disimular lo que ese albañil del infierno le provocaba.

Sabía que no podría mantener una fachada fría e indiferente por mucho tiempo. Lo que tenía que lograr era que la reunión fuese breve, que todo se resolviera de forma amigable y... ¿Y qué?

¿A quien quería engañar? Ella lo había convocado solo porque quería volver a verlo. Claro que era una mujer de honor que cumplía con sus promesas, pero podía haber hecho que Ernesto los recibiera, o citar solo al otro... ¿Cómo se llamaba?

Revisó su Outlook y vio que Mónica lo había anotado en la agenda. Darío Vázquez, claro.

Darío Vázquez sería su tabla de salvación. Se enfocaría en él y trataría de ignorar a Iván, porque a medida que pasaban los minutos, Bárbara se iba acobardando y se recriminaba el haber cedido a la tentación de verlo otra vez.

“¿Para qué? Es solo un cuerpo hermoso, como hay tantos por ahí” pensó. “Pero hasta ese momento ninguno logró provocarte el sofoco que éste cuerpo te provoca” le dijo una voz en su interior.

Era cierto. Ella siempre había sido inmune a la belleza. La suya había sido un calvario que más bien le trajo dificultades en su carrera, pues no la tomaban en serio. En la política, ser guapa era una contra para cualquier mujer que aspirara a abrirse paso por sus propios méritos.

Y la belleza ajena siempre le había resultado indiferente. Víctor le mostró cuánta maldad se puede esconder detrás de un rostro agraciado, y la profesión de Octavio le había enseñado la parte artificial de la buena apariencia. Por eso Bárbara siempre se había enfocado en ver corazones, y no caras.

Iba por la vida mirando sin mirar, y sintiendo poco y nada. Una leve inquietud cuando su primer novio le dio un beso con lengua. Un agradable calorón cuando la quinta vez que se acostaron logró un orgasmo. Una pequeña satisfacción cuando Octavio se desplomó sobre su cuerpo murmurando cuánto la amaba, aquella noche en que ella cedió a sus demandas y le hizo lugar en su cama.

Eso era todo. En eso consistía el deseo para Bárbara. Inquietud, calor, tibia satisfacción.

Hasta ese momento, claro. Su mundo interior se llenó de turbulencias la primera vez que vio a Iván, tirándose agua sobre el cuerpo en la azotea.

Fue como un despertar sexual, algo que nunca le había sucedido, y no esperaba que le pasara en ese momento de su vida y mucho menos con alguien como él.

Y ese pensamiento la hizo sentir clasista y estúpida, además de provocarle una corriente de excitación que le mojó la ropa interior.

Cruzó y descruzó las piernas, confundida, y se preparó mentalmente para el encuentro.

En el instante en que Mónica, que era todo sonrisas, abrió la puerta del despacho de Bárbara para que diera inicio la reunión, a Iván le sonó el teléfono.

Instintivamente sacó el pequeño aparato, -era uno que Carol había desechado cuando lo conoció- y vio que era Iris. Dudó sobre si debía o no contestar... Iris no lo había llamado nunca. Él le había enviado un mensaje de texto para que ella agendara su número y eventualmente lo contactara, y justo en ese momento clave se le había ocurrido hacerlo. Debía ser algo importante, así que sin pensarlo más, mientras Darío se adentraba en la oficina contestó.

—Iris.

—Hola, Iván. ¿No es buen momento? —preguntó ella notando cierta tirantez en la voz del periodista.

—Pues... no.

—*No problem*. Te llamo más tarde, “guapo”.

Esa forma de llamarlo lo hizo sonreír, y replicó a su vez:

—Espero tu llamado, “guapa”.

Colgó rápidamente y se volvió para entrar pero no pudo.

A sus espaldas estaba la mismísima Bárbara Larrique, con los brazos cruzados sobre el pecho y las perfiladas cejas arqueadas.

—¿Ligando en las puertas de mi despacho, señor Kessler? —preguntó con un indisimulable tonito irónico.

Sabía que no era muy profesional la pregunta, pero se le escapó de los labios antes de que pudiese atajarla.

Iván tragó saliva. A eso le llamaba empezar con mal pie, y supo que era inútil intentar justificarse o desmentir la afirmación. Solo podía pedir disculpas y eso hizo.

—Lo siento... señora.

Las cejas femeninas se arquearon más aún y él se dio cuenta de que seguía metiendo la pata pero no tenía idea de cómo.

Entonces Bárbara descruzó los brazos y lo invitó a pasar con un gesto. La mirada de Iván bajó súbitamente, y de pronto ella se sintió desnuda. El control de la situación se le fue de las manos, y su aparente seguridad se esfumó.

Allí estaban ambos, frente a frente, sin poder disimular lo turbados que se encontraban. No quedaron dudas de que allí había algo...

Iván se tornó incapaz de dar un paso. Se quedó de pie, con el teléfono en la mano, mientras su mirada acariciaba los senos de Bárbara.

Ella entreabrió los labios para expeler el aire lentamente. Sus pezones se endurecieron al instante y no intentó siquiera disimularlo. Sentía como se proyectaban contra la fina tela de su sostén hasta hacerle daño pero no hizo un solo movimiento para ocultarse. Ni siquiera logró imponer censura en su mirada, aunque hubiera sido inútil porque la de él no se separaba de sus tetas.

La excitación de ambos se precipitó a niveles alarmantes, y si no fuese porque Mónica salió del despacho y Bárbara hubo de apartarse de la puerta para dejarla pasar, eso hubiese terminado muy mal. O muy bien, según como se mirase.

Con un leve rubor en el rostro la viceministra se dirigió a su escritorio, luchando por recobrar el dominio de sí misma, asumiendo su rol.

Tras ella iba un no menos turbado Iván, que en ese momento tenía la mente en una sola dirección y nada tenía que ver con medidas sindicales.

Con un escritorio de por medio se volvieron a mirar. La expresión de Iván era algo burlona y la de Bárbara francamente fría.

Pero a ambos les había quedado claro que lo que sentían cuando estaban cerca, los situaba en un camino sin retorno.

Capítulo 21

En su primer día de trabajo en el hospital dónde le habían salvado la vida, Iván no hacía otra cosa que pensar en Bárbara.

La reunión no había tenido nada de extraordinario. No esperaban obtener mucho, se conformaban con saber de primera mano las intenciones del gobierno con respecto a mediar entre los obreros, los empresarios y los inversionistas.

Les quedó claro que si bien no cerraban las puertas a una negociación en la cual la parte más débil no saliera tan dañada, no estaban dispuestos a invertir para salvar emprendimientos y con ellos las fuentes de trabajo.

En un momento la viceministra, se mostró receptiva a la propuesta de estudiar un seguro de desempleo más amplio, en caso de que la situación se terminara yendo de las manos, y presentar un proyecto de ley que lo respaldara.

Bárbara escuchó atentamente a Darío, quien fue el que tomó la palabra en principio, bajo la atenta mirada de Iván que no se atrevía a despegar los ojos de su compañero.

Es que esa mujer lo descolocaba, le hacía perder el rumbo y también el eje de su vida. No se hacía ilusiones ni siquiera con la posibilidad de un romance fugaz, pues mujeres como ella no salían con tíos como él, por más tentadas que se sintieran.

Porque estaba claro que Bárbara no era inmune a su presencia. Si el efecto que le provocaba era similar al que ella le causaba.... Claro que la viceministra lo superaría ni bien él saliera de su oficina, pero él...

Mientras tanto la tensión sexual parecía estar suspendida en el aire. Entraba y salía de su cuerpo de una forma tan devastadora, que poco le faltaba para comenzar a jadear.

Por eso dejó de mirarla de forma burlona. Más bien dejó de mirarla de cualquier forma, y se concentró en Darío y el discurso que ya conocía de memoria, porque la atracción que sentía por esa mujer lo hacía sentir incómodo y vulnerable.

Cuando le llegó el turno de hablar a Bárbara, no pudo evitar centrarse en ella. Miraba su boca, mientras la erección que lo atormentaba crecía y crecía. Intentaba mirarla a los ojos, pero no podía.

Algo en él se hacía pedazos cada vez que lo hacía.

La frustración iba en aumento a medida que ella hablaba, e Iván tomaba conciencia de lo inalcanzable que era.

Y odió al destino por haberla puesto delante de él, sin posibilidad alguna de tenerla. Tragó saliva sintiendo que se ahogaba, y por unos momentos dejó de escucharla y la vista se le nubló.

Cuando retomó el control de su cuerpo, carraspeó y se removió en el asiento, inquieto, más bien desesperado. Deseaba que esa reunión llegara al final para olvidarse para siempre de Bárbara Larrique.

A lo sumo le dedicaría una paja para desahogarse, pero nada más. Nunca más...

—Así que, caballeros, eso es todo. No puedo comprometerme a más porque la situación se complica cada día. Lo que les pido es que unifiquen los frentes porque no se puede negociar con asociaciones paralelas a los sindicatos...

Vaya, eso sí era una novedad. La viceministra les pedía que dejaran las negociaciones en manos de Ramírez. Del “Manopla” Ramírez... ¿Conque prefería tratar con el dueño del circo, y no con los monos?

Iván hizo una mueca de fastidio que no pasó desapercibida para Bárbara.

—Señor Kessler... ¿algo que decir? —preguntó ella de pronto—. Porque si ha llegado la hora de “su cita” ya queda liberado. No queremos que llegue tarde...

Un silencio confuso siguió a sus palabras. Darío se irguió en su asiento y miró de reojo a Iván. ¿Qué se había perdido?

Al parecer de mucho, porque su amigo se repantigó en el asiento, y se cruzó de brazos.

—Desgraciadamente tengo todo el tiempo del mundo, “señora”. No olvide que no tengo trabajo...—le respondió, aunque no era del todo cierto porque al día siguiente comenzaría su labor en el hospital.

Bárbara no se amilanó ante el tonito belicoso del albañil.

—Lamento escuchar eso, señor Kessler. Y créame que nadie más que

yo desea que esta situación se revierta a la brevedad, pero estoy segura de que el señor Ramírez los representaré de la mejor forma en cualquier negociación, y cuidará sus intereses de...

—Ni usted se lo cree —replicó él sin poder contenerse—. Ambos sabemos que a Ramírez le preocupan solo sus propios intereses, y quedar bien con todo el mundo es uno de ellos.

Bárbara lo miró con suspicacia y se inclinó. Apoyó los brazos en el escritorio, al tiempo que decía:

—Quedar bien con todo el mundo, puede ser una forma de llamar a la búsqueda del equilibrio tan necesario en una negociación de este tipo, donde el principio de ganar-ganar es obligatorio.

—Ese principio requiere integridad, y no todas las partes involucradas cuentan con dicha virtud —repuso Iván, demostrándole que sabía de qué estaba hablando.

Si ella se sorprendió de que un simple albañil estuviese en conocimiento de conceptos vinculados al éxito de procesos de negociación, no lo demostró.

—¿Tiene algo que denunciar, señor Kessler? Porque si no es así, le recuerdo que las relaciones de colaboración son más fructíferas que las de competencia. Le recomiendo no desafiar a las cabezas de su sindicato, y confiar en ellos —dijo con una significativa mirada.

Iván se la sostuvo, y su réplica fue como una bofetada.

—No hablaba de las cabezas del sindicato.

Bárbara resopló indignada, e Iván entendió que se le había ido la mano en esa especie de duelo verbal inconducente.

Por suerte Darío salvó la situación, desviando la atención de esa velada acusación al equipo de gobierno.

—Doctora Larrique, mi compañero duda de las buenas intenciones de los inversionistas. Pero no se preocupe; unificaremos fuerzas y confiaremos en la dirección del sindicato, y en las gestiones del ministerio para llevarnos a todos a buen puerto.

Y luego de un incómodo silencio, los tres se pusieron de pie dando por terminada la reunión.

La despedida no fue menos perturbadora.

El apretón de manos en esa ocasión no fue lo firme que debería. Ella titubeó, y él extendió la suya intentando disimular lo inquieto que se encontraba.

No pudo evitar retenerla un segundo más de lo debido, deseando tenerla mucho más. Mucho más tiempo, mucho más que la mano. De ella hasta

un golpe sería bienvenido, pero lo cierto es que no obtendría nada.

Ese era el final. Y luego de eso, la nada.

Deprimido como nunca, volvió a hacerse el dormido para Carol, aunque no pegó un ojo en toda la noche. Y al amanecer se presentó a trabajar en el hospital, dónde no había parado ni un segundo.

A la salida se encontró con Iris, con la que había acordado que lo pasara a buscar. Se fueron a hablar a la cafetería, porque a los empleados les daban crédito a descontar del sueldo.

—Te ves bastante mal, pero seguís siendo “guapo”—le dijo ella sonriendo.

—Debo verme como me siento. Perdona, Iris. Es que estoy pasando un mal momento...

—Sí, eso se nota. ¿Te puedo ayudar en algo, Iván? —le preguntó, preocupada.

—Solo si recuerdas más detalles de lo que sucedió con Laura en el penal. Tal vez escribiendo se me quite la mala hostia que llevo.

—Bueno, por eso vine. Se me ocurrió que tal vez Mendoza hubiese llevado a la hija de Laura a su pueblo. Quizá debas investigar cómo se compone la familia Mendoza de Nueva Helvecia...

El rostro de él se iluminó.

—¿Tú crees?

—Soñé con eso. Soñé que la clave para encontrar a la hija de Laura estaba en las personas que ese día intervinieron en el parto.

—Yo pienso igual. Ahí está la clave —coincidió.

Iris parecía convencida de lo que decía, e Iván deseó con todas sus fuerzas que tuviera razón. Era una buena mujer, y tenía la mejor de las intenciones. La miró agradecido y ella le sonrió, entusiasmada.

Pero esa sonrisa duró solo un segundo.

De pronto la cara se le ensombreció, y luego se puso pálida, mientras miraba por encima del hombro de Iván, más allá de él.

—Iván...

—¿Qué te pasa, Iris? ¿Te sientes bien?

—El médico —atinó a balbucear la pobre mujer.

—Joder, ya te llamo a uno. Por suerte estamos en el hospital...

—No, Iván. No puede ser...

—Me estás asustando. Iré a pedir ayuda... —dijo alarmado pero no logró ni ponerse de pie, porque ella aferró su mano, desesperada.

Sudaba profusamente, y se veía realmente descompuesta pero sus palabras hicieron que a Iván se le cortara súbitamente el aire, y le

correspondiera oprimiendo su mano con la misma ansiedad.

—No necesito ayuda. El médico... Ese que está detrás de vos, es el médico que trajo a la hija de Laura al mundo.

Capítulo 22

Bárbara se metió en la cama temblando, y tuvo que apelar a un somnífero para poder descansar.

Logró dormir, pero las pesadillas la atormentaron durante parte de la noche. Bueno, no solo tuvo pesadillas, también tuvo un sueño muy vívido y muy húmedo que igual fue una tortura.

En él se encontraba desnuda, pero no en una situación de cama sino en un concierto. No sabía cómo cubrirse, ni escapar a la burlas ni a los manoseos. Tampoco tenía idea de cómo había terminado en esa situación, pero eso no era lo peor.

Lo peor era Víctor riendo desde el escenario, mientras la señalaba con el dedo. Su hermano siempre había tenido ínfulas de cantante de rock, pero nunca se había atrevido a desafiar a Esteban, que no veía con buenos ojos la vida de artista.

En su sueño Bárbara estallaba en llanto mientras la multitud se iba cerrando en torno a ella. Cuando estaban a punto de asfixiarla, una mano firme la tomó de un brazo, y luego ya no estaba en el concierto sino en la azotea del edificio situado frente al ministerio.

Y junto a ella, aún aferrando su muñeca, estaba Iván Kessler.

Bárbara se sintió segura, a salvo. Iván tenía el torso desnudo, y ella no quería mirar más abajo, pero presentía que todo lo demás también.

No tardó en comprobarlo cuando él la pegó a su cuerpo y le acarició el rostro. Ella cerró los ojos, deleitada, apoyando su mejilla contra esa mano que la contenía en más de una forma.

Sintió una presión en su vientre, pero no se apartó. Y se despertó en la mitad de un orgasmo, o al menos eso le pareció... Estaba mojada. Empapada, más bien.

Sudaba profusamente, y entre sus piernas algo pegajoso se deslizaba. Se tocó y luego olfateó sus dedos... ¿Había acabado de verdad? ¿En serio? ¿Mientras dormía?

El increíble efecto Iván Kessler no la abandonaba ni en sueños, y maldijo el momento en que decidió aceptar esa estúpida reunión para volver a verlo.

Luego de que ésta culminó, Bárbara salió con Octavio a cenar e intentó no pensar en el albañil. No lo logró, por cierto. Y cada vez que él acudía a su mente, un incómodo cosquilleo le recorría la espalda, el vientre, y el sexo. Esas sensaciones la tenían a mal traer... Era como si estuviese a punto de pillar una gripe. Sofocones, sudores... Ese hombre se estaba transformando en una especie de enfermedad, que la tenía montada en una montaña rusa de emociones. Feliz, triste, feliz... Preocupada, excitada, enojada, ansiosa.

“Iván Kessler... ¿por qué te dejé entrar a mi vida? Debí huir en cuanto te reconocí, pero como una estúpida seguí adelante. Que Dios me perdone... ¡Esto es como una adicción! Cuanto más tengo, más quiero. Esto va más allá de mi control. Sé que voy a ir por más, y eso me va a arruinar”, pensó preocupada.

Pero luego se dijo que podría con eso. Logró mantener la cordura en la reunión, pese a que su cuerpo pedía a gritos entrar en contacto con el del albañil.

Mientras Darío Vázquez hablaba, ella se perdió en una fantasía erótica donde se lo llevaba al baño y lo violaba. Lo arrinconaba contra la pared, le bajaba el cierre y apretaba ese pene que se perfilaba duro a través de los jeans.

Cuando le tocó hablar a Iván, ella no podía dejar de mirarle la boca. Se sentía tensa, caliente, descentrada, pero no le dejó entrever sus emociones, o al menos eso creyó. Y para contrarrestarlas, lo provocó, lo acicateó, intentó molestarlo.

Sabía que él no se merecía el mal momento, pero no pudo evitarlo. Necesitaba poner distancia, porque la cercanía física y emocional la estaba matando.

Se sintió malvada y cobarde, por tratarlo así. El pobre tenía bastante con haberse quedado sin empleo y estar lejos de su tierra... Pero no se permitió ser piadosa esa vez. No con un hombre que presentía podría hacer con ella lo que quisiera, con solo proponérselo.

Le estrechó la mano procurando demostrar formalidad con un toque de cordialidad, pero ese contacto fue incendiario y ambos lo notaron.

Bárbara se sintió perdida, y desde que se marchó de su despacho no había hecho otra cosa que planear la forma de lograr otro encuentro.

Octavio notó que el estado de ánimo de Bárbara era diferente al habitual. No parecía tan fría, pero sí la notaba ausente. La tomó de la mano, cariñoso, y estaba a punto de preguntarle qué le pasaba cuando la vio palidecer de improviso, y bajar la mirada.

Se volvió y vio a Víctor sentado solo en una mesa, observándolos.

Alzó las cejas interrogante, y la cínica respuesta fue encogerse de hombros, sonreír y levantar su copa.

“Vaya basura. ¿Nos habrá estado siguiendo este hijo de puta? Tengo que hablar con él, recordarle que lo tengo agarrado de las pelotas y aconsejarle que se vuelva a Colombia cuanto antes. Lo que menos quiero es tener a Bárbara hecha un manojo de nervios... Su carrera se vio tocada luego de la cagada de Esteban, y no puede dar un paso en falso porque sería su fin”, se dijo. Se había propuesto llevar a Bárbara a la posición más alta, y no iba a permitir que el infeliz de Víctor le estropeará el plan.

Volvió a su posición inicial y le sonrió.

—Te iba a preguntar qué te pasaba pero ya me di cuenta. Disculpame un minuto.

Y sin decir más, se levantó y le hizo un gesto a Víctor para que lo acompañara al baño.

Una vez allí, ambos hombres se encontraron frente a frente y se miraron largamente. Octavio, con las manos en los bolsillos, parecía tranquilo. Víctor, con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía más calmo aún.

—Te hacía en Colombia. ¿Cuándo te vas? —le preguntó directamente. La sonrisa de Víctor lo sorprendió.

—¿Qué pasa, doctor? ¿Estás apurado por deshacerte de mí?

Octavio alzó las cejas y contraatacó.

—Vos deberías estar apurado por deshacerte de mí, y del peligro de las pruebas que te incriminan en actos tan deleznable como incesto y corrupción de menores.

—Vamos... No le harías eso a Barbarita. Sería el fin de su carrera política, cosa que a vos te interesa más que a ella.

Octavio tragó saliva. ¿Desde cuándo Víctor se había envalentonado así? No le había costado para nada intimidarlo días antes, y convencerlo de que hiciera lo mismo con Bárbara para que acudiera a él en busca de protección.

No sabía cómo había perdido el miedo, pero la cuestión era que estaba dando vuelta las cosas, vaya a saber con qué intención. Tendría que

averiguarlo, eso no podría quedar así. Necesitaba a Víctor lejos de Bárbara, ahora que ya había logrado el objetivo de recuperarla.

—Tal vez algo así le podría arruinar la carrera. Pero vos, querido Víctor, seguís siendo un perverso, al menos acá. En Colombia sos un músico frustrado consumidor de coca... ¿No extrañas? ¿Por qué no te vas, cómo habíamos quedado?

—Nosotros no quedamos en nada. Te ayudé, le metí miedo para que corriera a tus brazos porque de verdad tenía ganas de ver esa carita de pavor, tenerla sometida cómo aquella vez pero, ¿sabés qué? Ahora quiero sacarla de ahí.

Octavio sintió ganas de golpearlo, pero controló sus impulsos como acostumbraba.

—¿Por qué? ¿Por qué te arriesgarías a que te metieran preso? —le preguntó con los dientes apretados.

Víctor no mostró ni un atisbo de duda al responderle.

—¿Por qué? Porque puedo. Porque quiero. Porque no te la merecés.

Octavio se quedó de una pieza. No le cerraba en absoluto esa repentina insubordinación de Víctor. Siempre había logrado tenerlo dominado y no entendía el motivo de la absurda rebelión.

—¿Y vos sí? Estás loco si pensás que Bárbara va a someterse a tus perversiones.

La sonrisa de Víctor lo descolocó.

—Es que estoy loco. Y también estoy seguro de que en este momento te estás preguntando por qué ya no te tengo miedo, ¿verdad, Octavio? —continuó Víctor, sonriendo—. Y te lo voy a decir: sé que tenés secretos que de salir a la luz, te verías más que perjudicado.

La palidez de Octavio le indicó a Víctor que había dado en el clavo, por eso no quiso tentar más a la suerte. Se acercó al médico y le palmeó el hombro, al tiempo que le susurraba:

—Me voy a ir cuando a mí se me dé la gana, infeliz.

Y mientras se marchaba del restaurante, pensaba que había sido una suerte el encontrar entre las cosas de su padre, aquella foto donde posaban sonrientes uno junto a otro en el penal de Punta de Rieles.

Capítulo 23

Maldito Víctor. Maldito.

¿Cómo era posible que el mango de la sartén pasara de pronto a ese infeliz? Porque era evidente que conocía su secreto. ¿Miguel Hernández sería el culpable? Si fuera así, ya arreglaría cuentas con ese traidor. No podía ser que durante muchísimos años hubiese podido tapar sus peculiaridades sexuales sin mucho esfuerzo, y que en ese momento estuvieran a punto de descubrirse por culpa del malnacido de Víctor Larrique.

—Doctor del Campo, ¿va a tomar postre hoy?

La voz de la mujer que dispensaba su pedido lo sacó de pronto de sus oscuros pensamientos.

—No, gracias Carmen.

Tomó la bandeja y recorrió el salón para buscar dónde sentarse, de preferencia un lugar solitario para poder seguir rumiando su indignación.

Un rostro se destacó entre la multitud que atestaba la cafetería del hospital. La mujer lo miraba fijamente y tal vez eso fue lo que le llamó la atención. ¿Sería una paciente? No era una trabajadora del hospital, eso seguro, pero ese rostro le resultaba vagamente familiar.

Apartó la mirada, molesto por la insistencia de la de la mujer. Y también la apartó de su mente; seguro de que se trataba de una paciente, o acompañante. Estaba harto de tratar con esos menesterosos de la salud pública. Le dedicaba un día a la semana, solo para quedar bien.

Lo hacía de forma honoraria, y se encargaba de dejarlo en claro cada vez que se le presentaba la oportunidad. Eso le daba puntos a su imagen, y también contribuía a la de Bárbara, se dijo. Pero le fastidiaba cada vez más el tener que reconstruir rostros quemados o con heridas de arma blanca. ¿De qué les valía lucir bien a esos infelices? Con recobrar la salud, ya deberían conformarse.

Sus verdaderos pacientes, los que él atendía con dedicación y gusto, estaban aguardando en su consultorio privado, mientras él masticaba la insulsa comida de ese maldito hospital.

Harto de todo, se levantó de golpe y se dirigió a la puerta. Lo de Víctor le había arruinado la noche anterior, y le estaba arruinando también el día.

Antes de salir, echó una mirada a la mesa en la que estaba la mujer que lo había observado con insistencia, para ver si descubría por qué le resultaba tan familiar.

Pero fue inútil; ella ya no estaba.

La parálisis de Iris llegó a su punto de mayor intensidad cuando el médico posó su mirada en ella.

Antes de eso, se permitió observarlo sin restricciones. Su perfecto y masculino perfil no había cambiado casi nada. Treinta años después seguía tan apuesto, mientras de ella no quedaban ni rastros de la adolescente bella y despreocupada que fue.

El dolor y los años habían hecho mella también en su carne, y estaba segura de que él jamás la hubiese reconocido.

No estaba preocupada por ser identificada por el médico, pero cuando esos fríos ojos azules se clavaron en los de ella, sintió miedo. Fue solo un momento, pero tuvo necesidad de desviar la vista, y solo lo observó de soslayo cuando él pasó junto a ella con la bandeja, y se detuvo un instante para cederle el paso a alguien.

En un carnet que llevaba colgado del cuello pudo leer claramente su apellido; “Dr. Del Campo”.

Por fin podía ponerle un nombre al joven médico que trajo al mundo a la hija de Laura. Era lo que le faltaba, porque de esa cara jamás se había olvidado.

Iván no le había soltado la mano en ningún momento. De espaldas al médico, intentaba transmitirle fuerza y valentía, porque sabía que los demonios del pasado se estaban apoderando de ella. Se mantuvo en silencio, y no cedió a la tentación de volverse y enfrentar al médico. Solo lo miró cuando él pasó junto a ellos, e Iris supo que él tampoco olvidaría su cara nunca más.

Salieron rápidamente de la cafetería, y antes de que pudieran decirse nada, a Iván le sonó el teléfono.

Atendió, y el rostro se le iluminó.

Iris le dijo por señas que después lo llamaba, y al verla nuevamente compuesta, él la dejó marchar y se concentró en esa llamada que parecía ser

tan importante.

De todos modos ya tenían una nueva pista, y el plan de acción era un hecho.

El destino había hecho de las suyas, y la suerte estaba echada. Ahora les tocaba decidir cuál sería la jugada más oportuna, la que los llevaría directamente al paradero de la hija de Laura.

A Iván se le fue todo de la cabeza cuando escuchó esa voz en el teléfono. Más que eso, a su alrededor el mundo desapareció.

Vio como en cámara lenta que Iris le sonrió y le hizo un gesto indicándole que lo llamaría más tarde. La dejó marchar con una inclinación de cabeza porque no podía hacer otra cosa. Todos sus sentidos, todas sus emociones estaban puestas en la llamada que estaba recibiendo.

No reconoció el número, pero la voz sí. No podía ser de otra manera, pues había recreado ese sonido en infinidad de ocasiones en los últimos días.

Lo que jamás había imaginado era que ella lo llamara. Ni en sus más locas fantasías podía suceder algo así... Carraspeó y trató de recobrar la compostura, luego de que la voz le preguntara si estaba hablando con el “señor Kessler”.

“Señor Kessler”... Solo ella lo llamaba así. Para los demás era Iván, o “gallego”. No era un “señor” para nadie en ese momento. Bueno, para Bárbara Larrique sí lo era, aunque fuese solo para mantener distancia.

—Sí, soy yo —respondió luego de unos instantes, los que le llevó reponerse—. ¿Quién es?

Sabía que era ella, pero no quiso demostrarlo. “Joder, Iván, no estás en posición de hacerte el interesante” se recriminó de inmediato.

—Bárbara Larrique. ¿Es un buen momento para hablarle?

—Sí, dígame —dijo con voz menos firme de la que quisiera.

Se sentía un tonto, cohibido en extremo por esa mujer.

—Señor Kessler, tengo entendido que usted está sin trabajo... —dijo Bárbara, y antes de que él pudiese aclararle que ya no era así, ella continuó: — ... así que pensé que tal vez podía interesarle trabajar en unos arreglos que tengo pendientes en mi casa.

Iván se mordió la lengua. La aclaración se murió en su garganta. Tragó saliva, y de inmediato respondió:

—¿Qué tipo de arreglos?

“Pero tú eres tonto, tío. ¿Sigues en plan de hacerte el interesante? Di que sí, di que sí y luego ves como te apañas” volvió a reprocharse a sí mismo.

—Bueno, pintura principalmente. Colocación de un zócalo... Algunas reparaciones menores. Un par de días de trabajo, quizá...

Un par de días. Eso era lo que él necesitaba. Un par de días en la casa de Bárbara Larrique, aspirando su aroma, contemplando sus cosas, imaginando imposibles.

—De acuerdo —dijo, y esa vez su voz sonó firme y decidida porque así lo estaba. Ni muerto se perdía esa oportunidad, sobre todo si existía la mínima posibilidad de volver a verla aunque fuera de pasada.

—Excelente. Se le pagará el jornal acorde al laudo, con todos los beneficios sociales, por supuesto.

“Por supuesto. La viceministra no puede tener a alguien trabajando en negro en su casa, ni siquiera por un par de días” se dijo, y se le escapó una sonrisa.

—Bien. Usted dirá dónde me presento y a qué hora.

—Le paso de inmediato un mensaje con mi dirección. ¿Está bien a las ocho?

“Estupendamente bien. Podré cumplir en el hospital, ya que me toca el último turno...”, pensó.

—Vale.

Por un instante casi la escuchó sonreír. Qué tontería, si las sonrisas no emiten sonido. Pero su voz sonó extrañamente distendida cuando se despidió.

—Perfecto. Lo espero, señor Kessler.

No pudo reprimirse. Tenía que intentar un acercamiento, así que antes de saludar se lo pidió.

—Por favor, llámeme Iván.

Por un momento hubo un silencio al otro lado de la línea. Y luego un escueto “lo voy a pensar” seguido del clásico sonido de corte, es lo que obtuvo como respuesta.

Pero a él, eso le valió como un sí.

Capítulo 24

Toda esa seguridad en sí misma no fue improvisada y mucho menos natural.

Lo practicó antes de llamarlo, como hacía en sus épocas de principiante con los discursos. Se sintió una tonta al hacerlo, pero fue absolutamente necesario pues la llamada a Iván Kessler era de las cosas que más la habían alterado en los últimos tiempos.

Es que ese hombre la afectaba demasiado.

Sueños eróticos. Ella jamás los había tenido, y ahora se encontraba inmersa en ellos en los momentos más inoportunos.

Su cuerpo la perturbaba, pero no era solo eso. Tenía una necesidad desconocida... Quería saber de él.

Un albañil español cuyas manos presentaban heridas recientes, pero lucían tan suaves como firmes.

Esa mirada sagaz. Ese vocabulario enriquecido por demás. La forma en que enfrentaba su mirada, los duelos de palabras. El compromiso con una causa que apenas le atañía. El desafío constante. El deseo...

El deseo.

Bárbara no estaba ni remotamente dispuesta a sucumbir a él, pero por alguna razón tampoco lo estaba a renunciar a Iván.

Quería verlo de nuevo. Era una necesidad que no la dejaba en paz. Tal vez si descubriera que él era un hombre tosco, un tipo que no estuviese a su nivel intelectual o emocional...Le hubiese encantado que fuese un palurdo sin educación y con pocas luces. Un envase bonito y nada más. Un chico de calendario, sin relieves, completamente plano.

Pero sospechaba que Iván Kessler era un cúmulo de misterios, que no era lo que parecía ser, que había algo más allá. Y estaba segura de que ella no

le era indiferente.

Era evidente que le gustaba, y también que la consideraba fuera de su alcance. Si no fuese por eso, si no hubiese tenido la certeza de que Iván mantendría las formas, no le hubiese propuesto trabajar en su casa.

Por eso, cuando al terminar la llamada él le pidió que le dijera por su nombre, Bárbara dudó.

Mantener las distancias con formalidades tal vez no fuese necesario. Iván sabría cual era su lugar, y ella no estaría en riesgo.

Entonces, ¿por qué se sentía tan decepcionada?

En sus fantasías él derribaba todas las barreras que los separaban, las reales, las metafóricas, los tabúes. Y a ella le gustaba, pero tenía claro que eso debía quedar a ese nivel, el de las fantasías.

En la realidad, eso no iba a suceder. No debía pasar, y no pasaría.

“Lamentablemente”, se encontró pensando, y luego resopló contrariada.

Acto seguido, hizo lo que nunca: llamó a Mónica y le anunció que cancelara todas sus obligaciones, pues se tomaría todo el día siguiente por temas personales.

Ante su insistencia, le habló vagamente de que tenía que supervisar algunas reparaciones en su hogar, y enseguida le cambió de tema.

La secretaria la observó con extrañeza. Bárbara pegándose un faltazo... Muy raro. Es que estaba demasiado rara últimamente. Se veía distraída, a veces pálida, a veces ruborizada. Como el día anterior, cuando la encontró revisando su agenda.

Dio cualquier excusa tonta, pero Mónica vio como guardaba con disimulo un pequeño papel en el bolsillo.

Luego de que Bárbara se marchó, fue que reparó en ello. La agenda estaba abierta en la letra K y había varios contactos anotados allí, pero por alguna razón ella supo que el dato que su jefa se había llevado tenía que ver con el último registro.

Kessler. Iván Kessler.

Dos más dos. Atar cabos. Esas cosas se le daban muy bien a Mónica. Tan bien, que de inmediato sacó las conclusiones correctas y luego sonrió.

Bárbara estaba en problemas.

En maravillosos problemas.

Era un verdadero problema.

Demasiado demandante. Realmente agobiaba... Quería saberlo todo, y

lo tenía en sus manos.

Carol se estaba transformando en una mujer posesiva y celosa, y eso a Iván lo estaba poniendo nervioso.

Esa noche intentó abstraerse de todo, y se puso a escribir. Hasta para eso dependía de ella... Esa vez no quiso usar el ordenador que le prestaba. Tenía lápiz y papel, y con eso bastaba.

Mientras Carol cocinaba, él se fue al jardín a aprovechar los últimos rayos de sol para continuar con lo que se había propuesto escribir.

El llamado de Iris lo interrumpió casi de inmediato.

—Hola, nene. ¿En qué andás?

—A punto de ponerme a escribir. Pero tu llamado es más importante.

—¿Más importante que el que recibiste esta tarde?

Iván no supo que decir. No se esperaba esa pregunta y se notaba, así que Iris lo rescató.

—No tenés que decir nada, no te preocupes. Pero yo sí. Quiero encarar al médico, Iván. Quiero identificarme y reclamarle...

—No lo sé, Iris. Primero investiguemos quien es él, y si se lo ha vinculado a los horrores de la dictadura. No tengo un ordenador aquí, pero en cuanto coja uno...

—Ya lo busqué, y hay muchos “doctores Del Campo”. Pero es la pista más firme que tenemos y la tenemos que seguir.

—Iris, perdona pero... ¿estás segura de que se trata del médico que asistió a Laura?

—Totalmente. Era muy joven en ese momento, y ya pasaron treinta años pero se mantiene muy bien. Se nota que ha llevado una buena vida y el tiempo no le ha hecho lo mismo que a mí —dijo con amargura—. Pude mirarlo bien aquella vez. En un principio dudé de que alguien tan joven pudiese ser médico, pero se manejaba con mucha seguridad, así que al menos era estudiante. Y esos ojos... Eran igual de fríos que ahora. No se perdían nada. Tengo la impresión de que es de esas personas que no dan puntada sin hilo.

Quedaron en que investigarían un poco más antes de encararlo. Sabían su apellido y dónde trabajaba.

Ya no se les escaparía.

Cuando colgó, Iván se sintió súbitamente inspirado. Las palabras de Iris lo llevaron a recordar su relato del nacimiento de la hija de Laura.

“Un hombre joven, tal vez demasiado, venía ya con los guantes puestos y una bata verde.

—Muy bien. Lo han hecho muy bien... —dijo el médico al tiempo que

tiraba del cordón y recogía la placenta. La examinó con cuidado y sonrió —. Impecable”.

“Con la boca llena de sangre al igual que sus genitales, Laura observó como el médico se llevaba a la niña envuelta en un pañal...”

Un relato de ocho páginas que fue como si lo hubiese vivido él junto a Iris. En un momento se sintió como un observador invisible de la escena. Vio a las dos jóvenes aterradas. Pudo oler la sangre. Escuchó el llanto de la bebé. Sintió terror ante la helada mirada del médico.

Y un asco inmenso por El Monstruo.

Por un par de horas se mantuvo inmerso en esa escena llena de drama, de dolor, de desolación. Le dijo a Carol que no tenía hambre e ignoró sus aireadas protestas. Continuó escribiendo con el corazón más que con la mano.

Y solo se detuvo cuando Bárbara Larrique irrumpió en su mente, como lo hacía continuamente desde que la conoció.

El cimbronazo de deseo, la dulce expectativa del encuentro...

“Mañana. Mañana voy a respirar el mismo aire que tú. Muero por verte, por empaparme de tu aroma, por contemplar cómo se mueven tus labios cuando hablas, por sentir que tu mirada es solo mía. Mujer inalcanzable, alimenta las fantasías que me mantendrán cuerdo aún cuando tome conciencia de que solo podré tenerte en mis sueños”.

Esa noche durmió en el sofá. Su cuerpo solo deseaba tener cerca el de Bárbara Larrique.

Capítulo 25

En la penumbra de su habitación, Víctor recordaba a Bárbara.

Siempre experimentó por ella sentimientos encontrados. La amaba y la odiaba. Estaba orgulloso y la envidiaba. La deseaba y quería lastimarla.

La vio crecer sabiendo que no llevaban la misma sangre. Fue testigo de su brillantez, de su destaque. Los celos crecían y las ganas de hacerle daño también.

Pero también crecía Bárbara junto con su belleza.

Y ahí llegó el deseo. Podía permitírselo, después de todo no era su verdadera hermana...

A los diecisiete Víctor era un joven lleno de odio hacia la vida en general, y hacia su padre en particular. Primero, por haber traído a Bárbara a casa diciéndole que era “su regalo” para endulzarlo. Segundo, porque sentía que nunca lo había querido.

Lleno de ira observaba como Esteban se jactaba de lo inteligente que era “su hija”, que seguramente había salido a él. También lo oyó aclarar en alguna oportunidad que su hijo era el vivo retrato de su madre, lamentablemente.

Un fracaso detrás de otro. Drogas. Actos repugnantes bajo sus efectos.

Y el más repugnante de todos tuvo que ver con Bárbara. Con su hermana a los ojos de todos.

Durante demasiados días había sido el centro de atención de toda la familia, pues se había sometido a una cirugía reconstructiva que esperaba desde hacía mucho.

Bárbara había tenido problemas al nacer, y una de sus orejas resultó mutilada. Octavio del Campo, un amigo de su padre de toda la vida había logrado dejarla como nueva. No en vano se había convertido en uno de los

mejores cirujanos plásticos del país.

Por alguna razón, el hecho de que el único defecto, la única mancha en la perfección de Bárbara no existiera más, terminó de desquiciar a Víctor.

Era una muñeca de largos cabellos rojizos y enormes ojos castaños. Con apenas doce años ya tenía formas de mujer. Pequeños senos, caderas... Estaba aprendiendo a seducir.

Y luego de la intervención quirúrgica no tendría límites, no tendría techo. Sin complejos, se lanzaría a la vida para seguir brillando y opacándolo a él.

Toda esa belleza sería para otro. Entre todos los hombres de la tierra, él era el único que no podría aspirar a ella.

No era su hermana, pero Bárbara no lo sabía. Lo veía como tal y le tenía miedo, pues siempre la hostigaba, pero le tenía el respeto que le correspondía por ser el “hermano mayor”.

Una tarde, sus padres salieron dejando a la convaleciente jovencita con Víctor. Por primera vez Bárbara se atrevió a desafiarlo, y eso fue lo que desencadenó la locura.

Fue una tontería: él había fumado marihuana y estaba famélico, así que le ordenó que le preparara algo de comer. Ella se negó. Estaba muy ocupada ordenando su joyero.

Víctor observó con creciente ira como Bárbara se miraba al espejo, con un aro delante de la oreja reconstruida que ya tenía los puntos al aire, y sonreía. Por fin podría usar chucherías y se sentía feliz.

Eso fue la gota que derramó al vaso.

Víctor fue al despacho de su padre, y agarró el arma. No se le cruzaba por la mente matar a Bárbara, solo quería asustarla.

Y lo logró.

—De rodillas—le ordenó sin apuntarle, pero mostrándole el revólver.

Ella lo miró asustada.

—De rodillas —repitió entre dientes, y la niña obedeció.

Desde arriba, Víctor la observó con suficiencia. Y cuando Bárbara alzó la mirada, fue que enloqueció.

Deseaba someterla de la manera más vil, y se permitió hacerlo. La agarró del cabello y la arrastró a su cuarto. Ella lloró y pataleó pero cuando él le mostró el arma de nuevo, se paralizó.

Se puso de rodillas mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Al verla sufrir, despeinada y ojerosa, la erección de Víctor se hizo más punzante.

Se bajó el cierre y sacó su miembro, ante la mirada horrorizada de la niña. Luego dejó el arma sobre la cama, y tomó su máquina Polaroid.

Para cuando se la metió en la boca, Bárbara ya no era ella. Con la mirada vacía no ofreció resistencia alguna. Se despersonalizó por completo y obedeció.

Abrió la boca cuando Víctor le indicó, e hizo exactamente lo que él le ordenó, sin derramar una sola lágrima. Mantuvo la boca abierta, y también los ojos, mientras Víctor apretaba el obturador de la máquina una y otra vez... Recogía las fotografías, y las sacudía ante los ojos de la chica, que lentamente veía perfilarse en la imagen lo que estaba haciendo. Era algo inimaginable para ella, pero no se quebró. No en ese instante, al menos. Un solo momento desvió la mirada, y fue para fijarla en el revólver sobre la cama.

Víctor reclamó su atención de forma brutal: le forzó la cabeza tirándole el pelo, y ella emitió un tenue quejido de dolor que lo excitó más.

El disfrute de Víctor no llegó al punto cúlmine porque se escucharon ruidos del piso de abajo, así que interrumpió el perverso acto y le ordenó que se marchara a su habitación.

Cuando Bárbara se puso de pie, y pasó por delante de él como sonámbula, pudo ver la sangre deslizándose por su cuello.

Se le había abierto la herida.

Octavio suturó con precisión y destreza. Puso especial esmero en esa reconstrucción de lóbulo de la oreja. Cada vez que realizaba una, recordaba cómo eso le había cambiado la vida a Bárbara.

La trajo al mundo, y luego le solucionó un problema que la agobiaba desde siempre. No una, sino dos veces...

Tuvo que volver a suturar dos semanas después, porque de forma "inexplicable" se le abrió la herida. Después de eso, Bárbara cambió y no para bien. Toda la alegría por el éxito de su cirugía se había esfumado de pronto y el corazón de Octavio sangró.

Ante sus ojos, la brillante Bárbara se estaba apagando y él no podía soportarlo. La adoraba desde siempre, y solo estaba esperando que se hiciera mujer para reclamarla. Necesitaba su luz...

Por eso no paró hasta saber el origen de su cambio. Y cuando lo descubrió, cuando supo lo que Víctor había hecho con ella deseó matarlo con sus propias manos, pero se contuvo. De pronto todo cerraba. La herida abierta, el temor de Bárbara al mirarlo, la tristeza.

No lo pensó dos veces. Lo amenazó y lo apartó de su muñeca perfecta. No lo mató para no ensuciarse las manos, y no lo denunció para poder manipularlo y para no ensuciar la reputación de Bárbara, que en las fotos

parecía bastante dócil y entregada.

Recuperar el brillo de sus ojos y la confianza en sí misma no fue nada sencillo. Es más, la prioridad se transformó en recobrar la cordura antes que nada.

Estuvo un año internada en un psiquiátrico. Le hicieron una cura de sueño. Le ataron las manos para que no se hiciese daño.

Su memoria se dañó un tanto, pero sobrevivió. Tenía una resiliencia a prueba de todo, así que volvió a brillar, esa vez como nunca.

Una distracción de Octavio, y Tobías se la arrebató. Pero la vida fue justa, y la muerte intervino en el momento preciso.

Bárbara fue suya por fin. *Suya*.

Y el idiota de Víctor era una amenaza para mantenerla así. ¿Qué demonios querría en realidad? Porque era evidente que se trataba de un chantaje. Y por más loco que estuviese, el infeliz sabía que arrancarle a Bárbara de sus brazos no la haría correr a los de él. Es más, serían los últimos brazos a los cuales acudiría. Entonces ¿por qué? ¿Por qué Víctor no se volvía a Colombia? ¿Por qué lo increpaba diciéndole que no se la merecía?

Se calificó a sí mismo como un loco, y Octavio estaba seguro de que no había errado. Víctor no estaba en sus cabales, y era capaz de cualquier cosa solo por el hecho de hacer daño.

Lo peor de todo era que por el momento no podía hacer nada para escapar de él.

Estaba en sus manos.

Y eso lo desquiciaba.

Capítulo 26

A pesar de que Bárbara estaba preparada para el encuentro, cuando sonó el timbre se sobresaltó.

Miró el reloj de la cocina y vio que faltaba un cuarto para las ocho. No lo esperaba tan temprano y si bien estaba vestida –unos jeans y una camiseta con el rostro de Audrey Hepburn haciendo un globo de chicle- aún no se había calzado y tampoco se había peinado.

El atuendo era casual pero muy meditado. Quería ofrecerle a Iván una imagen completamente distinta a la que él había conocido. ¿Los fines? Ni siquiera se los preguntaba. Era consciente de que cada una de sus acciones estaba dirigida a la conquista, pero no podía detenerlas. Y también estaba segura de que no pasaría nada entre ellos... Esa certeza le daba alas, aunque no le servirían para volar.

Antes de abrir se miró en el espejo. Los ojos le brillaban y las mejillas se veían ligeramente sonrosadas. Aunque tenía el cabello algo alborotado, tuvo que reconocer que se veía muy bien.

El corazón le iba a mil. Respiró profundo y luego abrió.

Mierda. El efecto fue instantáneo.

Calor, mucho calor. Lengua seca, y mariposas. Lo recorrió con la mirada sin poder evitarlo... Estaba como para comérselo con sus jeans azules y su camiseta gris. Pelo húmedo, zapatillas deportivas, y una camisa a cuadros en la mano. Tenía algo en los labios, una especie de polvo blanco que Bárbara no logró identificar.

Con cierta torpeza le franqueó la puerta y le indicó que entrara mientras lo saludaba con un murmullo:

—Buenos días, señor Kessler. Qué puntual.

Iván dio un paso al frente sin dejar de mirarla. Como la última vez que

se vieron, se sentía tan turbado como ella. Era tan evidente lo que sentían que ni se molestaron en disimularlo.

Se miraron, nerviosos.

—Disculpe usted; sé que he llegado demasiado temprano pero no pude evitarlo.

Bárbara abrió los ojos como platos.

—¿No pudo... evitarlo?

—Así es. Estaba en la acera esperando que se hiciese la hora, cuando una anciana que regresaba de la panadería me preguntó a qué piso quería ir, y cuando se lo he dicho me ha obligado a entrar. Lo siento, de verdad.

—La señora Ávila —dijo Bárbara sonriendo—. Ella es así...

—También me obligó a comerme un cruasán en el elevador—confesó Iván tocándose el labio inferior, súbitamente consciente de que había rastros de su pecado gastronómico.

Ella no se perdió detalle del gesto. Se sintió tentada a tocarlo para quitarle el azúcar impalpable pero se contuvo.

Se tocó su propia boca indicándole dónde tenía que limpiar, e Iván entendió el mensaje. Con la lengua primero y con el pulgar que terminó chupándose, el albañil solucionó el problema ante los ojos atónitos de Bárbara, que sentía que su ropa interior se humedecía cada vez más.

Iván no estaba mejor que ella. Para nada.

Bárbara se veía distinta a la que él conocía, pero ésta le gustaba más que la otra. Al natural y distendida era aún más bella.

Parecía más joven y por un momento no la sintió tan inalcanzable. Por su mente pasaron imágenes demasiado calientes. Ella, él... y el sofá.

“Qué demonios... Basta, tío. Estás aquí por trabajo. Sabías que te exponías a su belleza, pero también sabías que intentará desafiarte, doblegarte y hasta coquetear contigo solo para demostrar que puede. Estás preparado para Bárbara Larrique en cualquiera de sus versiones. Deja ya de imaginar tonterías, de tejer fantasías y ponte a trabajar”, pensó.

—Bien, veo que ya ha desayunado entonces. Yo me estaba tomando un té, pero antes de seguir quiero mostrarle de qué se trata el trabajo—la escuchó decir, y luego caminó tras ella intentando concentrarse en sus palabras y no en su trasero, pero se le complicaba.

Finalmente, ella le señaló una pared.

—Esta es la que necesita pintura.

Iván observó lo que Bárbara le señalaba, sin entender si hablaba en serio.

—¿Esta es la que necesita pintura?

—Sí. Claro que deberá desmontar el soporte de la televisión antes de proceder...

El joven no daba crédito a lo que veía. La pared se veía impoluta. Tan blanca como las otras y como el techo.

Y de pronto entendió lo que sucedía. Bárbara lo había contratado por lástima. No necesitaba ni pintura, ni arreglos, sino lavar sus culpas y por eso le había ofrecido el trabajo.

Se sintió ofendido y estuvo a punto de decirle que no quería su compasión, y marcharse dando un portazo, pero no pudo. No tuvo fuerzas para alejarse de ella, y menos con una acción que haría que perdiera el contacto para siempre.

Tragó saliva y la miró a los ojos.

—Creo que ese muro no necesita pintura —le dijo con voz neutra, para no delatar sus emociones.

Bárbara miró la pared por unos momentos. Y luego de una pausa le dijo:

—Mostaza. Quiero esa pared color mostaza. ¿Puede con eso, señor Kessler? —le dijo alzando las cejas. Se la veía satisfecha, como si hubiese resuelto un complicado problema.

Iván inspiró profundo. Tal vez se había apresurado en su juicio. Quizá Bárbara de verdad quería sus servicios. ¿Qué tenía de extraño querer redecorar? Ella le había hablado de reparaciones menores y por eso él interpretó... En fin. Su expresión se suavizó, sus ánimos se calmaron y el deseo volvió a ser figura.

Para ocultar lo que le provocaba su cercanía, simuló interesarse en el trabajo.

—Es... un buen color. ¿Dónde tiene la pintura?

Bárbara pestañeó. Parecía algo contrariada.

Iván la vio vacilar y frunció el ceño. ¿Qué sucedía?

—No la tengo. Es decir, quise esperar a que usted viniese para que me asesorara... No quería comprar cualquier cosa.

Bueno, eso no se lo esperaba. ¿Qué él la asesorara? Lo único que Iván sabía sobre pintura era que había que mojar un pincel y deslizarlo por la pared. ¿Cómo demonios haría para...?

—¿Qué le parece si vamos hasta Mr. Bricolage y compramos lo necesario, señor Kessler? —continuó diciendo Bárbara, que en ese momento parecía más segura de sí—. Permítame ir a buscar mi bolso.

Salir. Con ella.

Iván se sentía mareado. ¿Compartir algo tan cotidiano como ir de

compras con Bárbara? Ni en sus mejores sueños hubiese imaginado algo así.

—Su bolso y sus zapatos, doctora Larrique —replicó sonriendo mientras le miraba los pies descalzos.

Ella no dijo nada, pero se mordió el labio y salió de la sala dejando al joven más excitado que nunca. El trasero de Bárbara transformó todas sus reservas en un fuerte deseo.

La verdadera preocupación llegaría más tarde, en Mr. Bricolage, donde tendría que hacer malabarismos para salir del paso.

Lo había logrado.

Mientras Bárbara miraba un catálogo de colores, él había apartado un vendedor y en pocos minutos sabía todo sobre la mezcla de pintura con entonadores.

Claro que tuvo que fingir tener una animada conversación con él, disimulando el hecho de que estaba tomando un curso acelerado, pero de todas formas no pudo evitar que Bárbara le echara miradas suspicaces. Seguro que sospechaba algo.

Compraron lo necesario, e Iván esperaba que el camino de regreso fuese tan silencioso como el de ida, pero no fue así.

En esos cinco minutos que duró el trayecto, Bárbara quiso saber por qué estaba en Uruguay.

Lo tomó por sorpresa, y para evitar explicaciones que lo pondrían en una posición indeseada frente a ella, respondió sin comprometerse:

—La crisis.

De pronto tuvo miedo. Si Bárbara se enteraba de que él estuvo presente en la escena del crimen de su padre, podría tener problemas de todo tipo. Podía verse envuelto en asuntos legales o policiales, pero lo que más lo preocupaba era el tener dificultades con ella.

—Vaya mala suerte. Acá también la hay.

Iván se encogió de hombros.

—Hace unos meses parecía estar todo bien.

Ella asintió.

—Es verdad. Y ahora todo es un caos.

—¿Las cosas van tan mal? —preguntó Iván. Su interés era genuino, sobre todo al ver la expresión de preocupación de Bárbara.

Pero ella no quiso entrar en detalles. Movi6 la cabeza, y cambi6 de tema.

—¿En España también era albañil, Kessler?

Le había quitado el “señor” y eso le dio cierta satisfacción.

—No. Era periodista.

Podía permitirse una verdad al menos, y mostrarle un poco de su yo real.

Bárbara no dijo nada, pero era evidente que se sorprendió. Y no era para menos... Un periodista que huye de la crisis española para sumergirse en la crisis de un país de Sudamérica con muy pocos recursos, no sonaba coherente.

Parecía que tenía ganas de seguir preguntando, pero ya habían llegado a destino. Bajaron las cosas e Iván desmontó el soporte de la televisión sin problemas, para poder pintar la pared.

Y luego, tal como le indicó el vendedor de Mr. Bricolage, puso cinta de enmascarar y se dispuso a hacer la mezcla para lograr el color deseado.

Pero no pudo terminar porque Bárbara irrumpió en el salón y lo detuvo.

—¡Kessler! ¿No trajo un overol?

—¿Un qué?

—Ropa de trabajo. Para no ensuciarse con pintura.

Vaya, tenía razón. Ni guantes ni mono de trabajo. Se iba a poner perdido.

—Ah, sí. Pues no, con este calor...

Bárbara movió la cabeza. A él ese gesto lo enamoraba cada vez más.

—Haga una cosa. Quítese al menos la camiseta para poder ir decente a su casa. ¿Vino en ómnibus?

—Sí.

—Bueno, haga lo que le digo.

Él vaciló.

—¿No le molesta... Larrique?

Usó el apellido a propósito, y todo el autocontrol empleado para no devorarse con la mirada, para no sentir que el corazón se les salía por la boca y el cuerpo se les prendía fuego, se fue esfumando.

Bárbara expelió el aire por la nariz de forma pausada.

—No —respondió en voz baja. Iván esperaba una réplica ocurrente o tal vez sarcástica, pero no.

Ella parecía confundida y vulnerable, pero él no podía contenerla, no tenía ese derecho. Se sacó la camiseta y la miró.

Por unos instantes no hicieron otra cosa que contemplarse mutuamente. Bárbara luchaba por mantener la mirada a nivel del rostro, pero una fuerza incontrolable la hacía descender.

Cuando se hizo evidente que le estaba mirando el pecho y los brazos, se sintió obligada a decir algo.

—Qué buenos... tatuajes. Originales... —murmuró. Y luego se dio media vuelta y se encerró en su habitación.

Capítulo 27

En la intimidad de su habitación, Bárbara pudo dar rienda suelta a sus emociones. Se sentó, se paró. Caminó como una leona enjaulada.

¿Qué estaba sucediendo? Tenía a un hombre semidesnudo en su sala, haciendo un trabajo que no necesitaba y además ella misma había faltado al suyo.

Pero eso no era lo peor. Lo peor era el deseo que la hacía comportarse como una tonta.

¿Qué pretendía? ¿Seducirlo? ¿Acostarse con él? ¡Ella no era una mujer infiel! Pero además de Octavio, había otros impedimentos para siquiera pensar en tener una aventura con el albañil.

¡Ni siquiera lo conocía!

“Es solo una cara bonita. Y un cuerpo bonito. Y un misterio que me encantaría develar... Quiero conocer a Iván Kessler. Es curiosidad, eso es. Curiosidad y atracción porque el tipo es... bueno, está bueno. Ya se me va a pasar”, pensó.

Pero no se le pasó.

Durante la siguiente hora no hizo otra cosa que pensar en él. No podía salir de su habitación porque no confiaba en sus reacciones.

¿Y si él intentaba algo? Después de todo ella lo había convocado y luego invitado a sacarse la camiseta. Seguramente Iván había interpretado esas señales como lo que eran, una incitación a pecar.

¿Cómo podría mirarlo a la cara? No quería ser ruda con él, pero tenía que encontrar la forma de desestimularlo.

¿Y si con todas esas señales no intentaba nada? ¿Sería porque no le gustaba, o porque la consideraba fuera de su alcance?

¿Le gustaba ella o solo estaría siguiendo el juego? ¿Tendría pareja y

sería fiel?

Con la cabeza a punto de estallar, Bárbara se sentó en la cama y se oprimió las sienes con ambas manos.

“¡Basta! Tengo que recobrar el control de mis actos y enfrentar lo que he causado, si es que he causado algo. Porque si no es así... ¡Basta!” se dijo presa de una gran confusión.

Por un lado quería terminar con eso y por otro... No le gustaba la idea de dejar de verlo, y mucho menos de que él fuera inmune a ella.

Pero lo que más la afectaba era que él tuviese el control de la situación, porque ella se había metido en un berenjenal del cual no sabía salir.

Mierda, era una mujer adulta y enfrentaría lo que fuera necesario. Bárbara Larrique no se iba a dejar vencer por... por... por ese deseo inmenso que la estaba consumiendo desde que lo vio por primera vez en aquella azotea.

Se arregló el cabello y con paso firme abrió la puerta. En cuanto puso un pie en la sala y vio lo que vio, no pudo evitar una exclamación. Iván se sobresaltó de tal forma que se le cayó el pincel justo encima del sofá que había intentado no manchar con éxito, hasta ese momento.

—¡Dios santo! ¡Mi sofá! ¡Mi pared!

—Siento lo del sofá, pero la pared está quedando bastante bien.

—¡Bastante bien! ¡Caca! ¡Eso es color caca de bebé, no color mostaza, Kessler!

Iván miró la pared con los ojos entrecerrados. Joder, era cierto. La mezcla había quedado muy mal, y ante él tenía una pared a medio pintar color mierda.

Pero no estaba dispuesto a admitir un fracaso más ante esa mujer.

—Bueno, a mí me parece bonito —dijo sin siquiera pestañar. Y cínico como nunca agregó solo para mortificarla: —Original... como mis tatuajes.

Bárbara acusó recibo pero no se amilanó.

—¿Es daltónico o solo tiene mal gusto? No puedo creer que considere bonita y original esa cochinado que está aplicando sobre mi pared.

Él tampoco quiso ceder un ápice y admitirlo.

—Pues se hubiese quedado aquí mientras hacía la mezcla, para indicarme exactamente qué tono de mostaza quería.

—¡No sabía que necesitaba supervisión! ¿Y si hubiese ido a trabajar como correspondía?

—¿Por qué no lo hizo?

Touché.

Bárbara abrió y cerró la boca dos veces, pero no le salió otra cosa que un jadeo.

Iván sintió que se mareaba solo por ver su lengua una fracción de segundo.

—¿Por qué se quedó aquí, Bárbara? —preguntó en voz baja.

Ella no respondió, y él volvió a arremeter.

—¿Tenía miedo de que le robara?

—¡No!

—Admítalo. Me dio este trabajo por lástima, pero luego temió dejarme solo y terminar con su piso desmantelado. Supongo que debo sentirme halagado de que considere que mi presencia no representa ningún peligro para su integridad física. Tener pinta de ladrón, pero no de violador es muy alentador.

Se expresó con ira apenas contenida. Estaba furioso consigo mismo por ser tan torpe y por estar tan loco por ella. La deseaba de forma enfermiza, y cada vez la sentía más lejos. Bárbara Larrique estaba a un abismo de distancia de un pobre diablo como él. Lo tenía más que claro pero no podía resignarse, y por eso intentaba romper con el hechizo que lo estaba matando, haciéndole daño a ella.

—No diga eso, Kessler, porque no es así.

—¿Entonces por qué? ¿Por qué me ofreció pintar una pared que no lo necesitaba y por qué se quedó aquí un día de semana?

—Basta. No le permito...

Iván dio un paso al frente.

—¿Por qué, Bárbara? —volvió a insistir.

Entonces ella se lo dijo.

Por primera vez en su vida no guardó las formas, no hizo lo que debía, lo que se esperaba de alguien de su posición. No dijo lo políticamente correcto; dijo simplemente la verdad.

—Porque quería volver a verlo —murmuró casi sin aire y al borde de las lágrimas—. ¿Satisfecho?

El periodista movió la cabeza y dio otro paso al frente.

—Solo cuando pruebe a qué sabe tu boca —fue su contundente respuesta.

Y antes de que ella pudiese siquiera pensar en ofrecer resistencia, la cogió de la nuca y la besó.

Esa misma noche, mientras lavaba trastos en el hospital, Iván revivió cada uno de los acontecimientos del día que pasó junto a Bárbara. Bueno, no fue exactamente un día, sino unas horas pero qué horas...

La cosa no empezó con buen pie. Primero el sofocón al verla, la torpeza, los inmensos deseos de acercarse y tocarla. Después la sospecha de que ella le había ofrecido el trabajo por lástima más que por necesidad. Y como la fresa del pastel, la chapucería que hizo en la pared. Color caca de bebé...

Sonrió al recordar el momento previo al beso.

Fue tan inesperado como intenso. Nada hacía esperar que luego de esa especie de discusión ocurriera algo así, pero las cosas se fueron dando de tal forma, que el contacto se hizo inevitable.

Era consciente de que la puso entre la espada y la pared con sus preguntas, pero también sabía lo hábil que era Bárbara para salir de cualquier atolladero que implicara la elección correcta de palabras.

Sin embargo, ella eligió la verdad. Sin ningún eufemismo que suavizara la contundencia de esa revelación.

Porque quería volver a verlo.

Y luego de eso no quedaron dudas. No fue necesaria aclaración alguna del alcance de esa frase.

Por un instante y bajo presión emergió la verdadera Bárbara, que de inmediato intentó ocultarse con un irónico *¿satisfecho?* que lo único que logró fue darle el pie que él necesitaba.

Era obvio que esa no era la intención de la joven, pero en esa fracción de segundo que transcurrió antes de su réplica, le bastó para darse cuenta de que lo que más deseaba en la vida era tener entre sus brazos a esa mujer.

Admiró su valor, su sinceridad, amó su esencia.

Por primera vez la vio sin armadura alguna y fue como observarla desnuda. Había un dejo de resignación en su voz cuando admitió que quería volver a verlo.

La ingenuidad de una niña, la fortaleza de una mujer, la autenticidad de una persona que se rinde ante sí misma, que claudica ante la verdad y reconoce sus deseos. Y ese débil intento de resistirse que obviamente fue infructuoso, porque en ese momento Iván lo vio todo turbio, todo borroso.

Para él solo existió esa boca temblorosa que necesitaba devorar. Estaban tan cerca que lo único que tuvo que hacer fue estirar el brazo y en un gesto posesivo y algo brusco primero la atrajo cogiéndola de la nuca, y luego cubrió la boca de Bárbara con la suya abierta.

No fue un beso gentil al menos al principio. No hubo un intento de tantear la disposición de Bárbara a recibirlo. De entrada fue con lengua y no encontró resistencia alguna.

Él se lo había dicho: obtendría satisfacción cuando supiera a que sabía

su boca. Le mintió por supuesto, porque quería mucho más. Pero en ese instante tomó lo que necesitaba, lo que se le ofrecía, lo que había fantaseado hasta el hartazgo: los perfectos e inalcanzable labios de Bárbara Larrique.

Y su lengua.

Porque el contacto fue inmediato. Ella no hizo ningún gesto con el cuerpo que indicara que le gustaba lo que sucedía, pero le entregó la lengua, le dio su saliva y bebió la de él entre suspiros que apenas podía sofocar.

E Iván aceptó y pidió más. Con las dos manos en el rostro de la joven, la besó con desesperación, y ella le correspondió.

Muy a su pesar le correspondió, porque Bárbara había perdido la cabeza ya. La cabeza, el corazón, el control de sus actos. Sus buenas intenciones, su capacidad de razonar, de imponer respeto con su sola presencia, su férrea moral y todas sus reservas.

Se dejó hacer, sí, pero también movió su lengua, la hizo entrar en la boca de Iván y la enlazó a la de él. No lo tocó; no sabía dónde poner las manos porque sentía que lo tocara donde lo tocara se las iba a quemar.

Ese beso fue único. Jamás había vivido un momento así. Unos segundos de descontrol, de no pensar en nada, de dar rienda suelta a sus deseos, de dejar que sucedieran cosas que deseaba pero no debía. Ni desearlas ni hacerlas.

Pero allí estaba, apretando los puños contra sus jeans mientras Iván controlaba su rostro y hurgaba en su boca una y otra vez.

Bárbara escuchaba sus propios gemidos, el choque de los dientes, la respiración agitada de Iván. Sentía el sabor de su boca, su calor, su excitante humedad. Era consciente de lo que estaba sucediendo, sabía que estaba mal, pero no podía parar. Vamos, tampoco quería. No podía ni quería.

Cuando se quedaron sin aire y eso se hizo evidente no pudieron evitar mirarse a los ojos, y eso fue devastador.

Ya no eran dos bocas sedientas, ávidas. Eran dos seres unidos por el deseo y tal vez algo más. Y eso no era un sueño, eso estaba realmente sucediendo. ¿Cuál sería el siguiente paso? ¿Hasta dónde iban a llegar?

Ninguno de los dos sabía quién lo definiría, o que pasaría después. Tampoco podían hablar, les faltaba el aire. Además ¿qué podían decir?

Iván dejó que sus instintos lo guiaran y besó sus mejillas, y luego descendió por el cuello femenino besando primero, lamiendo después.

Y eso fue demasiado para Bárbara. Demasiado intenso, demasiado todo. Se aferró al cuello de Iván con una mano y con la otra le arañó la espalda desnuda, mientras sus jadeos iban en aumento.

Él abandonó su cara y sus manos se cerraron en torno a la cintura

femenina, y después se deslizaron por la espalda. La sentía frágil, indefensa, pero tan ardiente como una llamarada.

¿Cuándo los besos pasaron a la categoría de preliminares? Era imposible saberlo. La única certeza era compartida: la satisfacción solo llegaría cuando se fusionaran, cuando fuesen uno solo, cuando Iván irrumpiera en ella y terminara de dinamitar la tranquila existencia de Bárbara.

Los cuerpos inevitablemente se pegaron, y sus bocas volvieron a buscarse con besos que ya de besos poco tenían. Y cuando Bárbara dio un paso atrás quedó claro que no quería retroceder sino encontrar un punto de apoyo para que la pasión de Iván no diera por tierra con ambos.

La pared.

La pared color caca a medio pintar fue ese punto de contención pero ninguno de los dos pareció notarlo. No cuando tenían toda su atención puesta en esa especie de lucha de lenguas, y en la presión que la pelvis de Iván había empezado a ejercer sobre el vientre de Bárbara.

El deseo fue tomando forma, fue encontrando la válvula de escape que confluía inevitablemente en esos cuerpos que parecían imantados.

Se volvieron a mirar sin verse; tenían los ojos nublados por el deseo. Y justo cuando esa coreografía perfecta requería más piel y menos ropa, sonó el teléfono celular de Bárbara.

Iván se sobresaltó, pero ella le mordió el mentón y lo volvió a centrar en el objetivo mutuo. Cuando dejó de sonar, las manos de ella ya iban por su cuenta y le recorrían el pecho, mientras que sus labios vagaban por el cuello masculino besando y lamiendo, hasta llegar a la nuez de Adán y mordisquearla.

Iván gimió. Se moría de ganas de desnudarla pero no sabía cuál sería el momento apropiado. Cuando por fin tomó la decisión volvió a sonar el teléfono, pero esa vez era el de línea.

Bárbara continuó ignorándolo, ocupada como estaba en frotar su mejilla contra el hueco de la garganta del periodista.

Entonces él ya no pudo soportar más esa tortura. Sus manos descendieron y oprimió los pechos de la joven, quien alzó la cabeza y la echó hacia atrás en una muda rendición.

Iba a suceder. Iban a sucumbir por fin.

Pero algo falló. La contestadora entró en acción, y se escuchó una voz masculina que los paralizó a ambos.

“Barb, soy yo. ¿Por qué no contestás el celular? Me dijo Mónica que no ibas a la oficina hoy, así que supuse que algo no andaba bien. ¿Estás enferma, verdad? Bueno, acá tenés a tu médico personal que va en camino. No

te levantes a abrirme que tengo la llave. Solo quería avisarte que llego en unos minutos, para que no te asustes cuando me escuches entrar”.

No podían creerlo. Especialmente Bárbara que pasó de ser el deseo hecho mujer, a un manajo de nervios.

Empujó a Iván, e intentó arreglarse la ropa y el cabello, todo al mismo tiempo.

—Tenés que irte. Ya. Dale, dale. Ponete... la camiseta y andate ya.

—¿Es tu marido?

Ella lo miró con furia mientras le lanzaba la camiseta.

—No tengo marido. Es mi novio. No quiero que... No quiero que te encuentre acá.

—¿Por qué?

—Porque no. Dejá todo como está y andate por la escalera de servicio.

—¿Y cómo vas a justificar este desastre?

—Puedo redecorar yo misma mi sala ¿no?

Iván apretó los labios para no soltar la carcajada. Miró la pared, divertido y luego a ella.

—¿Eres daltónica o solo tienes mal gusto? —la remedó.

—Kessler...

—Larrique...

Y mientras se escuchaba el sonido de una llave intentando abrir la puerta, Iván terminaba de ponerse la camiseta y huía por la cocina, no sin antes susurrarle al oído:

—Piensa muy bien cómo explicarás las manchas de pintura que tienes en varios sitios. Especialmente allí.

Le señaló el pecho, y luego desapareció.

Y justo cuando Octavio entraba en la sala, Bárbara bajaba la vista hacia sus senos y descubría las marcas de los dedos de Iván en su camiseta.

Capítulo 28

Algo no andaba bien; lo presentía.

Bárbara redecorando. Insólito, realmente insólito.

El solo hecho de haber faltado al trabajo era extraño, pero el haberla encontrado en su sala quitándose una camiseta perdida de pintura, lo era aún más.

Y al parecer, no solo la camiseta se le había ensuciado. Tenía el rostro, y hasta el cabello manchados.

Ni que hablar de la pared... Dios. El color era... inmundos. Horrible.

Bárbara nunca había tocado un pincel en toda su vida, pero siempre había tenido buen gusto. ¿De verdad estaba pintando su sala con ese color... mierda?

No lo entendía.

Ella lo miró con las cejas alzadas como diciendo: *¿qué pasa? ¿es que no puede una ponerse a pintar un día cualquiera?*

Octavio se la quedó mirando mientras ella tomaba una vieja camisa a cuadros que le iba demasiado grande y se la ponía.

—Debiste ponerte eso antes de empezar —fue todo lo que pudo decirle, porque la situación se le antojaba bizarra, rarísima.

—Es cierto. Parece que esto no es lo mío...

—También es cierto.

—En fin, ya lo ves. No estoy enferma, estoy sana y en perfectas condiciones, doctor. Puede regresar a sus labores que yo veré como arreglo este desastre.

—Puedo enviarte a alguien. En el hospital hay personal de mantenimiento y...

—No hace falta, Octavio.

—Pero Bárbara...

Ella se mantuvo en sus trece. Dijo que podía arreglarlo y luego lo despachó con viento fresco.

Bien, no estaba enferma pero estaba rara. Y en cierta forma se notaba que no se encontraba del todo bien. Tenía la mirada distinta. ¿Habría llorado?

Seguro que había sido eso. Había estado llorando; tal vez estaba algo deprimida y por eso se comportaba de forma tan inusual.

Era extraño ver a Bárbara deprimida, pero estando Víctor nuevamente cerca...

Víctor. Seguro que ese infeliz había estado molestándola. ¿Cómo no lo pensó antes?

Tenía que hacer algo, porque la Bárbara que él necesitaba no se parecía a esa mujer nerviosa de pupilas dilatadas, y manchas de pintura hasta en el pelo. Y tampoco era la Bárbara que necesitaba el país, esa que él estaba empeñado en hacer llegar hasta lo más alto.

Un ministerio, por ejemplo. O la propia vicepresidencia de la república. ¿Por qué no? Era un hecho que el partido que ella representaba ganaría nuevamente las elecciones, así que ¿por qué no pensar en Bárbara en esa posición?

La cámara baja le quedaba chica, y también la alta o cualquier ministerio, a no ser que fuera en calidad de ministra. Ella podía cargarse a Murcia sin problemas, pero no siendo... eso que tenía frente a él.

Definitivamente tenía que sacar a Víctor del camino. Por él, por su secreto, por su relación con Bárbara y por la promisorio carrera de ella. Vamos, por el mismísimo país es que debía terminar con la amenaza que significaba Víctor.

¿Cómo lo haría sin comprometerla? Tenía que pensar muy bien los pasos a seguir, porque él parecía bastante enajenado y se había vuelto francamente peligroso. Se había quedado en Uruguay solo para chantajearlo y alejarlo de Bárbara. Por pura maldad, porque estaba claro que con eso no conseguiría tenerla.

¿Pero qué estaba pensando? Ni con eso, ni con nada. Ese abusador incestuoso tenía que estar chalado de veras como para plantearse siquiera desearla.

Eso era contra él. Era entre él y Víctor, y lo de Bárbara tenía que ser una excusa... ¿O no? ¿Estaría ella en verdadero peligro?

¿Víctor sería capaz de hacerle... algo?

Parecía obsesionado, y Octavio sentía que era capaz de cualquier cosa.

Pues bien, tenía que pensar en que haría para cortarle las alas a ese

carroñero enfermo, antes de que Víctor hiciera lo mismo con él.

Supo salir del paso; era una habilísima declarante. Solo tuvo un segundo y resolvió bien. Antes de que Octavio pudiese mirar otra cosa que no fuese la horrible pared, ella ya se había quitado la camiseta.

Era tan absurdamente llamativo el color que resultó, que al final le salvó el pellejo, porque hubiese sido difícilísimo explicar por qué tenía las manchas que tenía en la ropa. O mejor dicho, lo complicado sería aclarar por qué las tenía dónde las tenía.

No estaba preparada para eso, porque ni ella lo tenía claro. Se dio cuenta durante ese brevísimo instante en que su rostro quedó cubierto por la prenda mientras se la sacaba, que estaba en problemas y poco tenían que ver con su novio. Fue el último momento en que fue ella misma pero no se reconoció, así que cuando emergió a la luz ya tenía puesta la máscara que mantuvo hasta que por fin pudo deshacerse de Octavio.

Y después de eso se duchó, comió, dio vueltas por la casa intentando no mirar la pared, ni cuestionarse qué fue lo que sucedió esa mañana en su sala.

“Me dejé llevar por primera vez. Y no es la infidelidad lo que me mortifica, porque después de todo Octavio hizo lo necesario para merecerla. Lo que me altera es la falta de control sobre mis sensaciones y sobre mis emociones, pero sobre todo esta necesidad de más, y más, y más...” pensó.

La camisa a cuadros de Iván estaba sobre su cama. La pintura ya se había secado y por eso no manchaba, así que cuando se acostó se desnudó y se la puso.

Levantó el cuello e intentó rescatar su olor... Era inútil. Pintura, solventes.

Se la quitó, pero no la puso en el cesto para lavarla, y tampoco en el de la basura. La dobló y la guardó en el primer cajón de su tocador, mientras intentaba dejar de pensar en él.

No lo logró, por supuesto. O no lo logró de primera, porque pasó varias horas dando vueltas y vueltas en la cama, en un estado de desasosiego febril que jamás había experimentado antes.

Y como en otras ocasiones, cuando por fin la venció el cansancio, se encontró con Iván en el mundo de los sueños.

Bárbara no durmió bien esa noche, pero Iván directamente no lo hizo

porque le tocó trabajar.

Durante todo el turno no hizo otra cosa que pensar en ella. Cumplió cada una de las tareas que le encomendaron de forma mecánica, y cuando al amanecer se retiró del hospital, fue consciente de que no dio lo mejor de sí esa noche.

Es que lo mejor y lo peor se lo había dejado en casa de Bárbara.

“Esa mujer tiene algo... Es hermosa pero esto es más que deseo. Bárbara Larrique me enamora” se dijo mientras caminaba despacio. No tenía prisa por regresar al departamento que compartía con Carol.

Estuvo tentado de ir a tocarle timbre al objeto de su deseo, pero no se atrevió. Es que era consciente de que a pesar de que ella le correspondió, continuaba siendo tan inalcanzable como antes.

Nada había cambiado. Bárbara tuvo un momento de debilidad, pero tenía novio y estaba muy preocupada por el hecho de que él pudiese sospechar que andaba en malos pasos.

Porque eso era lo único que podía representar para ella: un desliz, una equivocación.

Un médico era el dueño del amor de esa mujer, y él solo fue una distracción sin importancia.

Lo odió. Si se tratase de otro, tal vez lo hubiese compadecido por tener una novia que estuvo a punto de meterle los cuernos, pero deseaba tanto a Bárbara Larrique que solo había envidia y mucho dolor en su corazón.

Claro que delante de ella supo disimularlo bien, y se marchó de su departamento con una sonrisa estudiadamente cínica, con el fin de ocultar los celos que lo estaban matando.

Es que era tonto... ¿cómo iba a estar sola una mujer como ella? Con lo guapa que era, y toda su brillantez. Su presente, su futuro. Seguro que había un jodido suertudo disfrutándola.

Y a él le había tocado el papel de ser la buena obra del día y además con yapa, porque había logrado arrancarle unos besos apasionados y algo más.

Solo que ese “algo más” traía consigo ilusiones y frustración, impotencia y sufrimiento. Tenía que sobreponerse, sin embargo. Él único culpable de ese dolor era él. Bárbara no tenía culpa alguna...

Debió intuir que ella quería lavar sus culpas contratándolo, y haber declinado la oferta. Debió darse cuenta que tentarla no sería una buena idea. Pero no...

Sucumbió y casi la hizo sucumbir a ella.

Pues bien, subsanaría sus errores y la dejaría en paz.

Eso haría.

Capítulo 29

Se sentía culpable pero no lo suficiente. El país se iba a pique, y ella solo pensaba en Iván.

Intentó concentrarse, puso su mejor esfuerzo en tratar de contener esa especie de olla a presión que estaba a punto de estallar por la falta de empleo, pero más de una vez se encontró recordando sus besos, el mentolado sabor de su lengua, su cuerpo duro oprimiendo el de ella contra la pared recién pintada. Las manos en sus tetas, apretando, acariciando, y ese gemido ronco que le quemó la garganta.

Sus eróticos recuerdos fueron interrumpidos una y otra vez. Un llamado tras otro y la agenda completa tras un día sin haber trabajado, la tenían molesta y estresada.

Discutió con Murcia porque la desautorizó en una mediación.

Le cancelaron una reunión importante, y luego descubrió que la habían excluido en realidad, porque la reunión se realizó.

La frutilla de la torta fue una pelea entre el presidente del sindicato de empleados bancarios con el de la sociedad de banqueros, en su propia oficina. Casi llegaron a las manos...

Al caer la tarde Bárbara estaba harta hasta de sí misma. Se fue a su casa de mal humor, pero ni bien entró en la sala su estado de ánimo cambió. Ante sus ojos, la pared que esa misma mañana lucía un horripilante tono amarronado, se veía blanca, impoluta.

Se quedó como alucinada mirando sin entender, hasta que una voz a sus espaldas le pegó un susto de muerte.

—Espero no haber cometido un error...

Se llevó la mano al pecho y se volvió sobresaltada.

—¡Señora Ávila! Casi me infarto...

La anciana sonrió de forma angelical.

—Cuando volví de la panadería estaba en la puerta del edificio. Me explico que se había equivocado con el color, (y vaya si fue así) y que quería solucionarlo sin que te enteraras hasta que llegaras, Barbarita —le explicó—. Me parece un buen muchacho... Mi abuela era del mismo pueblo que la madre de él. Qué sé yo. Me pareció una buena idea ayudarlo a darte la sorpresa, así que vine y le abrí con la llave que me diste por si las moscas. ¿Hice mal?

Vaya, eso lo explicaba todo. Iván... Iván había estado en su casa. Había engatusado a la señora Ávila y había entrado sin su permiso, pero por alguna razón eso no le parecía mal, sino todo lo contrario.

Tenía unas ganas de sonreír que se moría.

—No... En este caso no, señora Ávila. Pero hay que tener cuidado con...

—Te dije mil veces que me dijeras Leonor, Barbarita.

“Y yo le dije un millón de veces que no me dijera Barbarita, pero aquí estamos... Ay, señora Ávila. Por primera vez tengo que admitir que su indiscreción fue un gran acierto” pensó Bárbara, intentando disimular su alegría.

No era el aspecto de la pared lo que la tenía tan feliz, sino el hecho de que Iván hubiese estado allí.

Se apresuró a agradecerle a su vecina porque deseaba quedarse a solas y ponerse a fantasear, a soñar con él.

—Bueno, Leonor. Mil gracias. Y ahora si me disculpa...

Pero la dama no se movió.

—No solo es bueno ese chico; también es muy “churro”.

—¿Muy qué?

—Guapo. Está “fuerte” como dice mi nieta. Y creo que vos le gustás mucho a ese potro.

Bárbara no daba crédito a lo que oía. Se quedó con la boca abierta, sin atreverse siquiera a preguntar por qué pensaba eso. Igual no fue necesario.

—Lo espí, debo confesarlo. Estaba nerviosa porque era responsabilidad mía el haberlo dejado entrar sin tu permiso, así que desde mi balcón lo espí un poquito.

—¿Pero cómo...?

—Fácil. Pegué un espejo en la punta del paraguas con cinta adhesiva. Extendí el brazo con cautela y ahí lo vi... Se había sacado la camiseta. Qué cuerpazo, Barbarita. Músculos por todos lados, tatuajes exóticos, y un...

—Leonor, por favor.

—En fin, se comportó como un gentleman. Pintó precioso y dejó todo

limpito por lo que veo —dijo la señora mirando a su alrededor, con un dejo de satisfacción en su voz.

—Sí, está todo muy bien. Pero ¿por qué dice que le gusto?

La anciana sonrió.

—¿No te dije que lo espié? Antes de blanquear la pared escribí algo en ella. Con la pintura blanca puso tu nombre sobre la otra... ¡Qué color tan feo habías elegido primero, Barbarita!

La joven tragó saliva. El corazón le iba a mil.

—¿Mi nombre?

—Sí. Puso “Bárbara” eso seguro. Y también otra cosa pero justo me llamaron por teléfono y cuando volví a espiarlo ya había blanqueado todo. No pude ver más nada.

Se le debía notar la decepción en el rostro, porque la señora Ávila la miró con extrañeza.

—Bueno... Le agradezco mucho que haya tomado la responsabilidad de dejar entrar a ese... obrero.

—Sí, ya lo creo. Tu sala luce tan linda como antes, y vos también. Te gusta ese hombre, ¿verdad?

Mierda. Qué mujer tan comedida y tan franca.

Bárbara se sentía por demás incómoda, así que inspiró profundo y como pudo se deshizo de su vecina.

—Leonor, usted sabe que yo tengo novio. Y ahora le voy a pedir que....

—Sí, que me vaya. Pero dejame decirte algo, querida. Ese chico va a terminar pintándote el dormitorio, contigo adentro y en pelotas. Que descanses.

Si se hubiese caído el cielo en ese momento, Bárbara no se hubiese sorprendido como lo hizo con lo que le dijo la dulce ancianita que ella creía tener como vecina. La vio marcharse con paso firme y luego cerró la puerta y se recostó en ella.

En ese momento la vio.

Una nota. De él.

La agarró con mano temblorosa y leyó:

“Larrique, ya no hay mierda en su pared ni errores en su vida. Kessler.”

Y más abajo una postdata:

“No me tenga lástima. Saldré adelante.”

Solo eso.

El corazón de Bárbara se desintegró. ¿Lástima? Ella no le tenía

lástima. Ella lo deseaba de forma desesperada. Podía ser un error ese sentimiento, pero no podía evitarlo. Quería ese error en su vida como fuera, así que sin pensarlo dos veces, buscó su teléfono celular y marcó el número que su corazón le dictaba.

El teléfono celular le sonó justo cuando estaba discutiendo con Carol.

Más que discutiendo, se estaban lanzando dardos envenenados en la pelea más fuerte que habían tenido hasta el momento.

Se dijeron muchas palabras hirientes, de esas que no tienen vuelta atrás, y todo empezó por una tontería.

Ella estaba de malhumor cuando él llegó de la casa de Bárbara, y le preguntó de malos modos de dónde venía.

—Estuve haciendo un trabajo. De pintura.

—Mirá qué bien. ¿Y la paga?

Él titubeó.

—En otro momento pasaré a por ella.

Carol lo miró, burlona.

—Qué bueno que te podés dar esos lujos... Dale nomás, que a mí me sobra espalda para bancarte.

Eso fue como si le metiesen un dedo en el culo. Y por las malas.

—Mira, Carol. Me has ayudado y te lo agradezco, de verdad, pero no es necesario que me hagas sentir que...

—¿Me lo agradecés? ¿Cómo, que no me di cuenta? Tal vez creés que dormir en el sofá es una forma de agradecimiento...

Iván apretó los puños con fuerza.

—... Te conseguí trabajo. Te di un techo. Te di dinero, apoyo, y curé tus heridas como si fueses de mi familia.

—Te he dicho que te daba las gracias —replicó entre dientes. Era la primera vez que le echaba en cara todo lo que había hecho por él.

—Vos me estás usando, mi vida —le dijo Carol, sarcástica—. Mi vieja tiene razón...

—¿Esto es porque tu madre ha metido cizaña?

—¡Te esperé! Pensé que podíamos pasar el día juntos, ya que a ambos nos toca trabajar esta noche. Pero claro, el “señor” tiene otros asuntos y no es capaz de avisarme.

Iván bajó la vista.

—Lo siento.

—Ah, claro. Qué fácil. Mirá, esto es simple. Mi casa no es un hotel con

media pensión. Si vamos a ser una pareja, tenemos que comportarnos como tal.

Él no daba crédito a lo que escuchaba.

—¿Una pareja?

—Querido, vivís en mi casa. Te comés mi comida. Te doy dinero y te satisfago en la cama. Si eso no es una pareja, decime vos qué es.

Iván ya no aguantaba más. Todos esos días conteniéndose no hicieron más que alimentar su furia consigo mismo, más que con nadie.

—¿Sabes qué? Te pagaré hasta el último centavo.

—Para cuando lo hagas, ya estarás de nuevo en deuda.

—Antes prefiero morir de hambre.

—Mirá que se viene el invierno...

No le importaba, ya no le importaba nada.

—Pues moriré de frío pero no aceptaré nada más de ti, Carol. Gracias por la mano que me has dado, pero también te has encargado de cobrarme cada uno de tus favores —le dijo sin poder contenerse.

Y luego sacó las llaves del bolsillo y las dejó sobre la mesa.

—Me marchó.

Ella se puso de pie con tanto ímpetu, que se cayó la silla al suelo.

—¿Adónde? ¡Si no tenés ni donde caerte muerto! Sin mí no podés vivir, así que hacete a la idea de que te vas a comportar como un marido, y me vas a decir dónde estás y con quién en todo momento. ¿Fui clara?

Él asintió.

—Más que clara. Pero parece que yo no, así que te lo repetiré: me marchó. Te buscaré cuando tenga pasta para pagarte lo que te debo...

La mujer abrió la boca y los ojos como platos, incapaz de articular palabra. El darse cuenta de que de verdad iba a perderlo la dejó muda.

En ese instante fue que sonó el teléfono, y cuando vio quien era se quiso morir. Sin pensarlo contestó. Sabía que no era el momento, pero tenía tantas ganas de escuchar esa voz que se tentó y lo hizo.

—Kessler...

Por Dios. Conseguía endurecerlo y ablandarlo con solo decir su apellido. ¿En qué se hubiese convertido si la hubiese escuchado gritar su nombre en pleno orgasmo? Por desgracia nunca lo sabría.

La dura e inquisitiva mirada de Carol, lo trajo súbitamente a la realidad.

—Dígame —murmuró cortante.

Al otro lado de la línea, ella acusó recibo de su frialdad y sintió que su corazón se llenaba de hielo.

—Quería agradecerle...

Ah, la gratitud. Qué arma de doble filo, por Dios. Inspiró profundo y replicó más cortante aún:

—He cumplido con mi trabajo. Espero haberlo hecho bien.

Bárbara sintió como un puñetazo en la boca del estómago. Le dolió, vaya si le dolió.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No es lástima lo que siento por usted —le aclaró con un hilo de voz. Y luego se quedó esperando que él le preguntara qué era lo que sentía. No sabía qué era, y lo invitaría a averiguarlo.

Pero Iván no preguntó. Solo murmuró un frío:

—Me alegro. Que siga bien.

Luego colgó, y Bárbara sintió que su mundo se derrumbaba. Un nudo en la garganta le cortó el aire, y después de un hondo suspiro comenzó a llorar. Se sintió sola, o más bien desolada. La esperanza de verlo una vez más se esfumó, y el mundo se volvió un lugar inhóspito y cruel. La tristeza se apoderó de su alma y ella supo que había llegado para quedarse.

Ignoraba por completo que Iván se sentía igual.

Capítulo 30

Luego de la sorpresa inicial Carol lloró, pataleó, rogó y amenazó, pero no hubo caso.

La decisión estaba tomada, así que Iván recogió sus escasas pertenencias, las metió en un bolso y se marchó sin mirar atrás.

Claro que antes le devolvió el móvil y todo lo que le fue posible. Casi se podría decir que se fue con lo puesto, porque no quería aumentar su deuda.

En el fondo se sentía un desagradecido, pero eso era mil veces mejor que sentirse un mantenido. Le pagaría todo lo que le debía cuando pudiese, pero no se quedaría ni por agradecimiento ni por lástima.

Lástima... *No es lástima lo que siento por usted* le había dicho “ella”, y al escucharla el corazón de Iván dio un vuelco.

Se moría de ganas de hacerle la pregunta que casi se hacía sola, pero el trance que estaba atravesando y la presencia de Carol lo impidieron.

“¿Qué sientes por mí, Bárbara?” pensó mientras se dirigía a la casa de su amigo Darío, que lo iba a alojar por unos días hasta que consiguiera dónde quedarse. “Si no es lástima ¿qué es? ¿Solo deseo o hay algo más?”

No podía dejar de torturarse con esa pregunta. Y para colmo de males estaba incomunicado. Había tenido la precaución de anotar el teléfono de Bárbara en un papelito, y no podía esperar para tener la oportunidad de llamarla.

Tenía que postergar esa llamada, sin embargo, porque tenía tan poco dinero que no podía siquiera darse el lujo de comprar una Telecard.

Y a pesar de su pésima situación económica se apersonó en el hospital para renunciar. No quería nada más de Carol... No fue necesario; lo despidieron antes de que pudiese emitir palabra.

Ella se había encargado de que lo hicieran.

“Bien, aquí estoy. Con una mano detrás y otra delante, como dicen. Veamos qué es lo que tengo: mil quinientos pesos, mi pasaporte, dos vaqueros, tres camisetas y una camisa, ropa interior y dos pares de zapatillas. Mi cuaderno con lo último que he escrito (lo anterior me lo he enviado a mí mismo por mail) y un papelito con el teléfono de Bárbara. Y por alguna razón esto último es mi bien más preciado” se dijo.

Le habían pagado los dos días que trabajó, y la correspondiente liquidación de salario vacacional, aguinaldo y demás. El prorratio daba una miseria, pero al menos podría llamarla.

Estaba en sumergido en la más absoluta pobreza; ni una chaqueta tenía, pero lo único que le importaba era aclararle a Bárbara por qué le había cortado.

Su objetivo se vio truncado por una simple razón: Bárbara no lo atendió. Seguramente no contestaba números desconocidos, o tal vez no quisiera hablar con él. Lo intentó una y otra vez, sin éxito. ¿Qué haría, entonces? ¿Cómo se comunicaría con ella?

Probó llamando al ministerio. Ni siquiera logró hablar con Mónica, su secretaria. Bien, iría hasta allí y la esperaría hasta que saliese, pero no quería pasar ni un día más sin hablarle.

Su espera fue infructuosa. Se quedó hasta que se apagaron todas las luces y solo quedaron los guardias de seguridad, pero Bárbara nunca salió.

Tal vez no hubiese ido a trabajar otra vez, o quizá hubiese tenido una junta en otro sitio. Como fuera, algún día tendría que regresar a casa, así que allí se dirigió.

Y mientras se acercaba una duda lo asaltó: ¿y si llegaba con su novio, el doctor? ¿Qué haría? Imposible engatusar de nuevo a la señora Ávila para esperarla dentro del departamento, pues el riesgo sería enorme.

“Joder, qué difícil es esto” pensó, al borde de la desesperación.

Cambió de dirección y se fue a casa de Darío, a darse una ducha y pensar los pasos a seguir.

—¡Iván! Te anduve buscando por todos lados —fue lo que le dijo su amigo al abrirle.

—Estaba en el hospital...—mintió, porque se había pasado gran parte del día haciéndole guardia a Bárbara.

—Ya lo sé. Espero que hayas renunciado porque mañana empezamos los dos en algo distinto...

Iván abrió los ojos, sorprendido.

—¿Tenemos pega?

—¿Lo qué? ¿Qué es eso de “pega”?

—Trabajo, chaval. Dime cómo lo has conseguido.

—Mejor te digo dónde. Sanibath baños portátiles.

—¿No es una obra, entonces?

—No. Es una empresa que vende y alquila baños químicos portátiles.

Al principio se dedicaban a alquilarlos para obras, pero cuando el trabajo decayó lo ampliaron a eventos y fiestas —le explicó Darío entusiasmado.

—Es una pasada que lo hayas conseguido, pero ¿qué sabemos tú y yo de baños químicos?

—Es todo muy sencillo. Tendremos un camión, y yo voy a manejar porque vos perdiste tu permiso. Además es necesaria una licencia profesional para manejar vehículos pesados. Y entre los dos instalaremos los baños, y nos iremos. Claro que si se trata de un alquiler por horas para un evento, nos tendremos que quedar para drenarlo, y luego cargarlo al camión nuevamente.

—Parece muy fácil.

—Lo es. Y mañana empezamos con el toque de *No te va gustar*.

—¿Qué cosa no me gustará?

—Ay, “Gallego”. Mirá que me haces reír. *No te va gustar* es una banda de rock uruguayo, y mañana hay un concierto en el Teatro de Verano. O sea que tenemos que ir a las cuatro, y también quedarnos porque con tanta gente habrá que drenarlos al menos una vez. Y antes de que hagas una arcada, te comento que el drenado es con una máquina superpoderosa, y la limpieza con una hidrolavadora. En menos de cinco minutos quedan tan limpios que podrías comer en ellos. No vas a tocar mierda, “chaval” —le dijo riendo Darío, y también arrancándole una sonrisa a él.

—No estoy en condiciones de hacerle asco a nada y lo sabes —le dijo. Y luego agregó: —Gracias, “botija”.

—De nada. Seguro que no era lo que soñabas cuando ibas a la Universidad, pero por ahora es todo lo que tenemos....

Lo tenía claro y se consideraba afortunado de contar con un amigo como Darío, que le brindaba su ayuda de forma desinteresada. Pero una sombra nublaba su alegría... Bárbara.

Tenía que encontrarla...

Y de pronto supo cómo.

Bárbara estaba enfrentando desafíos profesionales que jamás esperó. Y no le gustaba nada, porque eran de esos en los que siempre salía alguien perjudicado, cuando no los dos.

Los problemas se acumulaban, y la poca disposición de su superior y

compañeros de partido la estaba preocupando. Todo el mundo siempre reunido, todos con cara larga.

El tema del momento era la corrida bancaria.

“Los argentinos se están llevando toda la plata”

“No hay liquidez suficiente en los bancos”

“Hay un par que están a punto de caer”

“Si se corta la cadena de pagos, se perderán más fuentes de trabajo”.

Esto último era lo que más nerviosa la tenía.

El país caía en picada, y parecía que nadie podía detener la debacle.

Cuando detuvieron a un par de banqueros por malversación de fondos, todos creyeron que los directores de esos bancos iban a conseguir una inyección de liquidez para salvarlos.

Pero no... El J. P. Morgan estaba en problemas. El Citibank también enfrentaba grandes dificultades. Ninguno quería ser socio de bancos que habían perdido su principal capital: la confianza. Y que además, basaban su patrimonio en depósitos de extranjeros.

La situación era crítica, pero por fortuna el dólar aún se mantenía en su cotización normal.

“Lo único que nos falta es que se rompa la tablita como en el ochenta” se le cruzó por la mente esa mañana, en que todo parecía peor que el día anterior.

Y estaba segura de que su pesimismo con respecto a la situación del país, también tenía que ver con su estado de ánimo.

Se sentía devastada por el desprecio de Iván.

En algún momento se le ocurrió pensar que no era que no quería hablarle, sino que no podía. Intentó justificar su actitud como pudo, pero al ver que pasaban las horas y él no la llamaba su decepción aumentó.

Su teléfono no paraba de sonar, pero ninguna llamada de Iván.

Harta de todo lo apagó, y terminó la jornada trabajando en el Palacio Legislativo junto a Miguel Hernández, que preparaba un proyecto de ley cuyo objetivo era extender el seguro de desempleo, y capacitar gratuitamente a los trabajadores en paro.

No habían tenido mucho trato desde el incidente con Octavio, y cuando se vieron comprobaron que nada entre ellos volvería a ser igual, pero eso no les impediría trabajar. El interés común estaba por encima de cualquier asunto particular.

Terminaron a las mil y quinientas, y Bárbara llegó a su departamento destruida.

Cuando encendió el celular, tenía varias llamadas perdidas de números

desconocidos y también de conocidos.

Octavio...

No tenía ánimos para hablar con él. Le mandó un mensaje de texto diciéndole que ya estaba en casa y se disponía a descansar, y que al día siguiente lo llamaría.

Lo último que hizo antes de apagar la luz de la sala fue mirar la blanca pared. Cómo le dolía Iván, por favor...

Cerró los ojos, dejó la sala a oscuras y se fue a acostar.

Si hubiese mirado por la ventana tal vez hubiese visto a alguien en la acera de enfrente, vigilando cada uno de sus movimientos.

La mirada era tan atenta como lujuriosa.

Era Víctor.

Capítulo 31

No podía ir a su casa. El riesgo de encontrarla con el novio era muy grande, y más que temor a causarle problemas a ella, no quería asumirlo por él mismo.

Por él y su corazón que no podría resistir los celos. Solo de pensarlo se sentía morir. Era ilógico porque Bárbara no era suya, no lo amaba, solo estaba caliente con él. Tenía sentimientos ambivalentes con respecto a eso. Le excitaba saber que ella lo deseaba, o por lo menos que lo había deseado un momento. Lo hacía sentirse fuerte, poderoso... Ella conseguía que en él resurgiera el hombre que una vez fue.

Pero por otro lado no podía evitar querer más. Muy a su pesar, tuvo que reconocer que pretender el amor de esa mujer era una locura, y que jamás iba a suceder.

Igual se debían al menos una conversación, en la cual ella le dijera qué era lo que sentía y él también abriera su corazón. La curiosidad por saber qué le diría y las ganas de escucharla confesar que lo deseaba, no lo dejaba vivir.

Era impensable abordarla en la puerta del ministerio, cuando ingresara. Los guardias de seguridad se le lanzarían encima antes de que pudiese acercarse a ella.

Tenía que hacerla salir de la oficina, algo bastante difícil si no le atendía el teléfono siquiera.

Entonces pensó en Iris. Era su amiga y lo ayudaría, estaba seguro.

Y no se equivocó.

Fue sincero con ella; le dijo que estaba enamorado de Bárbara Larrique. Y al serlo con ella, también lo fue consigo mismo porque por fin logró decir en voz alta lo que su corazón gritaba.

Al principio a Iris no le hizo mucha gracia que se tratara de la hija del

Monstruo. La conocía por la prensa, y cuando su padre murió la asoció al ser humano despreciable que les había hecho tanto daño.

Se sintió algo contrariada porque hasta había pensado en votarla, y eso que era de la derecha. Estuvo un par de días rumiando su descontento, hasta que entendió que la hija no tenía nada que ver con las acciones del padre. Era solo una niña cuando sucedió lo que sucedió. Consultó su biografía en Internet... Sí. Tenía menos de un año cuando pasó lo de Laura.

“Dejaba a su esposa y a su pequeña hija en casa y se iba al penal a violar y torturar presas. Qué hijo de puta...” pensó. Claro que Bárbara no era culpable, pero luego de que se enteró de la posible vinculación de su padre a los desmanes de la dictadura, no hizo nada.

Le dijo a Iván de sus reservas.

—Iris, no es por justificarla pero la prensa apenas lo recogió. Nadie lo tomó en serio, pues quedó opacado por el sensacionalismo de su muerte. Ella tuvo que enfrentar a la prensa y luego la crisis. Tal vez en otra circunstancia...

Se lo decía a ella, y a su vez se autoconvencía él. No podía explicar qué era lo que le daba la certeza de que Bárbara era una buena persona, y que si le constara lo que su padre había hecho, seguro que no hubiese permanecido indiferente.

—Como sea. Me cae bien esa chica, muy a mi pesar. Pero tengo que decirte, querido Iván, que pretenderla es un poco inútil. Bárbara Larrique no creo que...

—Ya lo sé, Iris, ya lo sé. Y además tiene novio. Pero tengo que hablarle, aunque sea para pedirle disculpas por haberla maltratado por teléfono.

Y así fue como urdieron ese plan que no salió del todo bien.

Estaba harto de los desplantes de Bárbara.

Ignoraba sus llamados y en lugar de responderlos, le enviaba mensajes de texto. Maldita la hora en que ANTEL había activado lo de los dichosos SMS, porque a Bárbara le habían solucionado la vida. Acusaba recibo de las llamadas por ese medio, y creía que con avisar que estaba bien era suficiente.

Pues bien, no la iba a tener tan fácil. Iría personalmente a su despacho, porque le urgía hablar con ella.

Quería convencerla de que dada su nueva posición en el ministerio, sería conveniente contar con personal que la escoltara. Había decretos que cubrían esa necesidad, y era una estupidez no hacer uso.

El súbito interés de Octavio en que Bárbara contara con

guardaespaldas, tenía que ver con Víctor.

Lo creía capaz de todo y se lo había demostrado el día anterior al llamarlo por la noche.

Él no atendió. Cuando reconoció el número el miedo lo paralizó, pero eso no impidió que Víctor le dejara un mensaje en el servicio del contestador. “Qué bombón te estás comiendo, Octavio. Imagino tus manos habilidosas para suturar y cortar, en el cuerpo de Bárbara y se me revuelve el estómago. Manos manchadas, manos de viejo verde y reblandecido. De viejo que oculta cosas que no le conviene que se sepan. ¿Cuántos pecados habrán cometido esas manos? No sé cuántos, pero sé que son muchos. Vos tenés fotos que me incriminan... Bueno, yo tengo fotos que te incriminan a vos. Pero no estamos a mano, no. Porque vos tenés otra cosa que yo quiero. Una cosa que no deberías tener. Algo que no te merecés, algo que ni siquiera sabés cuidar porque en este momento se pasea ante mis ojos en pijama. ¡Adoro ese pijama de Monster Inc! Imagino que lo viste alguna vez y tal vez hasta tuviste el privilegio de sacárselo. Parece que acaba de redecorar, porque está sacando un pedacito de cinta de enmascarar de la pared. Sí, Octavio. Hoy la miro por la ventana, desde la vereda de enfrente, pero eso puede cambiar y el de la “ñata contra el vidrio” podés ser vos. Eso, o directamente desaparecer... Que descanses, doctor. Si podés...”

Víctor se había convertido en más que una amenaza. Estaba acechando a Bárbara y eso lo ponía tremendamente nervioso.

Pero, ¿cómo advertirle sin tener que entrar en detalles? No podía confesarle que siempre tuvo las fotos en su poder, ni que le había pedido a Víctor que la intimidara, ni que él estaba al tanto de sus oscuros secretos.

Hablando de fotos...¿sería cierto que tuviera unas que lo incriminaran? ¿Cuál de sus amantes las habría tomado? Seguro que ese traidor se había valido de una cámara oculta, porque siempre había sido sumamente discreto en sus andanzas.

Lo que tenía más que claro, era que sería devastador que salieran a la luz.

Tenía que actuar, y lo primero era impedir que Víctor se acercara a Bárbara al menos subrepticamente y con el fin de hacerle daño. Porque era seguro de que si él “cruzaba la acera”, ella no lo recibiría de la mejor manera y todo terminaría muy mal.

No necesitaba tenerla en titulares de noticias policiales otra vez a causa de su perversa familia, pues su carrera resultaría seriamente dañada.

Pues bien, la solución estaba en sus manos: tendría que convencerla de contratar un guardaespaldas.

Había trabajado toda la mañana sin parar, un poco por obligación y otro poco para no pensar en Iván.

Cada vez que se acordaba lo mal que la había tratado sentía un profundo dolor. Pero cuando recordaba sus besos, ese dolor se transformaba en un fuego intenso difícil de controlar.

A la una de la tarde llamó a Mónica y le encargó un sándwich de pavita de la Confitería 25 de Mayo.

La secretaria irrumpió en su oficina tres minutos después. Demasiado pronto para traer el pedido...

—Bárbara, abajo hay una señora que dice ser tu vecina. Doña Ávila o algo así...

—Sí, mi vecina se llama así —confirmó ella alarmada—. ¿Qué pasa?

—No sé bien. Dice si podés bajar, porque hay un problema en las cañerías del edificio por culpa del pintor.

Bárbara se puso de pie de un salto.

—¿Qué?

—Lo único que puedo decirte es lo que entendí. Parece que el pintor lavó los pinceles en la pileta de la cocina y bueno, se taparon las cañerías. Dice la señora que todo el edificio está teniendo problemas con...

—¡Mierda!

—Sí, con eso precisamente. Caños tapados, un olor inmundito...

Bárbara la hizo callar con un gesto y se precipitó a la puerta.

Después de que solucionara el problema de las cañerías, iba a tener que matar a Iván. ¡Menudo pintor chapucero había resultado!

“A puros polvos lo voy a hacer” pensó, al tiempo que se desconocía en esa faceta. La fuerza de su deseo la estaba haciendo desvariar, y mientras bajaba en el ascensor iba más preocupada por eso que por las cañerías del edificio.

Era un plan muy sencillo. Iris la iba a hacer salir, y cuando la tuviera en la acera lejos de los guardias de seguridad, le iba a inventar un par de cosas para darle tiempo a Iván de que hiciera su aparición.

Y mientras su amiga se marchaba, él le explicaría rápidamente el porqué de su frialdad, de su descortesía. Le rogaría que le diera la oportunidad de contarle más. Si era necesario le pediría que le devolviera su camisa, para poder volver a verla.

Iris hizo su parte a la perfección.

A unos cien metros del ministerio, Iván observaba atentamente cómo ella se paseaba por la acera, esperando a Bárbara.

Y cuando la mujer que le quitaba el sueño apareció, le temblaron las piernas. Se veía hermosa con un vestido azul marino de manga tres cuartos, y altos zapatos negros de punta fina.

Por unos segundos no hizo otra cosa que contemplarla mientras esperaba que Iris le hablara, pero grande fue su sorpresa cuando su amiga siguió de largo.

En lugar de acercarse a Bárbara, pasó por delante de ella que hizo un gesto de no entender nada, y se acercó a un hombre que acababa de bajar del coche.

Iván tampoco entendía nada.

De lejos observó cómo Iris le hablaba al tío ese. Y al parecer Bárbara hacía lo mismo que él: miraba asombrada, solo que más de cerca.

Ambos eran espectadores de una escena que no alcanzaban a comprender.

Iván comenzó a acercarse y a medida que lo hacía se dio cuenta de que ese hombre era el doctor Del Campo, el médico que había asistido a Laura en el parto.

Se paró en seco. Tenía miedo de que su presencia complicara más las cosas.

Él médico estaba blanco como un papel. Iván no podía escuchar lo que Iris decía, pero a esa distancia se veía controlada y muy dueña de sí.

Bárbara estaba como petrificada, e Iván aceleró el paso para aprovechar el momento y hablarle.

Pero alguien le ganó de mano.

De la nada apareció un hombre, la tomó del brazo y le susurró algo al oído. Ella caminó junto a él hacia el interior del ministerio con paso rápido. Parecía asustada, confundida.

Y justo antes de entrar, volvió a mirar hacia la calle y fue en ese

instante que sus ojos se encontraron por un segundo. Estaba seguro de que lo había visto, aunque no estaba lo suficientemente cerca como para estudiar su expresión.

Cuando Bárbara desapareció, él volvió su atención hacia Iris. El médico estaba subiendo al coche y enseguida arrancó como si lo persiguieran los demonios, mientras su amiga lucía como si se hubiese sacado diez años de encima.

—Se lo dije, Iván. Me sorprende lo calmada que se lo dije. Le dije en la cara: “Vos eras médico en el Penal. Eras muy joven y hacías la suplencia porque el otro no estaba. Trajiste al mundo una bebé. Supongo que no fue la única, pero esta era especial y estoy segura de que te acordás de la nena a la que la madre le arrancó un pedazo de oreja con los dientes. No te voy a acusar, solo quiero saber qué fue de esa criatura, doctor Del Campo”. Esas fueron mis textuales palabras, Iván. Como si lo hubiese preparado. Como si esto no fuese una puta casualidad. ¡Es que no lo parece! Esto fue una señal del destino...

Iván estaba atónito.

La abrazó por los hombros y comenzaron a caminar rumbo a la escollera.

—¿Qué te dijo él?

—¿Qué me dijo? Empalideció. Y luego dejó de mirarme... Solo murmuró: “usted me confunde” mientras toda su atención estaba centrada en algo a mis espaldas, no en mí. Me di la vuelta y vi que Bárbara entraba de nuevo al ministerio con alguien. A vos te vi después. Cuando me volví para encarar al médico, él ya se estaba subiendo al coche. Pero no importa... No importa. Ahora ya sabe que existo y va a tener que hablar si no quiere que lo queme —sentenció.

—Al parecer has logrado atemorizarlo. Tenía una cara...

—Se lo merece. Lamento que no hayas podido cumplir tu objetivo con Bárbara. ¿Quién sería el hombre que se la llevó? ¿El guardaespaldas? Capaz que tuvo miedo de que se armara lío, y quiso protegerla —aventuró Iris, pensativa.

—No lo sé —respondió Iván, serio. —Pero lo voy a averiguar.

Apenas lo vio, pero algo en su actitud hacia Bárbara no terminó de gustarle.

Bueno, las cosas no habían resultado según lo previsto, pero al menos tenía la certeza de que por un momento dejó de ser invisible para ella.

La última mirada de la mujer de sus sueños lo acompañó el resto del día, y como cada noche su último pensamiento fue para Bárbara.

Capítulo 32

“Esa mujer es peligrosa. Entremos”.

Con esa frase que le susurró al oído Víctor la puso en movimiento, porque ella se había quedado paralizada.

No entendía qué estaba sucediendo, pero algo en esa escena la asustó. Tal vez fue la expresión del rostro de Octavio, que iba de mal en peor.

No pudo escuchar lo que la mujer le decía, pero sí vio el miedo reflejado en el rostro de su novio. Y cuando Víctor hizo acto de presencia, el miedo se convirtió en terror.

Tanto así que huyó sin mirar atrás. Era extraño, muy extraño.

Pero lo más increíble de todo fue ver a Iván allí. A solo unos metros, con su jean gastado y su camiseta gris. Y esa mirada...

Bárbara deseó correr a sus brazos, pero Víctor la arrastraba hacia el interior del edificio con firmeza, y no podía comportarse como una niña allí.

Lo llamaría por teléfono, lo buscaría... Era evidente que había ido a hablarle. Y también que ya no estaba enojado. Ella vio anhelo en su hermosa mirada.

Ni bien entraron al hall, Bárbara salió de su ensoñación con Iván y encaró a su hermano:

—¿Qué hacés acá?

—Vine a hablar contigo. Estaba esperando en recepción que te avisaran, cuando entró esa mujer diciendo que era tu vecina, y contó una loca historia sobre un pintor y unas cañerías tapadas.

—Esa mujer no es mi vecina —replicó Bárbara y se preguntó cómo esa desconocida sabía que había estado un “pintor” en su casa. Muy raro, pero estaba segura de que ella tenía algo que ver con Iván.

—Ya me di cuenta de que no la conocías. Y también que estaba

increpando a Octavio, vaya a saber por qué. Bárbara, la política puede darte grandes satisfacciones pero también grandes enemigos. Y de eso quería hablarte... Vos necesitás que te protejan.

Ella lo miró confundida, y Víctor continuó.

—Necesitás un guardaespaldas. El otro día pasé por casualidad por tu casa, y vi a un hombre parado en la acera de enfrente. Seguí la dirección de su mirada, y noté que observaba tu ventana. Ahí estabas, con tu pijama de Monster Inc. Y el tipo seguía mirando...

Bárbara carraspeó.

¡Seguro que había sido Iván! Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—No necesito que me cuiden —le espetó a su hermano alzando la cabeza.

—Solo pensalo. Mi propuesta es olvidar el pasado y empezar de nuevo. Quiero quedarme en mi país, y estoy dispuesto a hacer buena letra. Yo te cuidaría de lejos, desde exteriores siempre, sin molestarte, sin acercarme...

Ella no daba crédito. Víctor estaba loco si pensaba que podía aceptar semejante propuesta viniendo de su parte.

—Ni lo sueñes, Víctor.

—Esa mujer loca prueba que necesitás que te protejan. Y también que tu novio es un pusilánime que no sabe reaccionar bajo presión.

Bárbara movió la cabeza incrédula.

—No sé quien era ni que quería. Y tampoco sé por qué Octavio parecía tan asustado, pero lo que sí sé es que jamás te contrataría a vos si necesitara un guardaespaldas.

Y dicho eso, giró sobre sus talones y se marchó.

Tenía algo muy importante que hacer, más importante que hablar con Víctor, o de preguntarle a Octavio qué le había dicho esa mujer para ponerlo tan mal, incluso más importante que llamar a sus vecinos para interesarse por las cañerías del edificio.

Tenía que llamar a Iván.

Octavio condujo como un loco hasta su consultorio en Pocitos.

No podía creer cómo la suerte, que siempre había estado de su lado, lo hubiera abandonado de golpe.

¡Lo estaban atacando por todos los flancos!

Esa mujer cuyo rostro le resultaba más que familiar y ahora sabía por qué, lo había estado acechando. Lo había seguido en el hospital, en la calle... Y había tenido la pésima idea de encararlo en el peor momento y en el peor

lugar: la puerta del ministerio y con Bárbara presenciándolo todo.

Dada la distancia era imposible que hubiese escuchado algo, pero sin duda la actitud hostil de la mujer fue evidente, y se le iba a complicar darle las explicaciones del caso.

Le preocupaba muchísimo las derivaciones de esa nueva amenaza, pero más le preocupaba Bárbara.

Esa aparición sorpresiva de Víctor dejó en claro que la estaba siguiendo. Ahora Octavio no solo temía que hiciera público el vergonzante secreto de su bisexualidad; su miedo principal era que lastimara a Bárbara.

No podía perderla. Toda la vida la había esperado, la había preparado para él, la había moldeado. Era su mejor obra. ¡En el quirófano no había logrado jamás tanta perfección!

Ella lo hacía sentir un poco Dios. La había traído al mundo, y la vio crecer y desarrollarse física e intelectualmente. Era un cúmulo de virtudes, y Octavio había esperado con paciencia a que estuviese lista para él.

No formó un hogar por esperarla. Estaba seguro de que Bárbara estaba llamada a grandes realizaciones, y él las disfrutaría a su lado.

El hijo de puta de Víctor Larrique no iba a poder arrebatársela, pero lo cierto es que no iba a ser fácil evitarlo, porque él parecía tener la sartén por el mango.

De hecho en ese momento seguro estaba con ella, y Octavio se debatía entre llamarla y exponerse a incómodas preguntas, o dejarlo así y esperar.

Optó por lo último porque en el fondo era un cobarde. Por más que quisiera a Bárbara y deseara protegerla del pervertido de su hermano, tenía mucho miedo.

Tanto, que esa misma tarde tuvo que suspender una cirugía, porque mientras empuñaba el bisturí le temblaba la mano.

El concierto estaba en su apogeo cuando se desató la tormenta y se armó la debacle.

Cuando los músicos comenzaron a proteger sus instrumentos y los técnicos se precipitaron a hacer lo mismo con sus equipos, la multitud entendió que eso era el final y comenzó a correr para buscar un lugar donde guarecerse.

Estaba claro que eso no era una tormenta de finales del verano, y todos querían salir de allí antes de que se pusiese peor.

Es que el viento había comenzado a arreciar.

Dentro de la cabina del camión, Darío e Iván esperaban pacientes a

que la tormenta cesara para hacer su trabajo.

Acababan de drenar y limpiar todos los baños, y cuando parara de llover los cargarían en el camión para llevarlos a la empresa.

—Este es el problema de los eventos al aire libre —comentó Darío mientras se armaba un cigarro con tabaco suelto.

Iván suspiró y se recostó en su asiento.

Estaba agotado pero no tanto por el trabajo, sino por pensar. No podía dejar de hacerlo, no podía apartar de su mente la última mirada de Bárbara.

Y tampoco podía dejar de preguntarse quién era el hombre que se la llevó de un brazo.

Lo de Iris y el médico había pasado a un segundo plano. En ese sentido no había mucho más por hacer. Solo quedaba esperar unos días, e ir al hospital a apretarlo un poco, para que soltara lo que sabía sobre la hija de Laura.

La casualidad les hizo un gran favor al ponerlo en su camino no una sino dos veces, y era imposible no aprovecharlo. Tenía razón Iris: eso no era casualidad, era el destino.

E Iván se preguntó si estaba en los planes del destino, regalarle una casualidad que pusiera a Bárbara entre sus brazos, aunque fuese una sola vez.

No había terminado de pensarlo cuando sucedió.

Darío la vio primero y le advirtió.

—Dios santo... Mirá quién está ahí.

Iván levantó la vista y casi le da un ataque al corazón.

Frente al camión, totalmente empapada como el día que la conoció, estaba Bárbara Larrique.

Capítulo 33

No fue la casualidad sin embargo, la que puso a Bárbara allí. Pero tal vez sí intervino el destino.

Lo primero que hizo esa tarde luego de regresar a su oficina, fue llamar a Iván a su celular.

Lo atendió una voz de mujer que de muy mala manera preguntó.

—¿Quién llama?

Y ante el silencio azorado al otro lado de la línea, repitió a todas luces molesta.

—¿Quién carajo llama?

Bárbara colgó. Una punzada de celos estuvo a punto de hacerla desistir.

¿Quién era esa mujer? ¿Su novia? Hacía solo unos meses que estaba en el país; era difícil que tuviese una esposa.

Pero las ganas de hablar con él y de verlo eran más fuertes. Además, Iván le había dado la señal que ella necesitaba: había ido a buscarla. ¿Por qué otra razón iba a estar en la puerta del ministerio?

Y si no fuese por la loca que intentó contactarla y terminó increpando a Octavio, tal vez hubiese podido comprobar si la boca de Iván era tan dulce como la recordaba.

“Dios mío, me estoy volviendo loca. El país va barranca abajo, mi relación con Octavio va barranca abajo, una loca me anda buscando, y yo solo puedo pensar en un hombre... Un hombre con el cual no puedo tener más que un encuentro, porque una relación sería imposible. Nuestros mundos son opuestos, y yo no puedo iniciar un amorío clandestino con él. Y mucho menos dejar a mi novio de toda la vida, por más desencuentros que hayamos tenido últimamente” se dijo, confundida.

Pero una fuerza superior a su capacidad de racionalizarlo todo la

guiaba.

Llamó a Mónica y le pidió el teléfono de Darío Vázquez. Era el único que podía ayudarlo a localizar a Iván.

Pero al parecer la suerte no estaba de su lado porque también atendió una mujer, pero en tono más amable.

Entonces Bárbara le explicó quien era, y que necesitaba comunicarse con Iván Kessler o Darío Vázquez para tener una reunión en el ministerio.

La esposa de Vázquez no dudó en revelarle el paradero de ambos.

—Señora ministra, mi esposo se olvidó el celular en casa... Pero si es tan urgente como usted dice, yo puedo decirle como encontrarlo.

—Viceministra —la corrigió—. Pero puede decirme Bárbara. Y sí, me ayudaría mucho el saber dónde están para poder contactarlos.

—Qué honor, muchas gracias. Yo se lo digo, pero no sé si... En fin. Están en el Teatro de Verano, en el recital de *No te va gustar*.

A Bárbara se le cayó el alma a los pies. En un recital de rock, igual que en su sueño. Iba a ser imposible localizarlo entre la muchedumbre.

—Ah, caramba. Va a ser complicado ubicarlos allí...

—No tanto. Solo tiene que buscar el camión de Sanibath, la empresa de baños químicos. Ellos están allí prestando servicios hasta que el concierto termine.

Bárbara le agradeció a la mujer, a Dios, y al destino. Si eso no era una señal de que debía ir a buscar a Iván, no sabía qué podía ser.

Sonrió para adentro y para afuera también. Y enseguida llamó a Mónica.

—¿Qué necesitás?

—Dos entradas para el concierto de esta noche de *No te va gustar*.

—¿Qué? —preguntó la secretaria, sorprendida. ¿Octavio y ella en un recital de rock al aire libre? No podía creerlo.

—Lo que oíste. Esta noche toca recital.

—Bárbara, ¿te sentís bien? No te imagino en un sitio así, pero mucho menos me imagino a Octavio...

—No vas a tener que imaginarme; vas a verlo. El otro boleto es para vos, Moni. Así que sacá esa chaqueta rockera que tenés guardada, que te paso a buscar por tu casa media hora antes —le dijo, y luego fingió estar muy concentrada en unos documentos.

La secretaria se fue de la oficina rumiando algo sobre extraterrestres, abducción, y otras hipótesis disparatadas para justificar el cambio repentino de Bárbara.

Jamás pensó en el amor, la fuerza que más nos impulsa a hacer

locuras.

Como Mónica se atrasó, llegaron tarde al recital.

Y cuando comenzó la tormenta todavía no habían llegado a los sanitarios portátiles, pero sí habían localizado el camión a la distancia, y se dirigían allí en el momento en que el caos se desató.

—¡Vámonos, Bárbara! Ya vas a encontrar otra oportunidad... —dijo Mónica, a la que ella había puesto al tanto de la situación.

No con lujo de detalles, por supuesto. Le dijo que había habido un malentendido con Iván Kessler, y que debía solucionarlo esa misma noche.

La secretaria no hizo preguntas porque no necesitaba respuestas. Era más que evidente que Bárbara estaba loca por ese muchacho.

—Moni, lo que vamos a hacer es lo siguiente. Tomá la llave de mi coche y andate. Yo volveré en taxi.

—¡No seas loca! Se está levantando viento y nos estamos empapando...

—Es una orden, señorita Narváez —le dijo con voz firme, y luego le puso la llave en la mano—. Nos vemos el lunes en la oficina.

Y acto seguido se dio media vuelta y siguió abriéndose paso en el sentido contrario de la multitud para llegar al camión.

Ya no había casi nadie cuando se plantó frente al mismo, calada hasta los huesos. De zapatillas, jeans y camiseta cruzó los brazos sobre sus senos y no hizo otra cosa que mirar en dirección a la cabina del vehículo.

Pudo distinguir a Iván y también a su compañero que abrió los ojos como platos y murmuró algo.

Cuando el objetivo de su búsqueda levantó la cabeza y la vio, ella sintió que la tierra cedía bajo sus pies. Entre el barro y la emoción, la sensación fue así. *Literal*.

Tragó saliva intentando mantener la serenidad, mientras su corazón se desbocaba y las mariposas en el estómago la enloquecían.

Como en cámara lenta lo vio abrir la puerta del vehículo y bajar de un salto.

Y a medida que se acercaba, Bárbara se iba empapando de certezas.

La primera certeza le arrancó una lágrima.

“Es él”

La segunda, le arrancó un gemido.

“Va a suceder”

La tercera fue más bien una esperanza.

“Para siempre”

Cuando lo tuvo enfrente no pudo pensar, solo se dejó llevar. Él la tomó de la mano y comenzó a caminar con ella a rastras.

Chapoteaban entre el agua y el barro sin decir palabra, hasta que llegaron a uno de los baños químicos y sin mucha ceremonia, Iván la introdujo allí y cerró la puerta.

Un fuerte olor a desinfectante los envolvió pero ellos apenas lo notaron, ocupados como estaban en devorarse con los ojos.

Pero mirarse no alcanzó. Y las palabras sobraron.

Iván la apretó contra la puerta y comenzó a besarla con desesperación. Bárbara le echó los brazos al cuello y le correspondió con el mismo ardor, con las mismas ganas.

Lengua con lengua y manos por todos lados.

Por la cintura, por las caderas. Bajando y subiendo. Recorriendo pechos y nalgas empapadas, reconociéndolos, haciendo suya cada una de las curvas del cuerpo de Bárbara, quien no se quedó atrás y bajó las de ella. Su osadía la sorprendió tanto que estuvo a punto de reír, liberada por fin de toda represión.

Lo tocó. Allí...

Estaba duro y enorme bajo esa especie de overol de mezclilla.

Iván se tensó y abandonó la boca para mirarla a los ojos.

—Bárbara —fue todo lo que pudo decir.

El deseo estaba al mando e hizo que todo resultara natural, urgente, imprescindible.

Iván bajó el cierre de su mono de trabajo y se lo quitó hasta la cintura.

El pecho desnudo estaba húmedo y Bárbara se acercó y lamió el espacio entre los musculosos pectorales, mientras su mano seguía acariciando el pene a punto de explotar.

Tanto así que él le detuvo la mano.

—Por favor... —rogó ella sin pudor alguno. Era la primera vez que le rogaba a un hombre que lo dejara tocarlo.

Pero Iván no le hizo caso. Mantuvo su mano cautiva un momento y luego se la besó.

La sintió estremecerse, y la necesidad de lamer esos dedos se hizo acuciante.

Bárbara lo observó hacerlo mientras sentía que su ropa interior se desintegraba por el calor y la humedad.

Ese momento de aparente sosiego terminó rápido.

Iván le soltó los dedos, y sin demasiada ceremonia le desabrochó el jean y se lo bajó hasta las rodillas.

—Ay, Dios —murmuró Bárbara sin poder creer lo que iba a suceder, pero deseándolo hasta el delirio.

Él se sentó en la tapa del wáter, y contempló la imagen que tenía frente a sus ojos. La ropa interior de Bárbara era de algodón y estaba húmeda.

El agua había traspasado la barrera de los jeans, pero era evidente que allí había más.

Mareado de deseo tocó con el índice la marca que delataba el de ella, y jadeó.

—Esto es mío —musitó más para él, para convencerse de que era real, que para ella.

Bárbara lo miraba desde arriba respirando agitada. No entendió si era una pregunta o una afirmación, pero asintió.

Era la pura verdad: él era el dueño de sus ganas, de sus instintos, de esa torturante necesidad de estar a su lado sin importar las circunstancias.

Le acarició el cabello mojado con las dos manos, pero él no pareció notarlo, ocupado como estaba en deslizar su ropa interior por sus caderas, y luego por sus piernas hasta depositarlas sobre el jean arrollado en los tobillos.

Y antes de que Bárbara pudiese reaccionar, Iván pegó su boca al empapado y palpitante sexo de ella.

Capítulo 34

Le tocó la nariz y sonrió.

—Tenés pecas. Acá y en los hombros...

—Era pelirrojo cuando pequeño.

—¿En serio?

Él atrapó el dedo y lo besó, antes de añadir:

—Y tan feo que cuando nací me metieron en una incubadora con cristales polarizados.

—Ja. Qué chistoso, Kessler. No creo que hayas sido feo jamás... De hecho la primera vez que te vi me dejaste sin aliento —confesó ella, algo ruborizada. Habían hecho de todo en la cama, y se venía a sonrojar por esa tontería.

—¿En la manifestación con neumáticos quemados?

—No fue esa la primera vez.

Él arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Qué dices?

—Que te vi por primera vez desde la ventana de mi despacho. Estabas trabajando en la azotea del edificio de enfrente.

—Ah, ya. Seguro te impresioné con mi destreza para hacer chapuceras, mientras me cocía como un huevo frito —dijo él riendo.

—En realidad me impresionaste con el show de la botella de agua. Te quedaste desnudo de la cintura para arriba, y te la echaste sobre la cabeza... y todo lo demás.

Se lo dijo. A las risas e intentando disimular lo que le producía ese recuerdo, pero se lo dijo.

—¿Así que cuando nos vimos en la calle ya me habías echado el ojo? —preguntó Iván con los ojos brillantes.

—Así es.

—Y yo sin saberlo te había montado el numerito... —la mirada pícaro de Iván la volvía loca—. ¿Estabas muy caliente, Larrique?

Ella se mordió el labio, pero no contestó. ¿Qué le iba a decir? Ese hombre no tenía conciencia de lo irresistible que era.

Frente a frente en la inmensa cama de Bárbara, se miraban a los ojos y no dejaban de sonreír.

Estaban desnudos y completamente destapados, con las piernas entrelazadas.

Habían hecho el amor toda la noche...

Empezaron en uno de los baños portátiles, con una sesión de sexo oral tan intenso que las piernas de Bárbara se convirtieron en gelatina.

Nunca había acabado de esa forma. No es que tuviese mucha experiencia, pero tanto Octavio como Tobías habían intentado que experimentara así un orgasmo, sin éxito. O les faltaba paciencia a ellos o a Bárbara le faltaba motivación, pero lo cierto es jamás lo había logrado hasta que Iván puso su boca allí.

El efecto fue instantáneo... Un cosquilleo delicioso la recorrió entera. Con la mirada nublada por la excitación observó cómo él buscaba el clítoris con las manos primero, y después con la lengua.

Cuando comenzó a lamer y levantó la vista, sus ojos se encontraron y Bárbara se dijo que estaba perdida. Perdida para siempre.

Fuera de ese cubículo no había nada que le importara. Todo estaba allí, como si toda su vida hubiese sido una sucesión de acontecimientos que la condujeron a ese lugar y a ese momento.

Tenía un hombre que no era su pareja lamiendo su vulva. Un extranjero que había conocido hacía muy poco, y del que la separaba un abismo, pero en ese momento se sintió tan conectada a él como jamás lo estuvo con otro ser humano.

Y entre la calentura surgió también la ternura, que la llevó a acariciarle la frente, el cabello.

Iván se detuvo un instante y cerró los ojos, disfrutando del toque de la mujer que lo traía loco, y luego arremetió con todo.

No le arrancó un orgasmo, se bebió dos, uno detrás de otro, uno más fuerte que el otro.

Bárbara completó su transformación en ese pequeño baño portátil. La máquina de trabajar, que últimamente era un manojito de nervios, se encontró con la mujer que vivía dentro de ella y que nunca había llegado a conocer hasta ese momento.

Con la cabeza echada hacia atrás y la pelvis hacia adelante gritó, gimió su placer sin poder contenerse.

Iván trepó por su cuerpo levantándole la camiseta hasta lograr hundir el rostro entre sus tetas mojadas. Pero no se quedó mucho tiempo allí, pues su objetivo era llegar a su boca.

Con una sola mano le aferró el rostro entre el pulgar y el resto de los dedos, y oprimiéndolo con firmeza introdujo la lengua entre los labios entreabiertos de Bárbara.

Y mientras la besaba, si a esa forma de devorarla se le podía llamar beso, los dedos de la otra mano hurgaban en su sexo en busca de más.

Bárbara estaba en el cielo, pero necesitaba tener acceso al cuerpo de Iván. Con ambas manos esta vez, se introdujo dentro del mono de trabajo que colgaba de la cintura masculina.

El elástico del bóxer fue una barrera que logró derribar sin dificultades. Sus deseos la guiaban y pronto llegó al pene que estaba tan caliente que quemaba.

Lo tocó con ambas manos, y disfrutó de los gemidos que Iván le dejó en la boca.

Tenía muchas ganas, demasiadas, de hacer lo que jamás hizo. Ponerse de rodillas y comérselo entero era una necesidad inmensa que le doblaba las piernas, y la hacía olvidar todo el dolor que ese acto le causó en el pasado.

Él se lo impidió. Tuvo claras las intenciones de Bárbara, pero no la dejó continuar, sino que siguió penetrándola con los dedos con firmeza hasta que ella no pudo más y volvió a acabar, apretando con fuerza tanto la mano de Iván como el objeto de su deseo.

Entonces él hizo lo impensado: retiró los dedos, y se inclinó, dejando su miembro fuera del alcance de Bárbara. Le subió la ropa interior y los vaqueros, y le sonrió.

—Esto no es lugar para hacerte el amor por primera vez —le dijo mientras se chupaba los dedos empapados—. Esperaremos a que llegue el momento...

Ella apenas reparó en el gesto y lo miró incrédula. ¿Se iba a quedar con las ganas? ¿La iba a dejar con las ganas de sentir como la traspasaba con esa enorme bestia que guardaba en sus pantalones?

Ni muerta.

—Kessler...

—Larrique.

—No será el lugar, pero sí el momento. Vayamos a mi casa.

Él se mordió el labio y asintió.

Cuando salieron del baño ya no llovía, e Iván se tomó unos minutos para ayudar a Darío a cargar el último baño, y luego se fueron al departamento de ella.

Bajaron del taxi de la mano y entraron riendo y besándose, como si estuvieran borrachos pero de amor.

Ninguno de los dos vio a Víctor, a veinte metros de distancia, como una hiena, acechando.

—¿Por qué estás acá? —preguntó ella mientras apoyaba el mentón en el pecho masculino.

—Porque tú me lo has pedido y yo me moría por follarte.

Vaya respuesta. Prosaica por demás pero igual le gustó.

—Me refiero al motivo por el cual viniste a Uruguay. Es decir, me dijiste que fue por la crisis en España, pero... ¿por qué precisamente Uruguay?

Estaba intrigada por eso desde que lo conoció, y ese momento de intimidad post coital le pareció el más propicio para interrogarlo.

Él pareció pensárselo un poco, pero finalmente respondió.

—Quería escribir un libro. De hecho lo estoy haciendo ya, en mis ratos libres.

Bárbara no pudo disimular su sorpresa.

—¿Un libro? ¿Qué clase de libro?

—Una investigación. Ya te he dicho que soy periodista... Bueno, esa investigación me trajo a tu país.

—¿Y sobre qué trata?

Lo vio dudar una vez más.

—Bueno, sobre personas que han sufrido mucho en manos de otras, y a la hora de buscar el castigo de los culpables prefirieron esconderse, sumirse en el anonimato, dejar que esos malnacidos se salieran con la suya aún a costa de renunciar a cosas tan preciadas, como un hijo.

Le dijo la verdad. Bueno, la verdad a medias porque no se atrevió a confesarle que su padre formaba parte de esa investigación, de ese libro.

—Suena interesante, aunque no termino de entender cómo alguien puede renunciar a un hijo, y a la posibilidad de hacer justicia —le dijo ella, pensativa. Cuando ejercía como abogada tuvo un caso así. Un divorcio muy reñido con consecuencias nefastas para su cliente, quien prefirió dejar todo como estaba con tal de no exponerse.

—Ni yo. Es decir, no lo justifico pero la investigación apunta a entender las razones por la cual alguien hace algo así —le dijo él, y luego se revolvió incómodo. Se notaba que no tenía muchas ganas de hablar de eso.

—Bueno, ¿y cómo es que el escritor termina siendo albañil? Porque pintor no sos, eso seguro. Lo que hiciste en mi pared no tiene nombre...

—Sí lo tiene. Se llama: chapucerías tono mierda de bebé —replicó él sonriendo.

Esa sonrisa la tenía subyugada. Se quedó mirando los labios y esos dientes perfectos, y casi se olvidó de la pregunta hasta que por fin él respondió.

Y cuando lo hizo ya no sonreía.

—Tuve un accidente de coche y lo perdí todo. El deducible de la arrendadora se llevó todo mi crédito. Perdí mis cosas, mi dinero, y hasta mi pasaporte. Estuve dos meses ingresado, y cuando me dieron el alta no pude regresar a España por falta de medios.

Eso no se lo esperaba Bárbara. Había un drama detrás de la verdad sobre su ocupación. Por un momento imaginó lo mal que se sintió Iván cuando se encontró sin nada... Empezar de nuevo con todo en contra era un desafío que nadie querría enfrentar.

—Lo siento —dijo ella, triste.

Pero Iván sonrió de nuevo y le acarició el rostro.

—Yo no. Porque si hubiese podido regresar, no te hubiese conocido, Larrique.

“Ay, Dios. Otra vez esa increíble conexión...” pensó Bárbara, estremecida.

Era una sensación de plenitud y de cercanía que no dejaba de experimentar desde el encuentro en el baño portátil.

Cuando llegaron al edificio, el ascensor fue testigo de las caricias más atrevidas. Y luego lo fue un baño de verdad, pues ateridos como estaban necesitaban una ducha.

Se desnudaron mutuamente bajo el agua, pero allí no hicieron más que besarse. Largos besos, eternos. Tanto así que se terminó el agua caliente del termotanque y eso los hizo reaccionar. Se arrastraron hasta la cama de Bárbara, empapados por completo por dentro y por fuera.

Y allí finalmente, olvidándose de todo lo que los había reprimido, dieron rienda suelta a la pasión.

Pasión que parecía no terminar nunca. ¿Era posible sentirse saciados pero igual querer más?

Lo era.

Por eso la charla quedó en suspenso y con ella las ganas de Bárbara de saber más del pasado de Iván, en especial de la mujer que atendía su celular.

Es que cuando él la tocaba, ya no podía pensar. En un momento hasta

se sintió avergonzada porque aun siendo una mujer precavida en extremo, jamás pensó en un método anticonceptivo.

Se encomendó a Dios, y a la confianza en que haber tenido el período poco antes la mantendría a salvo, y tomó nota mental de tomar luego la píldora del día después, por si las moscas.

Y después de eso, se dedicó a disfrutar.

Capítulo 35

Rumiaba su furia en la intimidad de su habitación. Como un animal herido apretaba los dientes y los puños.

Y pensar que él había creído que Octavio era el obstáculo a derribar... Qué iluso había sido, qué tonto.

La zorra de Bárbara estaba haciendo de las suyas con un desconocido.

No había cambiado nada en todos esos años, pues seguía siendo una putita provocadora.

Y también seguía sin ser su hermana de sangre, así que le daría lo que merecía, lo que buscaba, pero sobre todo lo que él quisiera darle.

Claro que ella estaría empeñada en negárselo como la caprichosa que era, así que antes de darle, tomaría. Lo que se le antojara.

Y resultaba que se le antojaba tomar su dolor. Grandes bocanadas de sufrimiento del perfecto cuerpo de la linda Barbarita.

Sonrió deleitado. Su hermanita pequeña... El creer estar siendo poseída por alguien de su sangre, aumentaría ese dolor seguramente. Porque ella no sabía lo que él sabía. Bárbara no tenía idea de que Esteban la llevó recién nacida y cubierta de vendas, a la chacra dónde vivían.

Se encerró con su madre y tuvieron una larga conversación que Víctor escuchó y jamás olvidaría.

Tenía cinco años y permaneció agazapado en el hueco de la escalera mientras sus padres discutían.

» —¿Es hija tuya, Esteban? ¿Por eso la traés?

—No digas idioteces, mujer. ¿A vos te parece que la traería si lo fuera? Es hija de una delincuente del penal.

—¿Y por qué la traés?

—Para que no termine muerta de hambre en un orfanato. La madre está

loca de remate... ¡Mirá lo que le hizo, pobre criatura! La odia, Elena. Me la cedió sin pensarlo un segundo.

—¿Cómo se lo hizo?

—La mordió, la muy hija de puta. ¿Podés creer? Me partió el alma, te juro.

—¿Y qué vamos a hacer con ella?

—Nada. Cuidarla... Y dentro de un tiempo aparecer en Montevideo y anotarla como hija nuestra. Podemos decir que se desgarró la oreja al nacer, y no habíamos querido moverla de la chacra para no lastimarla más, qué se yo.

—¿Te parece?

—¿No querías tener una nena? Ya pasaron cinco años y no te volviste a embarazar. Esta es tu oportunidad, Elena. Mirá que linda es... Dentro de un año la llevamos a Montevideo y decimos que tiene más. Tengo un amigo en el registro que puede poner la fecha que queramos, para evitar suspicacias.

—¿Y Víctor? No podemos engañarlo a él también. Recordá que ya es grandecito y se da cuenta de todo.

—Le haremos jurar que no diga nada. Dejámelo a mí. Yo me encargo » .

Yo me encargo, había dicho su padre, y vaya si se encargó. Al otro día apareció en su habitación con la nena en brazos y le dijo que esa era su hermanita.

Sentado en su cama, Víctor balanceó las piernas mientras observaba a la criatura.

» —¿Te la dio una presa? —preguntó ingenuamente.

Una bofetada le dio vuelta la cara.

Él se llevó una mano a la mejilla y comenzó a llorar despacito. Grandes lágrimas caían por su rostro, y él no hacía nada para evitarlo.

Entonces su padre le dedicó unas palabras que quedarían grabadas para siempre en su cabeza. Para siempre.

—Jamás vuelvas a decir algo así. La tuvo tu mamá en su cama ¿entendiste? Y ahora me vas a jurar por tu vida que nunca vas a decirle a nadie la estupidez de recién.

Víctor asintió. ¿Qué opción tenía? Entonces su padre sonrió.

—Extendé los brazos,

Cuando obedeció, Esteban depositó a la bebé entre ellos.

—Es tuya —le dijo—. ¿Qué nombre le vas a poner?

Él no lo podía creer. Era suya. Suya...

—Bárbara —respondió sorbiéndose los mocos.

Su padre volvió a sonreír, a todas luces satisfecho.

—Querías un perro, pero es mejor una hermanita ¿verdad? La vas a disfrutar mucho, vas a ver...”

La había disfrutado, eso seguro. Pero no mucho. Tenía pendiente disfrutarla más.

Y eso incluía lastimarla.

Iris le hacía la guardia a Octavio en la puerta del hospital.

Había llamado por teléfono y le habían informado que si bien el doctor Del Campo atendía los viernes, esa semana lo haría el sábado, pues el día anterior no había podido concurrir.

Y allí estaba ella, esperando.

Lo vio salir con el celular en la mano y cara de preocupación. Marcaba un número, se lo llevaba al oído y esperaba. Luego hacía una mueca de fastidio y volvía a marcar.

Parecía que no lo querían atender...

Iris no perdió el tiempo. Se acercó al médico y lo abordó.

—Buenos días, doctor.

Él giró sobresaltado y sus pupilas se dilataron cuando la vio.

—Usted otra vez... ¿Qué es lo que quiere? —preguntó mientras miraba con disimulo en torno a ellos, sin duda buscando a quien pudiera ayudarlo.

—Ya le dije lo que quiero —respondió Iris con calma.

—Y yo ya le dije que me confunde...

—Es cirujano plástico ¿verdad? Pues debió cambiarse algún rasgo si no quería que lo identificaran, porque se ve igual que hace treinta años —le dijo—. Suerte para usted... O no tanta. Porque yo jamás olvido un rostro, y menos si lo último que vi de esa persona fue que huyó con un bebé envuelto en un trapo ensangrentado.

Octavio tragó saliva. Le parecía estar viviendo una pesadilla. Las amenazas se redoblaban y el peligro crecía de forma exponencial.

No sabía qué hacer ni qué decir. Se sentía acorralado por completo por esa mujer.

—¿Me va a decir qué hizo con la hija de Laura Maldonado?

En ningún momento se le cruzó por la cabeza revelarle la verdad sobre Bárbara.

Intentó salirse por la tangente diciendo por lo bajo:

—Usted no tiene forma de probar que yo estuve ahí. Es su palabra contra la mía.

Iris mantuvo la calma en todo momento.

—Tiene razón. Pero yo no tengo nada que perder, y a usted no le conviene que se siembre esa duda. Un prestigioso médico vinculado a lo más sórdido de la dictadura...

Mierda. Lo tenía entre la espada y la pared.

—No tengo idea del destino de esa criatura. Se la llevó Mendoza.

—¿Usted le curó la herida?

—Le di los primeros auxilios y no supe más de ella.

—¿Cómo sé que no me miente?

—¿Por qué lo haría? ¿O cree que me la quedé yo? Investigue y verá que no tengo hijos.

—¿Se la quedó Mendoza, entonces?

—¡No lo sé! Lo más probable es que haya terminado en un orfanato. O tal vez su madre sobrevivió y la reclamó.

—No fue así.

Esa mujer era implacable. Imposible de distraer de su objetivo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque esa mujer fue mi amiga.

—¿Y no buscó a la criatura? Si su propia madre no tiene interés... ¿por qué la busca usted?

—No tiene idea, ¿verdad? No tiene ni puta idea...

Octavio la miró, confuso.

—¿A qué se refiere?

—La mujer que mató a Esteban Larrique y luego se suicidó, es quien parió a esa criatura y la marcó con un mordisco.

“No puede ser... ¿La dómina asesina era la madre de Bárbara? La mujer que mató a Esteban... ¿era la madre?” pensó, mientras le era imposible ocultar su perplejidad.

Sabía que se corría el rumor que eso había sido una venganza de una ex presa política, pero jamás vinculó a la meretriz con aquella mujer que le arrancó el lóbulo de la oreja a Bárbara ni bien nació.

Dio un paso atrás y luego dos.

—Vaya tranquilo, doctor Del Campo. Vaya tranquilo si es que me dijo la verdad. Porque si me mintió y yo lo descubro, no habrá piedra bajo la cual consiga esconderse ¿me entendió? Si es necesario voy a recurrir a la hija de Larrique para que me ayude a buscar a la criatura que usted trajo al mundo. Después de todo su padre fue el principal responsable de lo que allí sucedió — le dijo, muy segura de sí.

Y luego lo miró con desprecio y se marchó .

Capítulo 36

—Es horrible, joder.

—Dale otra oportunidad.

—Que no, que es demasiado amargo.

—Entonces si me tomo un mate, ¿no me vas a querer besar?

El rostro de Iván se iluminó con una sonrisa.

Siempre la querría besar. Siempre. Ojalá fuese eso posible.

Y para demostrárselo, se inclinó sobre la mesa y le comió la boca.

—Sabes bien —murmuró sobre sus labios.

—Porque todavía no me lo tomé.

Él le guiñó un ojo y se alejó.

—¿Te gusta chupar esa cosa, verdad?—preguntó, pícaro.

—Ajá —respondió ella con la bombilla en la boca mientras se tomaba un mate.

Iván se recostó en la barra de la cocina y se llevó la mano al bulto que guardaba dentro del bóxer.

—¿Y qué dices de esto?

Acompañó el gesto obsceno con una de sus insinuantes miradas, y a Bárbara casi se le cae el mate al suelo, igual que su ropa interior que se le bajaba sola.

Debido a lo que sucedió con Víctor ella había tenido una completa aversión por esa práctica. La noche anterior, en el baño portátil, se sorprendió a sí misma deseando hacérselo, pero luego las cosas se desarrollaron de tal forma que no hubo oportunidad.

Tuvieron sexo toda la noche, pero Iván no le dio tregua ni siquiera para que lo considerara. El chico quería acción, así que la penetró una y otra vez hasta hacerla aullar de placer.

También repitió el numerito del baño químico, y le hizo ver las estrellas y la luna con su habilidosa lengua.

No hubo momento para retribuírselo, hasta que él lo sugirió esa mañana mientras desayunaban, y a Bárbara se le hizo agua la boca.

Dejó el mate sobre la mesa y se aproximó. Los ojos de Iván recorrieron su cuerpo con avidez.

Vestía una camiseta tan blanca como su ropa interior, y se veía joven y muy sexy.

Cuando llegó a él, lo primero que hizo fue besarle en el cuello, mientras la respiración de Iván se aceleraba al igual que su corazón que latía desbocado.

Y luego se puso de rodillas y liberó su miembro totalmente erecto, con la punta al descubierto, húmeda y enrojecida por tanta fricción.

Por su cabeza pasaron imágenes borrosas de los horribles eventos que vivió en la niñez, a manos de alguien que jamás debió pensar en ella de esa forma.

Pero Bárbara pudo con eso. Desechó esos recuerdos en la primera lamida, y después de eso solo quedó Iván y su polla.

Polla. La noche anterior en el fragor del sexo él le había preguntado si quería “su polla” y ella se había echado a reír. Terminaron rodando sobre la cama, muy tentados, porque la reacción de ella le había quitado concentración y la erección se perdió un poco.

“ —¿De qué te reís?

—¿De qué te ríes tú?

—De esa palabra. No le cuadra.

—¿Cómo que no le cuadra?

—Acá la polla es la esposa del pollo, y no “eso”.

—Pues dime tú cómo le llamas a “esto”—quiso saber él, empuñándolo con descaro.

—Pene, tal vez —fue la respuesta de Bárbara que no podía dejar de pensar en volver a tenerlo adentro.

—No lo llamas así... Estoy seguro.

—¿Miembro?—aventuró con timidez.

Iván rió y luego la tomó de las muñecas, las colocó en la almohada y se le subió encima.

—Puedes hacerlo mejor. Dime como le dices y te la meteré hasta el fondo.

Esa promesa fue la que hizo el milagro, y por primera vez salió de esa boca la dichosa palabra.

—Pija. Dame. Dámela por favor...”

Y él se la dio.

Igual que lo estaba haciendo en ese momento, pero esa vez en la boca.

—Por Dios, Bárbara... Me estás matando. No sé cuanto más podré aguantar.

Ella se detuvo un instante y levantó la vista.

—¿Aguantar qué? La idea es que no te lo aguantes. Dejalo salir...

—¿En tu cara?

—Y en mi boca.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó él con voz ronca—. Dilo en voz alta. Sin titubeos, Larrique.

Era increíble que en solo una noche hubieran logrado un grado de intimidad que parejas de años no tenían.

—Quiero tomarme toda tu leche.

Ya no necesitó que le insistiera o que la tentara para decirlo.

Iván maldijo por lo bajo, la tomó de la nuca y volvió a introducirse en la boca de Bárbara hasta que no pudo más, y descargó sus ganas sobre la lengua que lo torturaba.

Fue después de ese orgasmo que hablaron sobre ella y su familia. Él no buscó la conversación; todo se fue dando de la manera más natural.

Estaban conversando sobre lo mucho que les gustaba la vida rural a ambos, y que justamente uno de los sueños de Bárbara era comprarle a su madre la chacra donde pasó su infancia.

Y así fue como le contó sobre sus padres. Se guardó muy bien de mencionar a su hermano, pues todavía no estaba preparada para hablar de eso con él.

Pero sí se atrevió a mencionar lo de la oprobiosa muerte de Esteban. Después de todo, solo había que tener acceso a Internet para saber qué había sucedido.

Él permaneció en silencio, escuchándola y a la vez preguntándose si había llegado el momento de contarle la verdad completa.

—Así que la prensa me persiguió durante meses. Nunca imaginé verme envuelta en un asunto tan sórdido, y tampoco la doble vida que llevaba mi padre...

Iván dio un respingo, pero ella no lo notó y continuó hablando.

—Pero eso no fue lo peor. El haber sido asesinado por una prostituta no fue lo más vergonzoso ni lo más preocupante de la situación.

—¿Entonces qué lo fue?

—Algo que jamás había imaginado, y que al día de hoy tengo miedo

de averiguar que es verdad. La posibilidad de que mi padre hubiese estado vinculado a crímenes de *lesa humanidad* en la época del proceso militar — confesó Bárbara. Por alguna razón sentía que con él podía darse el lujo de ser sincera —. Eso me atormentó en su momento y aún me preocupa, Iván.

Él inspiró profundo, y cauteloso, preguntó:

—¿Crees que es posible?

—Espero que no. Pero en cuanto superemos esta crisis te aseguro que lo voy a averiguar. Y aunque sea tarde me voy a asegurar de que la verdad salga a la luz, y si hay víctimas que haya un resarcimiento —murmuró con amargura, e Iván entendió que ese era el momento de hablarle de Laura Maldonado y su búsqueda. Tal vez Bárbara pudiera ser una aliada para lograr encontrar lo que buscaban.

—Bárbara, yo...

Pero no pudo continuar porque en ese instante sonó el teléfono fijo, que estaba derivado al contestador de forma automática al primer timbre.

La voz de Octavio invadió una vez más el departamento de Bárbara.

“Bárbara, si estás ahí atendé. ¡Atendé, carajo! Hace horas que te llamo al celular y lo tenés apagado. ¡La puta madre! ¿No vas a atender, verdad? Bien, muy bien. ¿No querés hablar conmigo? No importa. Esta vez no pienso ir al rescate, como siempre. Pero quiero que sepas que hay una loca suelta que delira y me acusa de las peores atrocidades. Presiento que quiere hacernos daño a los dos. Tengo miedo de que te pase algo, querida, así que hablé con Murcia y te va a poner custodia. Es más, ya va en camino. Es un ex oficial de policía que se llama Mario Lamorte, y tiene mucha experiencia como guardaespaldas, así que si se aparece esa demente mantenete alejada y dejá todo en manos de ese hombre ¿entendiste? Y también si se acerca tu hermano, porque no confío en él. ¡Por favor, haceme saber que entendiste!”

Luego eso se cortó la llamada y sonó el portero eléctrico.

Iván y Bárbara se miraron. No sabían ni qué hacer ni que decir. Él tenía un montón de preguntas que quizá ya no podría realizar. Saber el papel del novio, y ahora también del hermano eran las interrogantes que más le interesaba develar, pero no fue posible.

El timbre del intercomunicador volvió a sonar, y Bárbara se puso de pie y atendió.

—¿Sí?

Pequeña pausa.

—Aguarde, por favor.

Colgó y miró a Iván.

—Es el custodia.

Éste entendió el mensaje. Se había terminado la luna de miel y tendrían que volver al mundo real.

Sin decir palabra, ambos se vistieron y mientras Iván se dirigía a la puerta de servicio, Bárbara le abrió al ex policía.

—Suba.

Pero justo antes de que él saliera, ella lo atajó.

—Kessler...

Iván se dio la vuelta despacio.

—Dígame, Larrique.

—Esto no termina acá. Lo sabe ¿verdad?

Y la esperanza se hizo un lugar en el corazón del periodista.

—Solo depende de usted —le dijo, intentando controlar sus emociones.

Se miraron con intensidad por unos segundos, y luego Iván se marchó con una sonrisa.

Capítulo 37

Luego de que el ex policía se presentara y se marchara a hacer la guardia en la puerta, Bárbara llamó al ministro Murcia.

—No necesito un guardaespaldas, Ernesto.

Pidió primero, y exigió después, que le retirara la custodia cuanto antes. Pero no hubo caso. Murcia se mantuvo en sus trece y le aseguró que ni siquiera notaría que estaba cerca.

Ella colgó hecha una furia. Puede que Lamorte pasara desapercibido para ella, pero Iván no iba a pasar desapercibido para Lamorte.

¿Cómo demonios iba a justificar que se le acercara? ¿En calidad de qué?

Y eso fue, precisamente, lo que precipitó los acontecimientos.

No fue inmediato, sino que pasó la tarde entera meditando cómo lo haría. Cuando se decidió por la verdad, simplemente actuó.

Llamó a Octavio y le preguntó si podía ir a su casa porque tenía que hablarle.

Él la recibió de mil amores. No sospechaba que la despedida iba a ser muy distinta.

Y con un café de por medio, Bárbara le dijo que ya no estarían juntos como pareja nunca más. Fue clara, concisa. No dejó ni una duda de que estaban terminando.

—¿Qué decís? ¿Te volviste loca? ¡Después de todo lo que pasamos me venís con eso!

—No me volví loca. Por el contrario, estoy más cuerda que nunca, Octavio —replicó.

—¡Pero si te llegaste a bancar que yo tuviera aventuras! Me perdonaste, me volviste a dar un lugar en tu vida y ahora que estamos bien querés cortar...

—No estamos bien. Hace mucho que vos y yo no estamos en sintonía y lo sabés.

—¡Íbamos a casarnos después de las próximas elecciones, Bárbara!

—Esos eran tus planes, no los míos.

—Claro, ahora que estás llegando a la cima me querés apartar. Solo me usaste ¿verdad?

—Sabés que no es verdad.

—Yo daría la vida por vos, querida. Te rescaté cuando eras niña... Una y otra vez aparté los peligros de tu camino.

—No sé a qué te referís. Me operaste dos veces, es verdad, y te estoy muy agradecida por eso, pero...

—Te salvé del infierno que vivías en tu casa.

Bárbara arqueó las cejas. ¿Qué quería decir con eso? En esa época nadie sabía qué era lo que le ocurría... ¿O sí? ¿Era posible que Octavio lo supiera y no lo denunciara?

El médico se dio cuenta enseguida de su metida de pata, e intentó arreglarlo:

—Quiero decir... Yo noté que no estabas bien de ánimos y recomendé a tus padres que te reconociera un psiquiatra. Ahora sé que tenía que ver con Víctor... —le aclaró. Bárbara no podía sospechar que él lo sabía todo desde un principio y no lo denunció. Bastante había hecho con sacarle de encima a Víctor, pero ella no lo entendería así. Seguro que le reprocharía que no hiciera la denuncia.

—Te lo agradezco... Fuiste el único adulto que notó que algo me pasaba, pero el agradecimiento no basta para mantener una pareja, Octavio —dijo Bárbara, calmada.

Le daba mucha pena verlo tan desolado, pero lo cierto era que tampoco la lástima era un motivo para permanecer juntos.

—¿Ya no me querés, Barb?

Ella inspiró profundo.

—No como vos necesitás que te quieran. No como vos te merecés que te quieran. Lo siento. De verdad siento hacerte daño, pero...

—¡No te creo! Esta decisión repentina no me cierra. ¿Por qué no lo hiciste cuando descubriste lo de Miguel?

—Eso mismo me pregunto yo. No sé, Octavio. Tengo que reconocerte que siempre fuiste como un pilar para mí, y en un momento me pareció que sin vos no podía seguir —le confesó.

“Y para eso mandé a Víctor a intimidarte, Barbarita. Para que sintieras que necesitabas mi protección, cosa que ahora, justo cuando tu hermano está

fuera de control, creés no necesitar. Idiota, cien veces idiota” se dijo él, ofuscado.

—O sea que me utilizaste. ¿Sabés que creo, Bárbara? Que vos tenés otro—le dijo sin ambages.

Ella se sonrojó.

“Mierda. Se dio cuenta... Intenté evitar esto, más que nada por no hacerle más daño, pero no voy a mentir” se prometió en silencio.

—Estoy... involucrada sentimentalmente con alguien. Yo no... No quería que pasara. Solo pasó...

El rostro de Octavio se fue transformando. Primero se puso pálido y luego enrojeció.

Bárbara sintió miedo... Nunca lo había visto así.

—¿Solo pasó? —preguntó, irónico —¿Y cómo es que pasó? ¿Cómo la frígida insensible de Bárbara Larrique se “involucró sentimentalmente” con alguien? —le espetó con furia, mientras entrecomillaba con los dedos la confesión de la joven.

—Octavio, por favor...

—¿Quién mierda es? ¡Exijo saber quien convirtió a mi mujer en una puta arrastrada! —le gritó.

Ella se puso de pie. Solo tenía que gritar, y el guardaespaldas que él le había gestionado se volvería en su contra. Pero no lo hizo. Se limitó a mirarlo con calma porque así se sentía, ahora que Octavio había mostrado su peor cara.

—No es nadie que conozcas —le dijo, y luego se dirigió a la puerta.

—¡Bárbara! —gritó Octavio fuera de sí —. ¡Bárbara!

Pero ella continuó imperturbable, en el camino que estaba segura la conduciría a su felicidad.

Ese domingo a Iván le tocó trabajar hasta altas horas de la noche. Era una *kermesse* de barrio que quedaba bastante apartada del centro de la ciudad, así que prefirieron quedarse, en lugar de ir a buscar los baños más tarde.

Mientras Darío dormía en el camión, tuvo mucho tiempo para meditar. Y el eje de sus pensamientos era Bárbara, por supuesto.

No podía olvidar los momentos que pasaron juntos. Intentaba no revivirlos, porque era bastante incómodo estar con esa erección en un sitio colmado de monjas y niños, pero no podía evitarlo.

Después de explorar cada centímetro de su piel, de saborearla y no lograr hartarse, de ser testigo de sus gestos de placer, de sus gemidos primero

ahogados y luego gritados sin reservas, en lo único en lo que podía pensar era en volver a gozarla.

Porque lo que había hecho fue más que follarla. La poseyó por completo y se envició de ella. De su belleza, de su sensualidad que cualquiera diría que estaba despertando, de su fogosa entrega.

Fuego.... Bárbara era fuego entre sus brazos. Lo hizo sentir lo que nadie jamás logró: el éxtasis perfecto.

Se sentía avergonzado por las veces que eyaculó. Parecía que no hubiese follado en años, joder. Lo hizo dentro de ella deseando que estuviese experimentando lo mismo. Y también se corrió sobre sus tetas, en su boca, en su rostro.

La regó bien regada pero, ¿habría quedado satisfecha? Porque sino tenía más, mucho más.

Estaba empalmado como nunca... Tenía hambre de Bárbara. De su aroma, del sabor de ese coño delicioso que se había dado el lujo de devorar.

Pero dentro de esa felicidad post coital había una sombra: la preocupación sobre cómo continuaría esa relación, porque él se moría por seguir y ella había dado señales de que quería lo mismo.

No sería fácil, siendo ella tan jodidamente exitosa.

¿Cómo podría conciliar su vida profesional con...él? Porque si algo tenía claro era que no encajaba en el mundo de Bárbara.

Un periodista fracasado, haciendo sus pinitos como escritor e intentando ganarse la vida como peón, no encajaba con una mujer que estaba haciendo una carrera meteórica en la política.

Por Dios... No tenía ni dónde caerse muerto; en cambio ella vivía como se veía: como una reina.

¡Qué poco tenía para ofrecerle! Se sintió más pobre, más miserable que nunca. Por primera vez deseó tener dinero, mucho dinero. Y no solo dinero sino también éxito y poder, no por tenerlos nada más, sino para estar a la altura de ella.

Quería darle todo a esa mujer.

¡Estaba loco por Bárbara! Enamorado hasta los cojones, hasta las mismas vísceras. ¿Quién no lo estaría? Era brillante, dulce y ardiente. Tras una fachada de frialdad se escondía una calidez que aún lo envolvía. No quería salir nunca de allí, nunca, nunca.

“La amo. La necesito, la deseo... No tiene límites mi admiración por ella pero tengo que sosegarme para poder disfrutarlo, porque no sé hasta cuándo va a durar. ¿Se aburrirá Bárbara de mí? ¿Se saciará y me dejará? ¿Se avergonzará de este despojo en el que me he convertido y me alejaré de su

lado?” se preguntó.

Y tuvo un inmenso miedo a perderla. A perder lo que en realidad no tenía...

Por más que le diera vueltas al asunto, siempre llegaba a la misma conclusión: Bárbara Larrique era demasiado mujer para un pobre diablo como él.

Lo sabía. Sabía que iba a terminar destrozado pero igual no podía sustraerse a ese sentimiento que no lo dejaba respirar. Tenía claro que iba a sufrir, y aun así quería seguir adelante.

Y estaba dispuesto a hacer cualquier locura por ella... Como la que hizo antes de marcharse del departamento, como la que tenía planeada hacer al día siguiente, como las que inventaría durante el tiempo que la vida le permitiera la dicha de estar con ella.

Porque Bárbara lo valía.

Capítulo 38

Al parecer las noticias volaban, porque el lunes de mañana la llamó su madre, y descargó sobre ella una lluvia de recriminaciones por su reciente ruptura con Octavio.

—El mejor cirujano plástico del país, Barbarita —le dijo con la voz vibrante de indignación—. Te dejó la oreja como nueva, ingrata, y me iba a hacer un *lifting* la semana que viene... Un regalito de cumpleaños para su futura suegra. La secretaria me llamó para cancelar, y ahí me enteré. No tenés perdón.

Su madre era territorio inexplorado para Bárbara. No la conocía realmente. La quería porque era su madre, pero jamás sintió verdadero apego por ella y sentía que era mutuo.

Por eso no entendía el por qué de sus reproches y tampoco iba a permitir que continuaran.

—Hay otros cirujanos, mamá. Que sigas bien.

Y luego colgó.

No tenía tiempo para estupideces. Estaba demasiado ocupada pensando en Iván. Era recordarlo y una sonrisa se le instalaba en el rostro.

Ese domingo de noche fue un infierno. Nunca había deseado tanto que llegara el lunes.

Cuando la señora Ávila le entregó la nota, ella la leyó una y otra vez.

Lunes. Oficina. Ventana. 14 hs.

No entendía bien de qué se trataba. ¿Una cita? ¿En la ventana? Miró a su vecina sin entender.

—El pintor. Qué lindo chico... Me la dio para vos, Bárbara.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Nos encontramos en la puerta del patio trasero, cuando

él salía y yo estaba anotando quienes eran los desgraciados que no tenían bien el desagüe del aire acondicionado. ¡Estoy harta de salir con paraguas llueva o no, para no mojarme! El del once, el del nueve, el del seis... Los voy a denunciar a todos en la comisión de...

—Señora Ávila, por favor. Continúe con lo que me decía de Iván. Del pintor, digo. Bueno, de Iván...

—Querida, conmigo no tenés que disimular. Se nota que está muerto contigo, y que a vos te pasa lo mismo. ¡Me alegro! El doctor es muy viejo para vos... Cuando lo sueltes me avisás que me lo agarro yo un ratito —bromeó, y al ver la cara de asombro de Bárbara, sonrió divertida—. Estoy bromeando, nena. Yo ya estoy retirada de esos menesteres desde que mi querido esposo se fue...

—Lo siento —murmuró Bárbara, algo avergonzada porque no se había enterado de su viudez.

—No lo sientas. Villanueva se fue a las termas con unos amigos, y la está pasando la mar de bien. Como te decía, tu bocadito español luego de saludarme con esa sonrisa “mojabragas” que Dios le dio... —comentó como si nada y Bárbara se sonrojó al instante pues sabía de lo que hablaba —...me pidió una hoja de papel y el bolígrafo y te escribió eso.

—Y le pidió que usted me lo entregara.

—Así es. Me dijo que vos entenderías, pero por tu cara no sé si...

—Entiendo perfectamente. Muchas gracias, señora Ávila.

—Leonor. Te dije mil veces que me digas Leonor nomás. No veo el porqué de tanta ceremonia...

Le pidió disculpas y deshaciéndose en sonrisas le cerró la puerta. Quería quedarse a solas, leer de nuevo la nota, imaginarlo escribiéndola... Se sentía muy intrigada y estaba deseando que llegara el lunes para develar el misterio. ¿Qué se traía entre manos? Esperaba que fuese esa bestia que tenía entre las piernas, pero la palabra “ventana” la desconcertaba. ¿No estaría pensando en una cuerda de mariachis ese loco? ¿O en quemar neumáticos de nuevo?

La curiosidad la estaba torturando, pero como cada vez que pensaba en él, la excitación pudo más y pronto comenzó a recordar... Su cuerpo. Lo que le hizo. Lo que él le hizo a ella. Como acabaron juntos.

Terminó masturbándose.

Jamás lo había hecho por una calentura vinculada a una persona en exclusiva. Se tocaba muy esporádicamente, cuando se sentía tensionada y no se daba cuenta del motivo. Luego de esos orgasmos algo sosos, siempre se sentía mejor.

Pero esa noche fue distinto. Había cogido toda la noche anterior y eso la tenía muy relajada. Teniendo en cuenta que ese había sido un día difícil, se lo atribuía por completo al “efecto Kessler”. Había cortado con su novio de años y había soportado los peores insultos, había hablado con su madre, y con la incansable señora Ávila, e increíblemente no sentía tensión alguna.

“Y todo gracias a vos, así que esta paja es en tu honor, Kessler” pensó entre divertida y avergonzada.

Cerró los ojos y recreó el momento en que él le había puesto una almohada bajo el vientre con el fin darle la curvatura necesaria para penetrarla bien duro.

Por un lado quería que estuviese cómoda, pero por otro se la metió hasta lo más profundo, y la embistió con tanta fuerza que ella tuvo que aferrarse con las dos manos al borde del colchón, para no salir catapultada de la cama.

Igual lo había gozado tanto que no le hubiese importado salir volando, atravesar la pared que él había pintado y terminar aterrizando en la sala, siempre que no dejara de penetrarla.

Pero fue cuando recordó el pene de Iván en su boca, que logró que su mano la llevara al paraíso.

Y finalmente, con las piernas abiertas e imaginándolo entre ellas explotó.

Mientras Bárbara acababa murmurando su nombre, Iván intentaba controlarse para no hacer lo mismo.

Quería estar en forma para los planes que tenía para ella al día siguiente.

Se preguntó si Bárbara ya habría leído la nota, y si cumpliría con su pedido de asomarse a la ventana.

Sonrió imaginando su rostro hermoso entre divertido y perplejo, pero luego se la imaginó acabando mientras él le comía el coño y tuvo que pegarse una ducha helada en el baño de la cochera de Darío, donde se estaba quedando.

Esa permanente erección lo torturaba demasiado... Tenía que pensar en otra cosa, así que le pidió el teléfono a su amigo y llamó a Iris.

Ella le contó de su encuentro con el doctor Del Campo.

—Después de negarlo todo terminó admitiendo su participación, pero jura no saber nada del destino de esa niña. Me sugirió que averiguara por el lado de Mendoza...

—Habrà que ir a su pueblo, entonces.

—Así es. Estuve investigando y descubrí que tiene una sobrina de exactamente treinta años. Podemos ir y hablar con ella, y si le notamos la marca en la oreja... Bingo.

Acordaron ir en el primer día libre que tuviese Iván la semana siguiente, y luego se despidieron.

Y para no volver a las mil fantasías sobre Bárbara y evitar empalmarse otra vez, se puso a escribir. Se compenetró tanto con la historia, que no apagó la luz hasta pasadas las dos.

Sentía como si una fuerza extraña lo impulsara a seguir, y todo fluía de una forma casi mágica.

Era como un rompecabezas al que solo le faltaba una pieza, y no sabía por qué, pero presentía que esa era la misma pieza que le faltaba a él para encontrarse a sí mismo y encauzar su vida.

No tenía sentido pero así era.

Y a pesar de que intentaba no pensar en Bárbara, la encontró de nuevo invadiendo sus pensamientos.

“Se lo voy a contar. Le voy a decir qué clase de hombre era su padre, que con esas mismas manos que seguro la acariciaba, también torturaba, violaba, mataba. Que cuando ella era demasiado pequeña como para recordar algo, él cometía las peores atrocidades en la cárcel clandestina de mujeres. Que Madame Dominique no era una prostituta cualquiera, sino una mujer que vio la oportunidad de vengarse y la tomó. Que renunció a su hija por miedo, y que vivió la vida de otra para permanecer en la nada. Descalza en la nada, para que nadie notara su presencia, para no tener que recordar lo que tanto daño le hacía, hasta que ese daño tocó a su puerta y ya no pudo soportarlo más...” pensó.

No quería tener secretos con ella y no sería al día siguiente, pero antes de que terminara esa semana él le contaría a Bárbara de su búsqueda, y de los pormenores de la vida y la muerte de Esteban Larrique, el hombre que la engendró.

Capítulo 39

Bárbara no se asomó a la ventana de su despacho a las dos de la tarde. Comenzó a asomarse al mediodía mientras se comía un sándwich, y así estuvo las eternas dos horas que la separaban de esa especie de “cita” con Iván.

Estaba algo nerviosa porque no sabía con qué la sorprendería. Había descartado el asunto de los Mariachis porque sabía que eso costaba muchísimo dinero, y también lo de la quema de neumáticos porque ambos eran conscientes de que no sería bueno llamar la atención así.

¿Sería un pasacalle con un mensaje críptico, que solo ella pudiera descifrar? Por ejemplo “Cariño, la polla no es la esposa del pollo”, o algo así.

Rio solo de imaginar la ridícula situación.

Así que cuando dieron las dos de la tarde, ella se encontró mirando por la ventana entre ansiosa y divertida por la ocurrencia.

Pero esa sonrisa se esfumó cuando vio lo que vio.

Un vacío en el estómago, un súbito mareo... ¡Madre de Dios!

Sobre la azotea del edificio de enfrente, igual que la primera vez que lo vio, estaba el objeto de sus desvelos.

Vestía un jean gastado y una camisa a cuadros abierta, parecida a la que dejó en su casa aquel día. Por abajo una camiseta blanca y en la cabeza un casco amarillo. Completaba su atuendo con unas botas marrones que no le había visto antes.

Bárbara palideció primero, y luego enrojeció hasta la raíz del pelo.

Iván parecía tener todo el tiempo del mundo, porque con pasmosa lentitud destapó una botella de agua y tomó un largo sorbo.

No la miró ni una vez, más bien actuaba como si no supiera que ella lo observaba.

Dejó la botella en el suelo, y de espaldas a Bárbara se desperezó y

luego se sacó el casco.

Ella sintió que le subía la temperatura, la presión, todo. Absolutamente todo. Y ni qué hablar de lo que le bajaba... La ropa interior se le humedeció al instante, y le dolieron los pezones por la anticipación de lo que sabía iba a suceder.

Con la nariz pegada al vidrio lo observó sacarse la camisa con calma, y luego la camiseta.

Se quedó sin aliento. Lo había visto desnudo de frente y de atrás, pero fue como si nunca hubiese sucedido porque casi se atraganta con su propia lengua.

Soltó el aire despacio, y con un gesto rápido frotó el cristal empañado por su aliento, que estaba tan caliente como ella. Pero lo peor o lo mejor, según como se mire, vino después. Ella sabía que lo haría, pero cuando pasó no estaba preparada para una imagen tan erótica.

Igual que aquel día, pero esa vez sabiendo que ella no se perdía detalle, levantó la botella y soltó el agua sobre su rostro y su cabello.

Sacudió la cabeza, se volvió y los rayos de sol hicieron que su torso y su pelo brillaran. Era como si estuviese rodeado por un halo.

Bárbara jamás había visto algo tan bello. Era un chico de calendario montando un show solo para ella.

Y en ese momento se dio cuenta de cuan enamorada estaba de Iván, y una especie de alegría incontenible le recorrió el cuerpo y le desbordó el corazón. Sonrió maravillada por sus propias sensaciones, y así la vio Iván cuando levantó la mirada y se encontró con la de ella.

También se encontró con la sonrisa, y le correspondió mientras se pasaba las manos por el pecho, con una sensualidad que a Bárbara se le antojó deliciosa. Y acto seguido la llamó con el dedo.

Bárbara abrió los ojos como platos y también la boca, pero no se lo pensó dos veces. Así como estaba, sin recoger ni su chaqueta ni su celular salió de la oficina.

Moni le preguntó dónde iba, y ella solo le respondió un escueto “ahora vuelvo”. No fue tan fácil con Lamorte, su guardaespaldas.

—Doctora ¿puedo acompañarla? —le dijo ni bien traspasó la puerta del ministerio.

—No.

El hombre pareció contrariado, pero ella se apresuró a aclarar:

—Cruzo a ese edificio a buscar algo.

—Yo puedo ir con usted.

—Quédese donde está. Es una orden.

—Pero doctora...

—Haga lo que le digo —le ordenó, y luego con paso firme, atravesó la calle.

Nunca se imaginó que “montarle el numerito” a Bárbara lo iba a excitar tanto, pero así fue.

Empalmado y caliente se puso a esperarla en la puerta de salida a la azotea. Cuando la vio sonreír y alejarse de la ventana, tuvo la certeza de que se atrevería a cruzar.

Ese cruce de Bárbara tenía un simbolismo especial, pues para Iván significaba una especie de compromiso.

Sentía que ella debía vencer muchos prejuicios para estar con él, y no sabía si era merecedor de tanta felicidad.

Era un sueño de mujer, un verdadero sueño.

Y ese sueño en ese momento asomaba por el descanso del último tramo de escalera.

Se la veía más bella que nunca, con las mejillas sonrosadas y algo despeinada, como si hubiese corrido.

Aun así de agitada no perdía su elegancia. La falda justa, la blusa sin mangas, tacones... La belleza hecha mujer estaba frente a él y se mordía el labio.

Ambos avanzaron juntos. Iván bajó tres escalones y Bárbara subió otros tres.

Y en mitad de la escalera se besaron con ganas. Como sucedió en el sanitario portátil, no hubo palabras hasta que tuvieron que parar para respirar.

Con el rostro de Bárbara entre sus manos, Iván la miró a los ojos y sonrió.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó ella intrigada.

La sonrisa se volvió carcajada cuando él le respondió.

—En que eres guapa que te cagas. Y en que yo soy jodidamente afortunado.

Ella no se esperaba una respuesta tan contundente, pero le encantó.

—Vos sos hermoso. Desde ahora vas a ser el chico “enero” en mi calendario —le confesó con el mismo tono.

Iván se mordió el labio.

—Espero serlo todo el año —fue lo último que le dijo antes de volver a devorarla.

Y no solo besos hubo esa tarde en un rincón apartado de la terraza,

junto a la torre del ducto de agua, lejos de la vista de todos.

Iván estaba ciego de deseo, y la acorraló contra la pared haciéndole notar su excitación.

Un gemido ahogado de Bárbara en su boca, le hizo saber que ella había recibido el mensaje.

—Por ti. Así me tienes. Siempre —le confesó entre beso y beso.

Pero esa vez ella no bajó las manos. Las tenía ocupadas acariciándole la espalda, los brazos. Lo apartó un poco y dejó de besarlo solo para tocarle el pecho.

Lo contempló extasiada mientras deslizaba los dedos por ese torso increíblemente fuerte. Estaba aún mojado y la estaba empapando a ella también, pero no le importó. Del pelo le seguían cayendo gotas de agua que Bárbara recogía entre sus labios, e Iván devoraba.

Intentaba no avasallarla con su pasión pero no se podía contener, así que la tomó de las muñecas, la hizo darse vuelta y le colocó las manos con las palmas abiertas contra el muro.

—No te muevas —le pidió.

Ella permaneció tal cual él le dijo, mientras escuchaba el sonido de la hebilla del cinturón al abrirse, el del cierre del pantalón... Contuvo el aire cuando sintió que él aferraba su ajustada falda desde abajo y la iba subiendo hasta descubrir sus nalgas.

—Madre de Dios... —lo escuchó murmurar.

Y luego todo fue muy vertiginoso. La urgencia de ambos así lo exigía.

No le quitó la ropa interior, simplemente se la apartó y sin mayores contemplaciones se introdujo en ella.

Hasta el fondo, muy seguro de que la lubricación lo permitiría. Y en efecto, se deslizó sin dificultades en esa cavidad húmeda y estrecha que parecía estar esperándolo.

Bárbara gritó, pero él había aprendido a reconocer las manifestaciones de placer de esa mujer. Tenía grabado en su mente cada uno de sus suspiros, de sus gemidos, de sus gritos gozosos que a él lo enardecían más si eso era posible.

Porque era metérsela y volverse loco. Y así estaba en ese momento, como un desquiciado penetrándola sin control, con una mano en la cintura y otra en uno de sus hombros.

Y para poder disfrutarla más aún, la obligó a inclinarse y se aferró con fuerza a sus caderas.

Ella lo estaba gozando tanto o más que él. Separó las piernas, y le ofreció sin reservas la parte trasera de su cuerpo. Se sintió más hembra que

nunca. Hasta los huesos percibió el dominio que ese hombre ejercía sobre ella, y no tuvo temor alguno pues confiaba en él. No solo confiaba, lo amaba.

Era algo mágico y extraño. Era como si la pieza que le faltaba al rompecabezas de su vida, encajara a la perfección tanto en su vagina como en su alma.

Al mismo tiempo.

Lo escuchaba jadear a sus espaldas, y cuando estaba a punto de alcanzar el orgasmo, Iván enroscó su largo cabello en el puño y la hizo incorporar.

Con la boca pegada a su oído comenzó a moverse más suave. Cada vez que llegaba al fondo se quedaba un segundo ahí y presionaba.

Bárbara sintió que se derretía. Las piernas amenazaban con no poder sostenerla, pero él la tenía bien sujeta.

No le soltó el pelo, y con la otra mano comenzó a tocarla por dentro de la ropa, a frotar con dos dedos el clítoris palpitante, mientras le susurraba al oído cosas que nadie le había dicho jamás. Y si lo hubieran hecho, no sabía si lo hubiese tomado como lo estaba haciendo, con un estremecimiento de placer como respuesta.

—Si me sigues oprimiendo así me correré dentro...Tienes un coño delicioso...apretado... que me está volviendo loco... —murmuró, y luego le mordió el lóbulo de la oreja.

No fue realmente una mordida sino más bien caricia con los dientes, pero igual Bárbara se tensó.

Él sintió esa tensión en todo el cuerpo, y detuvo sus movimientos.

—¿Estás bien? —preguntó.

Por unos segundos ella permaneció inmóvil. No tenía idea del porqué de esa sensación extraña, pero no le dedicó un solo segundo más a analizarlo.

Comenzó a moverse lenta y voluptuosamente. Frotó sus nalgas contra el cuerpo de Iván que entendió que lo estaba invitando a seguir, así que redobló las embestidas hasta que ambos estallaron de placer al mismo tiempo.

—Me encanta... —confesó ella mientras oprimía sus músculos para retenerlo un poco más—. ¿Cómo podés ser tan dulce y tan...? —se interrumpió porque no sabía cómo definirlo.

—¿Bruto? —aventuró él embistiéndola una vez más.

—¡Ay! Sí. Bruto. Bestia. Animal.

—Es porque tú despiertas en mí cosas muy primitivas. Me vuelves loco, de verdad...

Y luego de confesarle eso, salió despacio de su cuerpo y con un dedo le arregló la ropa interior. Bueno, arreglar lo que se dice arreglar no fue

posible, porque ni bien ella se enderezó sintió como el semen se deslizaba por los muslos.

Confiaba en poder llegar a limpiarse antes de que la falda sufriera las consecuencias, pero en ese momento no le importaba.

Se dio la vuelta entre los brazos de Iván, y lo miró a los ojos.

—Hombre primitivo, hijo de la madre patria...

—¿Sí?

—Yo también estoy loca por sus huesos. Sépalo.

Iván no esperaba una expresión tan espontánea y reveladora. Casi se desmaya pero logró disimularlo:

—Me doy por enterado. Y usted entérese de esto también: estoy profunda e irremediamente enamorado de usted, Larrique. A pesar de todo lo que nos separa, yo la amo.

La emoción le quebró la voz, y provocó que a ella se le llenaran los ojos de lágrimas.

Salieron por separado, aunque al portero no se le había pasado nada desapercibido. Ambos dieron excusas bastante creíbles, pero él era un viejo difícil de engañar.

¿Una herramienta olvidada en la azotea? Sí, claro. Pero como conocía al español, lo dejó pasar. Seguro que tenía un amorcete clandestino en el edificio, de los días en que había trabajado allí.

Cambió de opinión cuando llegó esa hermosa mujer que enseguida reconoció. Y después, cuando se marcharon con poco tiempo de diferencia, ató cabos y llegó a una conclusión: esos dos se traían algo entre manos. ¿Era posible que tuviesen un amorío? No, seguro que por ahí no iba la cosa. Una prestigiosa política con un peón de obra... Imposible.

Había gato encerrado, y seguro tenía que ver con ese asunto del sindicato paralelo que quería liderar el “gallego”.

Y como tenía un compromiso moral con el “Manopla” Ramírez por unos favores del pasado, levantó el teléfono y volcó en el dirigente sindical todas sus sospechas.

Capítulo 40

Cuando se encontró con Víctor en la puerta de su departamento, no supo qué hacer.

Por unos segundos intentó no dejarse dominar por el pánico. La presencia de ese infeliz no era en absoluto auspiciosa, y debía pensar muy bien cada movimiento.

—Ahora venís sin llamar —le dijo, tenso.

Víctor entró como si lo hubiese invitado.

—Vengo a hablar de negocios. Estimo que te interesa.

Octavio cerró la puerta tras de sí y le hizo un gesto con la mano como para que se sentara.

—¿Qué tipo de negocios?

—Trueque. Intercambio de fotos...

Así que era eso. Favor con favor se paga, y secretos se pagan con secretos.

Le interesaba, por supuesto. Pero no confiaba en Víctor. Nada le garantizaba que el que le proporcionó sus fotos comprometedoras, no tuviera copias.

—Podría interesarme pero, ¿cómo sabría que el traidor que te las dio no las utilice para chantajearme en el futuro?

Víctor rio.

—Nadie me las dio. Las encontré.

¿De qué demonios hablaba? ¿Cómo que las había encontrado?

—No mientas, Víctor. No estoy para jueguitos... ¿Fue Miguel, verdad?

El otro largó la carcajada.

—Bueno, parece que el doctor tiene varios muertitos en el armario. ¿De qué Miguel estaríamos hablando? —le preguntó sonriendo cínicamente.

Octavio estaba perplejo.

En su mente comenzó a revisar cada uno de sus actos del pasado que pudieran considerarse comprometedores.

Bueno, una vez se había cogido a una chica de catorce años, solo porque era parecida a Bárbara y tenía su misma edad. Pero se trataba de una prostituta que se ofreció voluntariamente y hasta lo disfrutó, la muy zorrita.

Sin embargo, estaba seguro de que no había fotos de ese momento.

También estaba aquello otro... Bárbara pre adolescente, desnuda bajo las sábanas, dormida aún por la anestesia. Nadie en la habitación... No pudo resistir la tentación de tocar sus jóvenes tetas, y luego deslizó la mano más abajo aún. Acarició los labios suaves, donde el vello era incipiente, y tuvo que hacer grandes esfuerzos para contenerse y no seguir.

Pero también estaba convencido de que no había ninguna foto que pudiese inculparlo.

Y luego el asunto de sus amantes masculinos, que no fueron muchos. Solo tres, y uno había muerto hacía poco.

Por más que pensara y pensara, no se imaginaba en qué momento le habían tomado fotografías, pero lo que era seguro era que Víctor sabía de sus andanzas.

La seguridad con la que hablaba, sus gestos, todo le indicaba que así era. Ese hijo de puta conocía sus secretos, tenía pruebas y le estaba ofreciendo un trato. Bueno, si quería jugar jugaría, pero se guardaría un as en la manga.

—Olvidate de Miguel. Si querés hacer el trueque lo hacemos —le dijo.

—A eso vine, cuñado.

Octavio no pudo disimular el gesto de disgusto y a Víctor no se le escapó.

—¿Qué pasa? ¿No me digas que te peleaste con mi hermanita?

—Vos deberías saberlo, ya que la estás acechando.

Víctor sonrió.

—Es una tarea que me da mucho placer —admitió—. Y perdoname que te lo diga pero no me lo aguanto: ¡cómo te la dejaste robar por un muerto de hambre cualquiera!

El médico enrojeció de ira.

—En todo caso a vos también te la robaron —le espetó. Y sin poder contenerse le preguntó:— ¿Sabés con quién sale?

—Lo he visto pero no lo conozco. Y yo no diría que “sale”, pero que se la está cogiendo es un hecho. Claro que vos sos un cobarde y te vas a resignar, pero yo no.

—¿Y se puede saber qué carajo vas a hacer?

Víctor sonrió enigmáticamente y luego le exigió:

—Andá a buscar las fotos.

En su habitación bien guardadas las tenía. Fue hasta allí, y se quedó mirando la caja fuerte por unos segundos.

“Si cree que le voy a dar los originales está más loco de lo que pensaba” se dijo, mientras abría un cajón y sacaba unas copias.

De vuelta en la sala se encontró con Víctor frente a la ventana. Lo notó distinto, algo nervioso.

—Tomá. Ahora dame las...

En cuanto las tomó, la cara se le transformó.

—¿Me estás jodiendo, estúpido? ¡Eran fotos Polaroid y estas son comunes!

—No te estoy jodiendo. Las hice copiar y es todo lo que tengo. ¿No sabés que las Polaroid se borran con el tiempo y los cambios de temperatura? —se defendió.

Esperaba que esa excusa sirviera, pero lo cierto era que las suyas permanecían intactas en su caja fuerte.

—¿Sabés dónde te podés poner esas fotos de mierda? ¡En el culo!

—Esperá, Víctor.

—Cerraré la boca, hijo de puta. No hay trato, no hay nada —le dijo mientras se dirigía a la puerta dando grandes zancadas.

—¡Víctor!

Pero éste ya no podía escucharlo.

Octavio se derrumbó en el sofá con las fotos de Bárbara en las manos. Cada vez que las miraba no podía aguantar la excitación y se terminaba masturbando, pero no esa noche. Esa noche no tenía ánimos para nada.

Agarró la botella de whisky y se fue a acostar con el peor de los humores.

Y en ningún momento se dio cuenta de que Víctor le había robado las llaves del departamento de Bárbara.

El “Manopla” Ramírez sí que estaba de malhumor. Más que eso, estaba furioso.

Cuando el portero del edificio que quedaba frente al Ministerio de Trabajo lo llamó, le terminó de arruinar un día de por sí complicado.

Más obreros en paro, más obras cortadas.

Y un rumor que no los afectaba directamente, pero seguro lo haría de forma indirecta: la caída por demás estrepitosa de un par de bancos, los más

grandes del país.

Así que con ese panorama, el comentario del portero le cayó mal, muy mal.

¡Sabía que no podía confiar en Bárbara Larrique! El hijo de puta de Kessler estaba haciendo tratos con ella, a espaldas del Sindicato. ¡Eso no podía tolerarlo!

Si había algo que Ramírez odiaba era que le vieran la cara de tonto, y eso era precisamente lo que estaban haciendo esos dos. ¡Se estaban confabulando! ¡Seguro que lo querían sacar de en medio!

La ira lo cegaba. Estaba enojado con el ex peón de obra, pero más lo estaba con la viceministra porque no solo no había cumplido con lo que se había comprometido, sino que lo estaba ninguneando.

Pero eso no podía quedar así.

A primera hora del día siguiente iría al ministerio, y Bárbara Larrique tendría que rendirle cuentas de sus acciones.

¡Reuniones clandestinas con principiantes!

Y después de poner a la viceministra de vuelta y media, buscaría al *españolito ese* y le haría entender que los únicos que trataban con las altas esferas eran los directivos del sindicato, elegidos libremente por la mayoría de los agremiados.

Se lo haría entender a la fuerza, si eso fuera necesario. Y si no lo fuera también, para que le quedara bien grabado que con él no se jodía.

Se durmió rumiando su descontento y a primera hora del día siguiente, tal como se había propuesto, estaba en la puerta del ministerio pidiendo una entrevista urgente con Bárbara Larrique.

—Ahora. ¿Me entendió? Necesito verla ahora mismo.

La recepcionista ni siquiera lo consultó. Con cara de pocos amigos le dijo que la viceministra no daba citas en el mismo día, pues su agenda estaba completa.

“Completa... Sí, seguro. A mí no me dará la cita, pero seguro que al *gallego ese* sí se la da” pensó.

Y por un instante se le cruzó por la mente que esos dos podían tener algo. Pero lo descartó de inmediato ¡ese peón no podía aspirar al mujerón que era la doctora! Claro que no descartaba que la “pinta” del traidor de Kessler pudiese influenciar inconscientemente a Bárbara, o que fuese al revés, que la belleza de ella fuese su arma para dominarlo y junto con él pretendiera controlar a los obreros que lo seguían.

Estaba harto de ese tipo y de la situación en general, y decidido a aclarar todo ese mismo día, así que ni corto ni perezoso dejó la recepción y se

encaminó al ascensor.

Claro que no contaba con el custodia.

Lamorte se le plantó adelante antes de que pudiese siquiera apretar el botón.

—¿Adónde cree que va?

—Necesito ver a la viceministra.

—Escuché que le dijeron que no estaba disponible y que debía agendarse para otra ocasión.

—Usted no entiende...

—Por el contrario, tengo muy claro que no va a subir a ese ascensor sino que va a pegar la media vuelta y se va a ir por donde vino. ¿Está claro, caballero?

Ramírez inspiró profundo y apretó los puños.

No le quedaba otro remedio que hacer lo que ese gorila le decía.

Bien, se iría pero volvería, y no lo haría solo.

Bárbara Larrique se iba a enterar de como manejaban las cosas los del SUTCA, cuando les tocaban los huevos.

Capítulo 41

Bárbara salió de su despacho y le pidió a Mónica que hiciera subir a Lamorte. Cuando los tuvo a los dos enfrente les dijo que a partir de ese momento, Iván Kessler tenía libre acceso a su despacho y a su domicilio.

—Que yo no me entere que usted le puso algún pero, Lamorte. Y vos Moni no me mires de esa forma porque te suspendo la licencia.

La azorada secretaria solo pudo balbucear.

—No, no... Es que... Me asombra que... No sé. No sé qué pensar ni qué decir.

Bárbara la miró con severidad.

—No digas nada, entonces.

Lamorte carraspeó, incómodo.

—De mi parte sus deseos son órdenes, doctora. Será como usted dice. ¿El caballero trae identificación?

Bárbara se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero Mónica lo conoce, así que cualquier duda le consulta a ella.

La aludida se sintió obligada a aclarar:

—Lo vi dos veces, casi no me acuerdo. Creo que es joven, atlético, guapo. Muy atractivo; yo diría que está para comérselo...

—Mónica, por favor. Lamorte no necesita saber esos detalles tan subjetivos —la interrumpió su jefa alzando las cejas.

—Perdón, Bárbara.

Ésta movió la cabeza y luego les dijo:

—En un rato viene. Lo hacen pasar sin ponerle una sola piedra en el camino, ¿entendido?

Ambos asintieron.

Bárbara se encaminó a su despacho pero antes de entrar pareció recordar algo, porque de pronto se dio vuelta y le preguntó a su secretaria si había llegado el paquete que había encargado.

Ésta le dio una bolsa y Bárbara sonrió satisfecha.

La tomó, se metió en la oficina y cerró la puerta.

Mónica miró a Lamorte, y le dijo muy seria:

—Extraterrestres. Abducción. Algo he leído del tema... Me parece que esa mujer que acaba de entrar ahí no es Bárbara Larrique.

Lamorte la miró con extrañeza. No sabía quien estaba más loca, si la doctora o su secretaria.

Más tarde comprobaría que loca o no, la chica tenía razón. El hombre que preguntaba por la viceministra en recepción era muy “fachero”.

La chica que lo atendía, que solía tener una expresión avinagrada, se deshacía en sonrisas.

Y ahí el ex policía entendió que cuando ese tal Kessler estuviese con su jefa, nadie debía molestar.

Suertudo el tipo. Tremendo hembrón se había agenciado.

Iván se sentía más que afortunado, y no solo por poder disfrutar de la belleza de Bárbara y de su increíble sensualidad. Estaba también orgulloso de ella, de sus logros, de su éxito. Pero lo que más le atraía era su dulzura, esa que escondía en la vida diaria y presentía que emergía solo con él, o al menos tenía esa esperanza.

Era una mujer segura de sí por fuera, pero tras esa fachada él podía percibir mucho sufrimiento y muchos miedos. Y daría cualquier cosa por borrar todo ese dolor, por preservar esa sonrisa que lo iluminaba todo, para siempre.

Y esa sonrisa fue lo primero que vio cuando cerró la puerta del despacho de Bárbara.

—Buenos días, Kessler.

Iván se quedó sin habla. ¡Qué belleza, por Dios!

Traía puesto un vestido celeste sin mangas, con cinturón y falda amplia. Altos tacones color crema y un moño en la nuca.

La observó en silencio hasta que recobró el uso de sus cuerdas vocales.

—Larrique, se ve increíble esta mañana.

Ella rio.

—Me gustó más el “eres guapa que te cagas” de ayer.

Él se acercó y cuando estuvo frente a ella le ordenó:

—No más palabras. Quiero besos.

Y esa Bárbara que a los ojos de todos era como de hielo, se

transformó en fuego solo para él.

Lo besó suavemente primero, como si estuviese dando suaves bocados a algo muy rico, pero Iván no pudo mantener la lengua quieta por mucho tiempo, así que de un momento a otro la cosa comenzó a ponerse muy caliente.

La cogió de la nuca y profundizó el beso más y más. Se la quería comer entera...

Ella lo frenó un poco porque no estaba en sus planes desbarrancar allí.

—Kessler... No querés más palabras, mas tu lengua no se detiene. Procuremos sosegarnos, por favor...

Pero Iván tenía otros planes.

—Tú sosiégate, cariño. Yo voy a por más —le dijo mientras hundía el rostro en el cuello de Bárbara, que se estremeció desde la cabeza a los pies.

—¿Cuánto más?

—Quiero follarte, Bárbara. Aquí mismo, ahora... Por favor.

Ella lo apartó con las dos manos y lo miró a los ojos.

Ay, carajo. Qué forma de mirar, entre hambrienta y suplicante. Estaba perdida.

—Vení.

Lo hizo sentarse en su sillón giratorio con posabrazos rebatibles, y luego se levantó la falda.

—Esta vez te voy a coger yo a vos —le dijo antes de montarlo.

Como la tarde anterior en la azotea del edificio de enfrente, no se sacaron la ropa, simplemente la apartaron y unieron sus sexos para saciar el hambre que los estaba matando.

Bárbara lo cabalgó apretando los dientes para no gritar cuánto lo estaba gozando.

Él estaba igual o peor. Con las nalgas redondas y perfectas en sus manos, Iván apenas podía contener sus gemidos.

Follaron o cogieron, qué más da. Lo hicieron con ganas; casi con desesperación se amaron.

Cuando a ella se le escapó un “sí, sí, sí”, él le comió la boca. Callarla de esa forma lo enardeció aún más y se corrió dentro de Bárbara con un ronco gruñido.

Después de aliviarse, ya más tranquilo, se dedicó a deleitarse observando como ella llegaba al clímax.

—Shhh... —le dijo tapándole la boca con los dedos cuando un gemido de satisfacción resonó en el despacho.

—Qué locura... —murmuró ella apoyando el rostro en el hombro masculino. Y luego de un hondo suspiro, reflexionó: —Estaré loca pero nunca

fui tan feliz.

—Ni yo —convino él acariciándole el cabello—. Creo que he fantaseado con algo así desde la primera vez que entré a este lugar.

—Y yo vengo fantaseando contigo desde que nací —le confesó—. Ya no hay nadie más que vos en mi vida... Terminé con todo.

Iván estuvo a punto de gritar de alegría, pero guardó la compostura y se mantuvo calmado, observándola.

—Me alegra.

Era tan fuerte lo que los unía que casi se podía ver y tocar. Él cerró los ojos conmovido, pero a pesar de que se sentía en el cielo, una sombra se cernía sobre él. Era el pensamiento que lo venía atormentando desde el viernes y que se resumía en una sola frase: “soy muy poca cosa para ella”.

Pero Bárbara, ignorante de las dudas que lo asaltaban, en un sencillo acto de amor no hizo más que aumentarlas.

Le regaló un celular.

No era el más caro ni el mejor, pero Iván se sintió pésimo al recibirlo y no pudo ocultarlo.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

Él sopesó sus palabras antes de responder.

—No es eso. Es que no era necesario...

—Claro que lo era. Me dijiste que devolviste el tuyo, ¿no? Bueno, acá tenés otro para que podamos comunicarnos.

—Bárbara, no quiero que gastes tu dinero en mí, ¿lo entiendes? —le pidió, suave pero firme.

—¿Por qué? Para mí no representa ningún sacrificio el haber...

—Ya lo sé, pero me hace sentir incómodo.

Era la primera vez que discutían desde que estaban juntos, y ella no sabía cómo manejar la situación.

Y no fue necesario, porque antes de que pudiese replicar, alguien tocó a la puerta.

—¿Quién? —preguntó de mala manera.

—Bárbara, es urgente.

Cuando salió del despacho, Mónica la puso al tanto.

—Está Ramírez con toda la plana mayor del SUTCA. También trajo a la banda que hace más ruido y ya están llegando los periodistas. Insiste en que bajés vos. ¡Ni siquiera quisieron hablar con el ministro que iba de salida hacia la reunión del Consejo! Me dijo que lo dejaba en tus manos, y yo no sé qué hacer...

—¿Qué carajo quieren ahora? Voy a tener que bajar.

—No, Bárbara, están muy alterados y Lamorte me dijo que ni se te ocurra.

—Entonces que suba él. Voy a recibir a Ramírez en mi despacho, si Lamorte no tiene inconveniente —le dijo a su secretaria, irónica.

Y Lamorte no tuvo nada que objetar, pues le era más fácil controlar al dirigente que a toda su manada.

Bárbara le pidió que se mantuviese fuera de la oficina, y lo mismo le pidió a Iván. Quería solucionar lo que fuese que se había presentado, y terminar la conversación que habían iniciado y se parecía mucho a una discusión.

Pero éste se negó a retirarse, y aunque Bárbara insistió, se mantuvo en sus trece. Le parecía extraño que Ramírez se hiciera presente de esa forma tan prepotente. Él tenía las credenciales suficientes para pedir una entrevista por las buenas, a no ser que hubiese pasado algo grave... Se metió en el baño del despacho y le prometió a Bárbara que no saldría de allí por nada del mundo. Solo quería estar cerca, por si las moscas.

Ella no tenía tiempo de discutirlo, así que recibió a Ramírez y habló con él, con Iván escuchándolo todo al otro lado de la puerta.

Y el comienzo de esa conversación no fue para nada auspicioso:

—Vengo decidido a saber la verdad. Quiero que me diga qué me está ocultando y por qué negocia a mis espaldas, doctora Larrique.

Capítulo 42

—Está diciendo disparates.

—¡Usted está conspirando en mi contra!

—No es cierto, Ramírez. Y de verdad necesita calmarse.

—¡No me calmo un carajo!

—Si no se calma, no podemos dialogar.

—Dialogar... Yo ya vine a dialogar y aquí mismo usted se comprometió a buscar soluciones. ¡Y no ha hecho nada!

—Se equivoca. Estoy trabajando en un proyecto de ley, que dadas las circunstancias actuales y el ritmo de la situación del país, puede que tenga salida en un decreto presidencial que habilite una extensión del seguro de desempleo, con una capacitación gratuita de...

—¡Mentiras! ¡Todas mentiras! Usted se está reuniendo con Kessler y están cocinando algo muy turbio. No soy estúpido, ¿sabe? No voy a permitir que nadie me pase por encima... ¡Soy el presidente del sindicato!

Bárbara se quedó helada. En ningún momento se le había cruzado por la mente que todo ese desborde tuviese que ver con Iván.

—No dice nada... Claro, qué va a decir si sabe que es cierto. ¿Ha estado viendo a ese hombre, el español?

Ella tragó saliva, y luego asintió.

—Sí, pero no tiene nada que ver con...

—¡No juegue conmigo, doctora! Lo acaba de admitir. ¡Se reúne a mis espaldas con el líder de un sindicato paralelo que quiere sacarme de en medio! —exclamó fuera de sí, poniéndose de pie.

—Ramírez, por favor... Lo he visto, sí, pero en ningún momento hablamos de usted, se lo aseguro.

—Sigue mintiendo. Se encuentra a escondidas con él y me quiere hacer

creer que no están tramando nada en mi contra... ¡No le creo! —le gritó visiblemente ofuscado.

—Le doy mi palabra de que...

—¡Su palabra no vale un carajo! ¿Para qué mierda se va a reunir con ese bueno para nada, si no es para negociar algo por fuera de las vías tradicionales? ¿Para qué? —volvió a gritar, cada vez más iracundo.

Y en ese preciso instante hizo su aparición Iván.

Salió del baño con calma y se acercó al dirigente.

—Porque estamos enamorados. Por eso nos estamos viendo —le dijo con voz neutra. Se veía tranquilo, aun con los puños apretados.

—¿Qué? ¡Acá está la prueba! Lo tenía escondido escuchándolo todo... Esto no lo pienso tolerar. Vamos a tomar medidas muy duras ¿entienden? Las peores... —los amenazó blandiendo su índice.

Bárbara estaba azorada por completo. Ella podía lidiar con muchas cosas pero un dirigente sindical al borde del colapso discutiendo con el hombre de su vida, era demasiado.

Por eso permitió que Iván tomara el control de la situación. Él seguía manteniéndose calmado mientras que ella era un manojo de nervios, así que lo dejó hablar con el dirigente sin intervenir.

—¿No me escuchó, Ramírez? Quizá si dejara de gritar podría entender lo que le digo: no existe tal conspiración. En ningún momento hablamos de usted, del sindicato, o de cualquier asunto laboral. Los que le han ido con el cuento de que nos vieron juntos, omitieron decirle lo más importante: Bárbara y yo tenemos una relación.

La carcajada de Ramírez resonó con fuerza.

—Pero ¿por quién me tomaste, infeliz? ¿Vos te pensás que soy estúpido? ¡Mirá si una viceministra se va a fijar en un muerto de hambre como vos!

Por un momento el silencio pareció invadirlo todo con un halo de frialdad. Iván se quedó mudo...

Bárbara observó la mandíbula tensa y tuvo miedo, pero Ramírez no le dejó margen de acción porque siguió hablando:

—Ni siquiera me creería el cuento de que te está usando para “aquello” por más pinta que tengas, insolente —le dijo con desprecio—. Y mucho menos me voy a comer el verso de que están de novios. ¡Por favor! Habrase visto pareja más desapareja. Un imbécil que no tiene ni dónde caerse muerto, que no sabe siquiera hacer una mezcla decente, se viene a encamar con una mina como esta... Tendría que estar muy desesperada para elegirte justo a vos.

Eso fue demasiado. Era una provocación abierta y el autocontrol de

Iván llegó a su fin.

Tomó a Ramírez por las solapas de su chaqueta de cuero, y lo alzó en el aire. Era tal la expresión de furia de su rostro, que el de Ramírez dejó de reflejar la suya y se puso a temblar.

Se veía realmente aterrado cuando le exigió:

—Soltame. Tengo a toda “la pesada” afuera y si me hacés algo...

Pero Iván no lo soltó. Entonces Bárbara se vio obligada a intervenir antes de que ocurriera una desgracia.

—Iván, por favor, soltalo.

—Quiero partirle la cara.

—Ya lo sé, pero ahora te vas a calmar y lo vas a soltar.

—No.

Entonces ella no tuvo más remedio que abrir la puerta del despacho, y llamar a Lamorte.

Horas después, mientras esperaba que uno de los baños químicos terminara de desagotarse, Iván reflexionaba sobre los hechos acaecidos esa tarde.

Y cuanto más pensaba en ello, peor se sentía.

A Darío no le pasó desapercibido su estado de ánimo, y en la primera pausa que hicieron le sonsacó todo.

No supo qué decirle... Intentó consolarlo afirmándole que Bárbara lo quería así cómo era, que ignorara lo que Ramírez le había dicho, pero en el fondo el propio Darío no terminaba de creerse que Bárbara Larriqué estuviese enamorada de su amigo.

No era que a Iván le faltaran cualidades; era que venían de mundos distintos y parecía que iban dirigidos a universos diferentes a juzgar por la promisoriosa carrera de Bárbara, y los problemas laborales que los obreros como ellos estaban enfrentando.

Pero no quiso echar leña al fuego con sus oscuros pensamientos, y le sugirió que le diera “tiempo al tiempo”, aunque presentía que el tiempo no haría otra cosa que enfriar la calentura y calentar los ánimos.

Igual no quería ver a Iván así. Era evidente que estaba sufriendo, aunque pensó que si iba a hacerlo era mejor temprano que tarde.

—Hey... No te ves bien, flaco.

Iván lo miró y suspiró.

—No estoy bien y tú sabes por qué. Disculpa, tío, pero no tengo ganas de hablar.

En ese momento no tenía, pero antes sí. Presa de la ira, de la indignación, de la frustración, le había contado a Darío cada detalle de lo sucedido.

Incluso las últimas palabras de Ramírez, las que Bárbara no pudo escuchar porque estaba llamando a los gritos a su guardaespaldas.

No podía olvidar ese breve pero insidioso comentario, que terminó de destruir los castillos en el aire que venía construyendo desde que conoció a Bárbara.

Mientras él lo tenía aferrado por las solapas, y sus rostros estaban a un palmo de distancia, el dirigente le dijo en voz baja:

“Pobre diablo. Lástima te tengo, y por eso no voy a denunciar esta agresión. Porque si todo esto es cierto, igual estás condenado a fracasar y a que ella se aburra de vos y te deje. Sos un plato exótico que nunca había probado, una experiencia de riesgo que seguro jamás corrió. Y en el mejor de los casos, si de verdad le gustás y sigue contigo, le vas a arruinar la carrera. No quisiera estar en tus zapatos... Nunca vas a estar a la altura de Bárbara Larrique”.

Se lo dijo con asombrosa rapidez, y pasmosa calma a la vez. Parecía haber recobrado de pronto la lucidez, y eso alcanzó a Iván que sintió como si algo le hubiese golpeado el estómago.

Aflojó el agarre, y pálido como un muerto dio un paso atrás.

Cuando Lamorte entró, el panorama había cambiado. El dirigente se arreglaba la solapa e Iván parecía una estatua.

Se quedó desconcertado y miró a Bárbara en busca de instrucciones, que con un gesto le indicó que se marchara.

—Bien, ahora que nos hemos calmado todos, podremos hablar como seres civilizados que somos —dijo con voz fría y muy segura de sí. Retomar el control de la situación era un verdadero alivio.

Parecía que el río había vuelto a su cauce, pero no contaba con lo que pasaría a continuación.

Mientras ella daba la vuelta a su escritorio, Iván la siguió con la mirada, y fue como si se descubriera un velo que lo había tenido cegado. Esa mujer no se parecía a la que le había dicho que lo amaba... ¿Se lo había dicho en realidad? Tal vez no. “Estoy loca por vos” podía significar tantas cosas... Incluso “me gusta cómo me follas”.

Y así, de pronto se encontró con la doctora Larrique, la exitosa mujer de carrera promisoriosa que con un peón fracasado con ínfulas de escritor, lo único que podría tener sería un amorío sin importancia.

No lo pensó más.

Antes de que Bárbara terminara de acomodarse, Iván ya se había marchado.

Capítulo 43

Mientras hablaba con Ramírez ya más calmado, Bárbara solo pensaba en contactar a Iván. Estaba deseando que esa conversación terminara para poder hacerlo.

No podía sacarse de la cabeza la expresión de su rostro, cuando ella entró con Lamorte para detener la pelea.

Ya no se veía furioso sino infinitamente triste. ¿Qué le habría dicho Ramírez para hacerlo cambiar por completo de talante en menos de diez segundos?

No se lo preguntaría al dirigente, se lo preguntaría a Iván en cuanto pudiese llegar a él.

—Disculpe que me meta, doctora, pero... ¿es cierto? ¿Usted sale con ese tipo?

—No tengo por qué discutir mi vida privada con usted, Ramírez. Sabe todo lo que tiene que saber para dar por tierra sus estúpidas teorías conspirativas. Ahora vaya y libéreme el espacio público que los ánimos ya están bastante caldeados.

—¿Y no le importa que la gente se entere? Porque aunque yo no abriese la boca, todo el mundo sabe de sus encuentros con...

Mientras Ramírez hablaba, Bárbara se preguntaba si realmente le importaba que todos se enterasen de su relación con Iván. La respuesta vino de su corazón, y su mente la acompañó.

—Que digan lo que quieran. No me importa.

Pero el dirigente no se daba por vencido.

—Mire que yo puedo persuadirlos sin inclinar la balanza ni para el lado de la corrupción ni para el lado sentimental. Si llegamos a un acuerdo, puedo inventar una excusa creíble que...

—¡Ramírez! —exclamó, indignada. No podía creer que ese infeliz intentara chantajearla.

—No se me ponga así, que no es para tanto...

Pero ella ya no se podía contener.

—Escúcheme, aprendiz de chantajista: por mí puede salir por esa puerta y contarle a su gente y a toda la prensa que estoy enamorada de Iván Kessler. ¡Hágalo! Me estaría evitando tener que hacerlo yo, porque no me sobra el tiempo y tengo mucho qué hacer. ¿Usted no? ¿Qué le parece si cada uno retoma su tarea por el bien de la comunidad?

Y dicho eso se puso de pie, y con paso rápido se dirigió a la puerta y la abrió.

Ramírez entendió el mensaje, y en menos de dos segundos había puesto pies en polvorosa.

Pero Bárbara no se pudo concentrar en nada esa tarde. No podía dejar de pensar en Iván y su expresión de completa desolación. Había dolor en su mirada.

Ella quiso ir tras él, pero se dio cuenta de que antes tenía que poner en su lugar a Ramírez y despacharlo con viento fresco. Y al descubrir que el móvil que le había regalado se había quedado sobre su escritorio, la desolada fue ella.

“Voy a tener que llamar a Darío Vázquez, entonces. Porque yo no termino el día sin ver y hablar con Iván”, se dijo.

Y luego de eso, marcó el número. Le costó bastante comunicarse.

Recién a las dos horas Darío respondió, y cuando ella le pidió que le pasara con Iván si lo tenía cerca, se dio cuenta de que vacilaba.

—¿Qué pasa? ¿No está con usted, trabajando?

—Está trabajando, sí. Pero no lo tengo cerca...

—Bien. Necesito hablar con él. ¿Puede decirle que me llame con urgencia?

Pequeña pausa, y luego una respuesta que no esperaba.

—No. Lo siento, doctora. Creo que es mejor que deje pasar unos días antes de hablarle.

Bárbara no podía creerlo. ¿Unos días? ¡Cómo si ella pudiese estar todo ese tiempo sin ver ni oír a Iván!

—Darío, por favor. Usted no sabe lo que pasó...

—Por el contrario, lo sé todo. Y por eso le pido que se mantenga lejos unos días, hasta que a él se le pase la “mufa”—le replicó el muchacho.

—Pero necesito saber... ¿por qué está así de enojado? ¿Qué fue lo que le hice para que esté así?

—No es con usted específicamente. Es con la vida.

—¿Con la vida?

—Sí. Con la vida, con sus fracasos... Él cree que no la merece, doctora.

—Dígame Bárbara. ¿El cree que no me merece? ¿Eso le dijo?

—Palabras más, palabras menos. Se siente poca cosa para usted, que no está a la altura, que le va a arruinar la carrera...

—Espere, espere. No entiendo cómo de pronto Iván llega a esas conclusiones tan...—no había terminado de decirlo cuando a su mente acudieron imágenes de lo sucedido horas antes con Ramírez.

Un imbécil que no tiene donde caerse muerto, que no sabe siquiera hacer una mezcla decente, se viene a encamar con una mina como esta... Tendría que estar muy desesperada para elegirte justo a vos...

Ella no había tenido en cuenta el significado de esas palabras, preocupada como estaba de que se agarraran a golpes. Pero a la luz de lo que Darío le revelaba comenzó a comprender.

—Como llega a pensarlo es lo de menos. Lo que le dijo el “Manopla” tal vez fue el detonante... —la interrumpió Darío—. Pero es algo que le viene dando vueltas en la cabeza desde que... Bueno, usted ya lo sabe.

—¡Pero no es cierto! Tengo que decírselo, Darío. Y usted me tiene que ayudar.

—Bárbara, él me dijo que quería dejar de verla. Que no soportaría el ser el responsable de que su carrera se viese perjudicada por estar juntos —le confesó.

Y al escucharlo, Bárbara, la dama de hielo y metal, se desmoronó.

—Yo... Yo lo quiero. Y no me importa nada, ni mi carrera ni nada. Por favor, permítame hablar con él.

Darío suspiró. Estaba a punto de flaquear pero finalmente decidió respetar los deseos de su compañero, al menos ese día.

—Hagamos una cosa: esperemos un poco. Él está terminando el libro y tal vez cuando lo haga se sienta diferente.

—¿Por qué el terminar ese libro podría cambiar lo que siente?

—Porque cumplir una de sus metas al menos, podría hacerlo sentir menos frustrado. Iván no termina de asumir sus últimos fracasos y me parece vital que se reencuentre con el hombre que fue mientras vivía en España, o más bien con el que quiere ser —le explicó Darío, pero ella no se resignaba.

—Pero él me dijo que lo nuestro dependía de mí —le confesó sin pudores—. Y yo quiero. De verdad quiero...

—Lo cierto es que ahora depende del respeto por sí mismo, que Iván

tiene que recuperar —le dijo Darío con firmeza—. Bárbara, hágame caso. Deje que pase esta semana, y cuando vea que él terminó de rumiar su dolor, yo mismo la voy a llamar. ¿De acuerdo? Es por el bien de Iván, en serio.

Por el bien de Iván.

Para hacerle bien, era capaz de aguantar su propio sufrimiento, aunque su corazón sangrara y su cuerpo clamara por él.

—De acuerdo —musitó.

Y ni bien colgó se largó a llorar.

Víctor no cabía en su cuerpo de lo excitado que estaba. Tenía la llave de la felicidad en sus manos, y el idiota de Octavio había sido, sin saberlo, el responsable de esa situación.

Pero tenía que actuar rápido, antes de que el médico se diera cuenta de que le había robado las llaves del departamento de Bárbara.

Era cuestión de tiempo que ella se las pidiera, él no las encontrara y atara cabos.... No, tenía que actuar más que rápido. Se iba a dar el gusto de su vida, ese que no pudo terminar de darse cuando ella era una zorrita hambrienta y él rebosaba de hormonas.

Ahora ese gusto se lo estaba dando un ilustre desconocido, que entraba y salía del ministerio como si fuese el propio ministro. Lo había visto el día anterior y esa vez de cerca... No le quedaron dudas: el hijo de puta se estaba cogiendo a Bárbara, pero ya no lo haría.

No lo haría porque Víctor tenía planes para ella que solo lo incluían a él.

Ya lo había probado con Octavio, no necesitaba mostrar las fotos para obtener resultados. El médico temblaba de miedo, y ni siquiera las había visto.

¿Quién no tenía secretos que no deseaba que se revelaran? Ciertamente que las fotos que Octavio tenía lo comprometían si Bárbara hablaba, pero si no... ¡Si solo se veía su pija! No podrían probar que había sido él, aunque el hecho de que la prestigiosa Bárbara Larrique lo afirmara, lo ponía en desventaja.

De todos modos, esperaba que jamás salieran a la luz, que bastara con la amenaza de hacerlas públicas.

Por si las moscas, decidió hacerse de un “refuerzo”. Esa especie de incentivo había funcionado en el pasado, así que no venía mal traerlo consigo.

Si ese gorila que le habían puesto descubría sus planes, podía amedrentarlo con ella.

No lo pensó más, entró al escritorio de su padre, y agarró la pistola.

Revisó los cajones, el armario, y por fin la encontró. ¡Mierda, tendría

que comprar balas!

Buscó en Internet alguna casa de venta de armas, y luego otra de artículos de camping. Necesitaba unas cuerdas y otras cosas... Esas otras cosas incluían pasar por una farmacia para comprar cloroformo, y algún otro sedante.

Y también se bajó un mapa de la web. Hacía mucho que no iba a ese lugar, y tenía miedo de perderse.

Lo imprimió, y juntó algunas cosas en su bolso de mano. Luego tomó las llaves, se despidió de su madre y se marchó.

Capítulo 44

El día más nefasto de los últimos tiempos para Bárbara, había comenzado de la mejor manera: con Iván comiéndola a besos mientras ella se lo montaba.

Pero a la luz de lo que sucedió después, hasta ese recuerdo le hacía daño.

Ramírez lo había arruinado todo, todo. Pero en el fondo de sí sabía que lo que pensaba el dirigente no le hubiera hecho mella a Iván, si él no pensara algo similar.

Lo que hizo Ramírez fue confirmarle sus dudas. La semilla ya estaba, y él la hizo germinar.

“Tengo que convencerlo de lo contrario. ¿Que no es suficiente para mí? Él me completa, llena mi vida de alegría, de color. Nunca me había gustado alguien tanto, ni nunca había sentido una conexión tan fuerte. Yo no sabía lo que era el deseo hasta que lo conocí... Fue el único que logró despertarme de ese letargo autoimpuesto, por lo que Víctor me hizo. Rompió mi coraza, barrió con mis reservas por completo. Estar con Iván dentro o fuera de la cama, me hace sentir viva. No puede importarme menos si trabaja de albañil o de periodista, lo único que me importa es que esté cómodo, realizado, feliz. ¿Por qué no puede entenderlo así? Ni el dinero ni el poder me resultan atractivos si no lo tengo a mi lado... ¡Ni siquiera estoy disfrutando de mi trabajo!” pensó, desesperada.

Momentos después confirmaba cuán difíciles podían ponerse las cosas, cuando Mónica le pasó una llamada del ministro Murcia.

—Hola, Bárbara. ¿Lograste apagar el incendio del SUTCA? —le preguntó a boca de jarro. Parecía nervioso.

—Sí, supongo. ¿Te pasa algo?

Ernesto carraspeó y luego le respondió:

—Pasa de todo. El país se va a pique y nosotros con él.

Un escalofrío la recorrió entera.

—¿Qué querés decir?

—No se puede parar la corrida bancaria. El de Comercio, el del Plata, el Caja Montevideo y el de Crédito Rural... Todos al borde de la quiebra.

—No puede ser...

—Ya es casi de dominio público. Están pensando en decretar feriado bancario si la cosa sigue así —le dijo en voz baja—. Yo que vos saco el dinero de...

—Ernesto, yo tengo algunos ahorros en el Banco País, pero si los tuviera en esos bancos no contribuiría a la corrida bancaria. ¿Qué clase de servidora pública sería si lo hiciera? Nosotros tenemos que dar el ejemplo —afirmó convencida.

—Hacé lo que quieras. Parece que el Chase va a comprar acciones en el de Comercio, una pequeña inyección de liquidez para que puedan responder a los ahorristas, y frenar esto. Se va a quedar con el banco por dos mangos...

—¿Y los otros?

—El de Crédito Rural puede que se salve si sus directores cumplen con lo prometido: fondearlo de inmediato. El Caja Montevideo y el del Plata están en serios problemas. En el consejo de ministros no se hablaba de otra cosa.

—¿Y qué podemos hacer para ayudar desde el ministerio?

—Nada. No darle dolores de cabeza al presidente, que ya tiene bastantes problemas.

La angustia de Bárbara iba *in crescendo*. El día no mejoraba en absoluto.

Sin novedades de Iván, sintió que lo mejor que podía hacer, era irse temprano a casa y acostarse.

Guardó sus cosas, apagó la computadora y se despidió de Mónica.

En la puerta del ministerio, Lamorte tiró su cigarro y la miró sorprendido.

—¿Tan temprano, doctora?

—Me duele la cabeza. Voy a ir a casa y me voy a acostar.

—Entendido. Se va a aislar del mundo así que nada de visitas ¿verdad?

—Así es —confirmó, pero luego se lo pensó mejor y se apresuró a aclarar—: A menos que esa visita sea...

—Iván Kessler —completó el guardaespaldas con una sonrisa—. ¿Puedo preguntarle si tienen planes para mañana? Esto funciona mejor anticipándose.

—No. Bueno, no sé... Ya le diré cuando lo sepa.

Tenía la secreta esperanza de que Iván no soportarla la tortura de no verla. Ella sabía que esa necesidad era desesperante y podía barrer con todos los buenos propósitos de cualquiera, así que se aferró a esa esperanza.

Cuando llegó a su casa se dio cuenta de que no tenía hambre, así que se fue directo a la ducha.

Y mientras se enjabonaba su zona íntima, no podía dejar de pensar en Iván y sus caricias allí, sus apasionadas lamidas, sus dedos ásperos entrando y saliendo...

Casi nunca se masturbaba, pero esa noche estaba tan tensa como excitada por los recuerdos, así que descolgó la roseta de la ducha y...

No pudo siquiera empezar, porque de pronto se abrió la mampara y se encontró cara a cara con Víctor.

Esa noche Darío intentó hablarle.

—Pensalo, flaco. Ella está mal, vos estás mal... Se merece aunque sea una explicación. No sabés qué triste se la escuchaba cuando me llamó buscándote.

Pero Iván estaba decidido a apartarse de Bárbara. Sabía que no sería sencillo, pero nunca imaginó que costaría tanto. Necesitaba pensar en otra cosa, así que luego del trabajo se dedicó a escribir. El libro estaba a medio terminar, pues él sentía que sin saber el destino de la hija de Laura, era imposible hacerlo.

Cuando en un momento tuvo que hablar de la soledad, de la más completa y absoluta soledad, sintió que las palabras se le agolpaban en la cabeza.

Tenía mucho que decir de eso, porque así se sentía.

Bárbara había sido como un rayo de sol en su vida. Esos pocos días que compartieron le hicieron sentir que era posible ser feliz. ¿Pero cómo serlo si le estás arruinando la vida a la persona que amas? Serían dos los infelices, dos los frustrados.

No quería hacerle eso. Se la imaginó presentándolo a sus amigos, con esa ropa gastada que si no fuera por Darío ni siquiera tendría.

“Mi novio, el que traslada y drena baños portátiles” o “Mi novio, el peón de obra”. No sabía si algún día podría decir “Mi novio, el escritor” porque su libro aún estaba en pañales. Su profesión de periodista de nada valía sin un empleo que le permitiera ejercerla.

En cambio ella era multifacética y exitosa. Abogada, con una carrera política muy prometedora. Hermosa, y suponía que hasta podía ser rica. No lo

sabía ni le importaba, en realidad.

Y además era una persona honesta, y una mujer demasiado sensual. Solo por recordar lo bien que se sentía estando dentro de ella, su pene se olvidó de cuán solo estaba, y respondió con una erección considerable.

Recostado en la cama que le habían armado en el garaje, Iván apagó la luz y comenzó a tocarse, imaginando que esas no eran sus manos sino las de Bárbara. Con los ojos cerrados recordó su aroma, la textura de su pelo acariciándole los muslos, sus pezones pequeños y rosados. Su culo redondo y perfecto, la deliciosa calidez de su vagina.

Y a pesar de que había follado con ella horas antes, acabó como si no lo hubiese hecho en años.

Avergonzado y jadeante, bajó la cabeza y observó en la penumbra las brillantes gotas que le salpicaron el vientre.

“Esta será tu vida sin ella. Matarte a pajas porque no habrá ninguna mujer a su altura. Y todo por cobarde... ¿Por qué no aprovechas ese amor que dices tenerle para intentar superarte? Escribe el libro y muéstrales a todos lo que sabes hacer mejor. Si esperas a ser exitoso, puede que la pierdas. ¿Quieres eso? ¿Quieres perder a una mujer como Bárbara Larrique?” se preguntó.

Lo cierto era que le faltaba valentía y le sobraba orgullo. Un orgullo que de nada le serviría... ¿Y si lo intentaba? Si intentaba aceptar que a ella le había ido mejor que a él, podría vencer sus reparos.

Su mente iba por su cuenta, y elegía las opciones que más lo acercaran a Bárbara. Sus buenos y altruistas propósitos de dejarla libre, se diluyeron con el primer bostezo.

Y su último pensamiento antes de dormirse fue: “Al demonio el puto orgullo. Bárbara me está buscando y me encontrará. Lo primero que haré mañana es ir a por ella, y que sea lo que Dios quiera, porque esto que siento va más allá de mi control”.

A las seis y media de la mañana estaba en la puerta de la casa de Bárbara, y no se decidía a tocar.

En eso vio el auto de Lamorte. Quizá debería registrarse con el guardaespaldas... Se acercó y notó que estaba dormido.

—Lamorte... —lo llamó.

El hombre se despertó sobresaltado.

—La puta madre... Me dormí. El relevo no me vino y me dormí. Carajo...

Iván estaba a punto de decirle que podía marcharse, que él mismo se encargaría de escoltar a Bárbara a la oficina, cuando lo vio palidecer. Observaba un punto fijo frente a él, y cuando Iván le siguió la dirección de la

mirada vio el papel.

Estaba del lado de afuera, contra el vidrio, apretado con el limpiaparabrisas.

Iván lo tomó y leyó en voz alta:

—“Qué bonito, dormido en horas de servicio. Como sea, no lo necesitaré ni hoy ni en los próximos días. Mi hermano Víctor me llevará a la costa para que descanse, así que queda relevado de sus funciones. Haga usted lo mismo, vaya a su casa, repose y evítese papelones como este. Y tranquilo, que mi hermano me va a cuidar. Bárbara”.

El tono de la carta era el que más representaba el agudo sentido del humor de Bárbara, pero había algo que a Iván no le gustó en absoluto.

Mi hermano Víctor. Ni siquiera le había hablado de él cuando mencionó a su familia.

Y de pronto recordó el mensaje que el ex novio le había dejado en el contestador el sábado. Le había dicho que iba en camino un guardaespaldas porque había una “mujer loca” rondándolos, y porque no confiaba en su hermano. Tragó saliva, nervioso.

—Lo siento, Kessler. Nunca me había pasado esto de dormirme en el trabajo, y que la jefa me pescara de esta forma... Perdón ¿le pasa algo?

Iván no contestó. Fue hasta el edificio, se colgó del timbre y tal como lo esperaba nadie respondió.

Intentó con la vecina, la amable señora Ávila, pero al parecer tampoco estaba.

Tuvo un mal presentimiento, y no sabía por qué.

El guardaespaldas se había bajado del coche y lo miraba extrañado.

—¿Puedo ayudarlo? Creo que el mensaje de la doctora es bastante claro, Kessler. Se va a la costa con su hermano. Escrito de su puño y letra...

Pero Iván no se conformaba.

—Sí, puede ayudarme. ¿Es posible que llame desde su móvil a la secretaria de Bárbara? Me gustaría hablar con ella.

Y mientras Lamorte marcaba, Iván sintió el inconfundible sabor del miedo en su garganta.

Capítulo 45

Entró al edificio cuando nadie lo veía, y se ocultó en el guardabultos del subsuelo.

Desde allí se puso a observar cada coche que entraba. El de Bárbara apareció antes de lo esperado.

Bueno, esa era la idea. Estar dentro del edificio cuando ella llegara, de forma de evitar al estúpido del guardaespaldas.

Esperó unos minutos, y luego subió por las escaleras procurando no hacer ruido.

Cuando entró al departamento, solo se escuchaba el sonido del agua de la ducha. Era evidente que Bárbara se estaba bañando, y eso fue demasiado para él.

No pudo sustraerse a la tentación de observarla.

Dentro del baño permaneció inmóvil, mientras no se perdía detalle de lo que sucedía tras la mampara empañada.

En un momento le pareció que se estaba tocando, y se murió de celos de esa mano atrevida. Estuvo tentado a seguir mirando hasta dónde podía llegar Bárbara, pero no se pudo aguantar.

Había llegado la hora de actuar.

Su cara de sorpresa primero y de miedo después, casi lo hace olvidar sus planes. Tuvo ganas de derribarla de un golpe y luego poseerla allí mismo, en la ducha.

Pero el deseo de verla padecer de una forma más retorcida pudo más, así que solo la golpeó.

No alcanzó a derribarla pero sí la atontó lo suficiente como para que no pudiese siquiera gritar, y así, desnuda como estaba, la arrastró hacia el dormitorio y la lanzó sobre la cama.

—Sos una puta divina, hermanita. Me moría por verte las tetas...

Algo más repuesta Bárbara intentó incorporarse, pero Víctor la detuvo con algo tan contundente como un arma.

Sacó la pistola y la apuntó a la cabeza.

—Ni lo intentes, querida. Hacé lo que te digo y todo va a ir bien. Te llegás a hacer la heroína y estás frita —le dijo con calma—. Ahora abrí el placard y ponete algo encima si no querés que te clave contra la pared. Puedo usar la pistola, si mi pija no te alcanza.

Bárbara se envolvió en la colcha e hizo lo que Víctor le indicaba. Le ardía la boca y cuando se tocó notó que le salía un poco de sangre, pero eso no era nada comparado con lo que podía pasarle a continuación.

Evaluó sus posibilidades de escape y se dio cuenta que contra un arma apuntándola, nada podía hacer por el momento. Así que se limitó a obedecer, intentando no entrar en pánico. Desnuda se sentía por demás vulnerable, así que le vino bien la orden de Víctor.

Lo que le preocupaba era lo que vendría después. Si la hacía vestir, era porque no pensaba violarla, al menos en ese lugar. Si la secuestraba, tal vez sería porque planeaba matarla luego de abusar de ella, y luego ocultar su cadáver.

Cualquier alternativa era nefasta.

Se puso una musculosa deportiva, sin sujetador. Y luego soltó la colcha y terminó de vestirse: ropa interior, un pantalón de algodón con elástico tipo chándal, y un par de zapatillas deportivas.

Víctor casi no dejaba de observarla. Solo apartaba la vista por un par de segundos, para mirar por la ventana hacia abajo.

—Tu guardaespaldas es un inservible. Está roncando adentro del coche —le comentó, a todas luces divertido—. Bueno, Bárbara, ahora vas a hacer lo siguiente: vas a agarrar ese bolígrafo y vas a escribir lo que yo te voy a dictar ¿entendido?

Ella asintió. Estaba acorralada, no tenía salida.

Con mano temblorosa, escribió lo que Víctor le indicó.

—Perfecto. Esa nota tiene tu sello por donde la mires. Parate que nos vamos.

Entonces ella habló por primera vez, y la voz le salió tan extraña que no se la reconoció.

—¿Adónde?

—A un lugar donde podamos hablar sin interrupciones. Recordaremos el pasado y reconstruiremos nuestra relación que jamás debió cortarse. Vos elegís si lo hacés consciente o tengo que dormirte —le advirtió.

—¡No, por favor! No me duermas. Te juro que no voy a gritar ni nada... —le rogó, asustada.

—Perfecto. Vamos.

Bajaron por la escalera de servicio para no encontrarse con nadie, y una vez en la calle y sin dejar de apuntarla, Víctor le puso la nota al guardaespaldas en el parabrisas.

—Qué inútil —murmuró mirando a Lamorte dormir—. Ahora sí que estás en buenas manos. Ni el policía, ni Octavio, ni el perdedor ese que te estás cogiendo te van a cuidar como yo. Vení que nos vamos.

Bárbara apenas podía caminar de los nervios que tenía. Víctor conocía a Iván, sabía de su existencia. ¿La habría estado vigilando?

Eso la asustaba muchísimo. No sabía qué era peor, si un Víctor improvisando o uno con un plan montado.

Tenía miedo, pero no quería renunciar a la posibilidad de huir. Cuando estaba por subir al coche se soltó del brazo e intentó hacerlo, pero Víctor fue más rápido. La agarró del pelo con fuerza, y la puso de rodillas.

—Esto te va más que bien, Bárbara. De rodillas y a mi merced.

Y antes de que pudiera gritar pidiendo ayuda aún a costa de llevarse un disparo en la nuca, Víctor le cubrió la boca con algo y la durmió.

—¿Por qué querés hablar con el ex? ¿Qué puede saber él?

—No sé si sabrá algo, pero si sé que desconfiaba del hermano.

Mónica movió la cabeza.

—Es que ese Víctor es un hijo de puta —le dijo—. E ignoro el motivo, pero Bárbara lo odia.

A Iván se le heló la sangre al escucharla.

—Entonces jamás pudo haberse ido de buen talante con él...

—Tenés razón. Pero yo voy a hablar con Octavio porque a vos te va a cagar a puteadas. Le robaste la novia, Iván.

Él asintió. No era buena idea que lo llamara.

Permaneció en silencio, observando a Mónica mientras lo hacía.

—Doctor, soy Mónica, la secretaria de Bárbara. Me preguntaba si usted sabía algo de ella...Ajá. Entiendo... Sí, claro... Está bien... Sí, comprendo, doctor. Pero resulta que le dejó una nota muy extraña al custodia... Algo como que se iba con su hermano unos días, que él la iba a cuidar... Sí, a mí también me resultó muy raro... No, no sabemos... No, tampoco contesta el celular... Es que ni Lamorte ni yo tenemos llaves... ¿Usted sí? Genial... Perfecto, espero su llamado.

Cuando colgó Iván la atosigó a preguntas.

—¿Qué es lo que sabe? ¿Irá al departamento de Bárbara?

—Tiene llaves del departamento. Me va a llamar para coordinar el ir a echar una mirada. Quiere ver si se llevó ropa, si dejó algún otro mensaje...

No terminó ni de decirlo cuando le sonó el teléfono.

—Sí, doctor. ¿Cómo? ¿Cuándo? Me parece que deberíamos llamar a la policía, entonces.

Iván se descontroló al escuchar eso, y tomó a Mónica del brazo. Ella se zafó, y le hizo señas de que cerrara la boca.

—Ajá. Está bien... Me tranquilizo y no le digo a nadie. Sí. Espero que me llame y lo evaluamos...

Volvió a colgar y en eso entró Lamorte.

—¿Se sabe algo de la doctora?

—Que si se la llevó el hermano fue a la fuerza —dijo Iván con voz extraña. Y luego se volvió hacia Mónica—. Dime qué te ha dicho.

—Que no encuentra las llaves y sospecha que Víctor se las robó. Y que no llame a la policía todavía, que eso puede entorpecer las cosas y ponerlas peor. Víctor acorralado puede resultar muy peligroso —le respondió Mónica, asustada—. Me dijo que iba a ir a lo de la madre de Bárbara para ver qué sabía, y que luego me llamaba para ver si hacíamos la denuncia o no.

Iván se tomó la cabeza con las dos manos y caminó por la habitación. Se lo veía desesperado.

Lamorte no levantaba la suya, pues se sentía muy culpable. Solo lo hizo cuando finalmente Iván le habló.

—Usted y yo vamos a ir a la casa de la madre también. No confío en ese doctor, y quiero seguirle los pasos muy de cerca —le dijo, decidido—. Vamos ya.

—Por favor, Iván, que no te vea...—le recomendó la secretaria, nerviosa, mientras le daba un papel con la dirección—. Lo último que necesitamos es que se tomen a golpes ustedes dos.

—Descuida —la tranquilizó el periodista—. Nos mantendremos lejos pero no le perderemos pisada.

Y luego le hizo una seña a Lamorte y ambos salieron a la calle.

Capítulo 46

Cuando Bárbara abrió los ojos, lo primero que vio fueron los barrotes. A pesar del mareo, a su memoria acudieron de golpe los terribles acontecimientos que le había tocado vivir.

Intentó incorporarse y ahí fue que lo notó: su mano derecha estaba amarrada con una gruesa cadena, a uno de los barrotes de esa especie de jaula donde Víctor la había encerrado.

Cuando los ojos se le adaptaron a la penumbra, pudo observar el lugar. Había otra jaula junto a ella, y dos más enfrente. Era una especie de cobertizo o granero, que le resultaba más que familiar...

Era un canil. El canil de la chacra donde había nacido y se había criado.

“Dios mío... Estoy a cinco kilómetros de la ruta en manos de un desquiciado que ya me dañó en el pasado. No quiero imaginar qué planes tiene ahora para mí” pensó, aterrada.

Ese canil siempre le había parecido tétrico, pues se enteró que los antiguos dueños habían sacrificado a todos sus mastines antes de vender la chacra a los Larrique.

Estaba abandonado, ya que ni siquiera lo usaban como galpón, pues no lo necesitaban.

Bárbara se dio cuenta de que Víctor había premeditado todo eso, y que era muy probable que no saliera viva de allí.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, y dado que en ese momento estaba sola, se permitió llorar.

Pero minutos después levantó la cabeza y se secó las lágrimas.

“Estoy viva todavía” se dijo. “Y mientras lo esté voy a luchar”.

En ese instante entró Víctor, y al ver su cínica sonrisa, no pudo evitar volver a llorar.

—¿Por qué...? —le preguntó entre sollozos—. ¿Por qué me hacés esto?

La respuesta no se hizo esperar y fue la misma que le dio a Octavio días atrás.

—Porque puedo. Porque quiero.

—Por favor...—rogó Bárbara, tirando de la cadena—. Soltame...

Pero él no le hizo caso, y continuó:

—Y porque vos te lo merecés.

Ella levantó la mirada y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Por qué decís eso? ¿Qué te hice?

Víctor se aproximó a la jaula y ella retrocedió arrastrándose.

—Sos mía. Papá dijo que lo eras. Puedo hacerte lo que quiera... Yo mismo elegí tu nombre ¿sabés? —le dijo suavemente, y por primera vez le pareció humano—. Pero luego creciste y comenzaste a hacer lo que vos querías, no lo que yo te ordenaba... Necesitabas un castigo entonces, y aún lo necesitás.

A Bárbara se le cayó el alma a los pies.

—Víctor, no hagas una locura. ¿Querés ir a la cárcel?

—No voy a ir a la cárcel.

—¿Querés hacer sufrir a mamá? ¿Eso querés?

—A vos no te importa ella —la acusó—. Y tampoco querías a papá. Creo que te alegraste cuando lo asesinó esa puta.

—¡No es verdad!

—Igual mamá no va a sufrir. La única que vas a sufrir sos vos, Barbarita. Te voy a llevar lejos de acá... Y voy a hacer lo que sea para tenerte tranquila y que me hagas caso tal cual lo dispuso papá —le dijo con calma.

Ella sintió que se le cerraba la garganta por el miedo.

—Solo un par de días me va a llevar estar listo. Mientras tanto vas a quedarte ahí, y vas a hacer lo que yo te diga. Y lo que quiero ahora es que termines lo que empezaste en la ducha...

Bárbara no entendió, y él lo notó así que se apresuró a aclarar:

—Quiero que te toques.

Ella sacudió la cabeza, asqueada.

—No.

—Vamos, que te prometo que esta vez no habrá fotos.

—No, Víctor. No, por favor...

—Si vos no lo hacés, lo voy a tener que hacer yo. ¿Ves la pistola? Te la voy a meter en ese hermoso culito tuyo si no hacés lo que te digo —la amenazó.

Y luego se sentó en una silla y se cruzó de brazos.
—Que comience el show.

Elena no tenía idea de lo que estaba pasando. Cuando él le dijo que necesitaba hablar con Víctor con urgencia, ella ni siquiera sabía que no estaba allí.

—Debe estar en su habitación... Esperá que te lo llamo.

—No es necesario, Elena. Deje que yo subo.

Ni siquiera se molestó en golpear. Entró así, sin más porque sabía que allí no estaba.

Lo que sí había era una computadora encendida.

Octavio se sentó y vio el mapa.

Eso era en.... Carajo, eso era el camino a la chacra donde se habían criado él y Bárbara.

Una voz a sus espaldas lo sobresaltó.

—Ah, eso es El remanso. Seguro se fue unos días a descansar. Por eso andaba buscando la llave... Tenía que haberme avisado para que no me preocupara.

Elena había entrado sin hacer ruido y por encima del hombro de Octavio, observaba el mapa.

—Ah, sí. Bueno, hablaré con él a su regreso.

Pero ella se había quedado pensando en otra cosa.

—Ahora me explico lo de la pistola. Se fue a cazar perdices... Claro que mejor se hubiese llevado la escopeta, pero este hijo mío no sabe mucho de armas... —dijo ella condescendiente.

A Octavio le costaba mucho disimular su nerviosismo. El hijo de puta estaba armado, tenía a Bárbara y seguro que también las pruebas que lo comprometían. Si la policía intervenía, todo saldría a la luz y terminarían arruinados. Su reputación, la de ella...

—Me voy, Elena. Gracias y cuídese.

—Una lástima que estén distanciados con Bárbara... Si se llegan a reconciliar, decile que le mando un beso y que se acuerde de que tiene madre.

—Se lo daré de su parte —le aseguró, y luego se marchó a toda prisa de allí.

Él no necesitaba un mapa, se sabía de memoria el camino ya que innumerables veces fue en calidad de médico.

También fue en otras ocasiones, en calidad de amigo de Esteban, así que sin pensarlo dos veces se lanzó a la carretera. Él no tenía armas, pero sí un

argumento de peso para que Víctor liberara a Bárbara.

Se le acababa de ocurrir, y lamentaba profundamente no haberlo pensado antes. Eso que le diría, haría que ese desquiciado desistiera de sus macabros planes.

Si tenían suerte, solo se divertiría con ella un rato y cuando Octavio le dijera lo que tenía pensado, la dejaría marchar y todo continuaría igual. Sin policías, sin jueces, sin secretos vergonzosos revelados.

O mejor, porque quedaría como un héroe con ella y haría que regresara con él.

Sonrió satisfecho, y mientras conducía llamó a Mónica y le dijo que todo estaba bajo control.

—Ya sé donde está y voy por ella.

—Pero doctor... La policía... Dígame dónde...

—No es necesario —replicó cortante—. Ya le dije que Víctor puede resultar peligroso al sentirse acorralado por la policía. Sé cómo controlarlo, así que quédese tranquila que antes de lo que esperan regresaré con Bárbara. Recuérdeme mañana hacer que despidan a ese guardaespaldas de pacotilla.

Y luego colgó y continuó conduciendo.

No sospechaba que a una prudente distancia, Lamorte lo seguía, acompañado de un Iván que no podía dejar de preguntarse por qué así, de lejos, el ex novio de Bárbara le había parecido conocido.

Sacudió la cabeza y se obligó a concentrarse en no perderlo entre el tráfico.

Víctor no pudo disfrutar del espectáculo como estaba deseando porque apenas ella introdujo la mano dentro de su ropa interior, se escuchó un ruido proveniente de afuera que hizo que ambos se sobresaltaran.

Su mirada lasciva se transformó por completo y Bárbara suspiró, aliviada.

Momentos antes estaba experimentando la peor de las humillaciones, y ahora veía una luz de esperanza encerrada en un sonido exterior.

Su captor tomó la pistola y salió, no sin antes advertirle que se quedara quieta y callada porque sino le iba a ir peor.

A ella se le paralizó el corazón. No pensaba obedecerlo, porque se dio cuenta de que era la única oportunidad de salvarse de un destino peor que la muerte.

Intentó gritar, pedir ayuda, pero la voz le salió débil, apagada.

La espera se le estaba haciendo interminable.

De pronto se escucho un disparo y se agarró la cabeza mientras contenía la respiración.

“Por favor, por favor... Que lo hayan herido, que lo hayan matado. Por favor...” rogó en silencio.

Pero dos minutos después, Víctor entró al recinto.

No venía solo, por supuesto, y tampoco venía callado. Una sarta de maldiciones, a cual más gruesa, acompañaba sus movimientos. Se notaba que estaba furioso, y a ella le pareció más peligroso que nunca.

Pero su atención se desvió a lo que Víctor traía.

Con gran dificultad arrastraba a una persona cuyo rostro Bárbara no podía ver, al menos hasta que lo metió en el canil que estaba frente al de ella.

En ese momento se dio cuenta y su mundo se hizo pedazos, se desintegró, explotó y junto con él su corazón que comenzó a desangrarse lentamente.

Igual que Iván, que yacía inconsciente en el suelo de la sucia jaula, mientras manaba de su cabeza un río de sangre.

Capítulo 47

Los acontecimientos se sucedieron muy rápido. Por fortuna logró permanecer oculto, observando todo como un espectador privilegiado.

No había notado que lo seguía el guardaespaldas con otro hombre que no logró identificar, hasta que sucedió todo.

Había dejado el coche en el campo vecino, y había avanzado con sigilo hasta la chacra. Vio el coche de Víctor y también una camioneta tipo Van en la entrada del canil en desuso, y allí se dirigió sin hacer el menor ruido.

Pero no era el único que rondaba el canil. Lo supo por el sonido que se escuchó a continuación, que rompió la calma del lugar.

Un tero. Un tero se puso a chillar y al dirigir su mirada hacia el lugar de donde venía el sonido, vio a los dos hombres.

Se ocultó detrás de unos barriles, agradeciendo que ese bicho del demonio no lo hubiese pillado primero a él, y maldiciendo al estúpido guardaespaldas que había llegado para entorpecerlo todo.

En eso apareció Víctor pistola en mano, y antes de que Lamorte pudiese sacar la suya, le disparó.

El hombre cayó derribado, y sin cortarse ni un poco, Víctor también le disparó a su acompañante en la cabeza.

Octavio estaba paralizado. Y luego la furia se apoderó de él.

¿Cómo iba a evitar ahora que interviniera la policía? Un ex oficial caído iba a provocar todo tipo de averiguaciones que haría que sus secretos vieran la luz, y la carrera de Bárbara se arruinara.

“Maldito, Lamorte. Maldigo la hora en que le pedí a Murcia un custodia para Bárbara. Bien merecido lo tenés, por inútil. Seguro que vas a

tocar el arpa mejor de lo que manejás tu arma” pensó, iracundo.

Pero luego vio que el guardaespaldas no había muerto. La sangre manaba de su pierna, y estaba inconsciente pero no muerto, porque lo vio mover la cabeza a un lado y a otro. De todas formas lo daba como fuera de combate, porque en esas condiciones era difícil que pudiera pedir ayuda.

Mientras tanto Víctor arrastraba al otro hombre hacia el interior del canil. Octavio se preguntó quién sería. Tal vez un colega del guardaespaldas, otro inútil como él.

Segundos después volvió a salir e intentó arrastrar también a Lamorte, pero no pudo ni moverlo. Era demasiado corpulento pues estaba excedido de peso, así que pronto renunció a trasladarlo.

Lo miró, le dio un puntapié en la cara, y luego se subió a su coche y se marchó.

Octavio esperó unos minutos para asegurarse de que no regresara, y luego entró con cautela al canil.

Vio a Bárbara que lloraba desesperada dentro de una jaula, solo vestida con una camiseta y su ropa interior, descalza y sucia. Vio al hombre herido, inconsciente en otra jaula.

Por un momento no supo qué hacer, así que permaneció en las sombras observando el panorama antes de decidirse a actuar.

Ella sollozaba, y estiraba el brazo a través de los barrotes. Se veía desesperada.

—Iván... Por favor, mi amor. Iván...

Octavio casi se atraganta de la ira.

Mi amor. Le había dicho “mi amor” a ese tipo.

Ese hijo de puta era el que se la había robado, así que Víctor le había hecho un favor al deshacerse de él. Bien por Víctor. Por una vez en la vida había hecho algo bueno ese infeliz.

Y tal vez no fuese tan malo que interviniese la policía... Se lo llevarían a la cárcel antes de que pudiese divulgar nada. Sin el amante y sin Víctor en el camino, Bárbara volvería a ser suya y ya nadie se la quitaría.

Sí, las cosas se estaban acomodando de la forma que más lo favorecía.

Había llegado la hora de hacerse el héroe, así que hizo su aparición fingiendo estar horrorizado por lo que estaba ocurriendo.

—¡Barb, mi vida! ¿Qué te hizo ese desquiciado? ¿Volvió a abusarte? ¿Te violó?

Ella miró a Octavio sorprendida. No esperaba que él apareciese allí. Era la última persona que esperaba ver en ese momento, pero igual le serviría para liberarlos y pedir ayuda para Iván.

—Octavio por favor. Llamá a la policía y a una ambulancia. Buscá las llaves, sacalo de ahí y dale los primeros auxilios—le rogó, desesperada.

—Querida, primero voy a intentar liberarte a vos.

—No, Octavio. Yo puedo esperar. Ayudalo a él...

—¿A él? Pero si ni siquiera sé quién es—le dijo con fingida inocencia. Pero Bárbara no estaba con ánimos de explicar nada.

—Por favor, ayudalo. Te lo suplico.

Octavio le echó una mirada al tal Iván. Se dio cuenta de que a pesar de que había perdido sangre, la bala solo lo había rozado. El tipo respiraba y movía la cabeza como si intentara despertar.

—¿Por qué te interesa tanto? Parece que valorás su vida más que la tuya —le dijo Octavio con ironía—. Sospecho que este es el hombre que te arrancó de mis brazos.

Bárbara se secó las lágrimas e intentó recuperar la calma.

—Octavio, si lo sacás de ahí y lo salvás, yo no lo vuelvo a ver, te lo juro.

Fueron como las palabras mágicas que terminaron de hacer que a Octavio se le cayera la máscara de héroe.

—Vaya, qué altruista lo tuyo. Estás dispuesta a renunciar a él por salvarle la vida... ¿Pero de qué te sirve tenerlo vivo si no lo podés disfrutar? —le preguntó—. No te creo, Bárbara. Sos muy hábil declarante y sé que me estás mintiendo.

—Te aseguro que...

—No me vale de nada tu palabra. No confío ni siquiera en tu gratitud porque hasta ahora no has hecho nada para compensar todo lo que hice por vos.

—Por favor... Se está desangrando—suplicó Bárbara ignorando sus palabras, pero Octavio la ignoró.

Se plantó frente a ella para evitar que siguiera mirando al infeliz que se la había quitado. No soportaba ver cómo lo miraba. Lo hacía como nunca lo había hecho con él, y un odio ciego se apoderó de su alma.

—Te salvé de Víctor cuando tenías solo doce años y ese malnacido se olvidaba de que eran hermanos y te obligaba a chupársela con una pistola en la cabeza. Te puedo volver a salvar ahora y también al macho que te atiende, pero ¿qué garantías tengo de que vas a ser agradecida conmigo y no vas a volver con él?

Bárbara parecía no escucharlo. Solo sollozaba y rogaba por Iván.

—Octavio... Sos médico. No te perdonarías dejar morir a una persona... —murmuró con un hilo de voz. Ya no le quedaban fuerzas para

seguir luchando.

Y en eso se oyó fuerte y clara la voz de Iván.

—Eso a él no le importa nada, Larrique.

Al escucharlo, a ella le volvió el alma al cuerpo.

Cerró los ojos agradecida... Seguían en peligro, pero al menos estaba vivo. En ese momento era lo único que le importaba. Con Iván fuera de peligro, podía soportarlo todo.

Octavio se volvió sobresaltado, y luego sonrió.

—Bueno, parece que el caballero volvió de la muerte por sus propios medios. Bienvenido... Aunque tal vez lo mejor hubiese sido que jamás lo hiciera. Español, ¿verdad? Mire usted, qué sofisticada se ha vuelto Bárbara... Un bocadito de la madre patria. En fin, ya está entre nosotros pero sepa que no hubiese tenido problema en salvarle la vida. Soy médico y he hecho un juramento...

Iván estaba de pie con el rostro bañado en sangre, pero no parecía nervioso.

—Ese juramento no vale una mierda, doctor del Campo —lo interrumpió con ira apenas contenida—. Se lo ha pasado por los cojones cuando en 1982 atendió a una parturienta en el Penal de Punta de Rieles, y le robó a su bebé.

Octavio no movió un músculo al escuchar las palabras de Iván, pero por dentro comenzó a desmoronarse. ¿Quién demonios era ese hombre y cómo lo sabía? Eso ya se estaba complicando demasiado...

Iván no le quitaba los ojos de encima.

Hacía rato que estaba consciente. Había visto a Bárbara desesperada rogando por su vida y hubiese dado lo que fuera para que no sufriera, pero decidió permanecer ausente de la escena para planear una estrategia. Sabía que sería difícil que el ex novio moviera un dedo por él, pero cuando el médico se volvió por un par de segundos y él pudo verlo de perfil, Iván tuvo la plena certeza que ese hombre no solo no lo salvaría sino que no dudaría ni un segundo en deshacerse de él.

Porque ese hombre era el doctor Del Campo. Era el médico de la cárcel clandestina de presas políticas que funcionaba en la cárcel de Punta de Rieles. El hijo de puta que había traído al mundo a la hija de Laura Maldonado, y se la había entregado a vaya saber quién. El mismo hombre que Iris le había señalado días antes en el hospital.

Ese infeliz había sido el novio de Bárbara, e Iván apenas podía creer la

infeliz coincidencia.

Por fin se verían las caras. Tenía ganas de matarlo con sus propias manos.

Pero a pesar del aturdimiento, él tenía muy claras sus prioridades. La primera era salvar a Bárbara, alejarla de todo mal, así que se aguantó las ganas de reaccionar hasta tener más elementos para planear una estrategia.

Entonces escuchó eso, y sintió la ira crecer en su interior. Como lava ardiendo la sintió en el estómago y luego fue ascendiendo hasta quemarle la garganta.

Te salvé de Víctor cuando tenías solo doce años y ese malnacido se olvidaba de que eran hermanos y te obligaba a chupársela con una pistola en la cabeza. Te puedo volver a salvar ahora y también al macho que te atiende, pero ¿qué garantías tengo de que vas a ser agradecida conmigo y no vas a volver con él?

No podía ser... El hermano de Bárbara la había abusado cuando era solo una niña. Una criatura de doce años obligada a hacerle sexo oral a su propio hermano.

A Iván se le revolvió el estómago, y lo vio todo rojo. Tal vez ese desquiciado le hubiese hecho lo mismo al secuestrarla, o algo peor. No quería ni pensarlo, pero en ese momento comenzó a entender qué sucedía.

El hermano de Bárbara estaba obsesionado con ella. La deseaba, la quería para él. Y el ex novio, que resultó ser el hijo de puta que le había arrancado el bebé de los brazos a Laura, se estaba aprovechando de la situación.

La estaba chantajeando de la forma más vil, y él no iba a permitir que ella se comprometiera a nada con ese infeliz. Había sufrido demasiado y no lo merecía.

Por eso fue que reaccionó y encaró a Octavio del Campo. Le arrancó la máscara al doctor y vio su rostro palidecer súbitamente.

—¿No tiene nada para decir, doctor? —le preguntó aferrando los barrotes de su jaula con ambas manos.

Ahí él pareció reaccionar.

—Esas son todas mentiras. Rumores infundados que una loca echó a rodar y...

—Conozco a esa loca y sé que no son rumores sino la pura verdad. Y déjeme decirle que si a Bárbara o a mí nos pasa algo, Iris hablará con el juez Baillón y sus andanzas tomarán estado público —lo amenazó con firmeza.

Octavio se lo quedó mirando un momento como alucinado. ¿Cómo era que había pasado de ser el cazador a ser el cazado?

No sabía qué hacer, así que se aferró a su plan inicial ignorando a Iván.

—Barb, tenemos que salir de acá. Yo te voy a liberar y vamos a acusar a Víctor, vamos a decir que está mal de la cabeza, y todo lo que diga lo vamos a negar. Es capaz de inventar cualquier cosa, incluso puede estar confabulado con esa loca para desprestigiarme...

Ella lo miró con desprecio.

—Víctor está loco, pero vos no te quedás atrás —le dijo con los dientes apretados.

La revelación de Iván fue devastadora para ella, pero no tanto por Octavio sino por su padre. De pronto tomó conciencia de la estrecha vinculación entre ellos y supo que era verdad lo que sospechaba: su padre había estado vinculado a los crímenes de la dictadura.

Así de simple. Ella, que siempre había sido una defensora de los derechos humanos, tenía la misma sangre que un torturador desalmado.

Su vida entera había sido una mentira. Su dolor era tan grande que por un momento olvidó la terrible amenaza que se cernía sobre ellos, y solo pudo pensar en las veces que su padre la había tomado de la mano. No fueron demasiadas, pero el hecho de pensar que esa misma mano había torturado y tal vez matado, la destruyó.

—¡Son todas mentiras! Bárbara, decime si viste dónde puso Víctor las llaves de la...

Pero ella no lo escuchaba.

—Sos tan hijo de puta, Octavio. Sos igual que mi padre... Dos sádicos de mierda.

—¡No!

Por un momento ambos se quedaron mirando, presas de la indignación y ahí fue que intervino Iván.

—Lo siento, Bárbara, pero así fue. Eras demasiado pequeña como para darte cuenta de nada —le dijo sin dejar de mirarla. Podía sentir su dolor atravesando el espacio físico que los separaba, pero había llegado la hora de la verdad—. Tu padre y este hombre le quitaron a Laura Maldonado su hija ni bien nació. Y años después, ella vio la ocasión de tomar venganza y la utilizó.

Bárbara pestañeó sin comprender. ¿Quién era Laura Maldonado? Iván le adivinó el pensamiento, y se lo dijo.

—Laura Maldonado es Madame Dominique, la mujer que mató a tu padre.

Capítulo 48

Cada segundo que pasaba todo empeoraba. En un momento, Bárbara se vio tentada a taparse los oídos y dejarse caer al suelo hecha un ovillo, igual que lo hizo aquel día en que Víctor la abusó.

Bañada en sangre por la herida nuevamente abierta, se metió en su armario y se quedó así, en posición fetal hasta que su madre la encontró.

En ese momento igual que entonces, sintió que nada tenía sentido y que era mejor no saber, olvidar...

Pero Iván la estaba enfrentando a la verdad, y ella no estaba en un armario sino en una jaula de la cual no podía escapar.

Octavio fue el que rompió el silencio.

—¿Y se puede saber cómo sabe tanto? ¿O son simples conjeturas?

Iván lo miró a los ojos.

—Vine para eso. Estoy en su país para investigar desde mi lugar de periodista, uno de los crímenes de la dictadura uruguaya. Y las circunstancias me colocaron en una posición que créame, no me gustaría estar.

Bárbara tragó saliva antes de preguntar:

—¿Qué posición?

—La de buscar a la hija de Laura. Me dejó una nota antes de suicidarse pidiéndomelo...

—¡Era una puta! ¡Una loca a la que se le fue la mano con un cliente! —gritó Octavio fuera de sí.

—Tuvo que renunciar a todo para seguir viviendo, incluso a su identidad y a la búsqueda de su hija—le dijo con furia—. Si estaba loca fue en gran parte responsabilidad suya y del padre de Bárbara. Él obtuvo lo que se merecía y no puedo decir que lo lamente. ¿Y usted? Usted ha vivido muy tranquilo todos estos años porque no tiene conciencia —lo acusó.

Octavio estaba tan furioso como él, y más empeñado que nunca en negarlo todo.

—Todo lo que está diciendo es mentira.

Pero hubo alguien más que no estaba de acuerdo con esa afirmación. Alguien que hizo acto de presencia en ese instante con la pistola en la mano.

—Por el contrario, querido Octavio, lo que está diciendo este infeliz es la pura verdad. Y yo tengo pruebas de tu vinculación con mi padre, y con el penal.

Los tres se volvieron a mirarlo.

Octavio temblaba y Bárbara también. Iván, por el contrario, permaneció tranquilo, aferrado a las rejas con ambas manos.

Víctor avanzó y mientras lo hacía continuó hablando.

—Esas fotos que se hacen en las comilonas, pasados de alcohol no son una buena idea ¿sabés? Pero al parecer para mi padre eran gratos recuerdos, porque guardó algunas dónde se ven claramente los rostros de sus malas compañías en el penal, y vos estás entre ellas —lo acusó.

El médico abrió los ojos como platos y recién entonces entendió. Eso era lo que estaba usando Víctor para chantajearlo. Nunca hubiese imaginado que no tenía nada que ver con sus andanzas sexuales.

La verdad estaba sobre la mesa, no tenía caso seguir negándola. Además Víctor estaba armado y parecía más peligroso que nunca.

Definitivamente la situación continuaba empeorando, así que tuvo que pensar rápido qué decir para poder neutralizarlo.

—No te quejaste de mi amistad con tu padre, cuando él te trajo tu regalo.

Víctor se detuvo de pronto, y por primera vez se lo vio algo turbado, vacilante.

Bárbara e Iván se miraron sin entender por qué las palabras de Octavio lo habían afectado tanto, y éste aprovechó el desconcierto de su oponente para continuar metiendo el dedo en la llaga.

—¿No decís nada? ¿Por qué no le decís a Bárbara que fue un regalito de parte de tu padre? Te la dio con un lindo moñito y se jactó de eso en el penal...

—Ella ya sabe que es mía —replicó él, tenso, pero el arma en su mano cada vez temblaba más.

—Lo que no sabe es que no nació en esta chacra sino en el penal de Punta de Rieles —declaró Octavio finalmente, y eso fue el detonante de lo que vino después.

Ahí estaba. La verdad desnuda sobre la mesa. Ya no había vuelta atrás.

Todos se volvieron a mirar a Bárbara que parecía haber quedado en shock ante tremenda revelación.

—Tranquila, Larrique. Aquí estoy —dijo Iván en voz baja. Hubiese dado cualquier cosa por abrazarla en ese terrible momento.

Octavio parecía satisfecho y Víctor estaba furioso. Lo último que quería era que Bárbara supiera que no eran hermanos de sangre. Parte del morbo de su obsesión tenía que ver con eso: que ella sufriera por el supuesto incesto mientras él siempre supo que no era así.

Si ella hubiese sido su hermana de verdad, jamás se le hubiese ocurrido mirarla con otros ojos. Antes de eso prefería morirse. Para él era un inmenso tabú, algo absolutamente infranqueable. Alguna vez se le cruzó por la cabeza la idea, pero la descartó de inmediato porque le resultó intolerable para su psiquis. Tenía más que claro que se cortaría la mano antes de tocar a alguien de su propia sangre, pero Bárbara no lo era así que le estaba todo permitido. Solo que era de vital relevancia para él y su excitación que ella así lo creyera. El pecado se agravaba, y con eso el sufrimiento crecía deleitándolo aún más.

Pero claro, tenía que venir el hijo de puta de Octavio a decirle la verdad.

Bárbara seguía sin reaccionar y Octavio, decidido a dar el golpe de gracia siguió hablando. Ahora se dirigió directamente a ella.

—Sí, querida. Vos naciste en el penal y yo te traje al mundo. Como quien dice te hice ver la luz ese día, y luego continué cuidando de vos toda tu vida. Claro que debí encontrar un lugar mejor para que te criaran o hacerlo yo mismo... En fin, lo hecho, hecho está. De una forma u otra, siempre estuve a tu lado. Te reconstruí la oreja dañada no una sino dos veces. Te saqué de las garras de este animal que se estaba adueñando de tu inocencia. Te hice avanzar en tu carrera —le dijo con voz calmada—. Me lo debés todo y lo sabés.

Y mientras Octavio hablaba, Iván aferraba esos barrotes con una fuerza casi sobrehumana. La sangre comenzó a manar de su herida cegándolo, pero él estaba como en trance, atando cabos. Escalofrantes cabos.

Te reconstruí la oreja dañada...

Te reconstruí la oreja...

Te reconstruí...

Esa frase lo golpeó hasta casi dejarlo noqueado. Y de pronto todo estuvo más que claro ante sus ojos.

El Monstruo se había quedado con la criatura a quien su madre había marcado presa de la desesperación, de esa forma tan particular.

¿Cómo no lo había sospechado? ¿Cómo pudo estar tan ciego? Ni siquiera se dio cuenta momentos antes, cuando el médico reveló que ella no

era hija biológica de los Larrique.

¡Jamás lo hubiese imaginado, pero debió hacerlo! El primer sitio dónde buscar tenía que haber sido la vida de Esteban Larrique. Claro que la edad de Bárbara no coincidía, y eso seguro tenía que ver con una mentira al inscribirla en los registros.

Fuera como fuera, su búsqueda había terminado.

No cabía duda alguna de que Bárbara Larrique, la mujer que amaba, era la hija de Laura Maldonado.

Iván lo entendió enseguida, pero Bárbara no. Le faltaban elementos para sacar las conclusiones correctas, más Octavio no lo pensó dos veces antes de dárselos.

—Todavía no entendés, ¿verdad? —le preguntó. Ella no le contestó, sino que se quedó mirando al vacío, completamente derrotada—. No solo te la reconstruí, también te salvé de la desquiciada que te arrancó el lóbulo de la oreja con los dientes. Te odiaba tanto que se dio el gusto de hacerte daño...

—Eso no es verdad. Solo quiso marcarla porque pensaba buscarla luego —intervino Iván tratando de mitigar el daño, pero Octavio lo ignoró, y Bárbara continuó mirando sin ver, escuchando sin comprender.

—Y te cuidé, incluso de esa verdad tan vergonzosa que te hubiese cortado las alas antes de empezar a volar. ¿O crees que ser hija de una terrorista zurda te iba a ayudar en tu carrera? No, querida. Y tampoco te iba a ayudar el pasar por un estrado para declarar en contra de tu hermano; por eso no lo denuncié. Además, se te veía bastante complaciente en esas fotos... —comentó moviendo la cabeza—. Mala cosa.

Bárbara continuaba muda, pero había comenzado a respirar con dificultad.

—Preferí retirarte la amenaza—le explicó, y luego se dirigió a Víctor que permanecía con la cabeza baja—. Te saqué de la casa ¿te acordás? Te alejé de *mi* Bárbara para que no...

Al escucharlo llamarla suya, Víctor levantó la cabeza y lo enfrentó.

—No es tu Bárbara. Lo supiste desde siempre y te quedaste con las fotos para poder chantajearme —declaró con desprecio—. Y todavía las tenés bien guardadas, solo que ahora no me importa porque las que yo tengo son mi garantía.

—De eso ya vamos a hablar vos y yo...

Víctor pareció recobrar la fuerza y también la confianza en sí mismo.

—No voy a hacer tratos contigo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Me voy a deshacer de vos y de este idiota, y me voy a llevar a Bárbara bien lejos —declaró empuñando la pistola con renovada firmeza.

Bárbara e Iván contuvieron el aire, pero Octavio dio un paso al frente y lo enfrentó.

—No podés hacerlo, Víctor. No pasarías la frontera. Además Bárbara es tu hermana y jamás podrías obtener lo que querés de ella —intentó razonar con él, sin despegar los ojos del arma.

—No lo es. Ahora todos saben que ella no es mi hermana, que puedo tenerla como cualquier hombre podría...

Octavio pensó que lo había neutralizado al hacerle saber a Bárbara la verdad, pero al parecer no había sido así. Bien, lo intentaría de otra forma entonces. Usaría su as en la manga.

—Víctor, te pido que te calmes. No podés tenerla porque ella...

—Es mía y voy a hacerle lo que quiera, porque no es mi hermana y porque puedo.

—Te equivocás, porque lo es —replicó Octavio con seguridad. Estaba convencido de que su plan funcionaría y lo único que restaría sería convencer a Bárbara de barrer todo bajo la alfombra y seguir adelante—. Bárbara fue engendrada por tu padre. Ustedes dos son hermanos de sangre...

De sangre.

Solo dos palabras. El efecto fue inmediato.

Víctor bajó el arma y pareció hacerse pequeño, muy pequeño.

Octavio no desperdició la oportunidad de rematarlo. Era una mentira de lo más creíble la que se le había ocurrido ese mismo día, y la terminó de concretar para hacerla más convincente aún.

—Yo sabía que él era el único que tocaba a esa presa en el penal. Y confirmé el parentesco cuando le hice los análisis para poder intervenirla... No hay duda. Ustedes dos son hermanos. *De sangre.*

Silencio. Absoluto, al menos por unos momentos.

Luego Víctor miró a Bárbara de una forma extraña, y ella pareció recobrar el dominio sobre sí misma y le enfrentó la mirada.

Fueron dos segundos nada más, pero por la turbia mente de ese hombre desquiciado pasaron recuerdos que hubiese deseado no tener jamás. En ese pequeño lapso de tiempo en que sus ojos se encontraron, Víctor vio a Bárbara hasta parecida a Esteban y a él mismo, la vio de rodillas sollozante, vio la sangre brotando de su oreja, y supo que jamás podría enfrentarse al inmenso error que había cometido. Y del que podía haber llegado a cometer, del que no estaba seguro de poder evitar, pues sentía que estaba fuera de su

control.

Sus manos estaban manchadas por el peor de los pecados, y eso era más de lo que podía soportar.

Entonces sucedió lo impensable. Pasó todo tan rápido que nadie pudo siquiera anticiparse.

Frente a los ojos de todos, Víctor levantó el arma, se la metió en la boca y disparó.

Capítulo 49

Octavio se tomó la cabeza con ambas manos.

A sus pies, Víctor yacía con parte del cerebro desperdigado por el suelo.

Algunos pequeños trozos habían ido a parar a la solapa del caro traje del médico.

Bárbara permaneció inmóvil. Solo atinó a mirar a Iván como pidiéndole fuerzas para seguir adelante.

Él le sostuvo la mirada, y le transmitió sin necesidad de palabras cuánto la amaba.

Estaban enjaulados en extremos opuestos, pero se sentían más unidos que nunca.

En cambio Octavio, estaba desolado.

—¡Carajo! ¡La puta madre que lo parió! —gritó como un loco mientras intentaba limpiarse con su pañuelo—. ¡Cómo se le ocurre hacer algo así sin siquiera corroborar lo que dije!

—Fue usted muy convincente —intervino Iván con voz fría, sin poder contenerse.

—¿Ah, sí? ¿Vos también te lo creíste? ¡Son dos los estúpidos entonces! —exclamó, rojo de ira—. Si hay algo que me consta de esta historia es que Bárbara no es hija de Esteban Larrique. Si alguna vez tuve dudas, las descarté cuando la operé. Ambos padres A positivo, hija O negativo. Tuve que conseguir un donante por otro lado... ¡Pero este enfermo decidió matarse antes de pensar en eso! ¡La putísima madre! —continuó lamentándose, pero estaba claro que no era la vida de Víctor lo que le preocupaba, sino las explicaciones que tendrían que dar a la policía.

Porque debido a ese incidente no tendrían más remedio que hacer

participar a los agentes de la ley, ya que una cosa sería sobornar a Lamorte para que no dijese nada, y convencer a ese par que no dejaba de mirarse de que lo mejor era callar por múltiples razones, pero otra muy distinta sería mantener la muerte de Víctor en secreto.

¡De nuevo la prensa con algo sórdido en torno a Bárbara! ¡Otra vez su carrera en peligro!

Por insólito que pareciera, lo único que le importaba a Octavio era la meteórica carrera de su otrora prometida. Y conservarla a su lado para poder disfrutarlo, por supuesto.

Así que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa para lograr su objetivo.

Su prioridad era recuperarla, no importaba la forma. Y también mantener todo el asunto en reserva para no afectar el futuro de Bárbara en la política.

Terminó de limpiarse y luego se inclinó sobre Víctor y buscó las llaves de las jaulas. Fue sencillo, las tenía en el bolsillo.

Se enderezó y las levantó en el aire para que Bárbara e Iván las vieran.

—Bien, llegó la hora de solucionar esto. Bárbara, ahora sabés toda la verdad sobre tu origen, una verdad que no te conviene en absoluto que salga a la luz porque sería el fin de tu carrera política. No vamos a tirar por la borda todo lo que logramos, solo para alimentar el morbo de las masas —dijo muy seguro de sí—. Así que mi propuesta va a ser la más coherente y nos va a dejar a todos satisfechos.

Ella levantó la cabeza y lo miró con furia.

—No te gastes, no quiero escucharte.

—¿Ni siquiera si la vida de tu amante está en juego?

Ahí ella dudó e Iván se dio cuenta.

—No hagas tratos con él, Larrique. Y menos pensando en mí.

Octavio rio, y luego continuó hablando.

—Muy conmovedor ver tanto amor, pero no tenemos tiempo para tonterías. Vamos a decir que Víctor estaba celoso de tus logros y te secuestró para lastimarte. Su locura era evidente, y no va a ser difícil que lo crean todos. Primero les disparó a guardaespaldas y a tu... *amigo*, y cuando yo lo enfrenté se sintió perdido y se pegó un tiro.

» Ninguno dirá nada sobre la mujer que te dio a luz y terminó matando a Esteban. Tampoco saldrán a la luz las andanzas de tu padre en la dictadura, pues esas revelaciones no aportan nada a nadie. No nos conviene que vuelvas a estar en el ojo de la tormenta por algo tan sórdido. Una madre biológica prostituta además de comunista y un padre adoptivo torturador además de

perverso... No. Mejor no. Lo pasado pisado; ya no se puede hacer nada para arreglarlo.

“En cuanto a tu desliz, ya descubriste que soy de mente abierta. Vos y yo vamos a seguir juntos a los ojos de todos, y a cambio lo voy a dejar con vida. Claro que para mí sería muy sencillo dispararle con la pistola de Víctor, atinarle donde se debe y echarle la culpa al difunto, pero en lugar de eso te voy a dar un plus, querida: te voy a dejar que termines de sacarte las ganas con él, eso sí, bajo mi atenta mirada. Sin fotos, por supuesto —aclaró con una sonrisa—. Soy más que comprensivo y entiendo que si vos me diste libertades yo puedo hacer lo mismo, al menos por un tiempo... Digamos un mes, que es lo que estimo tardarás en saciarte. No te culpo, con tremendo ejemplar... Después de eso, el caballero va a regresar a su tierra y todos contentos.

“Y con respecto a las Polaroid... Las voy a conservar como una especie de seguro. No voy a ser tan estúpido de sacarlas a la luz a menos que sea absolutamente necesario. Víctor ya está muerto así que consideremos que obtuvo el castigo que se merecía. Además sé que también ese secreto podría perjudicarte. No te conviene para nada que la gente sepa que a los doce años ya andabas haciendo de las tuyas... Es decir, nosotros sabemos que Víctor te corrompió pero esas imágenes pueden ser malinterpretadas, y vos sabés cuánto me interesa que sigas avanzando en tu carrera, querida. En fin, eso es todo. ¿Puedo liberarlos? ¿Puedo confiar en que respeten la estrategia que acabo de elucubrar? Porque si terminan engañándome, si yo termino perjudicado, de algún modo ustedes dos se hundan conmigo. Más temprano que tarde, uno va a terminar muerto y la otra sin nada. ¿Entendido?

Bárbara lo miró con odio.

—Ya te lo dijo Iván. No voy a hacer ningún trato contigo.

El aludido de pronto intervino y de la forma más inesperada.

—¿Usted me va a pagar los billetes de avión? Porque le advierto que no tengo ni un duro...

Octavio sonrió.

—En primera clase, querido.

Ella no podía creer lo que escuchaba. Miró a Iván que se encogió de hombros, y le pidió perdón con la mirada.

—Larrique, lo siento... Está en juego mi vida. A este hombre lo creo capaz de todo y no quiero arriesgarme. Además pienso en ti, y en tu carrera... Lo siento.

Era como estar viviendo una pesadilla. Nada le parecía real, ni el presente, ni el pasado, ni el futuro.

Octavio se acercó a Iván, llave en mano.

—Barb, tu amante no es solo una cara bonita; también es inteligente. Lo voy a soltar a él primero no sin antes recordarle que si hace trampa y muy a mi pesar, será el fin de la carrera de Bárbara. Y si me hace daño, será el fin de su libertad.

Iván asintió, pero ni bien Octavio le abrió, salió de la jaula y lo cogió por el cuello con inusitada violencia.

—Ni en sueños, ¿comprende? Ni en sueños pienso renunciar a Bárbara —le gritó en la cara.

Pero Octavio ya tenía prevista esa circunstancia, y cuando se había inclinado sobre Víctor para quitarle las llaves, también tomó el arma con disimulo y la mantuvo oculta hasta que Iván lo atacó.

Con el rostro morado y a punto de ahogarse, logró aferrarla y apuntarlo en el estómago.

Bárbara lo vio, y gritó advirtiéndole a Iván del peligro que estaba corriendo.

—¡Tiene el arma! ¡Soltalo!

Al notar que algo le presionaba el vientre, Iván soltó el cuello de Octavio y levantó ambas manos.

—Sabía... que no podía... confiar... —dijo este con un hilo de voz, mientras intentaba recuperarse—. No me queda otra que...

—Por favor, Octavio, por favor... Dejalo ir. Te prometo, te juro por lo más sagrado que no lo vuelvo a ver, pero dejalo ir —rogó Bárbara con desesperación, pero Octavio no dejaba de apuntar a Iván.

—Tampoco confío... en vos...

—¿Pensás que iba a tirar por la borda mi carrera por él? Octavio, era una fantasía. Una fantasía que quise cumplir y ni siquiera lo disfruté —intentó sin mucho éxito convencerlo, con algo que era a todas luces una mentira.

Octavio rio.

—Podés hacerlo mejor, querida. Ni siquiera creo que a vos te interese tanto tu carrera como me interesa a mí.

Bárbara levantó la cabeza y se acercó lo más que pudo a la reja de su jaula. Si a Octavio le importaba tanto como para llegar a matar a Iván, le diría algo que lo haría replanteárselo todo.

—Me interesa tan poco mi carrera que si salgo de esta con vida lo primero que voy a hacer es renunciar al ministerio, y también a la banca en diputados.

En efecto, el anuncio de Bárbara le borró de golpe la sonrisa irónica.

—¿Por qué? ¿Por qué harías una cosa así?—preguntó entre incrédulo y asustado.

—Porque no tengo derecho a ocupar ninguno de esos puestos. Ahora sé que no tenía los treinta años reglamentarios para poder candidatearme. Cuando fui electa tenía solamente veintinueve. Gracias a todos por mentirme. Tenías razón, Octavio: la verdad que siempre me ocultaron va a ser lo que finalmente arruine mi carrera.

Octavio parecía tener todo armado, todo resuelto, pero lo cierto es que jamás se le ocurrió pensar que la candidatura de Bárbara pasaría a ser ilegal, si todo saliera a la luz.

El fin de su carrera política no solo dependería del trato que le dieran los medios a la verdad sobre su origen, sino que estaba directamente relacionada a un hecho objetivo: en las últimas elecciones no tenía edad para presentarse. Esa era una verdad tan absurda como demoledora, que destruiría el futuro y también arruinaría el pasado. Bárbara ya no tendría nada, ya no sería nada...

Ese breve momento de desconcierto fue todo lo que necesitó Iván, quien aprovechando la situación le quitó el arma, y en un rápido movimiento se la puso en la cabeza a Octavio con tal violencia, que asustado cayó de rodillas.

Los papeles se habían vuelto a invertir; Iván tenía de nuevo la sartén por el mango.

Al principio Bárbara creyó que con dominarlo y luego meterlo en la jaula le bastaría, pero él parecía estar fuera de sí y seguía apuntándolo.

—Vamos, Iván. Metelo en el canil y vení a soltarme...

Pero él no le hacía caso. Parecía no oírla siquiera.

—Kessler...

Con el rostro contorsionado por la furia presionó con más fuerza la pistola contra la nuca del médico, que no paraba de rogar por su vida haciendo que los reclamos de Bárbara apenas se escucharan.

Entonces ella tuvo miedo... Si Iván caía presa de la ira y la venganza, sería el fin para él y para el amor que se tenían. Iría a la cárcel, y perderían lo único bueno que esa situación había acarreado: la férrea convicción de que lo que sentían podía vencerlo todo.

Pero él estaba ciego y sordo, y solo podía pensar en Laura Maldonado a la que él conoció como Madame Dominique, en su triste y miserable vida, en su horrenda muerte, en su pedido desesperado.

“BUSCALA”

Había descubierto la verdad, había encontrado a su hija, pero de alguna forma sentía que no era suficiente.

Tampoco lo había sido la muerte de Esteban, ni la del pervertido de

Víctor. Iván sentía que Octavio no podía salir impune, y continuar teniendo el poder de lastimar a Bárbara.

Le había hecho daño durante toda la vida, desde su primer aliento. Había encubierto a un abusador solo para poder chantajearlo cuando quisiera, y la había manipulado con su deuda de gratitud por haber reconstruido quirúrgicamente su oreja.

La oreja que la desesperación de Laura le dañó.

Todo ese dolor se hizo presente, y confluyó en esa mano que empuñaba el arma contra la cabeza de Octavio del Campo.

Si lo dejaba ir quedaría libre de cualquier responsabilidad. Solo Iris podría reconocerlo como el médico que participó de ese parto, y sería su palabra contra la de él. No podían probarle nada, y encima continuaría teniendo las fotos que podrían arruinar la reputación de Bárbara si alguien las malinterpretara. No entendía cómo podría suceder algo así, si solo era una niña de doce años... Pero fuera como fuera, sería devastador para ella que se hicieran públicas.

Era una lacra que no merecía vivir.

Y allí lo tenía, hincado, llorando, rogándole a Bárbara que hiciera algo. La escuchaba gritar igualmente desesperada, entendía perfectamente que le decía que no valía la pena ensuciarse por él, que eso sería el fin de su relación, del amor que se tenían, que no quería que terminara en la cárcel...

Pero eso ya estaba más allá de su control. La situación se le iba de las manos, y entonces dejó de ser Iván Kessler para transformarse en Madame Dominique.

Igual que ella, tenía la posibilidad de hacer justicia por mano propia y de evitar males mayores. Se la habían dado servida en bandeja, y no podía desaprovecharla.

El disparo acalló todas las voces.

Y luego todo terminó.

Capítulo 50

—Atención. Su atención por favor... En instantes la viceministra va a dar inicio a la conferencia de prensa. Les pedimos que no interrumpan durante la alocución y les avisamos que no habrá espacio para preguntas al terminar —anunció el vocero oficial del ministerio.

Cuando Bárbara entró en el recinto todos hicieron silencio. Lo único que sabían con certeza era que el hermano de la doctora Larrique la había secuestrado, y luego se había suicidado ante sus ojos.

Y los de la opinión pública estaban puestos en ella. Por un momento la triste realidad del país pasó a un segundo plano, y todos estaban pendientes de lo que tenía que decir la viceministra que jamás había hecho declaración alguna en ese contexto, ni siquiera cuando su padre murió en dudosas circunstancias.

La observaron avanzar con paso firme. Se veía hermosa como siempre, porque el negro le sentaba muy bien. Sobria, sencilla y elegante.

Se puso de pie frente a la tarima que le habían armado, y cuando levantó la cabeza, todos pudieron apreciar la transformación de Bárbara Larrique.

Su mirada.

Era su mirada la que había cambiado, pero no supieron por qué hasta que ella ajustó el micrófono y por fin habló.

El inicio de su discurso fue tan contundente que no hubo quien no se sintiera tocado.

—Cuando tenía doce años fui abusada por mi hermano.

Al profundo silencio siguió un murmullo que iba en alza a medida que se propagaba. El jefe de protocolo se acercó al micrófono y pidió silencio, y cuando todos obedecieron Bárbara pudo continuar.

—Señores, comprendo la sorpresa pero les ruego que escuchen lo que tengo para decirles, que no es más que mi verdad.

» Una tarde él se aprovechó de mí, y me obligó a hacerle cosas que una niña ni siquiera sabe que existen. No contento con eso, tomó fotos del aberrante acto y me golpeó, haciendo que se volviera a abrir la herida que me había dejado una cirugía reciente, por la cual me habían reconstruido una oreja.

» Tuvieron que volver a intervenirme, y después de eso jamás volví a ser niña de nuevo. No pude contarle a nadie; me convertí en una sombra de lo que era y terminé internada en un psiquiátrico hasta que la medicación logró que olvidara, o al menos que recordara sin ponerle emociones a las imágenes.

» De alguna forma entonces, logré superarlo. Estudié, me diplomé, y empecé a hacerme un lugar en el difícil y competitivo mundo de la política, hasta llegar hasta donde estoy hoy.

» Ese lugar, a partir de ahora quedará vacante y convoqué esta conferencia de prensa, entre otras cosas, para anunciarles mi retiro de la vida política de este país.

Lo que sucedió a continuación sobrepasó la calidad de “murmullo”, así que el jefe de protocolo tuvo que pedir varias veces que se hiciera silencio para que la doctora Larrique pudiese seguir.

Como no cesaban las murmuraciones, ella tomó el micrófono y volvió a hablar.

» Por favor, déjenme continuar. Sé que están pensando que el suicidio de mi hermano de alguna forma tiene que ver con mi decisión, pero tengo que comunicarles que no es así.

» Estoy dejando mi cargo de viceministra y también mi banca en el parlamento por otra razón. Una razón objetiva y tan contundente que ni se la imaginan: mi candidatura fue ilegal.

Los periodistas estaban tan pasmados como el ministro Murcia, que acababa de entrar al lugar y se encontraba con la noticia.

» Así es. Me acabo de enterar que no tengo treinta y un años, y que tenía veintinueve cuando salí electa. Como ustedes saben, la constitución establece que la edad mínima para presentar una candidatura es treinta años.

» Ocupé entonces durante todo este tiempo un lugar que no me correspondía, y al cual me veo moralmente obligada a renunciar. Llegado a este punto, ustedes se preguntarán cómo fue que sucedió algo así y yo les voy a contar.

» Me tocó en suerte la peor de las familias. Nadie elige a sus parientes pero en mi caso fue más grave, porque me crié en un hogar de delincuentes,

que me ocultaron la verdad sobre mi origen por las razones que a continuación voy a revelar.

» Esteban Larrique, fue uno de los militares que abusaron de su posición violando los derechos humanos. Torturó y violó mujeres en la cárcel clandestina de Punta de Rieles desde 1980 hasta 1983. Por esas cosas del destino nunca pagó por sus aberrantes actos, entre los que se incluyó secuestrarme el día en que nací, llevarme a su casa y hacerme pasar por su hija natural y legítima, manipulando mi fecha de nacimiento tal como acabo de explicar.

» Mi madre fue una presa política que tuvo la mala suerte de caer en sus manos. Cuando terminó de parir y me apartaron de sus brazos, en un último acto desesperado arrancó con sus dientes el lóbulo de una de mis orejas. Su esperanza, en épocas donde el tema del ADN no era de dominio público, era marcarme para poder localizarme en un futuro.

» Entonces crecí en manos de mi secuestrador, quien hábilmente logró evitar que lo juzgaran como a otros, por crímenes de *lesa humanidad*. Y tuve que soportar las vejaciones del que creía era mi hermano.

» Mi verdadera madre sobrevivió a la cárcel y a la tortura, pero ya nunca volvió a ser la misma. Renunció a todo para poder sobrevivir, y eso incluyó a su memoria, a la búsqueda de su hija, y hasta a su propia identidad. Laura Maldonado se convirtió entonces en Madame Dominique, y vivió durante muchos años en el submundo del BDSM, un lugar donde tener una máscara estaba más que permitido. Ella necesitaba pasar desapercibida porque transitar en el mundo real significaba sufrimiento, y porque vivir a la luz del día podría volver a ponerla en la mira del monstruo que fue el hombre que me secuestró.

» En el retorno a la democracia, mi madre continuó desaparecida. No denunció, no reclamó, no pudo o no quiso recordar. Permaneció en esa especie de limbo, donde era una mujer sin pasado y sin futuro, que caminaba por la vida sin hacer ruido, descalza en la nada, para que nadie la viera.

» Y así hubiese continuado si un día Esteban Larrique no hubiese tocado a su puerta en busca de emociones fuertes. Ese fue el fin de ambos, y ustedes ya conocen la mayoría de los escabrosos detalles.

» Tal vez fue una casualidad la que puso en su camino al hombre que tanto daño le había hecho. El asunto es que ese daño se volvió en su contra. En la de Esteban y en la de mi madre también.

» Y todo hubiese quedado bien oculto si Víctor no me hubiese secuestrado hace tres días. No voy a revelar los detalles de cómo me enteré de todo esto, al menos en este momento. Lo único que diré es que durante mi

encierro involuntario me fueron reveladas varias verdades, entre ellas la que acabo de narrarles y cambia todo mi mundo. Y que Víctor Larrique, al parecer arrepentido de todo lo que me hizo, se disparó un tiro en la boca frente a mí.

» Como también sabrán, él no fue el único que resultó dañado en el momento de mi rescate. Antes de morir logró descerrajarle un tiro a mi guardaespaldas a quien le agradezco su coraje, y también a mi novio a quien tengo mucho más que agradecerle, y dedicaré el resto de mi nueva vida a hacerlo.

» Por suerte ninguno de los dos sufrió lesiones graves, y ambos están en reposo y en vías de recuperación, por lo que no pudieron hacerse presentes en este momento.

» Así que ya lo saben. Quería contarles mi verdad, porque jamás podría mirar a la cara a la gente que confió en mí al votarme, si hubiese elegido ocultar mi origen ahora que lo conozco. Y también porque quería reivindicar a mi madre, esa mujer a la que jamás pude conocer y que ahora intento comprender, aunque el dolor que ella experimentó espero no tener que vivirlo nunca.

» Quiero agradecerles también a ustedes por haber venido y les pido disculpas por no tomarme el tiempo de responder las preguntas que seguramente querrán hacerme. Sucede que en este momento me siento emocionalmente vulnerable, y les pido especial comprensión. Buenas tardes.

Todo eso fue transmitido en directo por televisión y en horario central. El país entero se quedó con la boca abierta intentando digerir las palabras de Bárbara, la actual ex viceministra.

¿La dómina que mató al militar había sido torturada por él? ¿Le había robado a su hija y la había hecho pasar como propia? ¿Le había cambiado la fecha real de su nacimiento y eso le terminó truncando la carrera política?

Pero lo que muchos suponían, pocos sabían en detalle.

Y uno de ellos era su “novio”. Recostado en la cama de Bárbara, no cabía en sí de orgullo por haberla visto tan compuesta contando su verdad ante los medios.

Había elegido revelar su condición de hija secuestrada en la dictadura, y los abusos sufridos en su niñez, aun cuando ello significase el fin de sus aspiraciones políticas y su nombre estuviese en la boca de todos por mucho tiempo.

Es que Bárbara no había estado tan segura de algo en toda su vida, como lo estuvo al elegir la verdad antes que su carrera.

No dudó ni un instante... Bueno, lo cierto fue que sí dudó y mucho. Lo hizo cuando vio a Octavio apuntarle a Iván. Y también momentos después,

cuando la situación se revirtió, y fue impotente testigo de cómo este perdía la cabeza y también la razón.

Hubiese cumplido con las condiciones que Octavio les imponía, si con eso hubiese podido evitar que Iván muriera, o se arruinara la vida yendo a la cárcel por asesinarlo.

Pero no fue necesario porque justo cuando parecía que estaba todo perdido, apareció Lamorte arrastrándose y disparó al aire.

Eso fue suficiente para que Iván reaccionara y retirara el arma de la nuca de Octavio, quien se desplomó en el suelo como si fuese un trapo. Ni siquiera le importó que su traje se le arruinara con la sangre y los sesos de Víctor... Es que nunca había pasado tanto miedo en la vida, pues jamás había estado en manos de un hombre enamorado y con sed de venganza.

Iván había dejado de apuntarlo, pero no había terminado con él. Se inclinó sobre el médico que boqueaba intentando recuperarse del susto, y le susurró algo al oído que Bárbara no alcanzó a escuchar, pero a juzgar por su expresión aterrada, Octavio sí pareció entender.

Muy claro le había quedado que filtrar las fotos de Bárbara le iba a costar la vida.

Y en ese momento, mientras la mujer que él había preparado para un brillante futuro en la política tiraba todo por la borda en televisión, el doctor Del Campo tenía ganas de morirse.

Sintió que había desperdiciado su vida esperándola, y perdido su tiempo creyendo que al igual que lo hacía a diario en un quirófano, estaba moldeando a su gusto a la mujer perfecta.

Bárbara Larrique tenía su propio criterio, y su propia forma de ver y entender el mundo, y al parecer la verdad era demasiado importante y bien valía el precio que estaba pagando por ella.

“Pobre criatura estúpida que no sabe lo que hace” se dijo, despechado.

Pero en el fondo siempre tuvo claro que Bárbara no era de las que andaban por la vida de puntillas, con miedo al qué dirán, a perder, a quedarse sin nada.

Bárbara Larrique pisaba firme en cada paso que daba. Era una mujer única con o sin carrera política, y ahora había un jodido hijo de la madre patria que vio la oportunidad de quedársela, y la estaba disfrutando.

Debía conformarse con el hecho de que le habían perdonado la vida, y con que no había terminado en la cárcel por falta de pruebas para acusarlo.

El whisky que estaba bebiendo se le antojó súbitamente amargo, así que lo abandonó y se fue a su habitación rumiando su descontento.

Y en el humeante cenicero que había dejado sobre la mesa, apenas

quedaban restos de las fotos de Bárbara.

FIN

Epílogo

—Oye Larrique, ¿te tardarás mucho?—preguntó Iván desde la puerta de la blanca casita que arrendaban.

Ella no contestó, pero segundos después apareció con una enorme canasta de mimbre. Era casi tan grande como su capelina.

—Acá estoy. ¿Te vas a quedar mirando o me vas a ayudar?

Él sonrió y tomó la canasta de sus manos. Realmente pesaba tanto como parecía.

—¿Pero qué le has metido dentro?

—Todo lo que he podido coger de la alacena.

Y aunque no había ninguna carga erótica en su comentario, Iván igual se empalmó. Es que esa forma que Bárbara tenía de decir “coger” en el contexto que fuera, siempre le resultaba en extremo excitante.

—Hablando de “coger”... —comenzó a decirle al tiempo que le enlazaba la cintura con la mano libre, y la acercaba a su cuerpo.

Pero ella lo detuvo.

—¿Hablando de *mi* “coger” o el de “vosotros”? —le preguntó alzando las cejas con ironía.

—De ambos. ¿Por qué en lugar de irnos de “día de campo” no cogemos unas fresas, un poco de nata y subimos arriba?

—Porque en primer lugar “subir” siempre implica “arriba” así que no es necesaria la redundancia. Y segundo porque mirá qué sol más lindo, Kessler —replicó ella que por más que lo intentaba, aún no se acostumbraba a los modismos locales—. Sería un pecado perderselo...

Pero Iván no se daba por vencido. Y menos cuando Bárbara se veía igual que un su sueño húmedo más reciente, con ese vestido blanco de falda amplia que dejaba traslucir sus piernas perfectas.

—Hablando de “pecado”... —insistió con sugerente mirada, más Bárbara no le hizo caso.

Ese hombre siempre tenía la idea fija, así que lo ignoró, pasó por delante y se metió en el coche.

Iván la siguió de mala gana. A él le gustaba más el plan de fresas, nata y Bárbara... El más delicioso de los manjares era ella, pero suspiró y se resignó a ir de picnic.

Después de todo estaban en Casares, un pequeño pueblo de Málaga, por ese motivo: disfrutar de la vida despacio, lejos del mundanal ruido, de la locura del asfalto, del gentío.

Había llegado el momento del descanso del guerrero, luego de aquel día en que su mundo cambió de tal forma, que hubo que empezar de nuevo.

Ese comienzo no estuvo desprovisto de su cuota de sufrimiento, por supuesto. Pero mirándolo en retrospectiva, finalmente los astros se habían alineado de la mejor manera: la que los colocaba a ellos dos juntos, enamorados, más unidos que nunca.

Bárbara cumplió con lo que había declarado en aquella conferencia de prensa que convocó a todos los medios de Uruguay, y se alejó para siempre de la política de su país.

Le dolió tener que abandonar timón del barco justo cuando parecía estar hundiéndose, pero encontró la forma de seguir aportando su grano de arena desde otro lugar.

La verdad nunca restaba, como mínimo sumaba y si se trataba de Bárbara Larrique también multiplicaba.

Durante todo el nefasto año 2002 permanecieron en Uruguay. Ella se dedicó a reconstruir la historia de su madre, e incluso pudo conocer a una prima segunda que Iris logró encontrar.

Pero la mayor parte de su tiempo, la ocupó asesorando y defendiendo a los ahorristas damnificados por el quiebre de los principales bancos del país.

Desde las altas esferas no se resignaban a perder a la brillante Bárbara Larrique, e intentaron convencerla por todos los medios de que desistiera de abandonar el servicio público.

El propio Murcia le rogó que permaneciera en el ministerio, que su nueva identidad no le iba a impedir que desarrollara el increíble potencial que poseía, pero ella se negó.

Adaptó sus documentos con los datos reales de su nacimiento, pero no se cambió el apellido por dos motivos. El primero era que si renunciaba a “Larrique” para ahuyentar los recuerdos, también debía renunciar a “Bárbara”, pues ahora que sabía que ese nombre se lo había puesto Víctor.

Y el segundo era que ese “Larrique” pronunciado por los perfectos y sensuales labios de Iván, podía destruir cualquier otro tipo de connotaciones dolorosas en torno a su apellido.

Se distanció para siempre de Elena luego de ese único encuentro en el cual le prometió que no presentaría cargos por el secuestro, pues la única que podía pagar por ello era la que menos responsabilidad había tenido.

Víctor y Esteban ya no estaban vivos, y con ellos se había ido ese deseo de venganza que parecía que a Iván lo torturaba más que a ella.

Claro que aún estaba Octavio, pero no había pruebas para acusarlo. Con él no tuvo más trato luego de un misterioso llamado a la madrugada, el cual ella no contestó. Pero eso no evitó que él le dejara un mensaje en la máquina:

“Ahora lo entiendo, recién ahora. Ahora que ya no te tengo, ahora que te perdí. No te quise por lo que eras, sino por lo que podías ser. Siempre estuve un paso adelante, intentando abrirte un camino que había sido trazado por mí. Pero Bárbara Larrique fue hecha para disfrutarse en reposo, no en carrera, no trepando. Lástima que me vengo a dar cuenta justo ahora, cuando es otro quien remolonea entre tus curvas. No quiero ser pájaro de mal agüero pero no creo que dure, porque vos estás llamada a grandes realizaciones y él le rinde culto a la nada, vos estás hecha para pisar fuerte, y él para andar descalzo y sin prisa. Sos mucha mujer para cualquiera, mi querida Barb, ya lo eras de pequeña aun con miedo, aun con las amenazas que te rodeaban, vos ya eras mucha mujer. Esas fotos que sirvieron para neutralizar a Víctor en su momento, y que luego usé para manipuarte, ahora ya no existen. Que tu novio se quede tranquilo, que no va a tener que ensuciarse las manos conmigo, porque ya las destruí. De alguna forma te debía esa tranquilidad y acá la tenés, Bárbara. Mi altruismo no alcanza para desearte que seas feliz si no es conmigo, pero ojalá logres alcanzar la cima. Para eso naciste”.

Y eso fue todo. Su voz sonaba extraña... Al parecer había bebido. Nunca devolvió ese llamado; pero le creyó que había destruido las fotos y se sintió mejor.

Poco tiempo después Octavio murió. Fue Miguel Hernández el que llamó a la ambulancia cuando lo encontró desvanecido en la ducha, pero ya era demasiado tarde. El ACV resultó fulminante y fue así como también abandonó este mundo, el último artífice de la falsa vida de Bárbara.

Mientras Octavio se moría, ella estaba muy ocupada viviendo la verdadera. Porque la que valía, la que estaba por fin disfrutando hasta el delirio, era la que estaba construyendo junto a Iván.

Cuando terminó de escribir el libro, fue ella la primera que tuvo el

privilegio de leerlo. Ver su historia reflejada allí la conmovió hasta las lágrimas, pero el saber que los huecos habían sido llenados por el hombre que amaba, la terminó de reconciliar con ese pasado que estaba aprendiendo a aceptar.

Iván fue el que llenó esos y cada uno de sus huecos. Llenó cada día con su sonrisa *mojabragas*, con esos besos interminables, con charlas hasta la madrugada. Con sus chapucerías en el departamento, y ese aspecto de chico de calendario que la volvía loca. Con sus extraños piropos, sus indecentes propuestas, su manera de hacerle sentir que entre sus brazos ningún mal podía rozarla.

Tenía un sinfín de cualidades, sin embargo lo que más le fascinaba de él, era ese completo desinterés por todo lo que fuese material. Iván andaba por la vida tan liviano que Bárbara hasta sentía envidia, pero estaba aprendiendo a imitar.

Iván quería triunfar con su libro más por tener la posibilidad de hacer lo que le gustaba, que por el dinero o la fama que eso le pudiese reportar.

Claro que igual lo logró. Dinero y fama. No mucho, solo lo necesario, lo suficiente para que la crisis no fuese tan dura.

Con ese dinero ayudó a Darío Vázquez a montar su propia empresa constructora. Mónica Narváez, la secretaria, abandonó el ministerio y se fue a trabajar con él. Y tiempo después del divorcio de Darío, ellos dos terminaron casándose.

Pero volvamos a Iván y su libro. “Descalzos en la nada” traspasó fronteras, y ellos también terminaron haciéndolo.

La vida los llevó a España convocados por el Juez Baillón, quien les encomendó la tarea de mantener viva la llama de la verdad, la memoria, de luchar contra el olvido cada uno desde su lugar, desde los sitios que sus talentos y capacidades les habían destinado.

Los de Bárbara encontraron la forma de canalizarse en una organización internacional pro derechos humanos. Era la abogada que representaba a sus compatriotas en asuntos relacionados a la desaparición forzada. Resultan increíbles las derivaciones de esa pesadilla. Las legales no eran las más terribles pero sí las que más perduraban en el tiempo, porque impedían disponer de bienes y hasta de estados civiles, mientras nada se supiera de los seres queridos nunca encontrados.

Su licenciatura en Ciencias Políticas se transformó en doctorado en España, luego de una tesis muy controvertida que Iván le ayudó a escribir.

Con su nuevo título cumplió una de sus metas: dar clases en una universidad. Y lo hizo tan bien, supo transmitir de una manera tan contundente

sus conocimientos, que pronto comenzaron a convocarla para dar conferencias en distintos sitios de España, en los que su historia de vida tomaba protagonismo cada vez que se presentaba.

Sus disertaciones siempre finalizaban con un mensaje esperanzador, una frase de su compatriota, el escritor Eduardo Galeano al que Iván tanto admiraba:

“Al fin y al cabo somos lo que hacemos para cambiar lo que somos” decía.

Y su historia era el testimonio vivo de esa afirmación.

Iván por su parte, estaba que reventaba de orgullo cada vez que la escuchaba hablar. Sentía que Bárbara había nacido para brillar, y a pesar de que quienes los conocían lo notaban, no llegaba a darse cuenta de que ella brillaba más cuando lo tenía cerca.

Baillón encontró para él una manera de aportar a la sociedad, que le iba como anillo al dedo. Periodismo. Se asociaron y pusieron en marcha un proyecto de investigación que terminaron llevando a la TV española, en un formato que combinaba lo testimonial con lo documental, promoviendo el debate y procurando la reflexión para que nunca más las dictaduras aniquilaran las libertades de los pueblos.

Claro que eso no impidió que continuara escribiendo, así que se habían mudado a Casares para eso. Necesitaban alejarse un poco de los ámbitos académicos y periodísticos para que Iván pudiese darle el toque final a “¿Dónde están?”, su último hijo literario, el que lo había llevado nuevamente a investigar el destino de víctimas de la dictadura, en este caso la de Pinochet, en Chile.

Y precisamente la noche anterior al “día de campo” le había puesto el punto final.

Eso quería decir que tenían libertad absoluta de retozar al sol, holgazanear sin culpa, disfrutar de la paz de ese sitio hermoso que había visto nacer a Blas Infante, el padre de la patria andaluza. Un lugar lleno de paz, muy lejos de la ajetreada Barcelona, ciudad donde habían estado viviendo los últimos tiempos.

Se habían mudado bastante ese año porque Bárbara le había tomado el gusto a andar igual que Iván, bien liviana de equipaje, sin pensar en otra cosa que no fuese el presente.

—¿Sabes, Larrigue que te has vuelto muy holgazana?—le preguntó él, o más bien la acusó mientras conducía hacia las afueras del pueblo.

Ella sin dejar de sujetarse la capelina (maldita la hora en que se la había puesto, si tenían un convertible, joder) lo miró como para matarlo.

—¿Cómo? Me pasé toda la mañana haciéndote tus famosas bocatas, esas que tanto te gustan, batí la crema para las frutillas, exprimí naranjas con estas manitos que ves acá ¿y te atrevés a decirme “holgazana”?—replicó visiblemente indignada.

Ya habían llegado al sitio que querían, e Iván bajó del coche riendo.

—Pues...

Bárbara no lo dejó continuar.

—Si te estás refiriendo a los casos que tengo detenidos, o a las horas en la universidad que este año elegí no tomar, te recuerdo que fue para acompañarte en la última etapa de *tu libro* —declaró enfatizando las últimas dos palabras.

—Y te lo agradezco. Lo que quería yo decir...

Pero ella era implacable, así que mientras extendía el mantel en el césped continuó defendiéndose.

—Ahora, si estás hablando de mi aversión por las tareas domésticas, Kessler, dejame decirte que no tenés cara. ¡Vos me animaste a que comiéramos en platos descartables! Yo quería cuidar el medio ambiente, pero el “señor” no quería lavar la vajilla cuando le tocaba. ¡Y ahora te atrevés a acusarme de perezosa a mí! —exclamó indignada al tiempo que sacaba los mencionados platos del canasto y los arrojaba sobre el mantel.

—No te enfades, yo estaba hablando de...

Bárbara extrajo las fresas y los famosos bocatas de Iván, sin dejarlo meter ni bocata ni bocadillo en la conversación.

—¿Que no me enfade? ¡No estoy enojada! Si lo estuviese ya tendrías toda esta crema en esa cara hermosa, hijo de la madre patria...

Iván rio y se hincó junto a ella.

—Larrique.

Bárbara lo miró con desconfianza.

—¿Qué?

—Lo que quería decir es que te pasas de holgazana en la cama —declaró el muy descarado, y por primera vez ella no supo qué alegar.

—¿Yo? ¿En la cama?

—Así es. Tú disfrutas allí tendida, y yo me rompo la espalda follándote.

No terminó de decirlo cuando comenzó el ataque.

Primero fueron besos, muchos, muchos besos. Uno más húmedo que el otro, uno más caliente que otro.

Bárbara estaba decidida a demostrarle que era una mujer con mucha iniciativa, solo que él era tan bueno en llevarla directo al orgasmo, que solía

dejarlo hacer y se limitaba a disfrutarlo dando gozosos grititos y gimiendo cuánto le gustaba.

Claro que dada la acusación de Iván, la defensa iba a ser nada menos que un buen ataque.

Lo violó sobre el mantel, sobre los bocatas, las fresas y la crema. No solo le hizo la mamada más memorable de su vida sino que luego se quitó las bragas y lo montó con mimo y esmero hasta que él gritó su nombre con tanta fuerza, que temieron que el eco llegase hasta Casares.

A ella le producía gran satisfacción rebatir acusaciones, y si la forma de hacerlo le proporcionaba orgasmos como el que acababa de experimentar junto a Iván, más satisfacción le daba.

El día de campo no duró demasiado, porque ambos habían quedado cebados. La ropa había comenzado a sobrarles, y el hambre pasó a ser de piel, no de comida.

Se marcharon con prisa y el segundo round fue en la cama, desnudos, y con un poco más de calma.

Se tomaron su tiempo esa vez; hasta música pusieron. No eran muy exigentes, así que dejaron lo primero que sonaba cuando sintonizaron la radio.

¿El Puma Rodríguez? Por un momento dudaron, pero luego se encogieron de hombros y fueron a lo que iban.

“Deja la luz encendida
quiero mirarte desnuda
ahora no hay ninguna prisa y te amaré
de punta a punta.
Palmo a palmo, beso a beso
así como imaginamos
solo los dos en silencio
enredados en la cama”

Ellos apenas escuchaban la canción pero vagamente se daban cuenta de que era más que apropiada.

Iván le desabrochó el vestido y lo dejó caer al suelo. No podía dejar de mirarla. Era tan hermosa...

Le encantaba acicatearla solo para que la reconciliación fuese como lo estaba siendo, simplemente inolvidable.

Mientras tanto, el Puma Rodríguez, que no era santo de la devoción de ninguno de los dos, seguía acompañando el momento con su voz.

“Había soñado tanto
este precioso momento
pero esto es lo máximo
estoy entrando en tu cuerpo
Siento tu pecho agitado
y tu vientre como el fuego
los dos estamos temblando
de pasión y delirio
de amor y deseo”

Y muy a su pesar Iván admitió que la letra era muy bella y se ajustaba perfectamente a lo que estaba por suceder. Terminó de desnudarla y luego la recorrió entera con sus manos, mientras no dejaba de besarla.

Y mientras más la besaba, mientras sus lenguas se enlazaban de esa forma única que conocían tan bien, más crecía en él esa urgencia de irrumpir dentro del cuerpo de esa mujer. Nunca se sentía tan completo como cuando eran uno solo. En el cuerpo de Bárbara Larrique él encontraba todo lo que necesitaba para estar en paz.

Ella intentó tomar el mando, sensibilizada todavía por la hilarante acusación de hacía un rato, pero él no se lo permitió. La tendió de espaldas en la cama, y sin más trámites la penetró. Comenzó a moverse despacio, alentado por sus gemidos, intentando mantener la mente fría para que el volcán que tenía entre las piernas no entrase tan pronto en erupción.

Y en el instante en que ella acababa, el Puma ponía el alma en el último estribillo de la canción.

“Abrázame, apriétame
acaríciame y bésame.
que se queden fundidas
tu piel y mi piel
quiero amarte una vez,
y otra vez, y otra vez...”

Tenía que reconocer que ese tema era como un himno al amor. Al que sentía por Bárbara que era tan sublime como terrenal, tan caliente como espiritual, tan potente, que en ese momento no podía pensar en otra cosa que no fuese en correrse dentro de ella mientras le comía la boca.

Pasaron la tarde entera haciendo el amor, y mientras la luna se alzaba sobre la tierra de su admirado Blas Infante, Bárbara sintió que ese día, entre

los brazos de Iván, por fin había encontrado el antídoto para el miedo, además de la más completa felicidad.

“El miedo seca la boca, moja las manos y mutila. El miedo de saber nos condena a la ignorancia; el miedo de hacer, nos reduce a la impotencia. La dictadura militar, miedo de escuchar, miedo de decir, nos convirtió en sordomudos. Ahora la democracia, que tiene miedo de recordar, nos enferma de amnesia: pero no se necesita ser Sigmund Freud para saber que no hay alfombra que no pueda ocultar la basura de la memoria”.

Eduardo Galeano, “La desmemoria/2”, en “El libro de los abrazos”, 1989.

Queridos lectores:

Esta fue mi única novela contextualizada en un pasado reciente. La trama es pura ficción, pero podía haber sido real.

Quizá no represente todo lo que las dictaduras y también el fatídico año 2002 significaron para muchos de nosotros. Tal vez no haya detrás un trabajo de investigación exhaustivo, y muchas cosas no se ajusten a los hechos verdaderos.

Mi intención era más que nada liberar demonios internos, no realizar un homenaje o un libro testimonial. Quise hacerlo de la única forma que sé: novelando. Desde una situación hipotética se fue gestando la trama, que poco a poco se terminó enlazando con tristes realidades.

Memoria, imaginación y emociones, confluyeron y se empeñaron en crear lo que acaban de leer.

Si les pareció demasiado dramático, es porque de verdad vivimos un drama, y busqué que los personajes lo reflejaran en su historia particular.

Para mí fue una liberación por razones que no voy a mencionar. Solo diré que pude redimensionar conceptos como el de verdad y justicia y que también entendí que la memoria puede dejar de hacer daño y hasta resultar sanadora.

Si les ha gustado, les pido me lo hagan saber a través de las redes y en las plataformas de venta.

No me despido esta vez; es inútil pues sé que volveré. Hasta pronto, entonces.

Mariel



Foto: Pablo Rivara

Mariel Ruggieri ha irrumpido en el mundo de las letras de forma abrupta y sorprendente. Lectora precoz y escritora tardía, en 2010 publicó su primer libro, "Crónicas ováricas", una recopilación en tono humorístico de relatos relacionados con las mujeres y su sexualidad. Su primera novela, "Por esa boca", nació como un experimento de blog que poco a poco fue captando el interés de lectoras del género romántico erótico, transformándose en un éxito al difundirse en forma casi viral por las redes sociales. Fue publicada en papel en la República Argentina en mayo de 2013. En enero de 2014 lanzó su primer título con Editorial Planeta, "Entrégate", su proyecto más amado.

Actualmente reside en Montevideo junto a su esposo y su hijo, trabaja en un banco y estudia para obtener una licenciatura en Psicología. Encontrarás más información sobre Mariel y su obra en: www.facebook.com/MarielRuggieri.

Otros títulos de la autora: "Morir por esa boca", "Todo por esa boca", "La Fiera", "Cuidarte el alma", "Tatuada en mi alma", "Paulina, cuerpo y alma", "Corazones en la arena", "Atrévete", "La Tentación" "Nada Prohibido" y "El Granizo".

No te pierdas otros títulos de la autora, disponibles en Amazon © :

